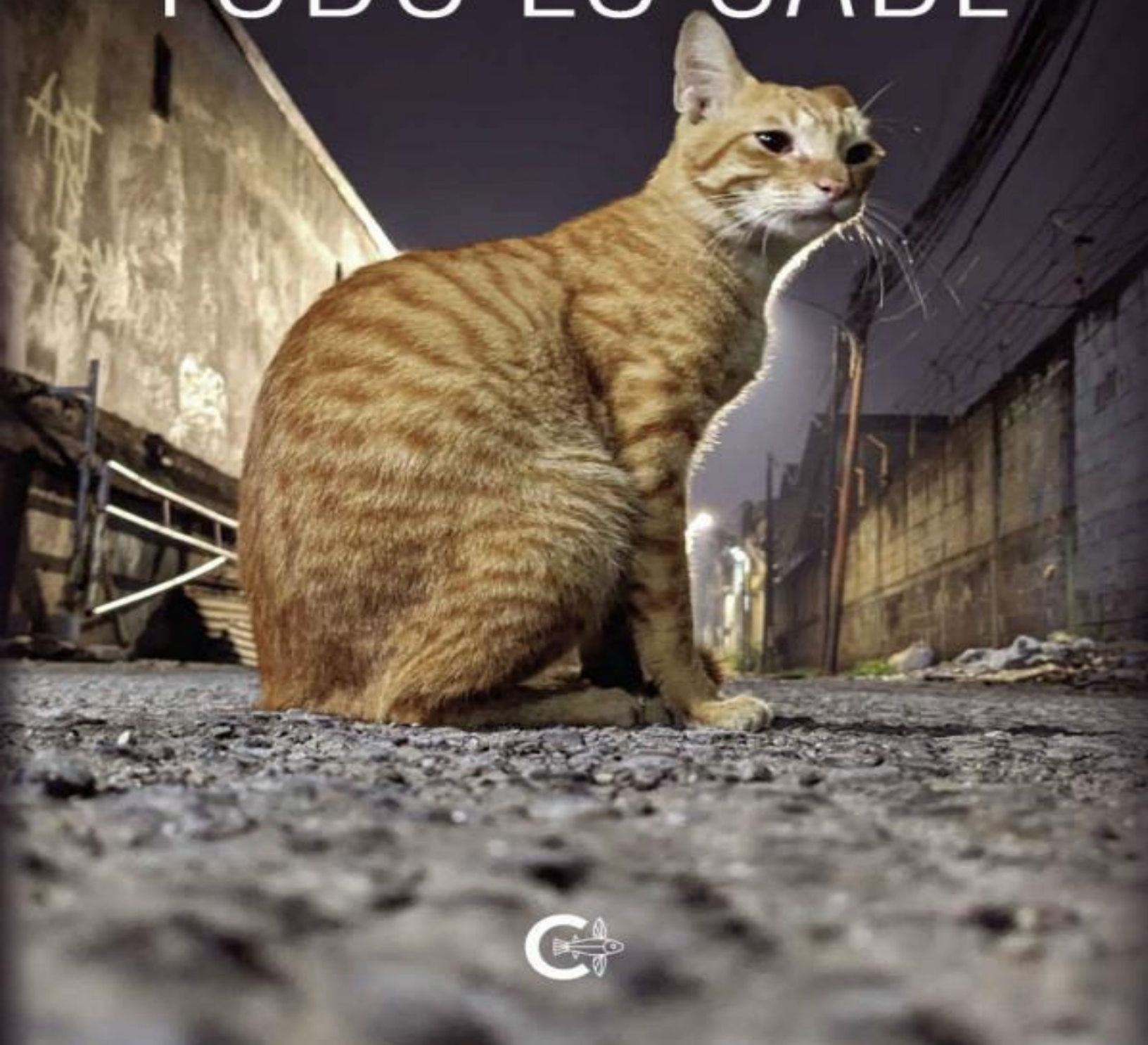


FERNANDO HEVIA

EL GATO QUE TODO LO SABE



EL GATO QUE TODO LO SABE

Fernando Hevia



El gato que todo lo sabe

Primera edición: 2024

ISBN: 9788410266469

ISBN eBook: 9788410266919

© del texto:

Fernando Hevia

© del diseño de esta edición:

Caligrama, 2024

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Merce,
el amor de mi vida.*

*Para mi familia,
por todas las lecciones que me han dado.*

1

El gato que todo lo sabe

Noviembre de 1977

—Colás, a desayunar.

La voz de su padre, grave pero apagada, resonó en la oscuridad de la habitación donde se filtraba una fina cuña de luz por la abertura de la puerta. Poco a poco, sus sentidos abandonaron el mullido refugio del sueño que tanto le había costado conciliar. No tardó en reaparecer la razón de su incómoda vigilia, saliendo de los sótanos de su conciencia, rasgando su estómago como un cuchillo de sierra, monopolizando sus pensamientos. Sin tiempo para detenerse en la tortura, comenzó a hallar elementos de la sucesión de Fibonacci de memoria: 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89, 144, 233... Era su particular mantra para alcanzar la paz. Una paz lógica, aséptica, artificial. Lo más parecido a la calma que su cerebro le podía regalar.

Se incorporó de la cama y tanteó descalzo el frío suelo de gres en busca de sus zapatillas. Lo hizo sin prender la luz. Era una vieja costumbre adquirida durante los años que había compartido habitación con su hermana. Él solía levantarse primero y, para no despertarla, recorría la estancia a ciegas. Jamás tropezaba con nada. Era tal su conocimiento espacial del cuarto que su mano acertaba siempre a coger el pomo cuando llegaba a la puerta. Muchas veces sonreía al hacerlo, pues consideraba aquella habilidad como una especie de superpoder. Le encantaban las fantasías. Las alimentaba con cariño, haciéndolas crecer en su extenso mundo interior. Su reino preferido.

El olor a café recién hecho lo arrastraba hacia la cocina, pero la presión casi punzante en su vejiga hizo que siguiera de frente hasta el baño. Dio al interruptor y el parpadeo del fluorescente golpeó sus retinas, obligándolo a agachar la cabeza. Sintió dolor en las sienes. Estaba claro que iba a ser un día muy largo. Como todos durante las últimas tres semanas. Había leído en alguna parte que un ser humano tardaba veintiún días en adoptar un nuevo hábito. Pues bien, ya habían pasado veintiún días y Nicolás seguía sin acostumbrarse a que su madre estuviese muerta.

Violeta le había enseñado muchas cosas a su hijo, pero olvidó la más importante: cómo vivir sin ella. Para Colás, su madre era Dios. Hastiado ya a una edad temprana de las fábulas de la fe católica, prefería consultarlo todo con ella antes que rezar. Cada uno de los consejos que le daba parecían frases sacadas de los muros de un templo milenario. Como cuando le dijo:

—La vida no puede ser justa para el león y para la gacela al mismo tiempo, hijo mío.

—Ya, mamá, pero ¿qué tiene que ver eso con que tú estés así? —contestó Colás llorando, poco antes de que sedaran a su madre.

—Todo tiene un porqué. Fíjate en las señales. Encuentra el patrón.

Si Colás se había dedicado a las matemáticas era, en gran parte, gracias a su madre. De

pequeño, mientras Violeta hojeaba una revista de costura francesa que un marino mercante le había dado a su marido, él se fijó en unas páginas centrales desplegadas llenas de líneas enigmáticas.

—¿Qué es eso, mamá?

—Pues son muchas cosas, mi vida. Pantalones para ti, una camisa para tu padre, hasta una blusa para ponerme yo después de dar a luz a tu hermana.

—No lo entiendo. ¿Cómo puedes ver todo eso en un montón de rayas sin sentido?

—En la vida todo tiene sentido, nada es casual. Lo que pasa que a veces no alcanzamos a ver el patrón porque no nos fijamos en los detalles, en las señales. Igual que un perro sigue un rastro, invisible a los ojos de su amo, yo puedo leer los números y símbolos que hay en las líneas y que tú no has visto. Así distingo una prenda de otra, incluso las tallas.

Y poco a poco le fue mostrando a su hijo cómo interpretar aquellos patrones que se convertirían en la ropa a estrenar el domingo. Ese cambio de dos a tres dimensiones, por arte de magia, despertó en Colás un interés por la abstracción que lo empujaría a consagrar su vida a las ciencias exactas. Pero ahora tocaba dejar la nostalgia y ponerse a desayunar.

El ruido de la cisterna le perseguía, lacerando sus oídos, mientras entraba en la cocina. Su padre estaba sentado a la mesa mirándose las manos, absorto, en un estado casi catatónico. Parecía observar la vida escurriéndosele entre los dedos, sin poder hacer nada por evitarlo. La taza de café humeaba pacientemente frente a él, como si el tiempo se hubiera detenido en su borde. Al contrario que Nicolás, su padre, Salvador, era un hombre poco dado a las fantasías. Espartano y pragmático, tenía una mirada que no invitaba a gastar una broma. Su físico, enjuto y seco, era un fiel reflejo de su historia vital. Había sufrido las heridas de la guerra, el hambre, la cárcel y la humillación sin que consiguieran quebrarlo lo más mínimo. Pero esta última estocada lo estaba desangrando. Desde la muerte de Violeta, las ganas de luchar parecían haberle abandonado.

Nicolás se sentó a la mesa y su hermana le sirvió el café al tiempo que le pasaba la mano por la cabeza.

—Venga, Colasín, vaya pelos que me llevas —dijo sonriendo.

María llevaba puesto un delantal de su madre. Tenía la cara colorada por el calor que desprendía la cocina de carbón. La atizaba con tanta maña que la chapa casi se ponía al rojo vivo. Y es que todo lo hacía bien. Si el hogar no se había derrumbado era gracias a María. Su padre siempre decía: «El día que esta niña no sonríe es que se va a acabar el mundo». Y no, por el momento el juicio final no se acercaba. Pese a la desgracia que asolaba a la familia, María seguía adornando su preciosa cara de ángel con una bonita curva cóncava en los labios. Su madre, durante la enfermedad, la había ido preparando para gobernar aquel barco que parecía estar a la deriva. E irónicamente la que parecía más frágil acabó por convertirse en el único palo que aguantaba su vela en medio del temporal. Era menuda, pero fuerte al mismo tiempo. Tenía una fina melena rubia que solía llevar en una coleta y un puñado de pecas sembradas por las mejillas que le otorgaban aspecto de niña traviesa. Conquistaba a todo el mundo con su vitalidad. De verbo fácil, tenía respuesta para todo y no había chico en el barrio que pudiera amilanarla. A sus

veinte años se había convertido en la joven más atractiva que pisaba las calles de aquella oscura ciudad industrial de finales de los setenta. Era imposible llevar la cuenta de las calabazas que repartía. En el politécnico, en el taller de costura donde trabajaba por las tardes, en el banco de la plazoleta donde se sentaba con sus amigas... Era rara la semana que no aparecía algún donjuán de medio pelo con flores, poemas o bombones, con la esperanza de conquistarla. Y todos, por decreto, se volvían son sus regalos en las manos y el rostro arrasado por la vergüenza.

Pese a tener hambre, Colás consiguió a duras penas comerse una tostada con mantequilla. A sorbos, fue dando cuenta del café con leche hasta llegar a ver el fondo de la taza. Sabía que le esperaba una jornada muy larga y que un desayuno flojo no era la mejor manera de comenzarla, pero un nudo atenazaba su estómago y ante eso poco podía hacer. Empezó a repasar la lista de tareas: ducha, afeitado y revisión de maleta. Como buen matemático no quería ninguna variable sin despejar en la ecuación de su equipaje, el más importante que había preparado en su vida. Su hogar durante los próximos años, quién sabe cuántos, sería el campus de la Universidad Sur de California. Sus asombrosos avances en la teoría de nudos habían llegado por carambolas del destino a oídos del doctor Leonard Sinclair, el eminente matemático pionero de la computación, quien movió cielo y tierra para conseguir que Nicolás se atreviera a cruzar el charco. Tras dos reuniones en Oviedo, en las que su miedo a volar se alzaba como un muro inexpugnable, la afable persistencia de Leonard terminó por abrir una pequeña grieta hasta convencerlo de que se montara en un «autobús con alas mal remachadas», sobrenombre con el que el asturiano se refería a los aviones. El fallecimiento de la madre de Colás había estado a punto de echar por tierra toda la aventura, pero Sinclair guardaba un as en la manga. Tras una larga conferencia telefónica le confesó un secreto a su colega. El fin último de la colaboración científica iba más allá de las teorías computacionales y de los algoritmos de encriptación. La realidad giraba en torno a tres letras: ADN. El equipo norteamericano quería desentrañar las complejas matemáticas que gobernaban la base de la biología molecular y con ello vencer al mecanismo de metástasis del cáncer. Por eso lo necesitaban. El joven genio asturiano llevaba tiempo inmerso en la aplicación de la topología a los mecanismos de replicación del ADN. «Tu madre perdió la batalla. Ayúdanos a ganar la guerra». Pero toda la artillería sentimental no habría conseguido su objetivo de no ser por la intervención de un número algebraico irracional, una construcción geométrica presente desde el inicio de los tiempos en la naturaleza que ahora servía de apodo a una persona muy especial: Phi. De no ser por ella, el matemático no se hubiera decidido nunca a dejar su tierra natal.

Mientras Colás y su padre bajaban por las escaleras, cargando con las maletas, María cerraba con llave la puerta del piso. El ruido metálico del mecanismo del cerrojo anunciaba el fin de una etapa. A sus veintiocho años, parecía nacer de nuevo. Y ya no había vuelta atrás.

Salvador encendió el motor de su SEAT 127, rompiendo el silencio de aquella gélida madrugada en el fondo del barrio del Quirinal. Mientras Colás guardaba los bultos en el maletero, algo atrajo su atención. Bajo la mortecina luz amarilla de una de las farolas, sentado en la acera, un gato pelirrojo los observaba. Sus ojos verdes, abiertos como platos, parecían tener algo de humano. Aquellas criaturas siempre le habían fascinado. Su lado místico, misterioso,

paranormal, estaba presente en algunas de las fantasías de Colás. Sospechaba que poseían un alma humana heredada. Que, en su día, podrían haber sido personas y al morir habrían adoptado esa nueva forma felina. Lejos del concepto cristiano de salvación y cielo eterno, le atraía más la idea de reencarnarse en uno de ellos. Una de tantas fábulas que ocupaban su imaginación.

María lo sacó de su ensoñación empujándolo levemente.

—¿Te vas a quedar ahí plantado hasta morir de frío? —preguntó su hermana sonriendo.

—¿Te has fijado cómo nos mira ese gato? Parece como si supiera algo —respondió Colás.

—Sí, vaya... El gato que todo lo sabe —le espetó con voz de misterio.

Colás frunció el ceño y se subió a la plaza delantera. Su hermana ocupó el asiento de atrás. Mientras su padre ajustaba el *starter* y se disponía a iniciar la marcha, María se dirigió a su hermano de forma conciliadora posando la mano sobre su hombro y le susurró al oído:

—Venga, Colasín, no te enfades y ponte el cinturón.

Colás le besó la mano a su hermana mientras Salvador contemplaba la escena sonriendo. Era la primera vez que lo hacía en tres semanas. Hasta pareció asomarse una lágrima a los ojos mientras ajustaba el retrovisor interior y le decía a su hija:

—Lleva razón tu hermano. Ese gato nos mira raro.

Colás notó un intenso frío. El SEAT 127 de su padre dormía siempre al raso y, por las mañanas, entrar en él era como meterse en una nevera. Se colocó las manos debajo de los muslos y encogió los hombros en un intento de minimizar la pérdida de calor corporal, pero no terminó de encontrarse a gusto hasta que la calefacción comenzó a caldearse. Entonces sintió una agradable sensación de somnolencia contra la que no tenía intención de pelear. Acomodó la cabeza contra la ventanilla, usando la capucha de su abrigo a modo de almohada, y dejó que el ruido y la vibración del motor lo arrullaran como una nana. Pensó en lo injusto de la situación. Se estaba quedando dormido sin problemas en un trayecto que apenas duraría media hora y no había podido conciliar el sueño en las ocho horas que se había pasado en la cama. Además, no podría descansar hasta que estuviera sentado en el avión. Tenían que pasar por San Esteban antes de ir al aeropuerto. En el piso del pueblo, como lo llamaban ahora, era donde tenía la ropa de verano que debía añadir al equipaje. Y luego visitar la tumba de su madre en el cementerio de Muros. No quería emprender un viaje tan largo sin antes dejarle unas flores. Quería recordarla, pero su discurso mental comenzó a volverse abstracto, absurdo, como suele ocurrir justo antes de que llegue el primer sueño. Su cuerpo se entumeció lentamente, empezando por las piernas hasta alcanzar el cuello y sintió, al fin, que su cabeza se hundía contra su hombro. Las luces se apagaron. Hasta que llegó el resplandor.

Las sensaciones que vivió a continuación se solaparon, unas sobre otras, desafiando la percepción natural del tiempo. Una fuerte explosión. Un extraño sabor metálico inundando la boca. Un dolor lacerante en un lado del cuello seguido de un calor intenso. Una sensación de vacío en el estómago. Otra explosión, pero diferente a la anterior, más amortiguada. Un borboteo sonando alrededor. Confusión. Desorientación. Y, por fin, abrir los ojos para no ver nada. O casi nada. Lo poco que se vislumbraba eran malas noticias. La falta de luz, los golpes, el mareo, todo

lo que había experimentado en aquellos segundos caóticos ya tenía una explicación: el coche se estaba hundiendo, probablemente, en el río Nalón. Cómo había ocurrido no era tan importante como la velocidad a la que se estaba inundando el pequeño habitáculo. Al mirar a su lado vio a su padre, inmóvil, sobre el volante. El susto inicial dio paso al pánico. El agua empezaba a acercarse a su cara y tenía que salir de allí cuanto antes. Cogió la manilla y tiró tan fuerte de ella que sintió cómo se rompía en su mano, dejando la puerta bloqueada. Pero apenas tuvo tiempo de maldecir porque el agua le cubrió la cara. Durante unos instantes pensó en su padre, al que no podía salvar, y en su hermana. No la podía ver ni tampoco la había oído. Ojalá ya estuviese fuera. Pero la realidad apremiaba, recordándole que seguía con el cinturón de seguridad abrochado y que ya no podía respirar. Su única opción era soltarse e intentar salir por la parte trasera del vehículo, que se estaba hundiendo por el morro. Sus manos se afanaron en encontrar el mecanismo de cierre del cinturón, pero algo fallaba. No había hueco. El asiento debía de haberse desplazado en el choque —en uno de los dos choques— y no era capaz de soltarse. Mientras luchaba por escapar de aquella trampa, empezó a sentir una fuerte presión en el pecho. Se le acababa el aire. Tenía que respirar, pero estaba completamente sumergido. El pánico dio paso a una nueva sensación: la seguridad de que se acercaba el dolor. Tras unos segundos interminables en los que esperó la llegada de un milagro, no aguantó más y abrió la boca. Después de soltar de una bocanada el poco aliento que le quedaba, inspiró con fuerza en un reflejo involuntario y el agua inundó sus pulmones. Parecía como si hubiese respirado miles de agujas. El dolor era insoportable. Sintió fuertes ganas de vomitar, pero al volver a abrir la boca tragó más agua. Ya no deseaba salvarse. Solo quería que terminara pronto. Comenzó a convulsionar en un último intento primario de escapar de la tortura, pero todo fue inútil. El dolor se extendió por su cuerpo mientras notaba cómo lo abandonaban las fuerzas. La cabeza parecía que le iba a estallar. Entonces todo cambió. El agua helada que lo rodeaba empezó a templarse. Algo remoto, parecido a la calma, se asomó por una esquina de su conciencia y le ayudó a tomar la terrible pero lógica decisión: dejar de luchar.

Parecía mentira que en una situación así, tan cercana a la muerte, lo único que sintiera Colás fuese curiosidad. Muchas veces, durante la fase final de la enfermedad de su madre, se había preguntado cómo sería el trance, el paso, si es que había algo al otro lado. Sus sentidos se fueron apagando de forma progresiva, pero no simultánea. Primero perdió la noción de cómo estaba situado. Ya no sabía qué era arriba o abajo. Después dejó de notar su cuerpo y tampoco veía nada. De hecho, no podía asegurar si sus ojos estaban abiertos. Aquel proceso le recordó a la escena en que desconectaban al ordenador HAL 9000 en *2001: una odisea del espacio*, cuando le iban quitando módulos, uno a uno. Su vida se apagaba. Y en el silencio, bajo el agua, un último sentido seguía haciendo su labor. Se percató de un ruido, similar a un zumbido, que parecía acercarse. Pensó que quizás era un fallo del cerebro por la falta de oxígeno, pero reconoció el sonido. Era el motor de una lancha. Lo sabía porque se había bañado en la dársena alguna vez y, aunque los barcos estuvieran lejos, los podías oír como si navegaran a tu lado. Quizás fuera una motora de las que solían remontar el río. Quizás pudieran rescatarlos. Aunque para él parecía algo tarde. Sus pensamientos se volvieron abstractos, absurdos, como suele ocurrir justo antes de

que llegue el primer sueño. Entonces vio al gato que todo lo sabe, mirándole a los ojos. Y después, la nada.

2

¿Da usted su permiso?

—Como sigas engordando, vas a tener que pedir una talla más de uniforme, Félix.

Carmen se quedó mirando a su marido con una sonrisa pícara mientras él resoplaba hasta conseguir abrochar el botón del pantalón. La verdad era que tampoco estaba tan mal para la edad que tenía; no era un hombre al que se le pudiera llamar gordo. Pero, de un tiempo a esta parte, había cogido unos kilos y empezaban a ser un problema a la hora de entrar con cierta dignidad en su talla de siempre. Devolvió la sonrisa con un guiño a su mujer y se acercó para acariciarle la cara.

—De esta semana no pasa. Tengo que empezar a cuidarme antes de que salga un botón disparado y le saque un ojo a alguien.

Ambos soltaron una risotada tras el comentario para luego taparse mutuamente la boca. Era muy temprano y no convenía meter ruido en la casa cuartel.

El sargento Álvarez, como le conocían sus subordinados, era un hombre entrañable. A sus cuarenta y seis años había logrado volver a su tierra natal para ponerse al frente del puesto de la Guardia Civil de Muros del Nalón. Atrás quedaban largos años de destino en Burgos, de los que solo guardaba dos buenos recuerdos: los cielos estrellados y la suerte de haber conocido a Carmen. El resto, para él, era una sucesión de veranos asfixiantes y gélidos inviernos que jamás ocuparían un espacio en el rincón de su memoria reservado a la nostalgia. Ahora sí que eran felices.

En esta nueva etapa, todo estaba resultando como un tranquilo paseo por la playa de Aguilar, de esos que daba con su mujer siempre que podía, al caer la tarde. Su predecesor en el cargo, que lo dejaba por jubilación, le había procurado una buena transición y sus subordinados, con años de experiencia en la zona, se habían mostrado colaboradores desde su llegada. Durante las primeras semanas, dedicó gran parte de su tiempo a recorrer el pueblo para reencontrarse con sus viejos amigos y ponerse al día de los chismes locales. Sabía bien que si quería tener una vida tranquila debía evitar cualquier enfrentamiento. En un sitio así se requiere más zurda que diestra. Comprobó que las aguas discurrían tranquilas por el Bajo Nalón y que, salvo cuatro peleas de borrachos y alguna disputa ocasional por las lindes, no se producían sucesos de gran calado en aquella zona. Así que, con un poco de suerte, lo único que le quedaba eran unos años de navegar con prudencia hasta alcanzar el retiro.

Félix y Carmen se sentaron a la mesa para desayunar juntos. Su nuevo hogar era modesto, pero estaba bien conservado. Se notaba que sus anteriores inquilinos lo habían cuidado y, excepto algún pequeño cambio en la decoración, la casa no necesitaba de mucha faena. Ambos se

miraron a los ojos mientras se cogían de la mano y se sonrieron con la sensación de que todo iba a ir bien. Pero unos golpes en la puerta llegaron para poner fin al precioso silencio.

—A sus órdenes, mi sargento. ¿Da usted su permiso?

Félix abrió la puerta y devolvió el saludo al cabo Muñiz, que estaba firme con la cabeza en alto. Su pasado en la Legión lo delataba.

—¿Qué ocurre, Muñiz?

—Acaban de llamarnos de la Casina, mi sargento. Un coche ha caído al río desde el puente de Soto. Creí que debía avisarle pronto, antes de dar parte a los de la comandancia de Luarca —le contestó el cabo con un marcado tono castrense.

—Bien hecho, Muñiz. Traiga el coche que nos vamos ahora mismo para allí. Y dígame a García que llame a la ambulancia de Pravia y a los de Atestados de Luarca.

El sargento Álvarez cerró la puerta y volvió a la cocina, donde Carmen le esperaba con gesto preocupado.

—¿Qué ha pasado, Félix?

—Un accidente en el puente de Soto —le contestó en voz baja—. Me voy ahora mismo para allá.

Félix se colocó el cinturón, comprobó su arma y se fue, despidiendo a su mujer con un beso. Mientras caminaba hacia el Renault 4L, que ya le aguardaba al ralentí con Muñiz al volante, iba deseando que los accidentados no fueran amigos suyos ni del pueblo, a ser posible. Era un gesto egoísta, sí, pero no le entusiasmaba la idea de tener que dar malas noticias a algún conocido.

Ya estaba empezando a amanecer cuando llegaron al lugar del siniestro. Había unas seis personas de pie cerca de la curva que da acceso a la entrada del puente, según se viene de Avilés. Le ordenó a Muñiz que estacionara el vehículo en un pequeño acceso de tierra pegado a la carretera y que fuera ocupándose de señalar la zona y de regular el tráfico. Lo que menos necesitaba ahora era que uno de los curiosos fuese atropellado, así que se acercó a ellos y les ordenó con amabilidad que abandonaran la zona del accidente para evitar otra desgracia, no sin antes preguntarles si alguno de ellos había presenciado el suceso. El único que asintió con la cabeza fue Ramón, el de la Casina. Entonces Félix le hizo un gesto para que le acompañara mientras el resto se alejaban por el arcén.

—¿Qué me cuentas, Ramón? Vaya manera de encontrarnos, ¿eh? —le preguntó el sargento dándole un fuerte apretón de manos.

—Ya tenía ganas de verte desde que me enteré de que volvías al pueblo, pero tomando un vinín y no así —le contestó Ramón mientras le agarraba por el brazo.

Ramón y Félix eran amigos desde la infancia. Habían ido juntos a la escuela de don Virgilio y habían compartido muchas alegrías y no menos fatigas. Nacidos ambos en el 32, la guerra los cogió de niños y marcó sus vidas. Ramón perdió a su padre en el frente del Nalón y al de Félix se lo llevó unos años después la tuberculosis. El primero, hijo único, tuvo que crecer deprisa y ponerse a trabajar para poder salir adelante. El segundo, menor de cinco hermanos, decidió ingresar en la Guardia Civil para ser una boca menos en casa. No solían hablar de lo ocurrido en

los años oscuros. Mucha gente evitaba hacerlo, dejando que las heridas cerraran, aunque fuera en falso.

Sin tiempo para ponerse al día de sus vidas, Ramón comenzó a relatarle a Félix lo que acababa de ocurrir. Él se dirigía hacia Pravia con su coche a por un repuesto que necesitaba para el tractor, cuando vio la valla rota, justo al lado de donde estaba la maquinaria de los operarios que llevaban unos días trabajando en el ensanche del puente. Paró a fisgar y oyó que le gritaban desde el embarcadero que había justo debajo. Eran un par de pescadores, vecinos de La Arena, que acababan de ver el accidente. Así que decidió volver a casa para llamar por teléfono al cuartel.

—Vamos a bajar a hablar con los pescadores —le dijo Ramón mientras se adelantaba por el estrecho camino que conducía al embarcadero.

Los dos se quedaron de pie en aquella vieja estructura de madera donde se amarraban las pequeñas embarcaciones que solían navegar por el tramo final del Nalón mientras una de esas motoras se acercaba hacia ellos. Todavía estaba amaneciendo, pero había la luz suficiente para distinguir a una joven tendida sobre la proa de la lancha. Nada más atracar, los cuatro hombres trasladaron con cuidado el cuerpo de la chica y la dejaron bocarriba sobre el suelo de tablas. Félix arrimó su oreja a la boca de la chica para comprobar si respiraba y le tomó el pulso en el cuello y en la muñeca. Su cara estaba azulada y, aunque no encontró señales de vida, comenzó a realizarle la maniobra de reanimación. Cuando llevaba unos segundos, uno de los pescadores, con voz prudente, le dijo:

—Déjelo, señor. No hay nada que hacer. Ya lo hemos intentado en la lancha.

Félix hizo caso de la recomendación del pescador y se incorporó dándole una palmada en la espalda en señal de agradecimiento. Acto seguido, les indicó a él y su compañero que buscaran una manta para cubrir el cuerpo hasta que llegara la ambulancia. Era lo único que podían hacer ya por la chiquilla.

Durante unos instantes, los cuatro hombres permanecieron en silencio, guardando respeto por la recién fallecida, hasta que el sargento Álvarez rompió el improvisado velatorio para interrogar a los pescadores, que parecían ser los únicos testigos del accidente. Les recordó que aquella conversación era informal y que más tarde se les tomaría declaración por escrito. De momento, solo quería tener algo de información antes de que llegara el grupo de Atestados. Los pescadores se llamaban Héctor y Miguel. Eran primos y vecinos de La Arena y habían madrugado para ir a poner a punto la lancha, pues se acercaba la temporada de la angula. Iban remontando el río, cuando escucharon un estruendo en el puente y vieron un coche precipitarse al río. Se apresuraron para llegar al lugar e iniciar un rescate, pero el vehículo se hundió muy deprisa. Todavía era de noche y estuvieron un rato dando vueltas por la zona donde se había caído el coche, alumbrando con el candil, hasta que encontraron un cuerpo flotando bocabajo. Subieron a la chica a bordo, pero los intentos por reanimarla fueron inútiles. De hecho, creían que la chica ya estaba muerta en el agua, pues durante la maniobra no dio señales de vida. El sargento apuntó en su libreta algunos detalles del relato y los datos de los pescadores y subió por el camino, invitando a Ramón a que lo acompañase.

—La chica me suena mucho, ¿la conoces? —le preguntó Félix a Ramón.

—Por desgracia, sí. Es María, la hija de Salva, el mecánico. Y sé que no sabe conducir. Así que mucho me temo que en ese coche hay alguien más.

—¡Virgen del Carmen! —exclamó Félix—. Hace menos de un mes que enterraron a la madre.

—Mira, Félix, no quiero ser gafe, pero el otro día hablé con Salva y me contó que el hijo se marchaba a trabajar a América. Que lo tenía que llevar al aeropuerto, que pasarían antes por San Esteban y que si sacaba algo de tiempo en la mañana me miraba lo del tractor. No lo quiero ni pensar, pero para mí que están Salva y Colás en el coche.

Ramón apenas pudo terminar la frase sin que se le quebrara la voz y a Félix se le hizo un nudo en la garganta. Ahora mismo tenía hasta ganas de vomitar. Conocía a Salvador. Cómo no conocerlo. Cuando quedó huérfano fue uno de los que más ayudaron a su madre. Se podría decir que se libró de pasar hambre gracias a Salvador. Era un hombre bueno pese a todo el mal que le habían hecho. Hacía menos de un mes que lo había visto por última vez, en el entierro de su mujer. Por eso le sonaba la cara de la chica que yacía muerta sobre las tablas del embarcadero. Parecía una pesadilla. Cómo se podía cegar la desgracia de esa manera con una familia tan buena. Empezó a oír a lo lejos la sirena de la ambulancia. Ya era tarde para ella. Y más para los otros, si es que estaban allí abajo. Habría que avisar al buzo de San Esteban e ir a buscar a la única persona que podría reconocer los cuerpos, según le había recomendado Ramón: Víctor, el socio que regentaba junto con Salvador su taller mecánico en Avilés.

De nuevo en el puente, Muñiz, el cabo que iba con él, se acercó a decirle:

—Mi sargento, hay marcas de pintura y un trozo de faro en el cazo de esta excavadora. El coche debió de chocar contra él y después caer al río.

—Ocúpese de regular el tráfico para que no haya más desgracias, que ya vendrán los de Luarca para hacer el atestado —respondió con marcialidad el sargento, metiendo en cintura a su subordinado.

Félix tenía razón, su labor terminaba ahí, pero no pudo evitar fijarse en algo que llamó su atención sobre el asfalto. Si bien la excavadora estaba estacionada a la izquierda y bien señalizada, quedaban diminutos restos de cristal en medio del carril derecho, a unos dos metros de donde se suponía que había impactado el coche. Su olfato de perro viejo le indicaba que habían alterado la escena. Lo apuntó en su libreta para comentárselo luego a los de la comandancia.

3

Malas noticias

—¡La madre que me parió! ¡Vaya día de teléfono que me están dando! —gritó Víctor mientras caminaba esquivando un coche hasta la oficina del taller.

Parecía que justo cuando se quedaba solo era cuando más llamadas recibía. Hoy, su socio Salva se había cogido la mañana libre para poder llevar a su hijo al aeropuerto y le resultaba un poco raro no tener noticias de él. Eran las cinco de la tarde y ya empezaba a preocuparse por el paradero de su amigo. Así que, al descolgar el auricular y percatarse de que alguien se había equivocado de número, no pudo evitar blasfemar mientras colgaba con violencia. Salía de la oficina, maldiciendo aún entre dientes, cuando vio la silueta de dos personas plantadas en el portón del taller. Debido a la luz del sol que entraba desde fuera, no consiguió distinguir sus caras hasta que se fue acercando a ellos. Uno era Ramón, el de la Casina. El otro, un guardia civil uniformado. Su mente ató cabos y el corazón le dio un vuelco en el pecho. La extraña pareja no podría traer buenas noticias.

—Hola, Víctor —dijo Ramón dando un paso hacia delante mientras le extendía la mano.

—Buenas tardes, caballero —añadió el sargento Álvarez haciendo el saludo militar—. Mis disculpas por presentarnos así en su negocio. Estamos aquí para informarle de que Salvador y sus hijos han tenido un accidente de circulación. Los tres se encuentran ahora en el Hospital San Agustín y quería pedirle que subiera con nosotros hasta allí.

—Sí, señor. Sí, sin problema —contestó Víctor con voz quebrada mientras su rostro palidecía—. ¿Están bien? —añadió mirando a Ramón a los ojos.

—Tú tranquilo, Vitín. Ya te dirán los médicos —respondió Ramón mientras posaba la mano en su hombro.

—Dejadme que me quite la funda y me lave un poco. También tengo que avisar a mi mujer y cerrar el taller... e ir a buscar mi coche, que lo tengo aparcado fuera y...

Víctor hablaba hecho un manojo de nervios. Ramón lo fue tranquilizando y echándole una mano a cerrar el portón. También le insistió en que no fuera a por su coche, que podían subir todos en el Renault 4L de la Guardia Civil. Aquello habría sonado a locura cualquier otro día, pero en ese momento parecía lo más sensato. Así que, casi sin darse cuenta, se vio sentado en un coche patrulla, subiendo al hospital, mientras se miraba las manos. Las había lavado de prisa y tenía grasa bajo las uñas. Se sorprendió a sí mismo preocupándose por semejante tontería. En situaciones extremas, el cerebro reaccionaba de formas inesperadas. Mientras el cuatro latas avanzaba por la avenida San Agustín, Víctor rogaba a alguna fuerza superior que Salva y su familia estuvieran bien.

Todo lo que fue sucediendo a continuación se desarrolló de forma etérea, como si se tratara de un mal sueño. Primero entraron por la puerta de urgencias, donde un joven médico de porte desgarbado les salió al encuentro, invitándolos a pasar a una pequeña sala con una mesa y tres sillas. Tomaron asiento el médico, Víctor y Ramón a su lado. Félix se quedó de pie, detrás de ellos. El doctor se dirigió con suavidad a Víctor, sin perder el contacto visual, mientras le iba explicando la situación. La verdad, la horrible y cruda verdad se fue desgranando poco a poco como una densa lluvia que cae sin cesar hasta anegar las calles de un pueblo. Y, de pronto, un grito, seco como un trueno, sacudió a todos mientras la silla donde estaba sentado Víctor salió disparada hacia atrás. Ramón lo abrazó con fuerza, en un intento por controlar su ira, su repentina explosión de dolor, pero, tras forcejear, Víctor se soltó y descargó un violento puñetazo sobre la mesa para desplomarse después, de rodillas en el suelo, llorando y gritando con las manos cubriéndole el rostro. El sargento Álvarez, que asistía firme y sereno a la escena, hizo una breve indicación con la mano a los presentes para que lo dejaran tranquilo. En ese momento, necesitaba purgarse. El golpe había sido muy duro.

El sargento se encargó de tranquilizar a Víctor y lo invitó a salir con él hasta un pequeño jardín que había frente a la puerta de urgencias. Sacó del bolsillo de su casaca verde un paquete de Ducados y le ofreció un cigarrillo. Mientras fumaban, el guardia le fue contando los pasos que quedaban por dar. Salva no tenía más familia que la que iba con él en su coche, así que Víctor, como socio a medias en su negocio del taller de automoción, era la persona más directa con quien tratar.

—Bueno, Víctor, queda mucho papeleo por delante, pero ahora no es momento de agobiarse con eso —dijo el sargento tras exhalar el humo de una profunda calada.

—El papeleo no me preocupa, señor —respondió Víctor—. Nuestros asuntos nos los lleva un asesor de confianza, así que no habrá problemas. Y quiero disculparme por lo de antes, pero es que estoy muy nervioso. Creo que todavía no me lo acabo de creer. Salva es como un padre para mí.

—Creo que es el momento de empezar a tutearnos, Víctor —le dijo Félix—. Y no hay nada que disculpar. Te estás comportando con mucha entereza para la gravedad de lo sucedido. Ahora te advierto de que nos queda un trámite muy desagradable. Debido a la situación personal de Salvador, que carecía de familia, vas a tener que ser tú el que baje a reconocer los cadáveres. Es una mera formalidad, pero no podemos saltárnosla. Así que cuando te encuentres con fuerzas...

—Vamos ya —interrumpió Víctor—. No creo que mis fuerzas mejoren por seguir esperando.

Ambos se fueron caminando, rodeando el hospital, hasta llegar a la zona donde se encontraba la morgue. El sargento le fue explicando por el camino que los habían traído allí porque había problemas en la morgue judicial. En el fondo, era una ventaja. La morgue hospitalaria era mucho menos desagradable. También le comentó que los cuerpos estaban en buen estado y que el impacto al verlos sería menor. Tal fue la abstracción de Víctor en la conversación que cuando se quiso dar cuenta ya se hallaban ante las cámaras frigoríficas. El lugar estaba frío, aunque no tanto como cabría esperar. Uno de los empleados abrió una de las puertas de acero inoxidable y deslizó la camilla hacia fuera. Cuando descubrió el rostro del cadáver, Víctor rompió a llorar

mientras asentía con la cabeza. Con la voz entrecortada, identificó a María y se giró para no verla. Pidió acabar cuanto antes, así que la operación se repitió, de forma mecánica, con los cuerpos de Salva y de Colás. Tras el calvario, le pidió al sargento que lo acompañase de nuevo hasta la sala de espera de urgencias. Allí, fumando en la puerta, estaba Ramón, el de la Casina.

—Tu mujer y tu cuñado están dentro, Vitín. Les dije que estabas hablando con los médicos, así que no saben nada. Prefiero que se lo digas tú.

—Gracias, Ramón. Perdona por lo de antes.

—Calla, ho. Yo también estoy como un flan.

Víctor entró en la sala y vio a Amanda y a Gerardo. Se abrazó a los dos mientras sentía cómo le fallaban las piernas y, en aquel instante entre gritos ahogados y sollozos, todo se dijo sin decir nada, pues el dolor hablaba por sí mismo. Y el resto de las personas que se encontraban allí enmudecieron por un momento como si el tiempo se hubiera detenido en el abrazo.

4

El ADN puede esperar

Diciembre de 1977

Tras detener su Cadillac Eldorado en una plaza del aparcamiento casi vacío frente al cementerio Rosedale, el doctor Sinclair se quedó absorto durante unos segundos antes de apagar el motor. Respiró hondo y miró su reloj por enésima vez en la mañana. Llegaba media hora temprano a su cita, así que prefirió hacer algo de tiempo sentado en silencio al volante. Sacó el sobre que llevaba en la chaqueta, un sobre con su nombre garabateado de mala manera, sin centrar y torcido, algo que jamás permitiría su secretaria, Clarice, una obsesa del orden y la simetría. Aquel detalle le llevó a recordar un día de los muchos que comenzaba la jornada aterrizando con prisa en su despacho, saludando a su asistente sin detener la marcha. Un día que rompió con fuerza la rutina.

—Clarice, necesito ponerme en contacto con la Facultad de Ciencias de Oviedo, España. ¿Sería tan amable de buscar el número y pasarme la llamada al despacho en cuanto consiga comunicarse con el vicerrector Núñez?

—No hay problema, doctor Sinclair. Ahora mismo me pongo con ello.

—Gracias, Clarice.

Leonard entró en su despacho y posó su gabardina sobre un viejo sillón de piel verde. Luego se sentó en su escritorio y abrió una carpeta que le había dado Colás en su última visita a Asturias. Era una copia de su trabajo más reciente acerca de la teoría de nudos aplicada al superenrollamiento de la molécula de ADN. Sus avances eran espectaculares. Estaba ansioso por trabajar con el chico. Un talento así, unido al equipo técnico y humano del que disponía la Universidad de California Sur, iba a brillar de forma cegadora. Pero todavía no sabía qué había ocurrido. Por qué no había cogido el avión. Ni siquiera había llamado comunicando el motivo de que no hubiera viajado, como estaba previsto. Sabía que la situación personal de Colás era complicada. Estaba destrozado por la muerte de su madre y por eso no había intentado contactar con él inmediatamente. Le parecía una grosería que quizás diera al traste con la colaboración. Todo su trabajo en las negociaciones para el fichaje del joven genio se había basado en la paciencia y la prudencia. Pero pasados unos días decidió llamarlo a su casa. Al no recibir respuesta tras varios intentos, solo le quedaba un camino: avisar a su vicerrector. Iba a ser una conversación tensa. El doctor Núñez desconocía la decisión de Colás, que lo había planeado todo en secreto, temeroso por el carácter vehemente de su superior. El timbre del teléfono alertó a Leonard.

—¿Doctor Sinclair? Tiene al doctor Núñez en la línea 2.

—Gracias, Clarice.

Leonard carraspeó para aclarar su voz y pulsó el botón de la línea 2.

—Buenas tardes, señor vicerrector. Gracias por dedicarme un minuto de su tiempo —comenzó Leonard, hablando despacio para que su español fuera lo más correcto posible.

—Buenas tardes, doctor Sinclair. Casi cruzamos nuestras llamadas. Ahora mismo estaba diciéndole a mi secretaria que me pusiera una conferencia con usted —contestó el doctor Núñez separando las palabras, en un intento de ser comprendido con claridad.

—¡Qué casualidad! Bueno, creo que sabrá el motivo de mi llamada y sé que debería ser más diplomático, pero no quiero andarme con rodeos. ¿Podría ponerme en contacto con Colás? Estoy preocupado porque llevo días intentando hablar con él sin éxito.

—Vaya. Por su tono y por lo que me dice, creo que voy a ser yo quien le dé la noticia. Antes de nada, quiero dejar a un lado nuestras pequeñas disputas. Siento haber sido tan egoísta con respecto a este asunto. La vida a veces nos demuestra lo patéticos que podemos llegar a ser por culpa de nuestro orgullo. Ojalá hubiera animado a Colás a colaborar antes con ustedes...

El doctor Núñez dejó de hablar. Mientras, Leonard no daba crédito a lo escuchado. Aparte de por lo dicho, la voz del vicerrector destilaba verdadera amargura. No podía creer cómo había cambiado la actitud de aquel hombre en tan poco tiempo. Leonard empezó a creer que la comunicación se había cortado.

—¿Doctor Núñez? —preguntó Leonard.

—Sí, perdón. Sigo aquí. No sé cómo decirle esto, pero, por desgracia, Colás no podrá seguir ayudándonos. Ni a ustedes ni a nosotros. Ha tenido un accidente de circulación. Iba en el coche con su padre y su hermana...

—Pero ¿cómo?, ¿cuándo? —interrumpió el doctor Sinclair con voz nerviosa.

—La mañana antes de coger el avión. Se precipitaron al río Nalón desde un puente. Los tres han... fallecido —contestó Núñez con un hilo de voz.

—*Oh, my God!* —gritó Sinclair sin poder traducir su horror.

Leonard siguió hablando unos minutos con el vicerrector, que le aclaró los detalles de lo ocurrido de forma escueta. Después, ambos se despidieron dándose el pésame. El científico norteamericano se quedó en silencio con la carpeta de Colás en las manos durante unos segundos, reflexionando sobre la brutal noticia. Luego, metió la carpeta en su maletín, cogió su gabardina y salió del despacho con tal premura que ni siquiera se despidió de su secretaria.

La bocina de un camión que circulaba por los alrededores del aparcamiento despertó al doctor de sus recuerdos, trayéndolo de un bofetón al presente. Una última mirada a su reloj de pulsera y salió del coche para adentrarse en el cementerio, flanqueado por altísimas palmeras que proyectaban su fina sombra bajo el sol de la mañana. Un hombre de traje, ataviado con sombrero de ala estrecha, le salió al paso caminando desde el camposanto mientras se llevaba un cigarrillo a los labios.

—Disculpe, caballero. ¿Podría darme fuego, si es tan amable?

—Claro —respondió el doctor sacando su encendedor Dupont del bolso derecho de su pantalón.

—Gracias, doctor Sinclair. Bonito encendedor. Veo que ha recibido nuestra carta —respondió el hombre de traje con una sonrisa.

El doctor Sinclair volvió a meter el mechero en el bolsillo y notó cómo le temblaba el pulso. Miró a su alrededor y comprobó que otros dos hombres de traje paseaban tras ellos a una distancia prudencial. La boca se le secó al instante. Quería hablar, pero temía que lo único que le saliera fuera un tartamudeo adolescente, así que se quedó en silencio, caminando junto al desconocido.

—Permítame que me presente. Soy el remitente de la carta que ha recibido. Lo primero, desearía disculparme por la forma en que le fue entregada. Lo más lógico hubiera sido depositarla en su buzón, pero le dije a mi cartero, uno de esos dos tipos de ahí atrás, que se asegurara de que la recibía personalmente. Reconozco que lo de dejarla en la cuna, a los pies de su hijo, fue una idea un poco... macabra. Pero ha de perdonarle. A veces peca de exceso de celo en sus funciones.

—No pienso perdonarle una mierda a ese gorila —respondió el doctor sacando valor de su estado de pánico—. Se ha metido en mi casa, en la habitación de mi hijo. ¿Qué hubiera ocurrido si llega a entrar mi mujer? ¿Qué...?

—Cálmese, doctor. Nada de eso ha ocurrido —respondió con calma el señor de traje tras darle una larga calada al cigarrillo—. No somos unos patanes. Mi gente sabe lo que hace. Se les encomienda una misión y la cumplen. Digamos que la forma de llevarla a cabo permite cierto margen de creatividad. Lo que jamás hacen es cuestionarse algo o no cumplirla. Como quiso hacer usted.

—Está bien. ¿Qué es lo que quieren de mí? —dijo Leonard, consciente del carácter retórico de su pregunta.

—Bien, doctor. Veo que se está centrando. Lo que queremos es muy sencillo: usted debe seguir con el trabajo para el que fue seleccionado. Usted solicitó unos medios y se le fueron concedidos. Usted pidió tiempo y estamos siendo muy comprensivos en ese asunto. Lo que no esperará que toleremos es que usted invierta nuestro tiempo y nuestro dinero en otra cosa que no sea la misión que se le ha encomendado.

—Pero si estamos a fondo en ello. Ya estamos con las primeras pruebas de encriptación y los resultados son muy prometedores. Nadie de su equipo ha conseguido descifrar nuestros mensajes sin la clave privada. Nuestro algoritmo es seguro y lo será aún más según vaya aumentando la capacidad de computación. Así que no sé a qué viene...

—«Tres letras. ADN. Tu madre perdió la batalla. Ayúdanos a ganar la guerra». —El hombre de traje enunció la frase imitando la voz del doctor.

—¿Me han estado espiando? —respondió Leonard con falsa sorpresa.

—Nos dedicamos a eso, doctor. Es nuestro trabajo. Y antes de que intente preguntarme por el accidente del chico, que intentó traer a su equipo para usar nuestros recursos en su cruzada personal, le contestaré que no. No sabemos nada. Fue mala suerte. Ahora le haré una pregunta: ¿dispongo de su atención?

—Sí —contestó el doctor, sabiéndose derrotado, mientras ambos se detenían frente a un

monumento dedicado a los soldados caídos en combate.

—Bien. Esto no lo hace solo por nosotros. Lo hace por todos aquellos a quienes está dedicado este monumento. Su trabajo está pensado para evitar que muchos agentes mueran por ahí, en una infecta prisión en el culo del mundo, tras cuatro días de torturas e interrogatorios bañados en sus propias heces. El ADN puede esperar. Nosotros no. Doctor —le dijo poniéndole una mano sobre el hombro de forma paternal—, va por buen camino. No se desvíe de la carretera.

El hombre de traje se dio la vuelta haciendo una señal a los dos tipos que caminaban tras ellos y juntos se subieron a un coche negro que estaba parado a unos veinte metros. El doctor se quedó un rato frente al monumento, pensando en lo que acababa de ocurrir, y suspiró una mezcla de culpa y de alivio. Lo que le había pasado a Colás y su familia era horrible, pero él y los suyos estaban a salvo.

5

Phi

Abril de 1978

Mientras caminaba con calma por el parque San Francisco, Susana se dio cuenta de la llegada de la primavera. Si bien desde un punto de vista estricto la estación había cambiado hacía dos semanas, para ella el final del invierno era anunciado por su primer estornudo. Sacó su pañuelo de tela y vio que tenía unas tenues manchas grises, de esas que resisten lavado tras lavado. Era el mismo pañuelo que llevaba el día que se incendió el despacho de Colás. Además de limpiarse la nariz, tuvo que enjugarse las lágrimas.

Ni media docena de hojas se habían caído del calendario desde aquello. Ocurrió días después de la muerte de Colás. El incidente fue achacado a un cortocircuito en una de las lámparas de sobremesa. Estaba rodeada de papeles que se convirtieron en el combustible perfecto para un voraz incendio que consumió todo lo que había en aquel cubículo en cuestión de minutos. Los bomberos habían llegado pronto, lo suficiente para evitar que el fuego se extendiese por el resto del edificio, pero tarde para salvar el que fuera santuario del malogrado genio. Todo su trabajo se encontraba guardado en unos archivadores que ahora no eran más que montones de cenizas y hierros retorcidos por el calor. O quizás no.

Susana había sido alumna de Colás, años antes de conseguir el puesto de becaria en su departamento. Fue en los tiempos en los que el matemático daba clases particulares en la academia de su barrio para así poder costearse la carrera. Ella acudía allí para preparar a conciencia su prueba de selectividad y consiguió algo más que un diez en el examen de Matemáticas: conocer a la persona más interesante y cautivadora de su vida. Donde el resto de las chicas veían a un tipo huraño y ausente, ella apreciaba un hombre apasionado, complejo y genial, con un talento y una capacidad de trabajo sobrehumanos. Al mismo tiempo, él había encontrado en Susana su alma gemela, capaz de disfrutar el amor por la abstracta belleza de la ciencia exacta y de entender la melancólica forma que tenía de ensimismarse en sus teorías. Tan perfecta la encontraba que comenzó a llamarla Phi, la proporción áurea, el número más hermoso del universo. Se querían mucho, pero en secreto. Habían quedado en hacerlo así por no perjudicar sus carreras y evitar que alguien pusiera en duda el extraordinario trabajo de Susana para llegar a conseguir su beca, una vez terminada la licenciatura en Matemáticas *cum laude*. La vida no les había regalado nada y no querían que nadie les arrebatase lo que tanto les había costado conseguir. Ni siquiera el fuego.

Susana fue quien empujó a Colás a viajar a California. En aquellos días, entre la muerte de su madre y su viaje truncado, ambos trazaron un plan a espaldas del vicerrector. Susana fue

sustituyendo todos los archivos de Colás por hojas inútiles: copias de trabajos de estudiantes, borradores, despojos varios del Departamento de Administración... El objetivo era una locura que no tenía vuelta atrás. Una vez que Colás hubiera llegado a Estados Unidos, su trabajo viajaría, dos días después, en un contenedor fletado desde el puerto del Musel mientras Susana cogía un vuelo para reunirse con él. Era una de las condiciones que el doctor Sinclair había aceptado sin rechistar: Susana sería su compañera de trabajo. No solo era una excelente matemática, sino que también dominaba el inglés mucho mejor que él. Pero todo el plan se había hundido para siempre en el fondo del río Nalón con las esperanzas de la joven pareja.

Mientras se acercaba a la facultad, Susana se miró en el reflejo del escaparate de una tienda para comprobar que no tenía cara de haber llorado. Se le hacía muy duro acudir cada día al trabajo teniendo que tragarse, ella sola, todo el dolor y la amargura de haber perdido al amor de su vida. Todo lo que le quedaba de él era su trabajo guardado en un montón de cajas en la academia Laplace y el sentimiento de culpa por haberlo animado a subirse, una fría mañana de invierno, al coche del que ya no saldría con vida.

6

Núremberg

Mayo de 1978

No se iba muy cómodo en las entrañas de La Viuda, pero tampoco se buscaba el confort en esos viajes, sino el sigilo. Don José Antonio Pedregal observó el gesto de su hija con preocupación.

—¿Estás bien, Mónica?

—Tranquilo, papá. Las náuseas son normales en esta etapa.

—Tu madre se pasaba los días vomitando contigo.

—La echo tanto de menos ahora.

—Yo también, hija mía. Yo también.

José Antonio cerró los ojos y guardó silencio para no molestar más. Era la primera vez que alguien le acompañaba en ese trayecto. Le costó mucho decidirse a invitar a su hija a bordo, más en su situación actual, pero el momento había llegado. Y no era para tanto, en el fondo. Una media hora desde su factoría de Avilés hasta la fábrica de barnices de San Esteban, para guardar el último secreto de una larga lista que comenzó el año en que todo acababa: 1945.

Fue en una cafetería a la orilla del Pegnitz, en Núremberg, cuando José Antonio se acercó a la mesa de Edgar Baxter con dos cafés para preguntarle por el reloj que llevaba en su muñeca. El norteamericano, con aroma a laureles de West Point y Harvard, había llegado a la ciudad alemana para los juicios que habría de celebrarse contra los colaboradores del Tercer Reich por crímenes de lesa humanidad. Su labor allí era la de ayudar al fiscal en la causa del conglomerado de la industria del colorante, el gigante químico conocido por fabricar el ominoso pesticida Zyklon B y ser la única empresa con su propio campo de concentración. El empresario español, sin embargo, no tenía ningún propósito aparente, aunque contaba con el mérito de caminar por una Europa encharcada de barro y sangre sin salpicar su elegante traje de lana gris. Este, susurrando en perfecto inglés, sorprendió a su futuro socio con revelaciones que no deberían estar a su alcance y una frase final que dejaba claras sus intenciones: «Está bien que algunos canallas paguen por sus atrocidades, pero el dinero no tiene la culpa».

Aquella invitación se quedó resonando en la mente de Baxter, que solo habría necesitado un gesto para hacer que detuvieran al tipo que le acababa de invitar a un café. Pero no lo hizo. Porque ya había tenido acceso durante semanas a una jungla de documentos, tiempo suficiente para encontrar vergonzosas relaciones comerciales entre las dos orillas del Atlántico que no dudó en ocultar a su jefe para no lastrar su futura carrera profesional. Así que dejó que siguiera hablando. El señor Pedregal sospechaba cómo iba a terminar todo: los rusos se quedarían todo lo

que hubiera en la parte soviética como botín de guerra. Los aliados desarmarían el tinglado, dividiéndolo en sus empresas originales, y poco más de una docena de directivos acabarían en prisión. La clave era quiénes se iban a poner al frente de los negocios en la posguerra y cuántas vergüenzas tenían que esconder. Nadie quería salir en una foto rodeado de cruces gamadas y José Antonio parecía tener álbumes llenos de esos trofeos. La propuesta era clara: mucha gente importante necesitaba que le hicieran un favor y pagarían por ello un alto precio, pero no con dinero, sino con más información. Y el español quería al norteamericano como socio para intervenir cuanto antes en el nuevo orden mundial.

Desde aquel día, Edgar y José Antonio se volvieron inseparables, pero guardando con cuidado las distancias. El estadounidense le pasó toda la información comprometida al español, que fue trazando con cirujana destreza un laberinto de contactos e influencias, una ingente cantidad de favores que habrían de ser devueltos con creces en la futura reconstrucción de Europa. Aquellos que se olvidaron de sus salvadores fueron entregados a los cazadores de nazis, gente poderosa con sed de venganza por haber sido marcados como bestias y hacinados en trenes camino del matadero, quienes supieron pagar con jugosos cotilleos a los que les ayudaron a seguir rastros. Y así fue corriendo la segunda mitad del siglo, que cambió un conflicto mundial por un mundo lleno de conflictos, donde muchos querían hacerse ricos sin que nadie conociera el origen de su éxito o sus pasiones más inconfesables. Favor a favor, foto a foto, documento a documento, nuestra extraña pareja fue construyendo un casino de intereses y vergüenzas donde ellos eran la banca. Claro está, un material tan comprometido necesitaba un lugar donde guardarse, una cueva del tesoro imposible de encontrar. De eso se encargó también José Antonio, pues vivía en una nación autocrática, mezcla de cuartel y de convento, cuyo líder, cómo no, tenía alguna que otra cosa que esconder.

Y no les fue mal. Levantaron sendos imperios cada uno en su tierra, aprovechando las crisis para crecer a costa de las desgracias de otros. El español se conformó con una boyante industria químico-farmacéutica implantada solo en el territorio nacional, pues el señor Pedregal no era muy amigo de viajar y alejarse de sus dominios. El norteamericano, algo más ambicioso, centró su actividad en el ámbito de la seguridad, paseándose con soltura entre las oficinas de Langley y el icónico edificio de cinco fachadas situado a menos de diez millas, materializando con el tiempo el sueño inalcanzable de cualquier feroz neoliberal: privatizar la defensa nacional. Su grupo empresarial, Dark Lake, comenzó abasteciendo al Departamento de Estado de todo tipo de medios, tanto humanos como materiales, para acabar extendiendo su influencia a los rincones más sensibles. En los últimos tiempos, había llegado a dotar de tecnología a la todopoderosa central de inteligencia a través de su hijo Edgar Jr. Otra generación ya y los Pedregal volvían a ayudar a los Baxter.

—¿Qué ha sido ese golpe, papá?

—Hemos llegado, Mónica. Ten cuidado con las escaleras.

7

La conjetura de Poincaré

—Nene, deja la guitarra ya y ven a echarme una mano a la cocina —le dijo Amanda a su hijo asomándose a la leonera de la música, que era como ella llamaba a la habitación donde Salva tenía todo su arsenal de guitarras, amplificadores y demás juguetes.

Salva posó con delicadeza sobre un soporte su Strato del 62, la guitarra de sus sueños. Si le hubieran dicho hace unos años que llegaría a tenerla, no se lo habría creído, a no ser por acertar la Primitiva. Pero nada era fruto de azar. Fueron toneladas de horas de estudio y trabajo, arrancadas a su juventud, para tener una selecta colección de guitarras y vivir en una buena casa rodeada de una extensa finca donde estaba a punto de comer con su familia y dos de sus mejores amigos. Para ser sinceros, el azar también había puesto su granito de arena cruzando a Tomás en su camino. Esa noche, él no iba a sentarse a la mesa con ellos: iba a casarse. Mientras ayudaba a su padre a colocar los platos en la mesa, se le vino a la mente el recuerdo del día que Tomás y él se conocieron, a finales del verano del 95.

Salva subía a clase, cuando decidió sentarse a liar un canuto en el enorme patio interior que formaban los edificios de nueva construcción entre la calle Fernando Morán y la avenida San Agustín. Las fachadas traseras de dichos bloques estaban surcadas por un laberíntico corredor de terrazas y escaleras que acababan desembocando en la entrada principal del Sanfer, apócope de San Fernando, el colegio donde Salva llevaba catorce años estudiando. Dos en preescolar, ocho en la EGB, tres de bachillerato... Ya debería haber terminado, pero COU tuvo que esperar. Se perdió el curso trabajando en el taller de coches con su padre, Víctor, sustituyendo a su tío Gerardo, que había estado de baja. Aún recordaba la cara de tristeza de su madre cuando le pidieron que dejara sus estudios en suspenso para ayudar a sacar el negocio adelante. Él, en cambio, aceptó encantado la tarea. Un año de desconexión, entre motores, lejos del ambiente clasista de colegio privado donde jamás había encajado. Un año jugando a ser adulto, con algo de dinero en el bolsillo, con más tiempo para ir a la academia de informática, cogiendo fuerzas para afrontar el último curso y la selectividad. Ahora sería como un repetidor, pero sin la carga moral de haber suspendido. Estaba ensimismado en sus pensamientos mientras le daba la última calada al porro. Aguantó el humo en los pulmones unos segundos y lo exhaló despacio, disfrutando de su sabor. Al mirar el reloj, comprobó aliviado que aún le daba tiempo a parar en el quiosco para comprarse un zumo. Le daba igual ir morado, pero no soportaba tener la boca seca.

Primer día de clase: un suave aterrizaje. Tras una breve presentación en el salón de actos, con la protocolaria lectura de las listas de alumnos de cada aula, iban a subirse en un autobús rumbo a Oviedo a visitar el campus universitario. Según la Dirección del centro, era una oportunidad

para que pudieran conocer de cerca las diferentes opciones académicas que les esperaban y, así, ayu darles a decidir qué carrera estudiar. Para Salva era un comienzo inmejorable: más de media hora en el bus en modo autista con su *walkman*, disfrutando de Urban Dance Squad, su grupo preferido. Durante el trayecto, fue intentando reconocer las caras de sus nuevos compañeros. Era increíble el muro que separaba a los alumnos de un curso con los del curso anterior. Parecía que fueran a otro colegio. Apenas le sonaba la cara de ninguno y casi podía asegurar que era el único repetidor del grupo. Pocas chicas en ciencias puras, creyó escuchar solo tres nombres femeninos en la lista, aunque tampoco había prestado mucha atención. Qué más daba eso, pensó sonriendo. Él era un paria, unapestado que no tenía amigos allí dentro y cuya presencia casi incomodaba al resto. Le encantaba ese papel. Se lo había forjado durante años de no participar en ninguna actividad que no fuera estrictamente académica. No había ido nunca a los campamentos de verano ni al viaje de estudios de tercero de BUP a Mérida. No le atraía la idea de aguantar a aquella gente fuera del horario lectivo.

La visita universitaria los llevó primero a conocer la Facultad de Químicas. Era una carrera que le atraía en cierto modo, sobre todo la idea de poder convertirse en un Albert Hofmann o un Alexander Shulgin, pero no pasaba de ser una ida de olla que le hacía gracia como la cara de profesor Bacterio que tenía el señor que les estaba enseñando las instalaciones y que casi le provoca una carcajada, la cual tuvo que acabar ahogando en forma de tos. Vaya hachís más cojonudo. De toda la visita, lo mejor llegó al final: la Facultad de Ciencias. En el mismo edificio se unían las carreras de Física, Matemáticas e Ingeniería Informática. Esta última era su objetivo. Siempre le había gustado la tecnología y todo el mundo decía que era una licenciatura con futuro. Se quedó extasiado al ver las salas llenas de ordenadores, todos con conexión a internet. Pero fue durante el paseo por la planta de Matemáticas cuando ocurrió lo que más le llamó la atención. Mientras la directora del Departamento de Topología les hablaba sobre las ventajas de estudiar su rama, uno de sus nuevos compañeros se quedó mirando los garabatos indescifrables que llenaban la pizarra. Tanto era el interés mostrado por el chaval que la mujer dejó de hablar y le preguntó, en tono de broma:

—¿Qué?, ¿ya habéis dado algo de eso en clase?

El chaval se giró despacio hacia ella sonriendo y le contestó con voz tranquila:

—No. En clase no tratamos de demostrar la conjetura de Poincaré para $n=4$. Eso ya lo hizo Freedman en el 86. Otra cosa sería que atacaran el caso pendiente de $n=3$, pero para eso se necesitaría un talento digamos especial.

Todos se callaron, excepto tres idiotas que se rieron entre dientes como si acabara de decir una estupidez. La cara de la mujer se quedó paralizada al escuchar la respuesta. Tras unos segundos se recompuso y le contestó:

—Es cierto. Es un repaso sobre algo ya descubierto que estamos haciendo con los alumnos de mi asignatura. Nadie ha conseguido, por el momento, demostrar el caso $n=3$. Pero hubo una persona aquí que podría haber sido capaz de hacerlo si hubiera tenido más tiempo. De hecho, esta aula lleva su nombre.

La profesora señaló en dirección a la placa que estaba en la pared, sobre el dintel de la puerta.

—Nicolás Granda. Fue profesor de este departamento. Yo fui su alumna. Falleció hace...

—Dieciocho años en un accidente de coche, junto con su hermana, María, y su padre, Salvador —respondió Salva desde el fondo, sorprendiéndose a sí mismo por haber abierto la boca.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la profesora, extrañada.

—Me llamo Salva por su padre. Soy su ahijado.

Tras la interrupción se creó un silencio incómodo que fue resuelto por el tutor del colegio señalando que ya era tarde y que deberían ir terminando la visita. La responsable de Topología se disculpó por haberse excedido en el tiempo y acompañó al grupo hasta la puerta. Salva sintió un poco de vergüenza por haberse señalado así delante de todos y salió cabizbajo intentando esquivar la atención, pero la profesora se acercó hasta él y lo apartó para decirle en voz baja:

—Vaya cómo pasa el tiempo. La última vez que te vi eras un bebé. Diles a tus padres y a Gerardo que Susana les manda un abrazo. Espero que estén bien. Hace años que no sé nada de ellos. Soy un desastre y siempre se me pasa llamarlos.

—Descuide. Están bien. Les daré recuerdos de su parte —contestó Salva.

Mientras se producía la breve conversación, el chico que había comenzado todo el lío esperó a una distancia prudencial. Una vez que terminaron, se acercó a ella y le dijo algo en tono confidente. Salva miró atrás por última vez antes de salir y vio cómo la mujer se quedaba en el pasillo con cara de incredulidad.

El tutor de la clase se dirigió al grupo y les indicó que tenían media hora para tomar algo en la cafetería de la universidad antes de subir al autobús. Salva se pidió un bote de Coca-Cola y una chocolatina para ver si recuperaba algo de glucosa y salió al jardín que rodeaba el edificio a tomar tranquilo su tentempié. Por el rabillo del ojo pudo ver cómo alguien se le acercaba. Era el de la conjetura.

—Hola. ¿Te importa que te acompañe?

—Para nada, Poincaré. Hay sitio de sobra —indicó Salva extendiendo la mano.

—Veo que ya me he ganado un apodo —sonrió el chaval.

—Yo soy Salva, aunque eso ya lo sabrás.

—Pues yo no soy Henri, como el matemático. Me llamo...

—Tomás Uría Pedregal —interrumpió Salva—. He oído tu nombre cuando pasaron lista en el cole.

—Vaya memoria que tienes.

—Es fácil, eres el hijo de la Pedregal y tu abuelo es, bueno, era... Lo siento —se lio Salva.

—Era don José Antonio Pedregal, el dueño del grupo Alkaloan. Gracias por el pésame. Dime, ¿qué escuchas? —atajó Tomás señalando los auriculares de Salva.

Este gesto dio paso a una fluida conversación sobre gustos musicales donde el mal llamado repetidor demostró tener gustos más modernos que el novato. El primero sorprendió a su compañero con la fusión de estilos del grupo holandés a los que calificó como los pioneros que inspiraron a Rage Against The Machine. El segundo sacó su reproductor, donde sonaba *Landlord*, una desconocida cara B de The Police que descolocó a Salva.

—¿The Police? Pues casi parecen más La Polla Records.

—Pero bien grabado —dijo Tomás con sorna.

—Meca, ahí viene el profesor a buscarnos. Creo que tenemos que arrancar.

Durante el viaje de vuelta, se sentaron juntos en la parte trasera del autobús. Salva se sentía cómodo hablando con su nuevo compañero, algo que hacía años ya no le ocurría en el colegio. Tomás no era como el resto de los alumnos y eso, para Salva, era una buena señal. Hablaba de forma pausada, reflexionando siempre antes de empezar, dándole importancia a cada palabra que decía. Daba la impresión de estar acostumbrado a tratar solo con gente mayor, pues se expresaba de una forma que no correspondía con alguien de su edad. Ambos se pasaron el camino de vuelta hablando de música como si estuvieran solos en el autobús, aislados de la gente que les rodeaba. Una vez llegados al colegio y tras el último recuento, subieron para conocer su aula y tomar asiento. El tutor hizo sentarse al grupo siguiendo el orden alfabético del primer apellido por columnas y el azar quiso que ambos quedaran a la misma altura hacia la parte de atrás de la clase. Salva sonrió mirando hacia Tomás al caer en la cuenta de esa situación, momento en que uno de sus nuevos compañeros, en un afán de hacerse el gracioso, aprovechó para susurrar al de al lado:

—Parece que Calculín ya tiene novio.

Salva, pese al ruido ambiental de sillas arrastradas, escuchó la frase con claridad. Tomás, en cambio, no parecía haberse enterado del chiste. El repetidor pensó por un instante en levantarse a por el gracioso, pero no era cuestión de buscarse tan pronto una expulsión. Iba a ser el año de la paciencia. Una vez que todo el mundo había tomado asiento, el tutor aprovechó para dar la lista de los profesores de cada asignatura y pasó a los alumnos una copia del horario lectivo. Tras la breve presentación sonó la sirena y se dio por finalizado el primer día del curso de COU 95-96. Tomás se quedó sentado mientras el resto se apuraban por salir. Salva hizo lo mismo. Parecía buena idea dejar que el rebaño se pusiera por delante y así evitar llevar a algún cotilla cuchicheando a la espalda. Juntos bajaron reanudando su charla sobre música.

—Una pregunta —dijo Tomás—, ¿tocas algún instrumento?

—Aporreo algo la guitarra, ¿y tú? —añadió Salva.

—Yo aporreo bastante la batería. Un día podrías venirte a mi casa para tocar algo juntos. Estoy cansado de practicar solo sobre mis discos.

—De cine, pero ¿tocas la batería en casa? —preguntó extrañado Salva.

—Bueno, en casa no. Tengo una especie de garaje para no molestar a nadie.

—¿Dónde vives?

—En Salinas.

—Yo en el Quirinal, ¿sabes dónde queda?

—Sí. Iba a la academia Laplace.

—¿Donde Peláez? —se extrañó Salva—. Nunca te vi.

—Siempre me daba clase a mí solo, fuera de horario. Cosas de mi abuelo, en paz descanse.

La conversación quedó interrumpida al llegar a la puerta principal del colegio. Tomás le hizo una seña para indicarle que le estaban esperando en un coche. Salva miró en la dirección en que apuntaba y vio a un tipo enorme vestido de traje negro salir de un Mercedes Clase S con las

lunas tintadas para abrirle la puerta a su nuevo amigo. Este se quedó un poco serio, como avergonzado por la situación, a lo que Salva respondió guiñando con una sonrisa cómplice, aceptando en aquel gesto la diferencia que había entre las realidades de ambos. Tras despedirse, sacó su *walkman* y se colocó los cascos para salir aislado del exterior. No había dado ni dos pasos, cuando sintió cómo alguien le tocaba el hombro. Al girarse vio a Tomás con el brazo extendido.

—Toma mi cinta. Son temas variados de diferentes estilos. Ya me dirás qué te parece.

—Gracias, tío —respondió Salva—. La voy a poner ahora para escucharla mientras bajo. Toma y llévate la mía para grabarla.

Volvieron a despedirse y Salva metió la cinta en su reproductor. Al darle al *play*, aún pudo escuchar los últimos compases del *Landlord*, de The Police. Tras un par de segundos de silencio comenzó a sonar otra canción. Era mucho más lenta, con marcado aire psicodélico. No tardó en reconocer la voz del cantante: David Bowie. Estaba claro que a Tomás le gustaba la música de los setenta. Miró el reloj y vio que todavía era temprano. Aún le daba tiempo a fumarse uno poco cargado antes de ir a comer. Aquella música lo estaba pidiendo a voces. Mientras volvía a adentrarse en el laberíntico patio interior, que tantas veces usaban él y sus colegas como refugio, recordó lo sucedido durante la visita a la Facultad de Ciencias. No le había preguntado a Tomás qué era lo que le había dicho a la profesora de Topología al finalizar la visita. Bien pensado, no hubiera sido prudente. Si se interesaba mucho por el tema, le daría pie a Tomás para preguntarle por lo de su relación con la familia de Nicolás Granda, el profesor fallecido, y eso era algo de lo que Salva no quería hablar. Aquel terrible accidente había supuesto un durísimo golpe para sus padres y su tío y, con el tiempo, se terminó convirtiendo en una especie de tabú. Es cierto que a Salva le gustaría saber un poco más de lo ocurrido en noviembre del 77, pero temía reabrir una herida que parecía no curar nunca.

Salva llegó al barrio algo más fumado de lo previsto. No tenía ganas de entrar en casa con los ojos tan rojos y tampoco había nadie con quién pasar el rato por la calle, así que picó a la puerta de su tío Gerardo, que le abrió con una sonrisa cómplice.

—¿Qué tal, paisano? ¿Estuviste soldando? —le preguntó su tío nada más mirarle a la cara.

—Un poco, y me debió de coger algo la eléctrica —respondió Salva siguiendo con la broma sobre su repentina conjuntivitis.

—Pasa, anda. Tengo algo de colirio por ahí. Vamos a ver si arreglas un poco esa avería antes de que vayamos a comer. Hoy subiré yo también con vosotros —le dijo al chaval dándole una fuerte palmada en la espalda.

Gerardo era el hermano de Amanda, la madre de Salva. Vivía en el mismo edificio justo debajo de ellos, en el piso que fue en su día el hogar de Colás, el malogrado matemático. Era veinte años mayor que Salva, por lo que, más que su tío, era su hermano mayor. Un poco más alto que su sobrino, Gerardo era un tipo fuerte, de pelo y barba oscuros, con una mirada penetrante de ojos marrones que podía cambiar en un instante de la amabilidad a la ira más virulenta. De carácter reservado y pocas palabras, no solía relacionarse con sus coetáneos del barrio y su vida

transcurría entre el astillero donde trabajaba y el garaje de su cuñado, donde le echaba una mano siempre que podía. Acababa de salir de una baja larga y dolorosa por culpa de un accidente de coche que le había tocado un par de vértebras lumbares y ya se encontraba ansioso por volver a la rutina.

—¿Qué, sobrino?, ¿cómo fue el primer día de clase? —preguntó Gerardo mientras le daba a Salva el colirio y un vaso de agua.

—Pues bastante bien. Fuimos a Oviedo a ver la Facultad de Ciencias y... —respondió el chaval dejando la frase incompleta.

—¿Y qué? —le animó su tío.

—Es que hablé con una persona que me dio recuerdos para ti y para mamá y papá. No tenía intención de decirte nada, pero...

—Viste a Susana, ¿no?

—Pues sí, pero no quería sacar el tema.

Gerardo se levantó y salió de la salita. Salva se quedó cortado por el gesto, pensando que la había fastidiado. Al poco volvió su tío con una foto en la mano.

—Tranquilo, es normal. Ya sabía yo que te acabarías cruzando con ella. Es una vieja amiga y, aunque no tengamos trato, la seguimos queriendo mucho. Mírala aquí —le dijo Gerardo mientras le daba la foto.

En la vieja instantánea salían seis personas: tres chicas y tres chicos. Enseguida reconoció a Susana pese a las gafas de pasta y el pelo recogido que no cuadraban nada con su estilo actual. A su lado, abrazándola, estaba Colás. Las otras dos parejas eran su tío Gerardo con María, la hermana de Colás, y Tony y Desi, los padres de su amigo Sagu. Estaban todos de pie, muertos de risa, posiblemente en verano.

—Hacía mucho que no miraba esta foto. Tú no la habías visto nunca —comentó Gerardo sonriendo.

—Qué va, tío. Vaya pandilla, ¿eh? —le respondió Salva. Luego se quedó pensando y añadió—: Pero ¿María y tú y la profe y Colás?

—Parece que ya pasaron mil años. De hecho, a veces pienso que fue hasta otra vida. Esto que te voy a decir ahora no puede salir de aquí, no se lo cuentes a nadie y menos a tu padre y a tu madre —le dijo al chaval con gesto serio.

Gerardo continuó explicando que la foto había sido hecha por un amigo reportero que solo les había dado copias a ellos. Fue un año antes de que todo se torciera. Colás ya era profesor en la universidad y estaba saliendo con Susana, pero, como era becario en su departamento, lo llevaban en secreto. Como María y Gerardo, que también se lo callaban por no montar un follón entre las familias. Y los otros eran los padres de Sagu, poco antes del desastre. A Desi ya se le notaba la barriga. De la foto solo quedaban dos personas, que decidieron tirar todo en un cajón para seguir adelante. El accidente había roto muchas vidas, casi hasta la del sargento de Muros, enfrentado con sus superiores por no incluir detalles en el atestado que él mismo les había dado. Y luego los rumores de la gente miserable del barrio sobre Víctor y los frenos del coche... Gerardo se detuvo.

—Lo siento —dijo Salva tras un silencio.

—No pasa nada. Ya te digo que fue hace mil años —respondió Gerardo.

Entonces Salva cambió de tema sacando la cinta de su *walkman* y poniéndola en el equipo de música de su tío. La rebobinó y le dio al *play*. Mientras sonaba, le fue contando lo de Tomás, el nuevo compañero de clase, y de cómo se habían conocido. Cuando llegó la canción de Bowie, a Gerardo le cambió la cara. Sin decir nada, se levantó y sacó un disco de la estantería de la salita, que estaba a reventar de libros y vinilos.

—Hoy es el día de las casualidades —soltó Gerardo sonriendo.

La canción pertenecía al álbum que sostenía en sus manos: *Low*. Una portada de fondo rojizo con la foto del músico inglés puesto de perfil. Había sido de Colás, de los últimos que había comprado. Ahora formaba parte de la herencia que había quedado en poder de Gerardo, que señalaba con sorpresa el buen gusto musical del nuevo compañero de su sobrino.

Salva estuvo a punto de añadir una cosa, pero prefirió no decir nada. Se percató de que su tío, al no saber inglés, no había caído en la cuenta de lo que significaba el título de la canción, *Always cras hing in the same car* (Siempre estrellándose en el mismo coche). Detalle macabro, teniendo en cuenta cómo habían muerto Colás y su familia. Tras escuchar un par de canciones miraron el reloj de la pared y se levantaron como rayos para ir a comer. Amanda ya los esperaba en el descansillo de la planta superior.

—Estaba a punto de bajar a buscaros, pareja —dijo simulando enfado.

Los dos entraron en casa esquivando las collejas que iba soltando la madre de Salva por el pasillo. Al llegar a la cocina, Víctor, el padre de Salva, ya estaba sentado a la mesa.

—Venga, par de dos, que se enfría la sopa —les dijo Víctor sonriendo.

Amanda terminó de servir la sopa y se sentó con ellos para empezar a comer.

—¿Qué tal la presentación? —preguntó la madre a su hijo.

—Muy bien. Nos llevaron a ver una facultad en Oviedo y hay un tío en clase con el que creo que puedo llevarme bien —respondió Salva mientras se quemaba con la sopa.

—¿Y cómo se llama ese chaval? —preguntó Víctor intrigado.

—Tomás. Tomás Uría Pedregal.

Salva no tenía pensado hablar tan pronto del nuevo compañero. Sabía que eran muy dados a querer conocer a sus amigos y eso podría resultar embarazoso, pero nombrar sus apellidos era la bomba de humo perfecta para no hablar del encuentro con Susana. Y el artefacto funcionó. Durante la comida y la sobremesa la conversación giró en torno al origen de Tomás, a lo raro que resultaba que fuera tan accesible siendo hijo de quien era, a la curiosidad sobre cómo sería la vida de alguien cuya familia era una de las más poderosas del país. Con el tiempo, acabarían encontrando respuestas a todas las preguntas, incluso alguna que hubiera sido mejor no conocer.

8

¿Empezamos desde arriba?

Sagu encendió la radio del todoterreno mientras conducía hacia la casa de su amigo Salva, donde habían quedado para comer. Al mirar el reloj, se dio cuenta de que iba muy justo de tiempo. Llevaba un rato hipnotizado con el ruido del motor V8 de su Mercedes y de las enormes ruedas devorando el asfalto, un sonido que le transmitía calma, quizás demasiada, así que subió el volumen de la música para espabilar. Tenía que ser una broma. Esa canción. La primera canción que había tocado junto a Tommy. No son casualidades: son señales.

Se acercaba el invierno del 95 cuando Sagu conoció a Tomás en el local de ensayo. Apareció una tarde acompañando a Salva, que llegaba acelerado como siempre, tirando la funda de la guitarra en un viejo sofá. Mientras este iba conectando el amplificador y desenredando un montón de cables, Sagu practicaba la línea de bajo de *Walkabout*, el último tema de los Chili Peppers que iban a añadir a su lista de versiones. Faltaba aún por llegar Andy, el batería, pero poco importaba ya. En breves se mudaba a Mallorca y con él las ilusiones de formar una banda. Por eso Salva quería traerse a uno de su clase que decía saber tocar la batería. Sagu se mostró reacio en un principio a incluir en la banda a un extraño. No le hacía gracia que pudiera enterarse de que vendía chocolate. Así que, cuando Tomás se acercó para presentarse dándole la mano, Sagu le devolvió el gesto con una mezcla de seriedad y de desconfianza.

Afinada la guitarra, Salva se unió a Sagu. Ambos llevaban unos compases de la estrofa, cuando una voz les hizo girarse. Tomás se había sacado unas baquetas de la mochila y estaba sentado a la batería.

—¿Empezamos desde arriba?

A Sagu se le escapó la risa al ver cómo agarraba la baqueta con la mano izquierda hacia dentro, como si fuera Buddy Rich. Salva le hizo un gesto con la cabeza en señal de aprobación y Tomás marcó cuatro golpes en el aire para comenzar. Tras unas notas del bajo en solitario, el crío se metió con un tremendo golpe de caja, justo a tiempo con el *riff* de Salva. Según avanzaban los compases, los dos amigos no daban crédito a lo que veían. Tomás estaba clavando cada uno de los redobles y adornos de la compleja introducción como si se tratara del mismísimo Chad Smith. Iba tan sobrado que se permitía añadir algunos golpes extra en el *ride*. El niño lo tenía todo: ritmo, precisión, dinámica y recursos para parar un tren. La timidez con la que había entrado en el local de ensayo salió volando en pedazos. Estaba en trance y los otros no hacían más que sonreír con el espectáculo. No fue hasta el final de la canción cuando se dieron cuenta de que Andy se hallaba de pie en la puerta, boquiabierto, con otro tío que pronto se acercó para saludar a Tomás.

—¡Qué sorpresa, Tommy! ¿Qué haces aquí, destrozándole la batería al pobre Andy?

Quien le hablaba a Tomás mientras se fundía con él en un abrazo era Tino, uno de los mejores baterías de España, viejo amigo del padre de Andy de los tiempos en que habían estado juntos en una banda local. Casualmente, Tino había dado clases particulares a Tomás por mediación de Peláez, el dueño de la academia Laplace.

—¡Qué casualidad! Veníamos justo hablando de ti, Tommy —continuó Tino mientras le daba lumbre a un peta que tenía medio apagado en la comisura de los labios—. Le decía a Andy que conocía a un chavalete de Salinas que metía miedo de cómo tocaba y que tenía que ponerme en contacto con él a ver si se animaba a sustituirle. Y mira tú por dónde aquí tienes la prueba. Por lo visto, tu vieja Tama le va bien. Quizás se anime a comprártela —añadió mientras señalaba la batería en la que estaba sentado Tomás.

—Todo depende de si ellos me quieren a bordo —respondió Tomás mirando hacia Salva y Sagu.

Ambos se apartaron a hablar en voz baja, en una rápida negociación en la que Salva trataba de convencer a Sagu, aún receloso sobre la inclusión del chico en la banda. Mientras tanto, Andy intentaba cerrar la venta de su batería para financiar la mudanza.

—Pues la verdad que ya tengo una Tama, pero me interesa hacerme con la tuya para poder dejar la mía en mi casa. Es un poco especial y no quiero andar moviéndola —le comentó Tomás a Andy.

—Un poco especial, dice. El capullo tiene el *Blue Kit* de Stewart Copeland en su garaje. El de la gira del *Synchronicity* —dijo Tino, riéndose y tosiendo.

—¿Una réplica? No sabía que la habían sacado —preguntó Andy.

—Nada de réplicas. Tiene la batería de Stewart Copeland —le contestó Tino.

Andy se empezó a reír al tiempo que Tomás parecía ponerse rojo de vergüenza. Mientras, Salva había convencido a Sagu de aceptar al nuevo batería. Meses después, Sagu descubriría que Tino no les estaba vacilando con lo del chaval. Tenía en su garaje la batería de Stewart Copeland montada al lado de una foto con el mismísimo integrante de The Police, tomada durante la subasta benéfica donde el abuelo de Tomás había adquirido el famoso *Blue Kit* por ciento veinticinco mil dólares para regalárselo a su nieto. Ese era el nivel del nuevo miembro de la banda, que tras su pinta de inocente empollón guardaba más sorpresas que la fábrica de huevos Kinder.

9

Es pronto para Lovecraft

Durante los preparativos de la boda de su hijo, Mónica no se había alterado lo más mínimo. Estaba acostumbrada a llevar varios asuntos a la vez, a lidiar con apretadas agendas. También su elevada posición social le hacía más de la mitad del trabajo a la hora de exigir la excelencia de cualquier profesional que trabajara para ella. Y eso que no había sido nada sencillo organizar un evento tan importante en solo seis meses. Ella fue la primera sorprendida por la premura de su hijo en colocarse el anillo en su anular. Solo un año entre el inicio de la relación y el enlace o, mejor dicho, entre que ella se había enterado de la relación y el enlace. Pero ahora que veía cómo le probaban el traje para los últimos retoques antes de la ceremonia sintió un nudo en el estómago, algo inusual en ella. Sí, Mónica Pedregal, la emperatriz de la industria químico-farmacéutica, empezaba a ponerse nerviosa. Mientras Tomás se enfundaba en su frac, los ecos de una canción lejana, proveniente de las pruebas de sonido en los jardines del castillo que se había comprado la futura pareja, se colaron por las ventanas. Eran los primeros compases del *Message in a bottle*, de The Police. Aquella melodía la transportó al momento en que Tomás empezó a comportarse como alguien de su edad. Podía recordarse con claridad contándoselo a su amiga Cecilia, un viernes por la tarde, de los muchos que iba a buscarla a su casa para salir a cenar juntas, a principios del 96.

La entrada de Cecilia había sido, como siempre, espectacular. Un delgado torbellino de palabras y gestos, con su larga melena de rizos rubios que se sacudían como si llevara siempre unos ventiladores escoltándola. Impecable, con un vestido Gucci de manga larga, corte por encima de la rodilla y escote en pico ceñido por un fino cinturón de piel, iba subida a unos zapatos de color rojo brillante que realzaban sus ya esbeltos ciento setenta y cinco centímetros de altura. Enormes ojos azules, sonrisa a juego y nariz aguileña, era la expresión pura de la energía, una mujer de más de cuarenta años que se negaba a abandonar la treintena. Mientras tanto, Mónica descansaba en el otro plato de la balanza. Enfundada en una falda de Valentino y una camisa de seda del mismo diseñador, su altura era el único parecido que guardaba con su amiga. Bien podría haberse apellidado Bellucci, todo azabache en su melena y su mirada. Llena de serenidad y medida, como si caminara en un plano filmado por Michael Curtiz, cada paso que daba parecía contar con la aprobación por escrito del anterior. Ambas salieron de la casa y cruzaron el jardín hasta el garaje, donde Tomás tenía montado su búnker. Sobre la segunda de las dos puertas que había que cruzar para entrar al estudio, una luz verde indicaba que no se hallaba en proceso de grabación y que, por lo tanto, se podía pasar sin riesgo de molestar. Una vez que entraron, no pudieron evitar taparse los oídos para amortiguar el volumen. En ese mismo

instante, se hallaba sentado a la batería, vestido solo con un pantalón corto y unos playeros viejos, tocando sobre el *Message in a bottle*. La canción ya estaba en su estribillo final y el chico parecía haber entrado en trance. Una vez que el tema dejó de sonar, todavía se recorrió la batería en una serie de redobles imposibles para terminar dejando caer las baquetas en el suelo de pura extenuación. Cogió la botella de agua que tenía a su lado y le dio un buen trago.

—Sé que va a sonar mal, pero tu hijo está como un tren —murmuró Cecilia.

—Se parece a su madre —respondió Mónica con orgullo.

Tomás se giró sobre su banqueta y saludó con un gesto a su madre y a la amiga de esta. Disculpándose, se puso la camiseta que tenía tirada a su lado y se levantó para saludar.

—Perdón por las pintas. No me acerco mucho porque estoy sudando —comentó Tomás con la respiración algo alterada.

—Déjate de chorradas y dale un beso a la tita Ceci, chaval. Mira lo que te he traído de Camden.

Tras darle un abrazo a Cecilia, hizo lo propio con su madre y se dispuso a abrir su regalo. Los ojos se le iluminaron al ver el color amarillo chillón de la funda del vinilo.

—No puede ser. ¿Es de la época? —preguntó Tomás.

—¿Cómo de la época? Es de la primera edición, cariño. Me ha costado un triunfo encontrarlo. El *Never Mind the Bollocks*, de octubre del 77. Aún recuerdo cómo me horrorizaban de aquella los Sex Pistols. Ahora me hacen sentir nostalgia —respondió Cecilia con un suspiro.

—Muchas gracias, tita. No tenías por qué molestarte —le contestó Tomás, abrumado.

—Lo que sea por verte sonreír, mi niño. Tu madre me ha contado que te has hecho amigo de un nuevo compañero de clase. Por fin has encontrado a alguien digno de tu interés. Eso merece mesa y un mantel para que me pongas al día, así que dúchate, que te vienes con nosotras a cenar —dijo Cecilia dejando claro que no aceptaría un no por respuesta.

Mónica se sintió aliviada al ver cómo su hijo aceptaba la invitación de buena gana. Estaba muy contenta con los cambios que veía en las últimas semanas. Tomás era un chico buenísimo, pero también muy especial, lo cual siempre había preocupado a su madre. Ya desde el parto había sido diferente a los demás. Imborrable en su recuerdo el llanto desesperado durante los primeros días, aquella expresión de miedo inaudita en el rostro de un recién nacido; lo duro que había sido para ella ver que su abrazo no conseguía consolarlo. Tampoco fue fácil que los meses pasaran sin que el pequeño esbozara la más mínima sonrisa. Aprendió muy pronto a andar y a señalar lo que necesitaba, pero no jugaba ni mostraba interés por su entorno. Tardó en comenzar a hablar y cuando empezó a hacerlo sus expresiones eran escuetas, muy secas. Lo habían llevado a varios especialistas, preocupados por su desarrollo mental. Uno llegó incluso a diagnosticarle autismo, cosa que encolerizó a su abuelo José Antonio, de tal manera que hizo que su guardaespaldas lo sacara de casa como a un delincuente. Tras aquello se llevó al niño de apenas tres años a su biblioteca y lo sentó a la mesa abriéndole un libro cogido al azar. Con cariño le dijo al pequeño:

—Venga, Tomás, no tengas miedo. Yo sé lo que vales. Ahora, por favor, no te avergüences. Muéstrales quién eres.

Tras unos segundos mirando a su madre, como quien está a punto de declarar en un juicio, el pequeño Tomás fijó su vista en el libro y comenzó a leer con voz pausada:

—«Al inicio de la tarde, en las primeras horas del crepúsculo vespertino, veinte policías salieron en dos carruajes y un automóvil, guiados por el aterrado colono».

Mónica se quedó helada, al igual que su marido, Cristóbal. Ambos miraron a José Antonio con recelo, como si todo fuera una especie de broma de mal gusto. Pero este volvió a abrir el libro por otra página y el niño volvió a leer sin ningún esfuerzo. Mónica cerró el libro con suavidad y le dijo a su hijo:

—Es pronto para Lovecraft. Ya te buscaré lecturas más amables.

Ese día comprendió lo especial que era Tomás. Había aprendido a leer él solo gracias a los *Cuentacuentos*, unos fascículos que le compraban y que venían acompañados de cintas de casete, permitiendo seguir la lectura mientras se oía la narración. Ese fue el principio de su inagotable sed de conocimiento que solía saciar, siempre que podía, en la biblioteca de su abuelo materno. Sus juguetes eran los libros, entre ellos era feliz. En la mañana de Reyes del 83, en el salón de la mansión de José Antonio, cuando tenía poco más de cuatro años, su padre se mostró enfadado por la indiferencia que el niño había mostrado hacia un balón de fútbol que se acababa de encontrar a los pies del árbol.

—Pues deberías jugar un poco y dejar de leer tanto —le había soltado su padre con desdén.

Tal fue la mirada que José Antonio dirigió a su yerno que este no volvió a hacer un comentario así en la vida. Para salir de la incómoda situación, Mónica sentó a su hijo sobre su regazo, frente al piano que presidía la estancia, y lo invitó a probar. Él comenzó a pulsar teclas, curioseando de oído hasta encontrar una secuencia de notas con sentido, el principio de una sencilla melodía. Mónica reconoció emocionada el comienzo de *Life on Mars*. Su hijo estaba reproduciendo la voz de Bowie. Al mirarlo, vio cómo los ojos de Tomás se llenaban de lágrimas. Ella lo abrazó con fuerza y le dijo al oído:

—Vas a conseguir todo lo que te propongas en la vida. No te sientas mal por ser así. No tienes por qué ser como los demás. Olvídalos. Tú eres mejor.

A partir de aquel día la música se convirtió en el lenguaje entre ellos. A los seis años ya dominaba el piano, luego fue la guitarra y terminó por encapricharse con la percusión, que, aunque al principio no era del agrado de Mónica, pronto se reveló como una buena manera de canalizar la rabia que el muchacho llevaba dentro. Preo cupada por la falta de interés que mostraba ante los deportes, consiguió que recibiera clases de defensa personal de Pedro.

Pedro era el encargado de la seguridad de la familia, algo más que un simple guardaespaldas. Llevaba desde joven al servicio de los Pedregal y era prudente y celoso hasta el extremo. Su aspecto físico ya cumplía la mitad del trabajo. Tenía la cabeza afeitada y su coronilla, terminada en cúspide, se separaba del suelo ciento noventa y dos centímetros. Un traje negro, siempre negro, cubría sus ciento veinte kilos sin ceñirse demasiado a él, para permitirle agilidad en sus movimientos, que podían ser muy veloces a pesar de su enorme envergadura. Cinturón negro tercer dan de judo, también era muy diestro en el uso de los puños, del cuchillo que guardaba en la cara interior de su tobillo izquierdo y del Smith & Wesson Bodyguard calibre 38 que descansaba en su costado. No era un tipo al que quisieras enfadar ni siquiera mirar demasiado a los ojos. Solo asomaba en él un mínimo atisbo de ternura cuando hablaba a solas con Mónica.

Para él era como su hermanita pequeña, como la flor más preciada y delicada de su jardín, que por lo demás era un solar repleto de espinos. No tenía familia, pues al poco de nacer había sido abandonado en la cancela de un convento. Fue educado con firmeza por las clarisas, que observaban con temor su temprano desarrollo físico. Llegado a la mayoría de edad, un sargento de la Legión, hermano de la madre superiora, se lo llevó con él a Ceuta, donde cumplió el servicio militar. Fue este quien lo inició en la disciplina del judo, que siguió practicando en Asturias una vez que regresó de su compromiso con la patria. Debido a sus cualidades y a una carta de recomendación que traía de su paso por el Ejército, fue contratado por José Antonio, el padre de Mónica, para sustituir a su anterior jefe de seguridad, que ya se hallaba próximo al retiro. Pronto se convirtió en hombre de confianza del patriarca de los Pedregal debido a su discreción, a su dedicación absoluta y a su extraordinaria competencia. Nunca dejaba nada al abandono del azar. Así pues, Mónica se hallaba doblemente tranquila con el trato: el chico hacía ejercicio físico en un entorno seguro y se preparaba para que los abusos del colegio no se burlaran de él.

La relación con su padre, Cristóbal, había sido algo más complicada. Este no parecía aceptar el carácter poco convencional de su hijo, pero encontró con el tiempo un extraño lugar común: las armas. Si bien nunca había conseguido llevarle a cazar —Tomás se sentía asqueado con la idea de matar un animal—, acertar en una diana sí parecía resultarle divertido. Así, el club de tiro se convirtió en el único lugar donde se podía ver a padre e hijo disfrutar de algo juntos. En cambio, con su abuelo todo era distinto. Le encantaba ir a su casa a curiosear en su biblioteca y acompañarle cuando podía a su trabajo.

José Antonio Pedregal, en quien bien se podría haber inspirado Uderzo para dibujar a su Julio César, era una figura omnipresente en las factorías del grupo Alkaloan, no un dueño ausente y lejano. Disfrutaba visitando por sorpresa los centros de producción acompañado de su nieto para, según él decía, acostumbrarlo al negocio y la toma de decisiones. Pero todo eso era demasiada madurez para un crío.

Es por eso por lo que a Mónica le hacía tanta ilusión que Tomás pudiera tener al fin un amigo de su edad, tras toda una vida tratando con adultos. Durante la cena, se quedó embobada escuchando cómo su hijo hablaba del tal Salva, de que tocaba la guitarra y de que practicaba boxeo. Al parecer, era un chaval de barrio, muy lejos de su estatus social, pero eso casi le parecía una ventaja a ella, asqueada como estaba de la gente de cierta posición que solo se arrimaba a los Pedregal con afán de medrar a su sombra. De pronto, Cecilia interrumpió robándole una idea de la cabeza:

—Pues a ver cuándo lo traes un día y nos dais un concierto.

Tomás miró a su madre esperando la aprobación y ella le contestó con entusiasmo:

—Claro que sí. Por fin algo de armonía para acompañar tanta sección rítmica.

Y los tres rieron mientras el camarero llegaba con los postres.

10

Un, dos, tres y...

Salva terminó de poner la mesa con su padre y miró el reloj intranquilo. Ya pasaban de las dos y media y no tenía noticias de Sagu. Casi al instante sintió cómo su teléfono móvil vibraba en el bolsillo. Era el guardia de la puerta de su finca para anunciarle que su amigo acababa de llegar. Con un escueto «vengo ahora», salió la cocina y se fue corriendo a la puerta principal. Allí se topó con su colega aparcando el enorme todoterreno al lado de los otros coches. Venía con la música bastante alta y, al abrir la puerta, la voz de Chris Cornell aullando el estribillo de *Black Hole Sun* le sacudió los tímpanos.

—¿Qué pasa, socio?, ¿habrá manera de conseguir una Mahou fría por aquí?! —gritó Sagu abriendo los brazos como un oso.

—¿Dónde andabas metido? Apaga ese trasto y vamos para adentro —respondió Salva mientras se daban un abrazo de esos que te luxan tres costillas.

—Vaya temazo. Este cayó en el concierto del náutico, ¿te acuerdas?

—Hoy toca nostalgia, amigo. Venga, vamos a tomar una rápida antes de que mi madre me reclame otra vez para la cocina.

Los dos amigos se fueron directos para la habitación de las guitarras y, al hilo del tema de Soundgarden que venía escuchando Sagu, se pusieron a recordar el concierto de fin de curso que dieron en el club náutico, a comienzos del verano del 96.

Si el primer día del COU le hubieran ofrecido aquel final, Salva lo habría firmado con su propia sangre. Su familia no cabía en sí de gozo. Había sacado todo notables y sobresalientes y una de las notas más altas en el examen de selectividad del colegio. La más alta de todas, al parecer no solo del colegio, sino de toda la región, había sido para Tomás. Tommy, como ya lo llamaban en la pandilla del barrio, era en gran parte responsable del momento tan dulce por el que Salva estaba pasando. Al principio, Salva se sentía un poco agobiado por la insistencia de Tommy en que se esforzara más en sus estudios. En alguna ocasión, le llegó a recriminar su actitud diciéndole que resultaba más pesado que sus propios padres. Pero fue Sagu, contra todo pronóstico, quien animó a Salva a seguir los consejos de su nuevo amigo. Una tarde, mientras esperaban a que Tomás llegara al local de ensayo, Sagu, que siempre había sido como un hermano para Salva, le abrió los ojos con respecto a su futuro.

—Mira, Salva, tú no eres como los demás. Ni como yo. Tú eres mucho más inteligente que la media y, aunque sea un pesado, Tommy tiene razón. Vale, al principio no lo tragaba, pero parece buen chaval. Raro, pero buen chaval.

Sagu animó a su amigo a aprovechar la oportunidad que tenía delante. A cambiar fiestas y

tiempo en el barrio por un futuro con una vida mucho mejor. También le confesó en secreto una oferta que había recibido. Era un puesto de confianza, relacionado con la seguridad. Su paso por el Ejército, cuando hizo la mili como fusilero en los regulares, y sus años practicando *jiu-jitsu* lo convertían en candidato. Eran buenas oportunidades para los dos.

Las palabras de Sagu calaron hondo en Salva, más que todas las de Tommy hasta el momento, e hicieron que se pusiera las pilas. Tras las notas de la primera evaluación su padre, Víctor, estaba tan contento que le dejó las llaves de un viejo Ford Fiesta para que pudiera ir a Salina con Tomás. El año fue duro, pero estudiar con Tommy era una maravilla. El tipo, una enciclopedia andante, no solo sabía un montón, sino que también era un genio explicando. Además, su «garaje» era una pasada. Tenía una especie de pequeño hogar montado en el jardín de la casa de sus padres que le daba independencia. Totalmente aislado para no molestar ni ser molestado, el espacio estaba muy bien aprovechado. De entrada, parecía una mezcla entre un aula, por la pizarra, la estantería llena de libros y una gran mesa de estudio con ordenador, y un estudio de grabación. Allí estaba la batería, con la foto de Stewart Copeland colgando de la pared. Salva se quedó flipando la primera vez que la vio mientras Tommy le explicaba la historia casi avergonzado. Al lado de la foto tenía colgados un bajo Fender Precision, una Strato y una Les Paul y debajo un par de amplificadores, uno para el bajo y un Fender Princeton para las guitarras que sonaba como los ángeles. Cada vez que tocaba allí y luego se iban directos al local de ensayo le apetecía meterle fuego a su Crate. El resto de la estancia la ocupaban un pequeño baño, una cocina con lo justo y un altillo con cama. Por allí no solía ir nadie a molestar. Como mucho, la empleada del hogar a llevarles la merienda y, en alguna ocasión, Mónica, la madre de Tommy. La primera vez que la vio, Salva se quedó de piedra. Parecía muy joven para ser la madre de su amigo y era tan atractiva que resultaba intimidante, quizás también por su posición. Tomás siempre se dirigía a ella como «madre», cosa que a Salva le sonaba a posguerra, pero no era para nada distante en el trato. Se mostró amable con él desde el mismo día que lo conoció, todo lo contrario que su marido, Cristóbal, que era un engreído de los que no te miran al hablar. Tomás jamás lo nombraba e incluso parecía tenso en su presencia. No le tenía miedo, más bien asco, aunque quizás fueran imaginaciones suyas. ¿Cómo le podía tener asco a su padre?

Entre aquel garaje y el local de ensayo donde se reunían con Sagu, se fue fraguando una amistad que al final del curso los volvería inseparables. Tommy fue entrando poco a poco en el universo de Salva, conociendo a sus amigos, yendo a veces al barrio con ellos. Si bien en principio no parecía encajar, pues no fumaba ni siquiera tabaco ni le daba un trago a una litrona, tampoco se hallaba tan fuera de lugar como se esperaría de alguien de su clase. Tenía una forma rara de hablar, como de persona mayor, pero ese detalle unido a la cantidad de cosas que sabía de los temas más dispares hizo que causara gracia entre los integrantes de aquel grupo de hienas salvajes. Una vez que se soltaba, Tommy tenía un agudo sarcasmo que en ocasiones hacía que no supieras si estaba bromeando o estaba definitivamente loco. De forma natural, se fue integrando en la pandilla. En cambio, la manera en que Salva y Sagu se presentaron en el universo de Tommy fue mucho más épica.

Superada la selectividad, la flor y nata de Avilés tenía por costumbre celebrar una cena en el club náutico para agasajar a los hijos de la élite local que habían superado la prueba. El evento era una ocasión de oro donde la juventud exhibía su recién alcanzada madurez y sus papás y mamás hacían lo propio con sus galas. Era costumbre que, tras la cena y la entrega de algún que otro premio de excelencia académica, hubiera un concierto donde los chicos pudieran disfrutar y soltar adrenalina y otras hormonas mientras sus progenitores se ponían ciegos en la barra libre de primeras marcas. La casualidad, o una estrategia perfilada durante meses por Tommy, hizo que se le brindara al trío de amigos la oportunidad de ser la banda que diera el concierto de esa noche. Lo que al principio resultaba una locura, que se había encontrado con la negativa frontal de Salva y Sagu, acabó con los tres vestidos de esmoquin en un pequeño cuarto tras el salón principal del club afinando los instrumentos.

—Tommy, por favor, ¿me puedes explicar una vez más qué hacemos disfrazados de pingüinos en el náutico? —preguntó Sagu mientras calentaba los dedos sobre el mástil del Fender Precision que Tomás había traído para la ocasión.

—Lo siento, Sagu, pero fue cosa de mi madre —respondió Tommy con una risa nerviosa.

—Y luego la tuya convenció a la mía para que nos los arreglara y, las cosas como son, nos quedan de vicio —añadió Salva poniéndose en pie.

—Recordadme a la salida que os dé una paliza —susurró Sagu entre dientes.

Uno de los camareros entró para decir que podían salir cuando quisieran, a lo que los tres respondieron levantando el pulgar. Antes de entrar en el salón, repasaron el orden de las canciones. Tommy había hablado con los organizadores sobre los detalles de la actuación, tanto a nivel técnico como de contenido. Lo primero corrió a cargo de una persona de confianza de Tomás, dueño de la tienda de instrumentos donde compraba todo su equipo. Lo segundo tuvo algún tira y afloja inicial, pero, tras sondear los gustos mayoritarios de los asistentes, se quedó en un equilibrio entre pop y *rock*, de Mánchester a Los Ángeles, haciendo escalas en Londres y Seattle con algún clásico de los setenta. Como concesión, un par de piezas para que los papás y las mamás se animaran a saltar a la pista. Así pues, llegó la hora de la verdad.

Para que el recibimiento no fuera frío, Salva había tenido la idea de subir el volumen de la música ambiente poniendo el *Get up, stand up*, de Bob Marley. Así, mientras sonaba la conocida melodía del artista jamaicano, las luces bajaron su intensidad y los tres se subieron a la tarima donde iban a actuar. Conectar instrumentos, par de golpes a las cuerdas, otro par a la batería, chequear micros, Tommy hizo un gesto a su colega de la tienda para que bajara la música de fondo. Salva se quedó mirando al final de la sala y se llevó una enorme sorpresa al ver a sus padres y a su tío allí. Parecía que Mónica los había convencido al fin para ir al concierto. Los saludó con timidez y ellos le devolvieron el saludo sonriendo. La garganta se le volvió arena y casi se vació media botella de cerveza para poder pasar el trago. Luego miró a Sagu y a Tommy y asintió en señal de estar listo. Sagu, quien cantaría la mayoría de las canciones, parecía más tranquilo que un ocho. Sus pupilas de búho indicaban algún truco químico en su desinhibición. Tommy apretaba los dientes y movía el cuello, como si estuviera a punto de subirse a un

cuadrilátero. Pues no había más que decir. Arrancaba el concierto con *Message in a bottle*, de The Police. Quién dijo miedo. El batería puso las baquetas en alto y marcó la entrada.

—Un, dos, tres y...

Tras los primeros compases y notando las manos un poco frías, Salva tuvo que aplicarse a conciencia para arpeggiar los acordes de novena tras el endiablado ritmo de Tomás. Quizás fruto de los nervios, llevaba un tempo de locos y Salva aprovechó el *break* tras el primer estribillo para girarse hacia él y pedirle que levantara el pedal. Tommy sonrió excusándose y les dio un poco de cuartel en la siguiente estrofa. Así, más calmados, consiguieron llegar al final del tema sin meter mucho la pata. La verdad que les había sonado todo de cine allá arriba, tanto que no se acordaron de que tenían público. Todo el mundo se puso a gritar y a aplaudir de tal forma que los tres se quedaron cortados. No eran conscientes aún de lo bien que lo hacían. Salva volvió a buscar en el fondo a su familia y los vio aplaudiendo mientras su madre era felicitada por Mónica en señal de enhorabuena. Aquello lo llenó aún más de moral que todos los aplausos. Sus padres y su tío lo estaban gozando. Trago de cerveza y a seguir.

Una tras otra, las canciones fueron sacando al resto de los jóvenes a la pista. Green Day, The Clash, Bad Religion, Blur, Alice in Chains, Suede, todos sonaban bien en las manos y las gargantas de los tres amigos, que estaban disfrutando como locos encima de las tablas. Bajaron el tempo para que la gente pudiera descansar con el *Black Hole Sun*, de Soundgarden, que acabó con un Sagu desgarrado, gritándole al micro como si se le saliera el alma. A Salva le pareció hasta que se le caían las lágrimas por las mejillas. También hubo un momento especial en el que Mónica se sentó al piano para cantar el *Don't look back in anger*, de Oasis. Sagu se había negado a interpretar aquella canción y, como era una de las peticiones de los organizadores, Tommy decidió comentárselo a su madre, que no se lo pensó ni un segundo. Y tras esta balada para las parejas, les tocaba bailar a los papás y las mamás. Le habían dado muchas vueltas a aquella elección y fue Sagu quien encontró la clave. El *Waterloo*, de Abba, en versión de Los Enemigos, cantado por la voz rota de Salva. Con aquello se cayó la sala abajo. Los mayores, cargados de alcohol y quién sabe si alguno de algo más por sus visitas furtivas al baño, se pusieron a bailar como en un guateque poniendo roja de vergüenza la cara de algunos de sus hijos que se apartaban horrorizados. Alargaron el tema invitando a alguno de los presentes a subirse al escenario, en lo que fue la catarsis total. Después de tal subidón, Sagu se vio fuerte para meter la broma. Él inició la característica melodía con su bajo y Tommy y Salva le siguieron entre risas. Era una broma muy personal, que solo ellos y el dueño de la tienda de instrumentos, vasco de nacimiento, pudieron disfrutar. El tema no era más que una versión del *Chatty Chatty*, de Toots & The Maytals, que habían grabado Kortatu en los ochenta. La letra, cantada por Sagu en un euskera bastante aceptable, trataba sobre dos presos condenados por pertenencia a banda armada, que se habían fugado del penal de Martutene en unos altavoces tras un concierto. El ritmo *ska* mantuvo a todo dios bailando en la pista, entre ellos el comisario, lo que hizo que a Salva casi le diera un síncope. Si el fulano hubiera sabido lo que decía Sagu, los habrían sacado de allí a toletazos.

El concierto terminó tras dos bises de obligado cumplimiento. *Smells like teen spirit*, de

Nirvana, y *Give it away*, de los Red Hot Chili Peppers, terminaron de aflojar todas las corbatas y llenaron de sudor las espaldas de los que aguantaron en la pista hasta el final. Una vez recibida la ovación, se retiraron al cuarto donde tenían su camerino como unas estrellas del *rock*. Allí se abrazaron y recibieron el cariño de la familia de Salva y de los padres de Tomás. Pero la noche era joven y no había hecho más que empezar. Antes de abandonar la fiesta de fin de curso, el trío se fue a tomar algo a la barra con sus familias. Por una parte, Salva se quedó hablando con sus padres y los de Tommy. En la conversación, se trazaron las líneas de cómo sería el primer año de universidad para los dos amigos. Por otro lado, Sagu parecía muy entretenido hablando con Cecilia, la amiga de Mónica, cosa que no parecía gustarle mucho a su marido, Aurelio, fiscal del Tribunal Superior de Justicia de Asturias, que miraba con recelo mientras conversaba con el director del club náutico. Pero lo que más sorprendió a Salva fue el encuentro de Tommy con Gerardo. Acababan de conocerse y llevaban un buen rato charlando, cuando vio cómo su amigo le daba un abrazo con los ojos llenos de lágrimas. Gerardo le correspondió sorprendido y miró a Salva, que encogió los hombros sin entender lo que estaba sucediendo. Entonces Mónica se acercó a Salva y le dijo al oído:

—Nunca lo había visto tan emocionado como hoy. Tomás es un chico muy especial y vosotros sois los primeros amigos que tiene en su vida. Me ha dicho que os vais a una fiesta ahora en un *pub*. Solo os pido una cosa: cuidado de él. No está acostumbrado a esos ambientes.

La frase sonó a una mezcla entre agradecimiento, exigencia y amenaza, aunque Mónica quisiera endulzarla al final con una sonrisa amable. Aquellas palabras resonarían durante toda la noche en la cabeza de Salva, especialmente al final de la velada, mientras corría como un loco hacia el callejón que había detrás del *pub* en busca de su amigo Tommy.

11

Mi primera vez

Mientras terminaba de revisar por cuarta vez las maletas, Leonor se sentó un momento en el sofá y prendió un cigarrillo. Necesitaba calmarse y dejar de pensar, así que puso la tele. Justo en ese momento estaban hablando de la maldita boda. Parecía una señal divina que la empujaba a seguir preocupándose por tenerlo todo listo para escapar. Pero decidió tumbarse calmada hacia atrás y entretenerse en recordar cómo había conocido al famoso novio que estaba a punto de dar el «sí, quiero».

Aquella noche de finales de junio del 96, Leni, como la llamaban en la época, había discutido con su novio, Mateo, algo habitual debido a su afición a comerse los morros con la primera que se le cruzara. Esta vez parecía dispuesta a dejarlo y, sin pensarlo dos veces, se fue sola al Santa Cole, el garito donde se celebraba la fiesta de fin de curso de turno. Tenía dinero y ganas de quemarlo para olvidar al imbécil que la había engañado por enésima vez. Nada más entrar en el local, se dio una vuelta para hacer la compra. No tardó en encontrar a Sagu, que estaba con Salva muerto de risa contando alguna batalla.

—¿Qué tal, locos? —dijo Leni mientras les daba un abrazo.

—En la gloria —contestó Sagu—. Venimos de tocar en la fiesta del náutico y casi tiramos aquello abajo.

—¿Y qué pintabais en el náutico? —preguntó Leni extrañada.

—Aquí nuestro amigo Tommy nos ha metido por la puerta grande en la *jet set*. No sabe lo que acaba de hacer —respondió Sagu señalando a un chico alto con una camiseta negra de Oasis que sonreía con timidez.

Tras presentarlos, Sagu se apartó un poco para hablar con Leni.

—¿Querías algo, Leni?

—Dame una loncha de dos talegos —dijo Leni refiriéndose al hachís, mientras añadía—: ¿Sabes de alguien que tenga pastillas?

—¿Qué pasa?, ¿no está Mateo por aquí? —preguntó Sagu extrañado.

—No lo sé ni me importa —zanjó Leni.

—OK, perdona. Pues tengo algo. Son Mitsubishi, me las trajo un colega. Me sobran dos y te las puedo vender por tres talegos. Son fuertes, así que no te columpies y de media en media. Y otra cosa: yo no te di nada. No me mandes a nadie, que yo con esto no hago negocio.

—Tranqui, Sagu. Soy una tumba —le respondió mientras se llevaba un dedo a los labios y le daba mil duros con la otra mano—. Ahora me voy a dar una vuelta a ver qué se cuece.

Ya con el hachís y las pastillas en el bolso de sus ceñidos vaqueros, Leni se fue a la barra del

tercer piso, la planta donde un DJ local pinchaba *house*. La camarera, que estudiaba con ella en el politécnico, enseguida se le acercó haciendo caso omiso al resto de los garrulos que gritaban pidiendo una copa.

—¿Qué tal, guapísima? ¿Vas a tomar algo?

—Ponme un agua, cariño.

Tras servirle, puso dos vasos de tubo al lado y volcó un dedo de *whisky* en cada uno.

—Una lagrimita habrá que tomarse, ¿no?

—Habrá que.

Las dos se bebieron el *whisky* de un trago y la camarera se despidió de ella tras darle dos besos. Leni se fijó en un par de tíos que había a su izquierda. Uno de ellos tenía la mirada clavada en sus tetas como si lo hubieran hipnotizado. Ella sabía de sobra que llamaban la atención y que la camiseta blanca de tirantes que se había puesto aquella noche ayudaba en el asunto publicitario, pero lo último que quería era los ojos de un baboso apuntándola. El de al lado, que debía de saber quién era ella, le pegó un codazo a su colega y se lo llevó a la pista. Ventajas de ser la novia de un matón local. Sin seguir las recomendaciones de Sagu, se metió las dos pastillas en la boca y bebió un trago. De pronto, alguien se le acercó y le dijo al oído:

—Y no está muerto lo que yace eternamente, pues durante eones extraños incluso la muerte puede morir.

—¿Perdona? —contestó ella sorprendida mientras se fijaba en la camiseta negra de Oasis que llevaba el tipo que le había soltado aquello.

—Es que antes me fijé en el dibujo de Cthulhu que llevas en tu camiseta y creí que serías fan de Lovecraft.

—Tú eras Tommy o algo así, ¿no?

—Sí, nos presentaron antes. Tú eras Leni o algo así.

Sonriendo por lo extraño de la situación, Leni le volvió a dar dos besos como si se hubieran vuelto a presentar.

—Pues eres el primer tío que me dice algo así en la vida y sí, tienes razón. Me gusta mucho Lovecraft y veo que a ti también te mola.

—Leo mucho, de todo, pero los relatos de Poe y Lovecraft son de mis preferidos. Espero no haberte molestado —le dijo el chico.

—Para nada. De hecho, me has caído bien. Déjame que te invite a algo —respondió ella mientras con un gesto de la mano llamó la atención de la camarera para que le atendiera algo.

—Ponme una Coca-Cola. Y gracias por la invitación, Leni.

Leni miró al chico de arriba abajo y le volvió a sonreír. Era alto, moreno, delgado pero fuerte y tenía unos rasgos guapísimos. De hecho, le recordaba a alguien y, cuando cayó en la cuenta de que ya llevaba demasiado tiempo observándolo sin hablar, le soltó:

—Meca, tío. Te pareces un montón al bajista de Blur. Es irónico que lleves una camiseta de Oasis.

—Me lo han dicho antes. Alex James salió con esta camiseta en *Top of the Pops*. Y por eso creo que me la regalaron.

—Eres una caja de sorpresas. ¿Dónde te habías metido hasta ahora?

—Es una historia muy larga, pero digamos que no salgo mucho.

—Y dime, ¿tocas el bajo?

—Esa parte se la dejo a Sagu. Lo mío es la batería.

Según fue pasando el rato, Leni empezó a sentirse cada vez mejor hablando con aquel chico. Tenía cara de crío, seguro que era un par de años más joven que ella, pero se portaba como una persona muy madura. El éxtasis que había tomado le arreó la primera patada y cada vez lo veía más atractivo. Entonces se dio cuenta de que era muy probable la aparición de Mateo en cualquier instante. No tenía ganas de líos, pero tampoco quería dejar de hablar con Tommy. Solo había una solución.

—Me estoy agobiando un poco aquí. ¿Nos vamos a dar una vuelta?

—Como quieras. Voy a avisar a mis amigos.

—OK. Dentro de diez minutos nos vemos en la entrada del parque Ferrera.

—De acuerdo.

Leni fue rápido hacia la barra y cogió su cazadora. Quería llegar pronto a la calle para poder asegurarse de que Mateo no andaba por allí. Tras salir del bar se quedó a unos metros mirando hacia la puerta. Al poco, Tommy salió del local con Sagu, que parecía intentar convencerlo de que no se fuera. Mierda, seguro que le estaba contando lo de Mateo. El plan se había ido al garete. O no. Tommy consiguió echar a andar hacia la entrada del parque. Sagu comenzó a seguirle, pero un tipo enorme con una gorra se cruzó con él, le dijo algo y este se volvió para el bar. Tommy ya casi estaba llegando al punto de encuentro y Leni se dirigió hacia él sin perder de vista al gorila de la gorra que les vigilaba con descaro. Ella se acercó al chico disimulando y lo cogió de la mano.

—Camina hacia abajo y no mires atrás.

—¿Pasa algo, Leni?

—Un tipo enorme con gorra te está siguiendo. Me da mal rollo.

—Antes te dije que no salía mucho y que era una historia muy larga. ¿Te apetece escucharla?

—No sé si será un buen momento —respondió ella.

El chaval, sin rastro de preocupación en su cara, ignoró su advertencia y se dio la vuelta. El gorila estaba a unos quince metros y no parecía muy preocupado de que le vieran. Tommy levantó la mano y le hizo una señal, a lo que el tipo respondió llevándose la mano a la visera. Tras el saludo, la distancia se mantuvo mientras la pareja seguía bajando por la calle de Galiana.

—Pues igual sí es buen momento de que me empieces a contar la historia —dijo Leni.

—Necesitamos algo de intimidad, ¿no crees? —respondió él.

Nada más llegar a la plaza de España, doblaron la esquina y, sin tiempo de reacción, Leonor se vio caminando por el vestíbulo del Hotel Palacio de Ferrera de la mano de su acompañante. Él buscó su mirada esperando una señal de aprobación y ella encogió los hombros dejando todo en sus manos.

—Hola, buenas noches. Necesitamos una habitación —le dijo Tommy al recepcionista, que los miraba con recelo.

—Me temo que no va a ser posible. Estamos completos.

—Eso no es cierto. Por lo que veo en el mural que hay detrás de usted, al menos tiene una *suite junior* libre —dijo el chico con aplomo.

—Aunque así fuera, no admitimos menores y existen otros requisitos...

—Esto es un negocio y conozco sus normas. De hecho, conozco muy bien a su dueño y creo que no tendría problemas en que me alojara aquí.

Tras soltarle aquello, Tommy dejó su carné sobre el mostrador de la recepción. El recepcionista miró el documento, la cara del muchacho, y después se volvió hacia una foto que colgaba de la pared. En ella se veía a un hombre mayor de pelo blanco, a una mujer morena muy atractiva y a un joven. Leni, que hasta entonces se encontraba apartada, se acercó para ver mejor la foto. El joven era Tommy.

—Disculpe, señor Tomás. No le había reconocido. Tome las llaves de la *suite* —dijo el recepcionista tragando saliva.

—No pasa nada, caballero. Hace muy bien su trabajo. Si es tan amable, háganos subir zumo de naranja, hielo y un salero. Rápido.

—Ahora mismo, señor.

Leni volvió a coger la mano de Tomás y se fueron juntos al ascensor. Nada más cerrarse la puerta, ella le miró a los ojos y le dijo:

—Me encuentro mal.

—Sé lo que te pasa, he discutido de eso con Sagu. Por eso he pedido zumo, hielo y sal. Puede ser un golpe de calor por culpa de las pastillas. Necesitas hidratarte y una ducha fría. Si la cosa se complica, te llevo al hospital. Confía en mí.

Leni se arrepintió al instante de habérselas comido. Pasó de la euforia al miedo en cuestión de segundos. Sentía calor seco por todo el cuerpo y una presión enorme en el pecho y en la cabeza. Lo primero que hizo Tommy al llegar a la habitación fue conectar el aire acondicionado y ponerlo a tope. Luego entró en el baño y abrió la mampara de la ducha.

—Rápido. Quítate la ropa y métete sin pensarlo. Yo esperaré al servicio de habitaciones. Y, por favor, no cierres la puerta del baño. No soy un perverso. No voy a mirarte, solo quiero asegurarme de que no te caes.

Ella le obedeció sin rechistar con la sensación de que su vida dependía de ello. No era la primera vez que se colocaba, pero nunca había sentido algo así. Se había tirado todo el día en la playa y, al llegar a casa, no había cenado por discutir con Mateo. Después, ignoró los consejos de Sagu y se zampó las dos pastillas del tirón. Una mala idea tras otra. El contacto del agua fría con su cuerpo le sacudió la columna. Ahogó un grito con la mano y luego se arrodilló en el suelo de la ducha. Mientras temblaba, rompió a llorar. Así estuvo un rato hasta que empezó a notar que la presión del pecho se aliviaba. Levantó la cabeza y comenzó a beber el agua que le resbalaba por la cara. Sentía una sed abrasadora. Cerró la ducha y, sin secarse, se puso un albornoz que colgaba en la pared y salió del baño. Tomás estaba sentado en una butaca y se levantó como un resorte para acercarle un vaso lleno de zumo de naranja helado.

—Le he puesto algo de sal. La vas a necesitar —dijo Tommy con gesto serio.

Se bebió el zumo de un trago y luego se abrazó al chico llorando de nuevo. Poco a poco y a base de aire fresco y zumo con sal, los síntomas fueron remitiendo y el miedo dejó paso a la risa nerviosa de alguien que ha estado a punto de caer por un precipicio. Ella se sentía en las nubes cubierta con el suave algodón del albornoz mientras el chico le contaba su historia. Los de la foto de la pared eran su madre y su abuelo, el dueño del hotel y de mil cosas más. El de la gorra era el jefe de seguridad de la familia y él era un compañero de clase de Salva que por primera vez en su vida salía de noche. Cuanto más hablaba, más atractivo le parecía hasta que no pudo contenerse y lo besó. Al principio, lo notó frío, casi sorprendido, pero no tardó en devolverle el beso. Ella sintió de nuevo el efecto del éxtasis, pero esta vez como una ola suave que le recorría las piernas y el estómago. Dejó caer su albornoz y se abrazó desnuda a él, que no tardó en quitarse también la ropa. Tumbada sobre la cama, se vio recorrida por toda su geografía hasta llegar a la marca exacta del tesoro, donde él se detuvo con calma y no paró hasta arrancarle un profundo gemido. Después, una batalla sin cuartel que los dejó mirando el techo en silencio durante un buen rato.

—Madre mía, ¿qué ha pasado? —dijo ella.

—No lo sé, ha sido mi primera vez —contestó él.

—Eso no te lo crees ni tú —respondió ella entre carcajadas.

—No te miento del todo, en cierto modo lo es.

Ambos se miraron de nuevo y rompieron a reír. Al rato él se levantó y se dio una ducha. Ella volvió a beber algo de zumo y se comió una chocolatina del mueble bar para recuperar fuerzas. Se dieron cuenta de que era tarde y se vistieron para volver a la fiesta. De camino hacia el bar, el tipo de la gorra cogió de nuevo su estela. Al llegar se encontraron a Sagu, que estaba más sereno de lo que cabría esperar.

—Traéis el pelo mojado. ¿Es que se ha puesto a llover? —preguntó con risa de zorro.

—Cállate, gracioso —contestó Leni dándole un manotazo en el hombro.

La fiesta estaba en su momento álgido, con toda la gente zapateando como locos al son de un tecno salvaje que le retumbaba en el estómago. Leonor se puso a hablar con una amiga y le perdió la pista a Tommy. En principio, no se preocupó, pero de lejos le pareció ver a Mateo. Entonces cogió a Salva por el brazo, que pasaba por allí borracho como una cuba, y le preguntó:

—¿Dónde está Tommy, tu amigo?

—Se fue a mear al callejón. Los váteres están que dan asco.

—Mierda, Salva. Anda Mateo por ahí. Ya verás cómo tenemos movida.

Salva pareció recuperarse al instante. Como si le hubieran explicado todo con detalle, que quizás sí lo habían hecho, salió corriendo escaleras abajo apartando a todo dios. Ella lo siguió por el hueco que iba dejando entre el barullo hasta llegar a la puerta. Entonces vio cómo Mateo iba hacia el callejón con otro tipo que parecía estar indicándole el camino. Mierda, qué cantidad de cotillas había en la fiesta. Y, en efecto, al fondo del callejón estaban Tommy y Sagu meando. Salva le gritó a Mateo, pero este no se dio la vuelta. Leni vio algo brillante en la mano. Seguro que era la navaja automática que siempre llevaba encima. Aquello no podía ir peor. Leni también lo llamó mientras corría hacia él, pero su novio iba enfocado a por Tommy. Entonces Sagu se puso delante del chico y le hizo un gesto para que se relajara. Mientras volaban hacia la

inminente pelea, una sombra enorme salió de un hueco en el muro del callejón y se abalanzó sobre Mateo. Se oyeron dos golpes, uno que recibió el navajero y otro que se dio contra el suelo tras salir despedido. Después, el gorila de la gorra sacó un revólver y se lo colocó en la sien al pobre diablo que estaba en el suelo medio inconsciente. Le susurró algo al oído y lo levantó en peso hasta dejarlo de pie. Sagu rodeó la escena y se fue hacia ella y hacia Salva para que no se acercaran. Lo único que logró ver Leni fue cómo Tomás le hablaba a Mateo de forma pausada, con el aspecto tranquilo de quien se sabe dueño de la situación. Tras la charla, el gorila le indicó a Mateo que se alejara, lo cual hizo cojeando. Tommy se acercó a Leni.

—Tranquila, está bien. Solo un poco magullado. Creo que será mejor que lo acompañes.

Tras esas palabras, Tommy les indicó a sus amigos que se iba con el gorila y se despidió de ella con una disculpa. Leonor ya no sentía atracción por el chico de la camiseta de Oasis. Solo miedo.

12

Dos carpetas de color rojo

Mientras el modista recibía las últimas indicaciones por parte de Tomás, Mónica se acercó y le susurró a su hijo:

—Necesito hablar contigo a solas un momento, mi amor.

—De acuerdo, madre. Espérame en el salón del piano. Voy ahora mismo para allá.

Mónica ya no recordaba dónde se hallaba ese salón. De hecho, todavía no conocía muy bien la distribución del torreón del castillo que la pareja había comprado para celebrar su enlace y como futura vivienda. Tomás debió de darse cuenta de la situación porque enseguida envió a una asistente para que le indicara el camino hacia el lugar del encuentro. Tras bajar dos plantas en un ascensor de paredes acristaladas y recorrer un estrecho pasillo acotado por telas verdes y un brillante suelo de roble, la hermosa joven que la acompañaba le abrió una puerta invitándola a pasar.

—Aquí es, señora Pedregal. ¿Desea que le sirva algo?

—No, gracias. Puede retirarse.

—Si necesita cualquier cosa, no dude en llamarme —añadió la chica señalando un timbre interfono que había en la pared.

El salón del piano era una acogedora estancia donde descansaba un Steinway & Sons de cola que la presidía con su natural e imponente elegancia. A su alrededor, unas butacas de piel lo flanqueaban como una guardia de soldados, mientras las estanterías repletas de viejos volúmenes enmarcaban el espacio coronado por una cúpula hexagonal. Mónica, atraída al instante por el instrumento, se sentó al teclado, sobre el cual había una partitura: el *Arabesque n.º 1*, de Debussy, una de sus piezas favoritas. Tras un largo suspiro para expulsar la tensión, posó sus manos sobre las teclas y comenzó a tocar. La acústica de la sala era perfecta, con una suave reverberación que te acariciaba los oídos y que hizo a Mónica caer en un trance del que la sacaron unos aplausos desde la puerta.

—Ya veo que te han presentado al señor Steinway —dijo Tomás sonriendo.

—Gracias por la ovación, cariño —respondió Mónica al levantarse, haciendo una pequeña reverencia como una concertista.

—Tienes toda mi atención —continuó su hijo mientras se sentaba en una de las butacas.

—Será solo un momento, no quiero quitarte mucho tiempo. Imagino que lo necesitarás para revisarlo todo. No sé cómo puedes estar tan tranquilo.

—Pues porque lo tengo todo bien planeado, confío en la gente a la que he contratado y sé que todo va a salir bien, madre —contestó Tomás acercándole un vaso de agua.

—La razón por la que te he llamado está aquí dentro —desveló Mónica sacando una cajita negra de su bolso—. Quiero que lo lleves en la boda y el resto de tu vida. Es el reloj del abuelo.

Tomás alargó su mano y cogió la caja con un gesto de respeto. De su interior sacó con cuidado un reloj de bolsillo y lo miró durante unos segundos antes de contestar:

—Gracias, madre. Es precioso.

Mónica tragó saliva y respiró hondo. Quería contarle muchas cosas a su hijo, pero no encontraba la manera. Él decidió ahorrarle el esfuerzo para otro momento.

—Disculpa, madre, pero voy a revisar detalles por allí abajo.

—Muy bien, hijo. Yo terminaré la pieza y luego bajaré con Pedro al lugar de la reunión.

Tomás se despidió con un beso y dejó a su madre al piano. Mientras continuaba con el *Arabesque*, de Debussy, Mónica se trasladó años atrás, escudriñando en los rincones de la memoria hasta encontrar el momento concreto que le evocaba la melodía. Comenzaba el verano del 96 y ella recibía en su despacho a Salva y a Sagu, los que habían sido amigos de su hijo. Las mismas notas se asomaron a través del hilo musical durante la reunión que mantuvo con los chicos. Ellos acudían a un encuentro formal sin saber que ella tenía preparada una emboscada, una jugada de largo alcance que, aunque de una manera diferente, se había resuelto a su favor.

Aquella mañana de julio, Mónica había concertado una entrevista con los amigos de su hijo. Tras lo sucedido en la noche después del concierto de fin de curso no estaba dispuesta a actuar como si nada hubiera ocurrido. Había hablado con su hijo a solas. De hecho, su marido no sabía nada del tema. Ni de ese tema ni de muchos otros. Tomás había intentado cargarse con todas las culpas de lo acontecido, achacándolo en cierto modo a sus impulsos naturales de un chaval con dieciocho años que sale por primera vez de fiesta. Mónica entendía esas necesidades, pero no podía tolerar que, hablando mal y pronto, su hijo estuviera a punto de ser apuñalado en un callejón por desfogarse. Esos ambientes no eran para alguien de su posición y no toleraría que unas amistades equivocadas lo condujeran por el mal camino. Así que, en acuerdo con su hijo, que deseaba seguir siendo amigo de aquellos muchachos, había diseñado una estrategia para asegurar que algo así no volvería a repetirse. También comprendía que, hasta entonces, su hijo nunca había socializado con nadie fuera de la familia y eso era una anomalía. Desearía que hubiera sido con gente menos conflictiva, pero, a fin de cuentas, quizás su hijo tuviera razón y fueran personas nobles que necesitaban una oportunidad para encontrar el buen camino.

Ese camino estaba trazado dentro de dos finas carpetas de cartón rojo que tenía frente a ella en la mesa de su despacho en la sede central del grupo Alkaloan, el que fuera el despacho de su padre, el creador del imperio. Miró el reloj y, según sus cuentas, llevaban esperando una hora para entrar. El tiempo suficiente para estar un poco nerviosos, un poco cansados. Listos para ser devorados. Apretó el botón del interfono y le dijo a su secretario:

—Hazlos pasar, Marcelo.

De una mirada fugaz, analizó a sus presas. Primero a Salva, el que más nervioso estaba. Entraba vestido con ropa nueva y bien planchada, seguro escogida por su madre, que no

terminaba de resultarle cómoda, al menos los zapatos con los que se peleaba al andar. Pelo recién pasado por la peluquería, pulcro afeitado con el correspondiente corte en el cuello, era la viva imagen de un cordero yendo al matadero. En cambio, Sagu jugaba en otra liga.

No se podía decir que fuera mal vestido, ni sucio ni nada parecido. Todas las prendas eran de marca, usadas, pero no demasiado, aunque lo justo para sentirse a gusto en ellas. Estrenaba playeros en un intento de ir presentable sin pasar por el calvario de enfundarse en unos rígidos trozos de piel y eso se apreciaba en su andar despreocupado. Era alto, más que Salva, más incluso que su hijo, y tenía unos brazos fuertes y bien proporcionados, con un moreno natural que resaltaba su musculatura. Ambos eran guapos, pero Sagu tenía una belleza exótica como su nombre, al parecer procedente de su ascendencia paterna, un nativo americano al que no conocía. Una vez que los invitó a sentarse y se saludaron formalmente, Mónica dedicó unos segundos en silencio a analizar su estrategia. Con Salva no necesitaba ninguna. Estaba rendido desde que había cruzado el umbral. Era Sagu el que todavía no parecía sentirse intimidado por la situación. Se quedó mirándolo sin pestañear en un intento de mostrarle la gravedad del momento, cuando el muchacho, levantando el dedo índice y frunciendo el ceño, le dio un quiebro inesperado.

—Debussy. El *Arabesque*, ¿no? Me encantan los impresionistas —dijo Sagu señalando la música que provenía con suave volumen del hilo musical.

—Pues sí, pero no os he llamado para hablar de música —zanjó Mónica para evitar que se rompiera la tensión que estaba tratando de generar.

—Disculpe —añadió Sagu mientras corregía su postura en la silla.

Mónica escudriñó de nuevo a sus víctimas y comprobó que tenía las riendas bien sujetas. Se incorporó sobre su asiento y depositó frente a ellos las dos carpetas rojas de cartón, cada una con el nombre de su destinatario escrito a pluma sobre la cubierta.

—Vamos al grano. Estamos aquí por Tomás y para hablar del futuro.

Hizo una pausa para beber un sorbo de agua y comprobar, por el peso del silencio, que controlaba por completo la reunión.

—La noche tras el concierto ocurrió lo que ocurrió. Todos lo sabemos, vosotros que estabais presentes y yo, que he sido informada. Razones aparte, no volverá a ocurrir. Que no os engañen mis modales ni mi amabilidad. Os puedo asegurar que no volverá a ocurrir. Así que os voy a dar la oportunidad de seguir al lado de mi hijo, si es lo que deseáis. Las condiciones están redactadas en los documentos, cada uno con sus detalles específicos. Salva, te ofrezco una beca completa para cursar tus estudios universitarios de Ingeniería Informática dentro de uno de los muchos programas de formación que desarrolla nuestro grupo. Tus notas de selectividad cumplen con los requisitos que exigimos y en adelante seguirán siendo tus calificaciones las que influyan en la continuidad de las ayudas. Te he ahorrado la solicitud y la correspondiente entrevista. Por tu parte, Sagu, aquí tienes un contrato para entrar a formar parte de la plantilla de nuestra división de seguridad privada. Primero habrás de superar unas pruebas físicas y luego recibirás una instrucción supervisada personalmente por Pedro. El proceso será largo y difícil, así que serás remunerado desde el inicio para que puedas dedicarte a ello con total exclusividad. Más te vale esforzarte porque te espera un puesto muy comprometido. Y bien, ¿alguna pregunta?

El silencio y los rostros serios de los muchachos fueron la respuesta.

—De acuerdo. Pues solo tenéis que firmar en las esquinas inferiores de cada hoja que os acabo de entregar y recibiréis a la salida una copia. Podéis rescindirlo cuando queráis, aunque yo creo que cometeríais un error. Solo os quiero avanzar una de las cláusulas incluidas en los documentos y que podría expulsaros inmediatamente del programa y de cualquier futuro proyecto relacionado con Tomás. A partir del mes de noviembre del presente año y mientras dure nuestra relación comercial, me reservo el derecho a solicitar una recogida de muestras de orina y sangre. Si resultara que en las analíticas aparecieran rastros de cualquier sustancia ilegal, fin de la historia. Jamás volveríais a trabajar con nosotros ni a tratar con Tomás. De lo primero se ocupa el contrato que vais a firmar. De lo segundo me encargaría yo en persona. Entonces, y aclarado todo, ¿cuál es vuestra decisión?

—¿Tiene un bolígrafo? —contestó Sagu al instante.

—Yo ya me he traído uno —añadió Salva sacándoselo del bolso de su impecable camisa azul perfectamente planchada.

13

El padrino

Edgar Jr. jugueteaba nervioso con la antena de su Iridium, cuando al fin se abrió la puerta. Su hija, Claire, salía despidiéndose de su madre y del modista. Al girar la vista al frente, mostró suspirando una cara de alivio. Iba sin maquillar, con su rubia melena recogida en una coleta y vestida con unas mallas negras y una camiseta blanca que dejaban bien clara su silueta de acerada deportista. Al instante, justo antes de saludar a su padre, clavó la mirada en el teléfono que llevaba en las manos.

—Hola, papá. ¿Nervioso porque nadie te responde?

—Hola, cielo. Nervioso por saber cómo va a ser el vestido de boda de mi hija.

—Déjale esas cosas a mamá, que le pegan más. De hecho, creo que está más preocupada que yo por ese asunto, a juzgar por la paliza que le está dando al modista —contestó Claire señalando las voces que se oían al otro lado de la puerta.

—Ahora en serio, ¿cómo estás?

—Estoy bien, papá, y lo estaré mejor cuando dejes de usar ese cacharro vía satélite para localizar a un equipo que ya lleva horas a la sombra.

—¿Me podrías aclarar ese punto? —preguntó Edgar con mal disimulada ansiedad.

—¿Lo podría hacer mientras damos un paseo por el jardín? —contestó su hija mientras abría la pesada puerta acorazada que custodiaba una de las salidas del torreón del castillo hacia el exterior.

Claire se puso las gafas de sol que llevaba colgadas del escote de la camiseta mientras su padre hacía lo propio con las que guardaba en el bolsillo de su camisa. Era una suerte disfrutar de un cielo tan azul en el norte de España a principios de octubre. Un mes arriesgado para casarse en Asturias, pero, viendo la gama de colores que adornaban las copas de los castaños, merecía la pena lanzar la moneda al aire. Además, los asuntos importantes serían tratados bajo techo y a puerta cerrada. Cuando sus pasos los habían alejado lo suficiente del enjambre humano que preparaba el evento, Edgar rompió el silencio:

—Un torreón a la orilla de un río, en una finca llena de árboles y rodeada por buenos muros de piedra. Se conoce que te enamoraste de esta zona en aquellas vacaciones. La verdad que habéis escogido un magnífico lugar para casaros.

—Y para vivir, papá. Ya te imagino por aquí corriendo detrás de tus nietos —contestó Claire impostando su voz con ironía.

—Veo que te mueves con soltura en tu cuento de hadas. Ahora, ¿podríamos aclarar de una vez el tema de las comunicaciones? —inquirió Edgar ya sin disimulos.

—Es muy sencillo. Nuestro hombre ha dejado su teléfono vía satélite donde se supone que debe de estar. Le he proporcionado otro terminal con una tarjeta prepago española recién comprada.

—Claire, ¿en qué demonios estabas pensando cuando hiciste eso?

—En nosotros, papá. Por muy segura que te parezca la red Iridium, la actividad en esas frecuencias es fácil de rastrear aquí. No saben de lo que hablas, pero saben que hablas. No estamos en los Balcanes ni en la guerra del Golfo. En Asturias casi nadie tiene teléfonos vía satélite. Pero todo el mundo lleva un móvil en el bolsillo. Un sábado por la noche se envían miles de mensajes por minuto. Y nosotros recibiremos uno cada uno, en unos móviles que serán destruidos nada más reciban el mensaje. Tanto si sale bien como si sale mal, nada nos une con ese equipo. Están solos, lo saben, y se les paga bien por ello. Los números a marcar y los mensajes a escribir están en la cabeza de Tango. En eso estaba pensando cuando decidí el cambio. En nuestra seguridad.

—Lo siento, Claire. No te lo tomes como desconfianza, solo creo que cargas con demasiado peso. Pero confío en ti más que en nadie de este mundo, no lo dudes jamás.

—Tranquilo por lo del peso, papá. Los miles de largos en la piscina me han formado una espalda fuerte —contestó Claire señalándose los hombros con los pulgares, como un futbolista que reivindica su nombre tras marcar un gol.

Luego, se detuvo apoyándose en un viejo banco de piedra medio enterrado por la hierba y cogió a su padre por las manos.

—Sé lo que nos jugamos, llevo años preparándome para esto, se podría decir que toda la vida. Cada paso que he dado, cada decisión que he tomado, todo lo he hecho sin perder nunca de vista nuestro objetivo. Y créeme cuando te digo que, llegado el momento, no me temblará la mano. Ya te lo demostré en Córcega.

—Todo esto es una locura, pero quizás sea la única manera. Yo hace muchos años que perdí mi oportunidad. No te molesto más, te lo prometo. Hoy disfrutaré de todo el trabajo que hemos hecho, de la fiesta que habéis preparado y de la boda de mi hija, que para eso soy el padrino.

Claire cogió a su padre por el brazo como si estuvieran a punto de dirigirse al altar y se puso a silbar la pieza romántica que Nino Rota compuso para la banda sonora de la película sobre la vida de los Corleone. Edgar Jr. no pudo contener una risa maliciosa que se mezcló con los graznidos de una parvada de cuervos que discutían sobre las copas de los castaños.

14

Ya es hora de tutearnos

—Mira, cariño, salimos en la tele.

Susana se acercó al salón ante la llamada de su marido, Román. Tenía razón, en parte. No es que sus caras se estuvieran asomando a las pantallas, pero estaban hablando de la Facultad de Ciencias donde ambos trabajaban. El motivo era la inminente boda de uno de sus alumnos más ilustres de los últimos años y, glosando su joven pero intensa trayectoria, estaban usando imágenes de las instalaciones para hablar de su paso por la universidad.

Susana besó a su marido sonriendo y se disculpó para continuar de camino a su despacho con la excusa de seguir trabajando. Una vez que se encontró sola, sentada frente a la pantalla del ordenador, comprobó de un vistazo que la puerta estaba cerrada y dejó por un instante su tarea de repasar trabajos para ponerse a ojear fotos en un viejo álbum que guardaba en un cajón de su escritorio. En una de las páginas, cuidadosamente pegada al dorso de una de las instantáneas para no delatar su presencia, se hallaba la imagen que andaba buscando. En ella aparecían tres parejas riéndose, a finales de los años setenta, felices e ignorantes de las tragedias que se les venían encima. Ya ni recordaba dónde habrían ido a parar las gafas de pasta que llevaba en la época. Por desgracia, sí sabía dónde había acabado su pareja en la foto. Pero su mente no se paró en aquella época, sino que prefirió viajar a finales de los noventa.

Es difícil que un alumno deje marcado a un maestro y menos en la universidad. Suele ocurrir al revés por una sencilla cuestión estadística: hay muchos estudiantes y pocos profesores. Desde un punto de vista personal, es más fácil que un adulto formado, en posición de poder, resulte inolvidable para un joven que necesita de él sus conocimientos y su aprobación. Susana sabía bien lo que era eso. De hecho, se había enamorado de su profesor. Ahora estaba casada con otro, pero ya lo había conocido como colega, desde el mismo estatus profesional, algo más habitual. Amores aparte, en los últimos años, dos alumnos de Ingeniería Informática habían dejado huella en su paso por el campus. En realidad, Susana nunca les llegó a dar clase, pero acabó pasando con ellos más horas que con ninguno de los matriculados en Matemáticas.

Salva, el sobrino de Gerardo, llegó a la facultad acompañado de su inseparable amigo Tomás. Los dos estaban rellenando los formularios de sus matrículas, cuando Susana los saludó. Al primero, por la relación tan estrecha que había tenido con su tío. Al segundo, por la curiosidad que le había generado el día que lo conoció.

—Vaya sorpresa. ¿No se matricula en Matemáticas? Parecía muy interesado en la topología aquel día de la visita —le preguntó Susana a Tomás.

Este le hizo un gesto para apartarse de la cola donde estaba Salva, en busca de intimidad.

—Ya, no es que haya perdido el interés, pero me hace más falta para mi proyecto aprender a fondo el lenguaje de las máquinas —respondió el joven, que, al instante, bajó su tono de voz—. Quiero darle las gracias por aceptar mi petición y le prometo que trataré el trabajo de Nicolás con el respeto y la discreción que se merece.

—Dele las gracias al director de la academia Laplace, el señor Peláez. Él ha sido quien me ha convencido para darle acceso a los documentos. Sobra decir que solo los podrá consultar en la academia. Y no vuelva a hablarme de esto aquí —respondió Susana con firmeza.

Tomás se quedó a punto de decir algo, pero los ojos se le llenaron de lágrimas. Susana, en aquel momento, no comprendió bien la reacción tan emocional del chico como no comprendería muchas otras cosas durante los años venideros. Porque ¿cuántas veces conoces a alguien que parece destinado a cambiar el mundo?

En el anonimato administrativo del campus, el nombre de Tomás brilló desde el inicio. El pequeño de los Pedregal pasó en un principio desapercibido entre los alumnos, pero no entre algunos profesores, que extendieron el rumor de que el chico ya contaba con una succulenta porción de la herencia de su abuelo para invertir a su antojo. Pronto, esa dejaría de ser la razón principal que alimentara los corrillos sobre los dos muchachos.

En los parciales de febrero, dieron el primer aldabonazo: ambos alcanzaron la máxima puntuación en las pruebas de Álgebra y Análisis Matemático, las dos asignaturas más complejas del primer año que mucha gente arrastraba hasta el final de la diplomatura. Resultaba aún más curioso teniendo en cuenta que no asistían a todas las clases. La sombra de la trampa y el trato de favor sobrevoló a la pareja hasta el punto de que fueron llamados a una reunión con los profesores de las materias, en un intento informal de sondear sus verdaderas aptitudes. Contaban que, en aquel despacho, Tomás se marcó una clase magistral que hizo enmudecer a los presentes y que terminó añadiendo:

—Comprendo las dudas, pero esperamos contar con un poco más de confianza a partir de ahora. No somos genios, solo trabajamos muy duro.

El tiempo no hizo más que darles la razón y Susana fue testigo de todo, por la cantidad de ocasiones en las que se pasaban por su departamento en busca de respuestas a problemas que se hallaban a años luz de su temprana etapa educativa. La claridad práctica de sus objetivos hacía ver que no estaban solo sacándose una carrera, sino planeando algo mucho más grande de lo que la facultad podía ofrecerles. Por eso no le extrañó recibir en una ocasión la llamada de Amanda, la madre de Salva, para preguntarle por su hijo.

—¿Dígame?

—Perdona que te moleste, Susana. Soy la madre de Salva.

—Hola, Amanda. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal estás?

—Bien, vamos tirando, como siempre. ¿Y tú?

—Aquí, peleándome con los papeles.

—No te quiero robar mucho tiempo, solo quería preguntarte por Salva.

—Pues la verdad que lo veo a menudo, a él y a su amigo Tomás. Se pasan el día subiendo y bajando de un departamento a otro. Se han hecho muy conocidos por aquí. No es habitual tener unos alumnos de primer año tan trabajadores y brillantes.

Tras unos segundos de silencio, en los que parecía haberse cortado la llamada, Amanda respondió con voz emocionada:

—No sabes lo que me alivia oír eso, Susana. Es que Víctor y yo estábamos un poco preocupados. Salva se fue a vivir a Oviedo con Tomás desde principio de curso. A nosotros nos pareció genial con tal de no tenerlos todo el día por la autopista de Avilés a allí. Además, Salva tiene una beca muy buena y no nos pide nada de dinero. Pero es que apenas lo vemos, casi ni los fines de semana, y empezábamos a temer que le pasara algo. Antes era de salir con sus amigos y ahora no saben nada de él.

—Puedes estar tranquila. Tomás no me parece una mala influencia. Ese chico es un genio, tiene a todos asombrados, a mí la primera, y tu hijo no le va nada a la zaga. Están trabajando muy duro, pero yo los veo muy contentos. Además, no temas. Si me entero de cualquier cosa rara, te llamo al momento.

—Gracias, de verdad, Susana. Qué alegría se va a llevar Víctor. Eso sí, me tocará aguantar la bronca de Gerardo por no confiar en mi hijo.

—Gracias a ti por llamar. Siento haberme despegado tanto de vosotros, pero...

—No hay nada que perdonar. Cuando puedas, tomamos un café y nos ponemos al día.

Tras despedirse y colgar, Susana vio por el cristal de su despacho a Tomás garabateando en una de las pizarras de su departamento. Temiendo que hubiera escuchado su conversación, salió a hablar con él para sondearle. Estaba llegando a la puerta, cuando un detalle la sorprendió: Tomás comenzó a desarrollar una compleja fórmula a toda velocidad con la mano izquierda. Susana estaba completamente segura de que era diestro. De hecho, las letras y números de estas nuevas líneas eran diferentes a lo que había al lado, como si fueran de otra persona. Sintió un escalofrío por la espalda cuando cayó en la cuenta de que estaba escribiendo igual que Colás. Debíó de hacer algún ruido, porque el chico se dio la vuelta sobresaltado. Ella abrió la puerta y se acercó a la pizarra. Ambos se miraron a los ojos, sin decirse nada, hasta que Tomás rompió el silencio carraspeando.

—Disculpe, Susana. Pasaba por aquí a recoger unos apuntes y me vino la inspiración.

—Tomás, ¿es usted ambidiestro?

—Ah, esto... Lo cierto es que empecé siendo zurdo, pero una profesora decidió que era una mala costumbre y me lo corrigió, aunque a veces se me sigue escapando.

—Lo que estaba escribiendo, ¿es de Nicolás?

—Sí, estoy buscando un nuevo vector para reemplazar el índice Schultz. Me hace falta para obtener mejores descriptores con la máxima información de estructuras moleculares basada en el carbono —respondió Tomás como una ametralladora.

—Veo que su trabajo le está inspirando mucho.

—La verdad que sí, era un genio. Me encantaría haberlo conocido.

—Él habría alucinado contigo.

—No creo, estoy muy lejos de su nivel —contestó el muchacho en señal de modestia.

—Hablemos claro, Tomás, y creo que ya es hora de tutearnos. Lo tuyo no es normal. Pocos estudiantes de último año de Matemáticas serían capaces de desarrollar esto en una semana —dijo Susana señalando la pizarra— y tú lo has hecho en unos minutos. El propio Nicolás se pasó años trabajando en ese campo y parece haberle cogido la estela al vuelo. Peláez me advirtió de que tenías talento, pero esto es...

—Gracias. Desde pequeño se me ha dado bien y he tenido la suerte de poder trabajar con Peláez durante años. Bueno, no la molesto, perdón, no te molesto más. Voy a transcribir esto en mi cuaderno y me voy, que tengo Programación dentro de diez minutos. Disculpa de nuevo las molestias.

—Copia eso tranquilamente, yo me voy a por un café. Nos vemos, Tomás.

Susana se despidió y salió del departamento aquel día conteniendo la respiración. Por un instante, sintió que tenía delante al que había sido el amor de su vida, con todo su genio y su carisma plasmados en aquel barullo de números y letras. Y hoy, mientras todas las televisiones hablaban de la boda del muchacho, ella volvía a esconder la foto de un pasado que parecía no querer quedarse del todo atrás.

15

Laplace

—Aquí tiene su bistec con guarnición, don José. Buen provecho.

—Muchas gracias, doña Raquel.

—Todavía no me acostumbro a lo de doña —contestó la joven camarera sonriendo.

—Pues deberá hacerlo, ya que se lo ha ganado al obtener su título de bachiller —respondió el viejo maestro.

—Gracias a su paciencia ayudándome a entender las matemáticas —dijo ella con una sonrisa.

—Sin su esfuerzo no habría sido posible. Trabajar aquí todo el día y sacar tiempo para estudiar no es tarea fácil. Ahora no se detenga y a por la selectividad —añadió el señor Peláez.

—Le prometo que lo intentaré. Si me disculpa, voy a ver un poco lo de la boda, ya que no puedo ser yo la que se vista hoy de blanco. Y no sería por ganas —suspiró la joven mientras se dirigía a las escaleras que bajaban del comedor al bar.

El señor Peláez le hizo un gesto de aprobación con la mano y se dispuso a dar buena cuenta, como hacía todos los sábados, de su bistec con guarnición en el bar de comidas que se hallaba en frente de la academia Laplace, el centro de estudios que regentaba desde hacía casi cuarenta años.

Don José era un hombre muy querido y respetado en el barrio. Bajito y menudo, de cara avispada, siempre iba de traje y corbata y con los zapatos más pulidos de toda la villa. Su aspecto era igual de impecable que sus modales, pero ello no lo dotaba de ningún rasgo clasista como al estúpido director de la sucursal bancaria de la esquina o al imbécil del hijo de la farmacéutica. En su academia, todo el alumnado gozaba del mismo respeto y atención. Tiempo atrás, especialmente en las huelgas de los años ochenta, había seguido dando clases particulares a gente con pocos recursos, perdonando durante meses las cuotas a sabiendas de las penurias que se pasaban en algunos hogares de la zona. Otras veces aceptaba favores en lugar de dinero, como trabajos de pintura, albañilería o viajes gratis en taxi, ya que jamás había aprendido a conducir ni mostrado ningún interés en ello. Viudo desde muy joven, combatía su pérdida volcado en la enseñanza. Por los pupitres de su liceo habían desfilado varias generaciones, multitud de caras que le seguían sonriendo al pasar a su lado por la calle o que se acercaban a saludarlo de vez en cuando. Pero siempre hay días señalados y personas que dejan huella. Nombres propios imposibles de olvidar. Como Colás y Susana. Como Tony y Desi. Como Gerardo y María. Como Sagu y Salva. Como Tomás, cuyo rostro se asomaba por el televisor del comedor. Esa misma tarde lo vería en persona y le daría la enhorabuena por su enlace con Claire. En la chaqueta de su

traje llevaba bien guardada la invitación de la boda del año. Mientras masticaba con calma el bistec, el señor Peláez recordaba el día que conoció al novio.

Don José estaba solo en su oficina a última hora de la tarde, repasando los apuntes que le acababa de dejar uno sus profesores antes de irse, cuando escuchó la campanilla que indicaba la entrada de alguien por la puerta de la academia. Pensó que sería Matías, que se había olvidado las gafas de cerca como siempre, hasta que sintió cómo picaban a la puerta.

—Disculpe, señor Peláez —dijo Matías con la funda de sus gafas en la mano—. Hay unas personas aquí que quieren verle.

—Es un poco tarde para recibir, pero dígales que pasen —contestó don José anteponiendo su educación a las pocas ganas que tenía de que le molestasen.

—Buenas tardes y disculpe las molestias, señor Peláez. No es mi intención robarle mucho tiempo.

—Adelante y tomen asiento. No hay molestia alguna.

Don José intentó disimular su sorpresa al ver que quien le hablaba era, sin duda alguna, don José Antonio Pedregal, que venía acompañado de un niño delgadito y con cara de tímido, no mayor de ocho años. También había en el quicio de la puerta un gigante calvo enfundado en un traje negro que cerró la puerta con inesperada suavidad para quedarse fuera custodiando la entrada.

—Permítame que me presente. Soy José Antonio Pedregal y este es mi nieto Tomás.

—Hola, señor Peláez —dijo el niño con voz de flauta, pero aplomo de trombón.

—Bueno, como bien saben, yo soy el señor Peláez. Encantado de conocerlos. Y bien, ¿a qué debo el placer de su visita?

—Sé que es usted un hombre ocupado como yo y que tiene una academia que goza de mucho prestigio en el barrio, así que iré al grano. Quiero que me dé su opinión sobre esto —dijo el señor Pedregal depositando una libreta sobre el escritorio.

El director cogió la libreta y se puso a hojearla. Tras algo más de un minuto de silencio apenas manchado por algunos murmullos, volvió a dejarla sobre la mesa.

—¿Y bien, señor Peláez?

—Bueno, es una libreta con apuntes y ejercicios variados de matemáticas que corresponden a un alumno de bachiller. A un buen alumno, me atrevería a decir.

—¿Y si le digo que esta libreta es de mi nieto Tomás?

—Si no supiera quién es usted, señor Pedregal, diría con todos los respetos que me está queriendo tomar el pelo. Pero no parece una persona que pierda su precioso tiempo en burlarse del director de una modesta academia, así que soy todo oídos —respondió el señor Peláez abriendo los ojos como un ave nocturna.

—En efecto, no le estoy tomando el pelo. Mi nieto tiene ocho años y uno de sus lugares preferidos es la biblioteca de mi casa. El otro día me encontré esta libreta allí y tras un pequeño interrogatorio admitió que era suya. Es un niño muy vergonzoso con sus habilidades y hasta cierto punto lo comprendo. El mundo está lleno de torpes que se burlan de la gente capacitada

para disimular su mediocridad. Pero sabe que conmigo no tiene que esconderse, ¿verdad, Tomás?

El crío asintió bajando la cabeza.

—Así que vengo aquí para que me dé su opinión profesional y sincera sobre lo que acaba de ver. Se da por hecho que confío de antemano en su discreción y prudencia sobre lo tratado hoy en este despacho.

—Puede estar tranquilo por eso. Lo primero es que estoy muy sorprendido. Se necesitan años de enseñanza escolar para llegar a este nivel de abstracción matemática. Doy por hecho que su nieto está recibiendo clases particulares porque...

—Perdón que le interrumpa, señor Peláez, pero creo que no me he explicado del todo bien. Mi nieto se pasa las tardes en mi biblioteca solo, hojeando los volúmenes que se le antojan. La única que pasa por allí es mi ama de llaves para recordarle la hora de la merienda.

Don José volvió a hojear durante unos segundos la libreta y se dispuso a reformular su respuesta:

—Estaba señalando que se necesitan años de educación tutelada para alcanzar estos conocimientos, años que su nieto no tiene. Lo que me acaba de decir, unido al hecho de que esta libreta no parece un ejercicio de mera copia, sino, más bien, unos apuntes de trabajo de un estudiante aplicado, me dejan en una situación comprometida. Insisto, de no ser usted quien es, le invitaría a que se fuera de mi despacho y que no me hiciera perder más el tiempo. Porque es casi imposible cruzarse en la vida con una persona de estas capacidades en el mundo de las matemáticas y para mí sería la segunda ocasión. Conocí una vez a un chaval como su nieto, aunque no tan joven como él. Y no hay un día de mi vida que no lo eche de menos.

—¿Un antiguo alumno? —preguntó don José Antonio.

—Más que eso, un amigo y compañero que, desgraciadamente, ya no está entre nosotros —respondió el señor Peláez con pena.

—Lo siento mucho.

—Gracias, fue hace ya un tiempo —añadió el director, recomponiéndose—. Pues mi opinión es la siguiente: si este chico está en el curso que le corresponde por su edad, se debe de estar aburriendo como una ostra en clase. Alguien capaz de aprender por iniciativa propia a esa velocidad necesita de unos estímulos intelectuales que un colegio tradicional no puede proporcionar.

—Ahora nos vamos acercando al quid de la cuestión. Yo no quiero que mi nieto salte de curso ni que se vaya a una institución especial para superdotados, palabra que me suena a monstruos de feria. Quiero que siga asistiendo al colegio al que va normalmente, pero que alguien le dé lo que allí no pueden ofrecerle. Por eso estamos aquí.

—Pues estaría encantado de tenerle en nuestra academia, señor Tomás —dijo don José dirigiéndose al pequeño, que le miró a los ojos por primera vez.

—Pero no quiero ir a clase con los demás, quiero que me enseñe usted mismo. Y a solas —dijo Tomás con voz fina y decidida.

—Y yo he de añadir que se lo pido como un favor personal y que me hago cargo sin problemas

de lo que suponga esa atención especial, señor Peláez —añadió el abuelo del chaval.

—Pues no se hable más. Entiendo que si han venido a verme fuera de mi horario habitual es porque tienen unas necesidades especiales y aquí siempre nos hemos adaptado a la situación personal de cada alumno. Deme su dirección y le enviaré los detalles por carta, junto con algunos formularios que habrá de cubrir. Después ya hablaremos de horas y fechas.

—Veo que es usted un hombre de acción, señor Peláez. No es necesario que me lo envíe. Llame al número que aparece en esta tarjeta y vendrá alguien de mi confianza a encargarse de todo. Sobre el hombre que está esperando al otro lado de la puerta es Pedro, mi jefe de seguridad. Será él o alguno de sus hombres quien acompañará a mi nieto a las clases. Si las dan aquí en el despacho, estará todo el rato en el lugar que ocupa ahora. Excusará mi celo con respecto a la protección de mi nieto, pero soy inamovible en esos términos.

—No tengo ningún problema en que se quede ahí. Ya le digo que comprendo su situación y respeto y comparto la preocupación por Tomás. Aquí siempre será bien tratado, como el resto de los alumnos.

—Pues ya nos veremos, señor Peláez. Ha sido un placer —zanjó don José Antonio, levantándose de la silla y extendiéndole la mano al director de la academia.

—Lo mismo digo, señor Pedregal —respondió don José estrechando las manos, primero del abuelo y luego del nieto—. Ya verás cómo es más divertido estudiar en compañía, Tomás.

—Seguro que sí, señor director —contestó, ya más distendido, el pequeño.

Desde aquel momento se empezaría a forjar una estrecha relación que trascendería la tradicional entre alumno y maestro, donde la sorpresa inicial por los conocimientos del chico se acabaría revelando como la punta de un iceberg de cosas increíbles y secretos que abrumarían en muchas ocasiones al bueno de don José.

16

¿Esto es whisky?

Salva volvió de la cocina a su estudio con otro par de cervezas en la mano. Sagu estaba allí sentado, recorriendo el mástil de un Fender Precision con una sonrisa en la cara.

—Creo que alguien tiene morriña —dijo Salva mientras le ofrecía una de las botellas.

—Pues sí que echo de menos pasar una tarde entera como las de antes —respondió Sagu mientras brindaba con su amigo.

Después de dar un trago, posó el bajo en su soporte y se sentó junto a Salva en un sofá chéster cojonudo que tenía en medio del estudio.

—Tomo esta, pero no abras más para mí, ¿vale?

—Vaya, Sagu, ¿te has puesto a dieta?

—Sabes que no es plan cargar mucho el barco —respondió Sagu con tono medio serio.

—Ya lo sé, el día va a ser largo y habrá que dosificarse —le contestó Salva dándole una palmada en el hombro.

Los dos se quedaron un rato en silencio con la cerveza en la mano mirando a la pared de enfrente, llena de guitarras colgadas como si fuera una tienda. Sagu notaba que su amigo estaba tenso, con ganas de hablar de algo concreto, pero sin saber cómo arrancar. Necesitaba un empujón.

—Bueno, pues aquí estamos contando cuerdas —arrancó Sagu.

—Ya. Estoy dando vueltas al plan. Tengo que echar un último vistazo a los servidores y...

—Tranquilo, recuerda que es tu plan. Va a salir bien, ¿lo dudas?

—No. Pero tengo ganas de que llegue la hora y terminar con esto de una vez —contestó Salva.

—Pues a mí me gustaría estar ahora en el bar de Jesu, jugando al *pinball* y escuchando a Tilt con todo el pedo.

—Eso sí que era un buen sábado. ¿Te acuerdas de la cara que puso cuando nos vio en el Mercedes saliendo para Huelva? —preguntó Sagu.

—Vaya que sí, gritando «dale» desde la acera, muerto de risa. Huelva —añadió pensativo Salva—. Nunca hablamos de aquella noche.

—Hay tiempo antes de comer.

Entonces Sagu le dio un buen trago a la cerveza y se subió junto a Salva en el DeLorean para regresar al verano del 99.

Aquellas vacaciones se las habían ganado a pulso, después de tres años de trabajar y estudiar como esclavos. Subirse al tren de Tommy fue una locura desde el inicio. Sagu se embarcó en una

instrucción paramilitar que nada tenía que ver con un puesto normal en una empresa de seguridad.

Al principio, no pasaba una semana en que no se planteara seriamente dejarlo todo, harto de tanto entrenamiento, de tantos exámenes, de sumergirse en hielo tras las palizas que le daba el animal de Pedro y sus secuaces. Harto de no poder fumarse un canuto por la noche para relajarse. Pero siempre que llamaba a Tommy, este lo convencía con una mezcla de súplicas y de promesas de que pronto todo acabaría. Eso y el sueldo, para qué nos vamos a engañar. Porque el dinero no contiene la felicidad, pero es un buen lubricante.

Con el tiempo se fue enganchando a aquello. A sentirse cada vez más fuerte. Aprendía a manejar armas, a conducir como un especialista de cine, a leer situaciones y conductas. Y dejó de añorar el hachís como calmante. Ahora tenía el yoga y los ejercicios de apnea en la piscina. Era alucinante la sensación de pasarse diez minutos sin respirar, de vencer el miedo innato a ahogarse, de caer en un letargo donde la vida parecía detenerse. Y luego estaban los domingos. Los domingos eran sagrados. Cuando no se los pasaba con la «innombrable», quedaba con los otros dos del trío para tocar el bajo y ponerse al día. Ellos también estaban probando sus límites.

Ya no era solo sacarse la carrera de Informática al día superando todos los exámenes con buenas notas, lo que suponía un esfuerzo titánico para cualquier mortal. Al mismo tiempo estaban reclutando a un ejército de genios y poniendo en marcha un ambicioso proyecto: el primer laboratorio de quimioinformática, una nueva ciencia que iba a revolucionar el mundo farmacéutico. Tommy parecía llevar toda la vida preparándose para algo así y había encontrado en Salva a su socio perfecto. Sagu se reía cada vez que los oía hablar en su neolengua de científicos chiflados hasta que les mandaba callar al grito de «dejad esa basura para mañana y respetad los domingos».

Es por ello que en el verano del 99 se tomaron un descanso empujados por sus familias, que ya empezaban a preocuparse por su salud mental. Eran unas merecidas vacaciones para los tres, aunque no tanto para Sagu. Él tendría que desempeñar por primera vez la labor para la que había sido entrenado: ser el guardaespaldas de Tomás.

Sagu había llegado el primero a la cita aquella mañana en la casa del abuelo de Tommy, que, según tenía entendido, iba a ser su nuevo hogar a la vuelta de las vacaciones. Al poco aterrizó Salva, acompañado por sus padres, con su maleta recién comprada y una sonrisa de gato de Cheshire. La señora Mónica también salió al jardín para contarles a Amanda y Víctor los detalles del viaje. Pero faltaba la estrella: Tomás apareció bajándose de un Mercedes G55 AMG de color negro, con los cristales tintados y una reluciente V8 de color plata sobre la aleta delantera. Se acercó a abrazar a los presentes y, dejando a Sagu para el final, le lanzó las llaves del todoterreno.

—Bueno, amigo mío, yo voy metiendo el equipaje mientras tú vas regulando el asiento a tu medida.

—Es diésel, ¿no? —preguntó Sagu con sorna.

—Vaya máquina, Tomás. Ya podéis tener cuidado con esto —dijo Víctor, el padre de Salva, mientras se daba una vuelta alrededor del flamante vehículo.

—Eso, Salva. Nada de correr —añadió Amanda con preocupación mirando a su hijo.

—El coche solo lo conducirá Sagu, que es el que mejor preparado está para ello —le contestó Mónica a Amanda, en un intento por tranquilizarla—. Además, sabemos que se van a portar bien por la cuenta que les trae.

Tras un rato de bromas y últimas advertencias, Salva y Tomás se subieron a bordo de aquel yate con ruedas, mientras Sagu hablaba a cierta distancia con Pedro, su jefe.

—Recuerda todo lo que te dije: no solo has de protegerlo de los demás, sino también de sí mismo. Teléfono siempre encendido, el arma siempre encima, cero alcohol. El coche es seguro, está blindado. Y nada de salirse de la ruta establecida, ¿recibido?

—Recibido, jefe —contestó Sagu con gesto marcial.

A los dos minutos de subirse al coche, Tommy se dirigió a Sagu:

—Me imagino lo que te habrá dicho Pedro, pero quiero que sepas una cosa. No te voy a amargar las vacaciones. Lo pasaremos bien sin necesidad de meternos en líos. Y una vez que se acaben las vacaciones serás el jefe de seguridad de nuestra nueva compañía, ¿verdad, socio?

—Así es, socio —dijo Salva desde el asiento de atrás.

—Todavía os debo la paliza por los trajes del concierto —respondió Sagu, cerrando el puño y soltando una sonora carcajada mientras hacía rugir el motor de aquella bestia.

Última parada: Mazagón. La familia de Tomás tenía allí una preciosa casa a la orilla de la playa, que sería, durante el próximo mes, el centro de operaciones del trío. Nada más llegar, tocaba darse una ducha y pegarse un chapuzón en la piscina. Salva y Tomás ya se encontraban en remojo, cuando apareció Sagu caminando por el borde.

—Pero ¿qué haces, tío? Pareces un sicario de vacaciones en Benidorm —soltó Salva al ver a su amigo en bañador y camiseta de tirantes, con un revólver cinchado debajo del sobaco.

—Relájate un poco, que estamos en casa —dijo Tommy saliendo del agua.

—No os preocupéis por mí, polluelos, y disfrutad del baño —les respondió con condescendencia.

Les llevaría unos días a Salva y Tomás conseguir que Sagu se relajara dentro de la responsabilidad que llevaba sobre sus hombros. Habían sido tres años muy duros y parecía que les costaba desconectar aun estando de vacaciones, así que se fueron a comer al club náutico, un ambiente seguro donde les esperaba la mejor mesa del exclusivo restaurante del complejo. Allí, delante de un buen arroz con marisco, los tres amigos comenzaron a soltarse el cinturón. Los informáticos llevaban un rato charlando como cotorras, cuando el tercero en discordia los interrumpió para meter baza:

—Sé que los estáis pasando muy bien, tórtolos, comiendo gambas y discutiendo, pero ¿os puedo hacer una pregunta?

—Claro, Sagu —respondió Salva.

—¿Sabéis lo que es una paradoja?

—Suenas a pregunta retórica, así que continúa —le contestó Tomás.

—Muy sagaz, Tommy. Pues una paradoja es que, siendo vosotros dos unas eminencias que estáis poniendo en marcha el negocio de la década, no os percatáis de una jugosa oportunidad que se os pasea desde hace un rato por delante de los ojos.

—¿De qué hablas, Hitchcock? —preguntó Salva.

—Tranquilos, que aquí está el maestro del suspense para daros una lección de cómo se estudia el entorno. Atentos y sed discretos con las miraditas. En la mesa de nuestra izquierda hay una familia disfrutando con calma de un arroz como este: papá, mamá y la nena. Llevo un rato con la parabólica bien orientada y resulta que el matrimonio está celebrando que su pequeña ha sacado muy buena nota en selectividad, de sobra para entrar en Enfermería. Y la pequeña está como loca mandando mensajes a sus amigas para contarles que el próximo lunes por fin le entregan un New Beetle amarillo como premio a su esfuerzo. Hasta ahora, todo puro cotilleo vacío de importancia.

»Pasemos entonces a lo que nos afecta. La chavala, que nunca debió de copiar en un examen porque disimula de pena, lleva toda la comida lanzando miradas furtivas hacia nuestra mesa. Yo, que siempre hice trampas y soy muy bueno en este terreno, he conseguido discriminar quién de nosotros tres despierta su interés: Salva, te ha tocado el premio. Lo sé con seguridad porque, al acompañar a Tommy al baño, ella volvió a girarse hacia nuestra mesa, donde solo estabas tú, bebiendo vino y pensando en las musarañas. Qué lástima de muchacho.

—Muy bien, detective Colombo —interrumpió Salva, picado por su despiste—. Ahora solo falta que nos digas cómo voy a hacer para presentarme en la mesa y conseguir su teléfono, con toda cara bonita.

—Sería un brutal error por tu parte, que reventaría todo el plan —le atajó Sagu—. Si me permites, continuaré con mi clase magistral. En ese viaje al baño, del que os hablaba antes de la interrupción de este merluzo, también me percaté de un detalle crucial: papá es un tipo adinerado, pero no de casta, sino, más bien, de nuevo cuño, de los que dejan el llavero del coche encima de la mesa para que todos sepan que tiene un Maserati. Así que, mientras Tomás se aliviaba, yo le eché un vistazo al aparcamiento, donde, casualidad, solo vi un único modelo de la marca, un Quattroporte gris bien reluciente cuya matrícula consulté por teléfono a un amigo. Resulta que está a nombre de una empresa local como vehículo de Dirección, porque a papá le gustan los coches, pero también desgravar los gastos. Nuestro hombre es el dueño de Ingelektric, la mayor empresa de mantenimientos eléctricos industriales de esta zona y cuyo principal cliente es...

—El Grupo Alkaloan —susurró Tomás sonriendo.

—Premio para el nene. Muy bien, Tommy, veo que has estado atento —le soltó Sagu al benjamín del trío señalándolo con un tenedor.

—Pero eso sigue sin resolver el asunto de cómo romper el hielo —volvió a intervenir Salva.

—Tranquilo, que ya estoy yo aquí para masticarlo todo —retomó Sagu—. A estas alturas del relato ya deberíais ver la solución del puzzle, pero no quiero forzaros más. Volviendo a nuestro objetivo, la chica ha pedido permiso a su mamá para salir esta noche con sus amigas, permiso que ha obtenido sin mayor problema. Y yo os garantizo que, en poco más de dos minutos, su

papá estará encantado de que ellas sean nuestras anfitrionas. Estad muy atentos y, por favor, no hagáis ni digáis ninguna tontería. Voy a soltar el cebo.

Sagu se levantó de la mesa y volvió al poco.

—¿Adónde has ido? —le preguntó Salva.

—A hacer una llamada.

—¿Y a quién has llamado?

—Qué acabo de decir sobre las tonterías —zanjó Sagu carraspeando.

Entonces, uno de los camareros se acercó a la mesa y preguntó por el señor Tomás Uría, anunciando que tenía una llamada de parte de Mónica Pedregal. Tomás se levantó a atender la llamada y, para su vuelta, la presa ya tenía el cebo entre sus dientes. El papá de la chiquilla había detenido al camarero para apurarse a pagarles la comida, alertado por los apellidos de Tomás y, sobre todo, por el nombre de la supuesta autora de la llamada, que, en realidad, era Sagu manteniendo su teléfono móvil descolgado en el bolsillo. El tipo estiraba el cuello como una jirafa mientras el camarero les fue a comunicar que estaban invitados, buscando contacto visual con el joven empresario.

—Eres un genio, Sagu. Un genio y un liante —le dijo Tommy al oído a su amigo y guardaespaldas—. No hagamos esperar más a nuestro patrocinador y vayamos a presentarnos y a agradecerle el detalle.

Los chicos se fueron hacia la mesa de al lado. Tomás se puso al frente del plan urdido por Sagu.

—Muchas gracias por la invitación, caballero. ¿A qué debemos el honor?

—De tú, por favor. Quizás no me recuerdes, pero creo que hemos coincidido en alguna ocasión. Soy José Luis Díez, dueño de Ingelektric. Esta es mi esposa, Alejandra, y nuestra hija, Tamara. Tú eres Tomás, ¿no?

—En efecto. Yo soy Tomás Uría. Y este es Salvador, mi socio, y el señor Saguario Llaneza, mi jefe de seguridad.

Hechas las presentaciones formales, Tomás remató la faena con rapidez y elegancia:

—Pues insisto en agradeceros la invitación y he de decir que ha sido una grata casualidad encontrarnos aquí. Tenía dentro de mis planes a corto plazo reunirme con técnicos de tu empresa. Estamos a punto de iniciar un proyecto muy ambicioso en los terrenos que lindan con la factoría del grupo en Palos de la Frontera y me gustaría estudiar una oferta tuya para ejecutar la instalación eléctrica. Pero no quiero arruinaros el postre y le he prometido a mi madre que desconectaría durante las vacaciones, así que os dejaremos tranquilos y ya te llamaré dentro de unas semanas. Nosotros nos iremos ahora a descansar para poder salir algo por la noche, a ver si nos enteramos de por dónde se divierten aquí los jóvenes.

José Luis, que era perro viejo y lo de estudiar una oferta tuya le sonaba a que había más pirañas en la pecera, quiso tomar ventaja en la carrera antes de que esta comenzara.

—No se diga más. Las vacaciones son para disfrutarlas. Supongo que estáis en Mazagón, ¿no?

—Así es —contestó Tomás.

—Pues mi hija, Tamara, y su pandilla van esta noche allí. ¿Te importaría indicarles a estos

chavales por dónde pueden salir a divertirse?

—Sin problema —se apuró a contestar la chica con una amplia sonrisa mientras le clavaba los ojos a Salva—. A las diez hemos quedado en la plaza Trainera.

—Pues gracias de nuevo. Allí estaremos. Ha sido un placer conoceros. Hasta pronto —dijo Tomás.

Al rato, ya dentro del coche, Sagu iba recibiendo con falsa modestia las alabanzas de Tommy hacia su aguda visión y la brillantez de su estrategia para conseguir un plan nocturno, cuando escuchó una risa cínica que provenía del asiento de atrás.

—¿Qué pasa, Salva? ¿De qué te ríes?

—Que sí, que has estado muy fino y todo eso, pero faltaba el toque mágico —dijo Salva con gesto de zorro mientras les mostraba un mensaje de texto que acababa de recibir en su teléfono móvil.

—Léelo en voz alta, Tommy.

—«Lo de quedar en la plaza para ir de bares está bien, pero tu plan de barbacoa para seis al borde de la piscina suena mucho mejor. Besitos» —leyó Tommy con impostada voz de chica.

—Qué fino, Salva, qué fino —gritó Sagu golpeando el volante—. Ese es mi chico. Le has sacado el número mientras hablábamos con el padre. Ahora sí que me suena a gloria a mí también. Tres contra tres y jugando en casa. Limpio y seguro.

—Sois unos maestros, mis queridos compinches —exclamó Tommy haciendo el gesto de quitarse el sombrero—. Ahora habrá que comprar provisiones para la noche y prepararnos para lucir nuestras mejores galas. Por fin empiezan las vacaciones.

Y el soleado día dio paso a una estupenda noche de suave brisa marina que ayudó a barrer un poco el calor de las brasas bajo una parrilla llena de costillas de cerdo. Cerveza fría, buena música saliendo por los altavoces que flanqueaban una gran piscina de fondo iluminado y tres parejas sin más preocupación que la de conocerse y pasarlo bien completaban el lienzo de una velada perfecta.

La hija del empresario acababa de ponerle una equis delante a su novio hacía una semana y se moría de ganas de celebrarlo con Salva, así que no tardaron mucho en desaparecer por los jardines que rodeaban la casa. Mientras, Tommy se quedó enseñando a tocar los bongos a una de las amigas y Sagu dando lecciones de defensa personal a la otra. Al final los cuatro acabaron en la piscina sin más intención que la risa, pues ninguno parecía interesado en seguir los pasos de la pareja en fuga que a la vuelta se mostraron muy sonrientes y acalorados. Todos entendieron lo ocurrido y se rieron en consecuencia. Un poco más de piscina, un rato de charla en las tumbonas y la fiesta acabó con unos besos de despedida, Salva yéndose a dormir como un bebé y los otros dos llevando a las chicas de vuelta a sus casas. Tras devolverlas sanas y salvas, Tommy abrió la guantera del todoterreno y sacó una botella de cristal con etiqueta blanca garabateada a lápiz y contenido ambarino.

—¿Adónde va con eso, don Tomás?

—Es un regalo que me hizo mi padre al cumplir los dieciocho. Parece que no era consciente de que no bebo alcohol, pero se lo agradecí igualmente. Es un *whisky* escocés muy especial, de una

destilería muy prestigiosa y que debe de valer un riñón y la mitad del otro. Yo creo que es una noche ideal para abrirla y brindar, ¿qué te parece?

—Sabes que no debo beber. Es una norma estricta —refunfuñó Sagu con amargura.

—No digo que nos pongamos como piojos. Yo nunca bebo, ya lo sabes. Hablo de disfrutar de una copa, de una forma responsable.

—Bueno, dicho así no suena tan mal. ¿Adónde quieres ir?

—Tira en dirección al polígono de Palos, ya te iré indicando. Vamos a ver los terrenos donde se levantará nuestro proyecto.

Tras llegar a la zona industrial y coger una pista de tierra que atravesaba los campos de fresas adyacentes, se pararon en medio de la nada, pegados a un terraplén. Tommy sacó dos vasos y vertió en ellos un poco de aquel brebaje divino. Tras chocar los cristales y alzarlos al cielo, Sagu invitó a su amigo a que pronunciara un brindis.

—Pues por nosotros, por todo lo que vamos a hacer juntos y por lo mucho que disfrutaremos en el camino.

—Amén, hermano.

Tras darle un trago al *whisky*, ambos se miraron alucinados.

—Oye, Tommy, ¿esto es *whisky*? Porque, entonces, no lo había probado en mi vida. Qué maravilla.

—Es fuerte, pero está muy bueno. Sabe como el sudor de Dios —respondió Tomás con los ojos vidriosos a causa del vapor alcohólico.

Después de tanto tiempo sin probar el alcohol, el calor que sentía en el pecho le soltó un poco las correas a Sagu. Empezó a divagar sobre la teoría del niño interior, ese que dicen llevamos todos dentro por muy viejos que seamos. Quería llegar a un punto concreto, pero se puso a dar vueltas.

Cogió el primer desvío para hablar de Salva, de lo que acababa de pasar hacía un rato.

—Un mero asunto hormonal —excusó Sagu.

Salva, al parecer, estaba enamorado de un fantasma. Una chica norteamericana con quien había compartido una semana en el verano del 95. Una leyenda que se alimentaba solo de fotos y cartas, que se mantenía viva gracias al niño interior de su amigo, un niño con la esperanza intacta de volverla a ver. Cuando se cansó de la carretera secundaria, Sagu volvió a la autopista.

—Pero eso del niño no siempre es verdad. Yo maté al mío hace tiempo, Tommy. Y dime, ¿qué le pasó al tuyo? —preguntó Sagu.

—Tú primero, amigo. Prometo seguir yo detrás —aseguró Tomás.

Sagu aceptó el trato dando otro sorbo de licor. Así fue sacando su historia del pozo, caldero a caldero. La historia de cómo su madre era feliz con su novio, un nativo americano llamado Tony. De cómo se creía a salvo del anterior, un cobarde con tricornio que no aceptaba el cambio y se presentó a ajustar cuentas mientras ella cerraba el bar donde trabajaba. De cómo la empujó contra la pared, las manos en su garganta, tan borracho que no sintió el cuchillo de pelar patatas que ella le hundió en el muslo en un reflejo instintivo por defenderse. Ahí se torció todo. Cuando Tony entró en el bar, al guardia se le iba la vida por la pierna como a un torero sin estrella y

decidió terminar la faena y marcharse de allí cargando para siempre con la culpa. Así, ella y el niño que llevaba dentro podrían vivir en paz.

Y lo hicieron como pudieron, hasta que Desi empezó a sentirse muy cansada. No solo de criar a un hijo sola y de vivir con una madre que la culpaba de todo y se pasaba los días maldiciendo a Tony. No solo de prometerle a Sagu que algún día se irían de allí y vivirían felices con su padre. Se cansó también de que le salieran moratones por nada, de médicos y analíticas que acabaron por ponerle a su cansancio el peor nombre que había. La leucemia se la comió en unos meses y Sagu se quedó solo tras el entierro con una carta entregada en mano por Gerardo, una carta de su padre para que la leyera cuando fuese mayor. Le tocó abrirla con catorce años.

—Después de leerla y enterarme de cómo había sido todo, maté a mi niño interior —terminó Sagu.

—Creo que, entonces, me toca a mí —respondió Tomás.

Comenzó disculpándose por ser un egoísta. Los contratos que habían firmado Salva y Sagu con el Grupo Alkaloan habían sido idea suya, en parte para darles una oportunidad, en el fondo para tenerlos en su vida. Sagu sonrió, dándole a entender que aquello no era ningún secreto para ellos. Luego todo se volvió cada vez más complejo.

Afirmaba que su niño interior había nacido viejo y se había muerto muy pronto. Sin saber cómo explicarse mejor, enlazó con la historia de cómo había escapado el padre de Sagu, llegando en moto de noche al astillero de San Juan de Nieva, donde Gerardo y Colás estaban a punto de subirse a una lancha para ir a pescar. De cómo tiraron la moto al mar y ayudaron a Tony a subirse en un mercante cuyo capitán decidió aceptarlo de polizón. Cada detalle que daba sobre la historia sobrecogía aún más a Sagu, que no entendía de dónde los había sacado.

—Y tu padre estaba tan nervioso que no podía ni escribir, así que se lo dictó a Colás, que aprovechó la parte de atrás de un examen de la facultad para ir apuntando...

—¿Cómo sabes tú todo eso? —interrumpió Sagu.

Tomás sacó un papel y un lápiz del bolso y se puso a escribir mientras hablaba.

—Sé que ahora mismo no entiendes nada. Ni por qué escribo con la zurda, ni por qué mi letra es igual a la de la carta que habrás leído mil veces, ni por qué mi firma coincide con la del examen que hay por detrás. Pero ¿cómo quieres que te explique que yo...?

El ruido de un motor los alertó. Ambos subieron reptando por el terraplén y se asomaron con cautela, contemplando atónitos la escena que tenían ante ellos. Sagu aparcó por un instante la explicación que le debía Tomás y le susurró al oído:

—Y ahora, ¿qué?

—¿Ves lo mismo que yo?

—Sí, y pinta muy mal para ella.

—En la vida todo tiene sentido. Nada es casual. Hay que salvarla —sentenció Tomás como si recitara un salmo.

Sin tiempo casi para pensar, Sagu escogió, dentro del abanico, los males menores. El revólver con mira láser de su sobaco, para Tommy. El cuchillo de su pantorrilla, para él. Por delante, a distancia y desde la oscuridad, Tommy. Por detrás, bien cerca y creando una distracción, él. Y

coger las bandanas que tenían en el coche para el plan de la ruta en *quad*. Pasara lo que pasara, mejor que no les vieran la cara. Una última advertencia:

—Tomás, llegado el momento, piensa que son dianas. No dudes ni falles.

Un río lleno de historias tristes

—Siento interrumpiros, pero tu madre dice que la comida ya está en la mesa —dijo Nila asomándose a la puerta de la leonera de la música.

—Bien, Nila. Gracias por salvarme de la brasa que me estaba pegando este —contestó Salva dándole una palmada a Sagu para que se levantara.

Los tres se dirigieron al comedor, donde Víctor, el padre de Salva, presidía la mesa con gesto serio mientras su mujer servía la sopa. Cada uno ocupó una silla con el cuidado y la discreción del que llega tarde a un concierto de la Sinfónica de Viena. Una vez que todos los platos humeaban, el ruido de las cucharas rompió el silencio como una tímida celesta que iniciara la más ominosa de las oberturas. Apenas unos comentarios de halago hacia la cocinera se aventuraron a poner algo de letra a aquella comida, que navegó por un *crescendo* de tensión hasta que la barítónica voz de Víctor rompió en escena.

—Tienen razón, Amanda. La sopa está riquísima. Y da gusto estar aquí juntos, tan tranquilos. Porque estáis todos tranquilos, ¿no?

—Víctor, no empieces, que te veo venir —quiso atajar su mujer.

—Siento llevarte la contraria, cariño, pero creo que esta vez no me ves venir.

—Víctor...

—Amanda, no. Ya está bien. Que sí, que estoy muy orgulloso de mi hijo. Que confío en él. Que cerré el taller para no terminar de joder la hernia y dejamos el piso para venimos a vivir aquí. Y todo sin decir ni mu. Es que ya ni pregunto por lo de tu hermano.

—Gerardo está bien, no hay... —quiso apuntar Sagu.

—Cállate la boca —atajó Víctor.

—Recibido —respondió Sagu volviendo su mirada a la sopa.

—No sé adónde quieres llegar —preguntó Amanda con intención de aplacar a su marido.

—Tranquila, que andamos cerca. Todo será que me dejéis acabar. Hace año y medio, todos de fiesta sacando la empresa a bolsa. Salva, feliz con Claire. Nila, feliz con Tomás. Supongo, porque ahora están aquí estos dos callados, dándole a la cuchara y los otros a punto de casarse.

—Por favor, Víctor —rogó Amanda.

—Que ya sé que no es asunto mío. Que tengo que seguir haciendo como que no pasa nada. Lo que no soporto es que te mientan a ti —dijo Víctor señalando a su mujer.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Amanda sorprendida.

—A ver, hijo mío, ¿cuándo os conocisteis Claire y tú?

—No me apetece hablar de eso ahora, papá.

—Pues igual no me apetece a mí seguir en esta casa y me largo ahora mismo a una pensión —respondió Víctor.

—Pero, papá, si ya lo sabéis. Ella llegó de América con sus padres, Mónica celebró una cena, después nos fuimos juntos a tomar algo y...

—Muy bien. Esa versión ya la sabemos. Ahora prueba con la verdad.

—No sé de qué va todo esto.

—Tranquilo, que te voy dando la entrada. Unos cuantos años antes, en el puente de Soto, tú estabas poniendo un ramo de flores en la valla...

Aquella frase sacudió el comedor como un viento gélido, dejando las cucharas quietas sobre los platos. El silencio se volvió harto incómodo, sobre todo para Salva.

—Os tengo que pedir perdón por un millón de cosas, pero todo lo hago por nuestro bien. Prometo empezar a deciros la verdad a partir de ahora. ¿Podemos seguir comiendo mientras hablo? —rogó Salva.

Pareciendo que el acuerdo les venía bien a todos, decidieron continuar con la sopa y escuchar. El comienzo que había anunciado Víctor era correcto.

Fue en el verano del 95, después de que Salva se saltara un año de clases para ayudar a su padre en el taller. Aquel día estaba, por encargo de su madre, atando un ramo de flores a la valla del puente de Soto, como decían los de Muros, o puente de Muros, como decían los de Soto. Mientras se peleaba por encontrar el inicio de un rollo de cinta adhesiva, vio cómo se le acercaba una chica con una gorra de béisbol, una mochila y una cámara de fotos colgando del cuello, la viva imagen de una turista americana. Lo primero que pensó fue en que le preguntaría si iba bien hacia Santiago de Compostela, como todos los extranjeros que cruzaban el puente en dirección oeste, pero parecía que su interés era otro.

—Hola, ¿te puedo hacer una pregunta? —dijo la chica en un correcto español.

—Sí, claro —sonrió Salva.

—¿Las flores son para mí? —bromeó la turista.

—Ojalá, pero siento decirte que se van a quedar pegadas a esta valla hasta que se marchiten, como las anteriores —respondió él señalando otro ramo al que el tiempo había convertido en una hojarasca atada con celofán.

—Oh, *sorry*, lo siento. Me temo que he metido «pierna», ¿no?

—Creo que quieres decir que has metido la pata —le corrigió amablemente.

—Eso es. No era mi intención molestarte.

—Tranquila, no pasa nada. Yo me llamo Salva, ¿y tú? —preguntó extendiendo la mano.

—Mi nombre es Claire —respondió devolviendo el gesto.

—Las flores son un recuerdo para una familia de amigos de mis padres que se mataron aquí mismo, en un accidente de coche.

—Lo siento mucho.

—Gracias. Yo no llegué a conocerlos, porque era un bebé cuando pasó. Esto lo hago por encargo de mi madre. ¿Y tú qué haces por aquí?, ¿el Camino de Santiago?

—No, estoy de vacaciones, haciendo fotos. Pero tengo un problema con el coche. Conduje por

un camino malo y ahora no arranca. Necesito ayuda.

Aquellas palabras sonaron como campanas en los oídos de Salva, que, tras zanjar su lucha con las flores y la cinta, se remangó para socorrer a la pobre turista y a su Volkswagen Polo de alquiler metido en un camino para tractores. A la vista de los baches que había surcado, abrió el capó en busca de la causa de la aparente defunción del coche, que no era más que un borne suelto en la batería. Tras ponerlo en el sitio, arrancó el motor y una sonrisa a su conductora.

—Pues ya está. Ahora solo falta sacarlo de aquí con cuidado y ya podrías seguir tu camino. Una pregunta, ¿cómo es que puedes alquilar un coche? ¿Ya tienes dieciocho?

—Claro, soy del 77, y tengo carné en Estados Unidos desde los dieciséis.

—Anda, del 77. Igual que yo. Pues lo dicho, tu coche estará bien, siempre que no lo vuelvas a meter por caminos así.

—Muchas gracias, Salva. No sé cómo agradecer.

—Pues podrías acercarme hasta La Arena, que está aquí al lado, y así aprovecho para dar una vuelta por allí.

—Bien. Es donde yo estoy viviendo ahora. Te invito a un refresco, si quieres.

—Cambia refresco por cerveza y lo bordas.

—Perdón, no entiendo «bordas».

—Quiero decir que si me invitas a una cerveza será perfecto.

—OK. Vamos.

Una vez que los dos estaban a la orilla del Nalón, una cerveza supo a poco y acabaron comiendo en la terraza de un bar. Después se fueron hasta la playa de los Quebrantos dando un paseo, contándose un poco sus vidas, rompiendo sus distancias y anonimatos, sonriendo tanto como les era posible, tanto que parecía que aquel día no sería suficiente. Poco antes de volver al coche, tras la insistencia de Claire de acercarlo a San Esteban, se detuvieron ante una placa de bronce desgastada que había en el suelo, cerca de un noray donde se amarraban un par de lanchas flotando en la ría, que llamó la atención de la norteamericana.

—Esto es algo parecido a las flores, ¿verdad?

—Sí. De hecho, hay una conexión. Esta placa está dedicada a Miguel, un pescador que desapareció poco después del accidente. Salió a faenar una mañana él solo y otros pescadores encontraron su lancha sola, a la deriva. También faltaba el ancla, así que algunos creen que se quitó la vida.

—¿Y dónde «es» la conexión? —preguntó Claire.

—Miguel fue uno de los dos pescadores que rescataron el cuerpo de María, la hija de mi padrino, Salvador.

—¿Y el otro?

—El otro era su primo, Héctor. Tras la muerte de Miguel, vendió la lancha y la casa de su abuela, donde vivían ambos, y se fue a Córcega, creo. Decían que era su sueño desde que conoció la isla estando en la marina mercante. Nadie supo nada más de él.

—Un río lleno de historias tristes.

—Pues mejor no te hablo de lo que hicieron los fascistas con mucha gente después de nuestra

guerra civil.

—Me encantan las historias, aunque sean tristes, y tú las cuentas muy bien. Además, así «mejore» mi español.

—Se dice «mejoro».

—¿Ves? Eres buen maestro. Aún estaré aquí un par de semanas. También te puedo dar clases de inglés, que todavía no «dices» palabra.

—Pues encantado.

Salva volvió al presente y posó su cubierto en la mesa.

—Y así seguimos quedando todos los días hasta que ella se volvió para Estados Unidos. Creo que no hacen falta más detalles —dijo Salva concluyendo su relato de cómo había conocido a Claire.

—No, hijo, no hace falta —respondió Amanda—, pero no sé por qué nos lo has ocultado.

—Porque ella me pidió que lo hiciera, mamá.

—Y ahora, mirando hacia atrás y con lo listo que tú eres, ¿no te rechina nada de lo ocurrido? —preguntó Víctor sin esperar respuesta.

Y así fue, porque todos siguieron comiendo y las banalidades volvieron a tomar la conversación mientras, de fondo, una tele a bajo volumen seguía dando detalles de la boda del año.

18

Limpiar y largarse

De nuevo en la habitación de las guitarras, los tres amigos se sentaron en el sofá sin decirse nada, procesando aún lo que había sucedido durante la comida. Fue Sagu quien rompió el silencio con una pregunta que nadie se esperaba:

—A ver, Salva, ¿tú no tenías por ahí el *Tapestry*, de Carole King?

—No sabía yo que te molaba Carole King. No te pega mucho.

—Últimamente, me da por los grandes compositores, ya sabes: Paul Simon, Crosby, Still, Nash and Young...

—Pues sí, lo tengo en CD. Ahora mismo te lo busco.

Mientras Salva buscaba el disco en un mueble archivador con puertas de cristal, Nila se le acercó.

—Mira a ver si tienes también el *Jazzmatazz*, de Gurú, creo que el volumen 2, donde sale la de «Lifesaver».

—Ese lo tengo bien localizado. Tuve que comprarme otra copia porque el primero se lo quedó Tommy.

—Ya lo sé. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Me bajo al sótano. Quiero darles un repaso a todos los equipos para quedarme más tranquilo.

—¿Te molesta si bajo contigo?

—Para nada, Nila. Así me echas una mano con la lista de todo lo que tengo que mirar.

Tras encontrar ambos discos y satisfacer la petición de Sagu, lo dejaron allí con Carole King mientras ellos dos descendían las escaleras que llevaban al sótano de la casa. Aquella planta tenía un uso muy concreto. No estaba dedicada a hacer de bodega o garaje, ni a albergar trastos inútiles o la caldera como en una vivienda normal. El valor de lo allí guardado físicamente superaba con creces al resto de la propiedad. El de la información que contenía, imposible de calcular. Una austera oficina con unos monitores monocromos y un teclado sobre la mesa era el recibidor de una enorme sala en penumbra que se hallaba tras una pared de cristal, como un acuario sin vida lleno de columnas de coral negro salpicadas por pequeñas luces led. Un panel indicaba la temperatura y humedad del recinto, fijadas en 17 grados y un 40%, respectivamente. Nila se quedó quieta en la entrada, como si temiera estropear algo.

—Mira que me habías hablado de este sitio, pero impresiona mucho más verlo.

—No te quedes ahí parada, que no hay peligro. Solo una norma: nada de líquidos al otro lado de esa puerta —dijo Salva señalando hacia la sala de servidores.

Nila cogió una silla que estaba pegada a la pared y se sentó en una esquina de la mesa. Salva

puso el disco de Gurú en un radio CD portátil que tenía sobre una pequeña nevera y escogió el corte 2 antes de dar al *play*. Después, ocupó su lugar de jefe de máquinas frente al teclado y sonrió.

—¿Recuerdas los nervios que tenías antes de un examen importante o de sacarte el carné de...?

—¿O después de gastar mil horas en simulaciones y esperar los resultados del primer ensayo *in vitro*? —atajó Nila.

—Esa es buena. Pues el factorial de eso es lo que tengo yo ahora encima —añadió Salva.

Nila relajó su gesto durante un momento y le devolvió una leve sonrisa, tan leve como fugaz.

—No te preocupes, Nila. Todo va a salir bien.

—Solo puede salir bien, ¿no?

—Así es. Cero o uno —dijo Salva poniendo sobre la mesa una lista de puntos a chequear.

—Antes de ponernos con eso, ¿quieres saber lo que pasó el primer día que escuché esta canción? —preguntó Nila señalando el reproductor.

—Sin problema. Tienes toda mi atención.

Nila respiró hondo, se recogió su anaranjada melena en una coleta y comenzó el relato, que arrancaba en una noche del verano del 99 con dos amigas que se iban de fiesta. Una estaba sin un duro. La otra no quería quedarse en casa y necesitaba una cómplice, así que ambas se subieron en un ciclomotor que las llevó a una discoteca a las afueras de Palos de la Frontera. Era una época de mucho revuelo, ya que al gentío propio del verano se le unía un contingente de temporeras polacas que venían a trabajar a los campos de fresa. La presencia de estas muchachas aumentaba el número de babosos que pretendían intimar con una belleza del Este, pocas veces al alcance de sus garras, y, en medio de aquel barullo hormonal, la pelirroja se aburría como una ostra. Para colmo de males, su amiga y patrocinadora de la noche se había reencontrado con un viejo ligue y veía cómo solo le quedaba el ingrato papel de sujetar el candelabro. Así que aprovechó uno de los escasos instantes en que los tortolitos paraban a coger aire para hablar con ella.

—Lo siento, tía, pero estoy muy cansada. Sé que me has invitado a todo y que es mucho pedir, pero necesito pasta para pillar un taxi.

—Venga, nena, quédate un ratito más. El amigo de este no está nada mal. Tómate algo con él.

—Claro, es un cielo. Acaba de preguntarme si las pelirrojas lo tenemos todo pelirrojo. Poco me faltó para escupirle en la cara. Por favor, quiero largarme.

—OK, tengo la solución: llévate la moto, que yo me vuelvo con este. Total, no creo que duerma en casa.

La solución era una chapuza, pero la alternativa sonaba aún peor. Antes de volver a pensarlo, Nila ya se estaba poniendo el casco y salió del aparcamiento esquivando como pudo a los borrachos que se lanzaban a su paso cual horda de zombis. De los dos caminos que tenía para regresar al apartamento de su amiga se decidió por el más corto, que, aunque implicaba usar una

carretera comarcal, le ahorraría unos diez minutos. Pronto esos diez minutos de ventaja se volverían carísimos.

Cuando más tranquila iba, disfrutando incluso de la brisa que le acariciaba las piernas, un pequeño camión la asustó al adelantarla a gran velocidad. Varias curvas después, se encontró a un hombre, con casco y chaleco reflectante, blandiendo una linterna en medio de la carretera. Tras él se adivinaba la silueta del camión, atravesado en la oscuridad, con los intermitentes parpadeando. Se detuvo a unos metros del señalista, porque le pareció muy sospechoso, pero antes de poder girarse para escapar alguien la derribó de un empujón y se abalanzó sobre ella poniéndole un cuchillo en la garganta.

—Intenta algo raro y te rajo aquí mismo —le espetó una voz cavernosa de aliento repugnante.

Aterrada y todavía resentida por la caída, se levantó despacio mientras el filo acerado la guiaba. El señalista incorporó la moto, la apartó de la carretera y se subió corriendo al volante. Ella no tuvo más remedio que ponerse a su lado, flanqueada por el miserable del cuchillo que no dejaba de recordarle lo que iba a pasar si no obedecía. Comenzó a temblar sin control y a sentir náuseas. Pensaba en su mala suerte, en las decisiones que la habían llevado allí, en cómo escapar. Se le pasó por la cabeza tirar del volante y provocar un accidente, pero el miedo la tenía paralizada. Empezó a verse a sí misma como una noticia de telediario, con su foto pegada en las farolas. Se imaginaba a su madre culpándola de haberse escapado de casa, culpándola de todo como siempre hacía. Se preguntaba por qué le estaba pasando algo así, si acababa de ganarse una beca para entrar en un programa de estudios de la mejor empresa química del país. Y, mientras buscaba respuestas llorando, el puerco del cuchillo se relamía, mientras el otro conducía con la risa de un tarado infantil. Sabía de sobra que la iban a violar, solo quedaba esperar que no la mataran después. Esa era su esperanza, una pequeña mariposa en el fondo de una vasija de arcilla. El trayecto terminó en una finca apartada, al lado de una nave ruinosa alumbrada por un foco mortecino. Antes de bajarse del camión, el tonto le preguntó al miserable:

—¿Estás seguro de que no la querrá el relojero?

—No, esta ya es mayorcita. Además, no todo en la vida va a ser dinero, ¿verdad, cariño?

Aquella escueta conversación acabaría cobrando sentido años después. La realidad inmediata la llevó a quedarse de pie, al borde de la trasera del camión, con el idiota sujetándole las manos y el miserable en su nuca, con el cuchillo amenazante en una mano y unas ganas enormes de arrancarle las bragas en la otra. En medio de un paisaje tan desolador, Nila solo alcanzó a decir:

—Haré lo que queráis, pero no me hagáis daño, por favor.

—Claro que lo harás, puedes jurarlo —contestó el miserable.

Separó las piernas en un gesto final de rendición y se preparó para lo peor. En ese instante suplicó entre dientes por un milagro. No creía en Dios, no en el Dios católico, pero sí en una suerte de culto a los muertos, a los seres queridos que nos abandonan, pero se quedan en otro plano y que a veces nos ayudan. Se lo había inculcado su querida abuela y en la desesperación intentó invocar su espíritu, o a su energía o a lo que demonios hubiera en la otra orilla para que intercediera por ella. Entonces un ruido cercano al camión, como el rebotar de una piedra contra el suelo, interrumpió la faena de aquellos desgraciados. En un acto reflejo de rabia y decisión, y

aprovechando la fracción de segundo durante la que el tonto le aflojó las manos, consiguió conectar un taconazo a la entrepierna del que tenía detrás y salió corriendo hacia la oscuridad de una noche sin luna. Ni un segundo le duró la dicha, pues tras oír cómo el miserable ordenaba a su compinche que cogiera la escopeta, ella se tropezó, cayendo al suelo y perdiendo unos preciosos segundos. Miró atrás y vio cómo el tarado del chaleco le apuntaba con un doble cañón. Ahora sí que estaba perdida, pero ¿quién había lanzado la piedra? La respuesta llegó desde las tinieblas, con una voz casi inaudible:

—Quédate en el suelo.

Un fino haz de luz roja cruzó la polvareda de su tropiezo, desde el origen del susurro hasta el centro del chaleco reflectante del idiota. A continuación, un estruendo le sacudió los tímpanos. Se llevó las manos a las orejas, lo que le amortiguó el sonido de la segunda detonación. Estaba asustada, no sentía dolor, pero tampoco entendía qué estaba pasando. La voz susurrante volvió a dirigirse a ella como un fantasma:

—¿Cuántos? ¿Solo dos?

—Sí, sí, son dos —contestó sin abrir los ojos.

—No tengas miedo. Venimos a salvarte.

Sintió cómo una mano suave pero firme se posaba sobre su hombro y se ofrecía a levantarla. Ella no quiso ni mirar a su salvador, por miedo a romper la magia, pero sí lo hizo hacia el camión para ver el futuro de sus captores. El del chaleco yacía en el suelo con dos balazos, uno en el pecho y otro en la frente. No sintió pena, sino alivio, casi alegría. Pero le aterró ver al otro de pie, mirándolos con una extraña mueca. Según se acercaban a él, observó que ya no llevaba el cuchillo en la mano y que se sacudía con ligeros espasmos, como si estuviera viendo a la muerte. En verdad no la veía, la sentía por la espalda. La silueta de otro hombre, más alto y con la cara cubierta, lo sostenía por detrás como si fuera un muñeco. El miserable tosió y su boca se perló de sangre.

—¿Puede hablar?

—No creo —respondió el siniestro titiritero—. Lo tiene clavado en el pulmón.

—Pues acaba con él. No tenemos tiempo.

Dos golpes y cayó como si le cortaran las cuerdas a una marioneta. La escena fue dura pero reconfortante. El de la pistola le hizo un gesto para que lo mirara. También llevaba una bandana.

—Ahora hay que darse prisa. Recupera tus cosas para no dejar rastro.

Ella vio sus bragas en el suelo y las recogió de inmediato con un gesto irracional de pudor. Después entró en la cabina del camión y recuperó su bolso, comprobando que todas sus cosas estaban dentro para luego decírselo a su salvador. El otro tipo, que observaba la escena con frialdad, relató:

—Llevan maquinaria agrícola en el camión y también dos garrafas de gasolina. Lo mejor será que las usemos.

—Perfecto. Limpiar y largarse.

En pocos segundos, rociaron el camión y los cuerpos con el combustible y dejaron un reguero a modo de mecha. Nada más prenderlo, los tres corrieron a remontar un terraplén cercano

escapando de la furiosa hoguera. Al otro lado había un brillante Mercedes todoterreno de color negro, al que se subieron para irse de allí sin mediar palabra.

Nila solía ser descreída y pragmática, poco dada a perder el tiempo con grandes preguntas existenciales, pero acababa de conocer el infierno y el cielo en la misma noche. El primero, un camión con dos demonios que apestaban a sudor, tabaco y brandi barato. El segundo, un lujoso vehículo en el que se destilaba una alquimia de tapicería nueva, salitre y colonia juvenil, donde la flanqueaban dos ángeles vengadores con los rostros cubiertos. De pronto, la adrenalina le subió como fuego desde el estómago y salió por su boca en forma de violenta carcajada. La risa dio paso a las lágrimas y a un torrente de palabras, brotando sin control como las flores cuando Perséfone vuelve de entre los muertos cada año al mundo terrenal.

—Gracias, de verdad, gracias. No sé quiénes sois ni de dónde salís. Por favor, abre la ventanilla que me ahogo.

—Tranquila y deja salir la rabia, pero no puedo abrir la ventanilla ni parar —dijo el alto, que iba al volante.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? No me hagáis daño, por favor, no...

—Jamás te haríamos nada malo, pero las ventanillas no se pueden bajar porque este es un coche blindado. Tampoco podemos parar todavía porque sería peligroso. Tenemos que alejarnos más. Subiremos el aire acondicionado para que sientas algo de fresco, ¿de acuerdo? —respondió el de la pistola, que iba a su lado en los asientos traseros.

Ella asintió con la cabeza mientras seguía sollozando. Poco a poco se fue sintiendo mejor y el chico a su lado comenzó a hablar de nuevo:

—Me gustaría empezar presentándonos, pero creo que es mejor que sigamos guardando el anonimato. Así que yo seré Lunes; mi amigo al volante, Martes; y tú, Viernes. ¿Cómo lo veis?

—Bien —contestó ella.

—Me vale —se oyó decir al chófer.

—Muy bien, Viernes, ¿conocías a esos tipos?

—No.

—Entonces, y aunque sé que no va a ser fácil, ¿cómo pasó todo?

Ella inspiró con profundidad e intentó relatar con todo detalle lo sucedido desde la discoteca hasta la finca. Martes conducía con calma. Nadie la interrumpió mientras hablaba. Cuando hubo terminado, Martes preguntó:

—¿Podrías llevarnos hasta donde quedó la moto?

—¿Crees que es buena idea? —dijo Lunes.

—Tal y como yo lo veo, sí. Nada puede relacionarla con lo que acaba de pasar y para eso necesitamos una explicación convincente que contarle a su amiga. Este es mi plan: si la moto sigue allí, paro, me bajo un segundo, le rajo una rueda y todo arreglado. Ella sufrió un pinchazo, nosotros paramos a socorrerla y llamamos a una grúa. La moto al depósito y ella a su casa. Fin de la noche.

—¿Y el tiempo perdido entre que la cogieron y ahora, cuando llamemos a la grúa?

—Pues lo que tardó ella, muerta de miedo en plena noche, en parar a un coche para que la

socorrieran.

—Qué rápido eres, Martes —dijo Lunes sonriendo.

—De nada —contestó Martes—. Y ahora, si no es molestia, voy a poner algo de música.

Lunes la miró como pidiéndole permiso y ella lo concedió. Fue entonces cuando, tras una introducción en la que un rapero parecía pedir a su público que encendiera sus mecheros en el aire, escuchó por primera vez en su vida *Lifesaver*.

Desde la sencilla melodía inicial hasta el último tramo cantado en francés, pasando por los coros femeninos, todo le pareció precioso, bellísimo. Se sintió en una nube, tranquila a pesar de todas las incógnitas que la rodeaban. Los malos estaban muertos, los buenos la llevaban a casa. ¿Por qué tenían un coche blindado aquellos dos chavales con marcado acento del norte? ¿Por qué iban armados? ¿Qué hacían allí? No parecían terroristas ni tampoco policías. Quizás traficantes. Quizás su abuela le había enviado dos ángeles para salvarla, quizás solo una casualidad, quizás mejor no estropear el milagro con preguntas.

Tras un rato y varias indicaciones, la moto seguía en su sitio y allí se quedó: muda y con una rueda pinchada. Al llegar al apartamento de la amiga de Nila, Lunes y Martes se despidieron de ella como dos amigos de los que haces estando de vacaciones.

—Has sido muy valiente, Viernes. Siento todo por lo que has pasado, ojalá nos hubiésemos conocido de otra manera. Es posible que no volvamos a cruzarnos nunca más. Te deseo lo mejor —le dijo Lunes con los ojos vidriosos.

—Eres dura, Viernes. Me alegro de haberte sacado de esta —añadió Martes dándole la mano desde la plaza delantera.

—Bajaos del coche un momento, por favor, que os quiero dar un abrazo —pidió ella.

Y los tres se quedaron unos segundos en la acera, abrazándose muy fuerte, y se dijeron adiós antes de seguir sus caminos. Y Lunes, aunque fuera raro para él, se equivocó. No tardarían mucho en volver a encontrarse.

Tres semanas después de aquella noche, Nila se preparaba para disfrutar de un evento por el que había trabajado muy duro los últimos años. No conseguía quitarse de la cabeza lo ocurrido. Le costaba dormir y se asustaba cada vez que alguien se le acercaba. En la tele habían hablado de la aparición de dos cadáveres calcinados en una finca, de una investigación abierta, de que se sospechaba que podría estar relacionado con un ajuste de cuentas. Pero no podía permitir que el miedo le arruinara su día y su plan de escapar de un lugar donde nunca había encajado, mucho más ella de Cranberries que de Camarón, en una tierra donde todos la trataban como una extraña, incluida su madre. Terminó de retocarse el maquillaje en el espejo de los lavabos y entró a ocupar su asiento reservado en la sala donde les harían entrega de sus diplomas y respectivas becas de la Fundación Alkaloan.

A la hora en punto, como un reloj suizo, doña Mónica Pedregal en persona, presidenta de la fundación y de todo el grupo empresarial del mismo nombre, salió al estrado y dio un discurso breve y motivador a los jóvenes allí presentes, que, según sus palabras, formarían parte de la

generación llamada a transformar nuestro mundo como jamás nadie había soñado. Aplausos, agradecimientos, entrega de diplomas a los becados y todos a disfrutar de un vino español en los jardines que había tras el edificio administrativo de la planta química, un intento de demostrar que la vida puede abrirse paso en unas instalaciones industriales. Pronto se formaron varios corrillos bien diferenciados: el de los docentes, el de los políticos, el de los empresarios... Todos intentando atraer la atención de doña Mónica, impecablemente vestida y flanqueada por un tipo de casi dos metros con cara de poder matar a alguien solo con mirarlo mal. Luego quedaba el grupo de los becados, el verdadero motivo de la fiesta, en una esquina cotilleando felices con una copa de cava en la mano. Una de las estudiantes soltó el rumor de que el hijo de Mónica se iba a pasar por allí, de que estaba a punto de comenzar un nuevo proyecto revolucionario, que venía a fichar talentos y de que estaba buenísimo.

—Viendo a la madre, no me extraña —respondió un compañero de clase que no dejaba de arrimarse a Nila.

Entonces sucedió por segunda vez. Cerca de la barra donde servían las bebidas y los canapés había un DJ poniendo música de fondo. Ritmos tranquilos e inocuos a los que Nila no había prestado la más mínima atención. Hasta que una melodía le sacudió la espina dorsal, aflojando la copa que casi pierde entre sus dedos. Era, sin duda, la canción de aquella noche, hacía tres semanas. Notó como si el volumen de la música subiera y las conversaciones de su alrededor se sumergieran bajo el agua, todo ello acompañado de una sensación de levedad y mareo. Las miradas de sus compañeros se volvieron hacia ella, extrañadas, algunas sonrientes. El motivo estaba a su espalda y, antes de que se girara para ver el contraplano, una voz le susurró al oído:

—Hola, Viernes. Me alegro mucho de volver a verte.

Nila ya no pudo en este envite retener la copa en su mano y le cayó sobre el césped, derramando su contenido sobre los zapatos del misterioso chico que la acababa de llamar con el nombre de un día de la semana.

—Lo-lo siento mucho, perdón —acertó a decir con un repentino desierto en la boca.

—La culpa es mía por haberte asustado. Intentaba presentarme. Mi nombre es Tomás Pedregal —le dijo un muchacho con cara de niño bueno mientras le extendía la mano.

—Yo soy Nila Connor, encantada —respondió sabiendo con seguridad que estrechaba la mano de Lunes.

Después, el recién llegado se siguió presentando a todo el grupo de estudiantes, sabedores de hallarse ante el hijo de la dueña del imperio e interesados en ser elegidos para destacar sobre los demás. Nila se quedó apartada, aún conmovida por lo sucedido, cuando otra voz familiar se le acercó por un lado.

—Ya le dije que te ibas a asustar y que no era buena idea. Yo soy Sagu, puedes dejar de llamarme Martes.

—¿Me puedes acompañar a la barra a por una copa antes de que me dé algo, por favor? —dijo la pelirroja.

Y allí, apartados del bullicio, Sagu le aclaró a Nila quiénes eran sus ángeles vengadores, por qué se hallaban en aquel lugar, justo aquella noche, y cómo Tommy no había dejado de pensar en ella desde que le habían salvado la vida. Minutos después conocería a Salva, que había estado muy ocupado intentando escapar de la hija de un conocido empresario local.

19

Apartado 358

—Don José, acaba de entrar un hombre preguntando por usted. Dice que le manda el señor Pedregal a buscarlo.

El señor Peláez le dio un último sorbo a su café y se levantó de la mesa. Raquel, la camarera, le ayudó a ponerse la chaqueta al anciano profesor y este le entregó un billete.

—Tome, doña Raquel, y quédese con la vuelta. Ya que no podré brindar con usted en la boda, quiero que se tome algo a mi salud.

—Pero no puede ser, me da más de propina de lo que vale el menú, no puedo aceptarlo.

—Puede y debe, porque se lo merece y porque me da la gana.

—Muchas gracias, prometo disfrutarlo a su salud. Espero que se lo pase bien en el convite.

—Tengo ganas de ir por ver a la pareja, pero no creo que coma mejor de lo que suelo hacerlo aquí.

Tras despedirse, don José siguió al chófer que le habían enviado y se subió al asiento trasero de un brillante Mercedes de color negro con las lunas tintadas. Una vez en marcha, se le vino a la mente la otra ocasión en que el joven Tomás había enviado un coche en su busca, allá por el verano del 99.

De aquella él se encontraba de vacaciones en Mérida, como hacía todos los años desde que había conocido a su querida esposa. Tras enviudar, se arregló con la familia de esta para quedarse con el apartamento que ella había heredado de una tía suya y que se hallaba cerca del templo de Diana. Le gustaba salir bien entrada la noche, cuando el sol llevaba un buen rato sin freírle las meninges a nadie, y pasear por las calles que aún olían a piedra caliente. Era un ejercicio de melancolía que le torturaba tanto como le sanaba. Nunca nada le había hecho interrumpir su mes en tierras extremeñas, pero aquel verano tuvo que hacer una excepción y viajar hasta el sur de Portugal, cerca de la barbilla de la península ibérica, a bordo de un viejo Peugeot 504 conducido por un tipo de marcado acento brasileño, que solo mostró para responder a dos llamadas de su teléfono móvil.

Llegaron a Salema de noche, con tiempo de que su anfitrión le llevara a cenar a un restaurante cerca del puerto. El pequeño pueblo pesquero estaba lleno de gatos y le pareció curioso, pues su nombre le recordaba a Salem, la ciudad al norte de Boston donde se celebraron los juicios por brujería a finales del siglo xviii. Durmió bien, arrullado por la brisa atlántica, lo que le ayudó a levantarse con ánimo para su misión de la mañana siguiente. Se subió de nuevo al coche para hacer un trayecto mucho más corto que el del día anterior, que aún recordaba en sus huesos. En unos diez minutos estaban en una preciosa iglesia gótica consagrada a la Virgen de Guadalupe.

Se sentó en uno de los bancos a disfrutar del sagrado silencio, contemplando la luz que se filtraba por los estrechos ventanales, hasta que unas voces se colaron por la puerta interrumpiendo su meditación.

—Esto tiene que ser una broma, Tommy. ¿Acabamos de cambiar un parque acuático, en pleno verano, para venir a ver una capilla?

—Tranquilo, Salva. Habrá más días para lo del parque acuático.

—No sé, Sagu. Háblale tú, que llevas todo el viaje como si te debiéramos dinero. Ayer os pasó algo seguro, porque estáis muy raros. Y esto de dejar el Mercedes y coger un coche de alquiler...

La conversación se detuvo de golpe cuando se levantó y salió al pasillo a recibir a los tres jóvenes. Salva y Sagu se quedaron de piedra al encontrarse con el profesor allí, a mil kilómetros del barrio. Tomás no hizo ni ademán de fingir sorpresa, pues se adelantó a darle la mano con una sonrisa en la cara.

—Buenos días, don José. ¿Qué tal el viaje?

—Bastante bien, sobre todo el de hoy, don Tomás. ¿Qué tal vosotros?

Los otros dos chavales apenas acertaron a saludar, víctimas aún de la falta de respuestas sobre el extraño encuentro. Tomás invitó con sus pasos a salir de la iglesia.

—Sé que os debo un montón de explicaciones, pero ya os las iré pagando sobre la marcha. Ahora, Sagu, si me haces el favor, me gustaría que acompañaras al señor Peláez. Salva y yo nos quedaremos dando una vuelta por la zona, que hay unas playas preciosas.

—Con todo el respeto, Tomás, creo que esto no es justo. Me parece una encerrona y me obligas a incumplir mi deber. Te recuerdo que yo no estoy de vacaciones.

—Ya lo sé, y me disculparé las veces que haga falta y no volveré a pedirte algo así, pero confía en mí.

—Yo también te pido que confíes en mí, Sagu —añadió don José.

La conversación terminó justo ahí, con Sagu mirando al profesor para que le indicara adónde tenían que ir. Los dos se dirigieron al coche y, mientras Sagu se subía por la otra puerta, Tomás se acercó al anciano para susurrarle al oído:

—Ayer no tuve tiempo de contarle lo mío. Hacedlo vosotros por mí. Creo que será mejor así.

Con tan incómoda tarea en la cabeza, pudo comprobar lo largo que se puede hacer un trayecto de diez minutos en silencio. Justo antes de entrar a la pequeña casa donde había pasado la noche, mientras el chófer les abría la cancilla, don José reunió fuerzas para hablar con Sagu.

—Espero que puedas entender las razones que me llevan a hacer esto. Solo te pido que me disculpes, pero es que estoy viviendo días extraños cuando ya pensaba que nada podría sorprender.

—Tranquilo, don José. Yo tampoco ando muy allá.

Cruzaron el pasillo de toda la casa hasta llegar a una puerta que daba al patio trasero, un pequeño trozo de terreno rodeado de cipreses con una mesa y dos bancos en su centro. En uno de ellos, de espaldas a la entrada, estaba sentado un hombre de pelo azabache recogido en una trenza, que se levantó al oírlos entrar. Al girarse, el señor Peláez sacó como pudo un hilo de voz para hacer la escueta presentación:

—Sagu, este es Tony, tu padre.

El hombre de la trenza, con semblante serio y los ojos llenos de lágrimas, extendió sus brazos en un gesto que guardaba una eterna disculpa con una tímida esperanza de acabar convirtiéndose en un abrazo. Frente a él, Sagu se quedó paralizado durante unos segundos milenarios, hasta cruzar el espacio entre los dos y responder a la llamada. Tony se derrumbó y tuvo que ser sostenido por su hijo, que le ayudó a sentarse de nuevo en el banco. Don José, viendo que nadie se atrevía a romper el silencio, intervino:

—Creo que será mejor que os deje a solas para que...

La mano de Sagu, respetuosa pero firme, invitó al profesor a quedarse y tomar asiento. Primero se presentaron las disculpas de Tony, por lo que hizo y por lo que no pudo hacer. Por estar allí después de tantos años sin estar. Buscaba sin cesar la atención de su hijo, pero este parecía estar en otra parte. Hasta que volvió para cortar el relato con una pregunta:

—¿Y qué haces ahora aquí? Es cosa de Tomás, ¿no?

Tony miró al señor Peláez buscando relevo y el anciano aceptó resoplando. Comenzó hablando de Colás Granda y su visita a la academia Laplace la tarde antes del viaje a California que nunca llegó a hacer. Como toda buena historia alrededor de un matemático, la clave era un número: el 358. Un apartado de la oficina de Correos de Oviedo que Colás había reservado para recibir comunicaciones de Tony. Quería confiárselo al profesor hasta que volviera de su aventura en los Estados Unidos, pero, por desgracia, la llave de ese buzón se quedaría para siempre en manos de don José. Ese fue el canal por donde pudo enterarse de la odisea del padre de Sagu desde su desembarco en Brasil hasta el desierto de Sonora acompañado por su amigo Joao, el mismo que los había traído en coche al encuentro. Tony se las arreglaba para subsistir en su tierra natal, pero poco más. Hasta el día que el señor Pedregal le pidió a Peláez que le diera clases particulares a su nieto.

—Por fin llegamos a Tomás —dijo Sagu, sonriendo con cinismo.

—Esto no va a ser fácil —advirtió el viejo profesor.

Y tenía razón. No fue fácil sentarse a solas delante de un crío que te pasa una nota con el siguiente encabezado: «¿Sigue usted cuidando del apartado 358?».

El señor Peláez recordó haber fulminado al mocoso con su mirada encendida, buscando cómo demonios sabía aquello y qué pretendía con la pregunta. El niño solo devolvió una sonrisa emocionada y le invitó a seguir leyendo una serie de detalles personales, imposibles de hallarse en su conocimiento, para terminar con una frase difícil de olvidar: «Para mí tampoco es fácil llevar ocho años en este cuerpo, sin ninguna explicación y sin poder contárselo a nadie».

—Y después de leer la nota, me la quitó de las manos y con la zurda puso «atentamente, tu amigo Colás». Y la firmó exacta mente igual que habría hecho él —concluyó el señor Peláez con lágrimas en los ojos.

—No se apure, señor —le consoló Sagu—. Y cuando se encuentre mejor haga el favor de conseguir que me lleven de vuelta a la ermita donde nos estuvo esperando.

—Pero, hijo, te dice la verdad —dijo Tony, suplicando comprensión con sus manos.

—Por favor, quiero irme de aquí —sentenció Sagu enfocando la puerta.

El señor Peláez disuadió a Tony en su intento de salir tras su hijo, dejándole claro que ya había sido bastante.

—No ha ido tan mal, amigo. Dale tiempo.

Joao los condujo de nuevo a la iglesia de Guadalupe en una vuelta que se hizo más larga y tensa, si cabe, que la ida. Cerca del final del trayecto, Sagu pidió que detuvieran el coche y se bajó a tomar aire. Tras varios paseos en círculo se subió de nuevo haciendo la señal de que no arrancaran todavía.

—Llevo años sospechando cosas raras de Tomás, pero mi imaginación no daba para tanto —le dijo al profesor con una calma inesperada.

—Yo solo puedo jurarte que, aun siendo una locura, es la única explicación posible —contestó el señor Peláez cogiendo de las manos al muchacho.

—Creo que nos va a cambiar la vida a todos, profesor.

—Lleva años haciéndolo. Fue él quien me ayudó a conseguir los recursos para traer a tu padre.

—Pídale perdón de mi parte por irme así. Dígale que necesito tiempo —añadió Sagu mientras indicaba a Joao que arrancara de nuevo.

—Está claro que todo esto es una cuestión de tiempo, amigo —sentenció Peláez.

20

El funeral

Edgar dejó atrás a su hija, Claire, con un beso y echó a andar, pensando en sus cosas. No le duró mucho el despiste porque sus ojos se estrellaron contra el cuerpo de Mónica, que flotaba sobre el jardín con elegancia. Alertada por su presencia, se giró con desgana y le escupió una sonrisa desde la lejanía. Él levantó su cabeza con el mismo ánimo y siguió su camino, bendiciendo la suerte de no tener que hablar con ella en ese momento. Necesitaba una copa, silencio y media hora. Se fue a la habitación donde su hija le había hospedado a buscar las tres cosas. Claire tenía para él dos cuartos: uno donde dormir con su esposa y guardar las apariencias y otro para usar como oficina y no ser molestado por nadie. Allí le esperaba una botella de lo mejor que tiene Escocia para ayudarle a reflexionar, a matar las horas que quedaban para el enlace. No iba a ser tarea fácil. Mónica se le había metido entre las cejas, recordándole todo lo que alguna vez sintió por ella y que ahora se reducía a unas ganas enfermizas de estrangularla. Vació el primer vaso, pero no su mente, que se trasladó años atrás al día que enterraron a José Antonio Pedregal.

Después de superar los inviernos más crudos del siglo xx, al viejo se lo llevó una dulce primavera de 1995, pocos años después de que Edgar Baxter Sr. emprendiera el mismo viaje. Imposible calcular el valor del conocimiento que se llevaron a la tumba, como imposible era olvidar cuántas veces Edgar había tenido que aguantar que su padre le dijera: «Ay, Junior, ojalá fueras más prudente como lo es Mónica». Le reventaba que lo llamara Junior, pero no tanto como que usara a Mónica de rasero. Sobre todo, después de perderla y de estropearlo aún más después. De lo primero tuvo culpa su afición por el vino y las piernas de otras, cosa que Mónica no se había tomado nada bien. De lo segundo no hay culpables que buscar, más que su brillante idea de confiar en que su ex no le guardaba rencor y que le iba a hacer un favor por los buenos tiempos, sin pedir nada a cambio. Maldita la hora en que lo hizo y, con ello, le entregó la llave de la caja de Pandora donde los viejos habían guardado tantos y tan oscuros secretos.

Los viejos, conscientes de que la bendita muerte nos quiere a todos por igual, echaron cuentas en su día para que sus esfuerzos no se fueran por el sumidero cuando las parcas sacaran sus tijeras a pasear. Decidieron tener solo un descendiente, jugárselo todo a una carta, a sabiendas de que las herencias compartidas suelen ser cadáveres en fauces de hienas. Ambos educarían lo mejor que pudieran a sus respectivos vástagos y el tiempo les diría cuál de ellos merecía guardar la cueva del tesoro para administrar lo allí depositado, dejando al otro como socio colaborador y beneficiario, pues también temían el fracaso de una bicefalia.

Ignorantes de este juego, Edgar y Mónica crecieron, estudiaron, se conocieron y se enamoraron. Y lo que se antojaba como una solución salomónica a la disyuntiva de nombrar a un

campeón se rompió la noche en que Mónica se enteró de que su novio era de fácil tentar. Aquel desliz le restó puntos, una clara muestra de debilidad, pero fue su decisión posterior lo que regalaría el trono a la heredera del Grupo Alkaloan.

Durante su época como estudiante en la Universidad Sur de California, campus al que acudió en contra de las recomendaciones de su padre, pero siguiendo sus ansias de calentarse al sol del oeste, Edgar Jr. conoció a un joven profesor de Matemáticas que compartía con él su pasión por los Cadillac de la época dorada: el doctor Leonard Sinclair. En sus charlas sobre carburadores y motores V8, también se colaron las aspiraciones del docente por aplicar sus conocimientos en un novedoso campo: la encriptación digital. En un mundo que se movía cada vez más deprisa, las computadoras estaban catalizando multitud de proyectos gracias a su asombrosa capacidad de realizar tediosos cálculos. Parecía buena idea usar esas habilidades para crear lenguajes indescifrables con los que poder transmitir datos sensibles sin que nadie pudiera desentrañar su significado. Y quién mejor que Edgar Jr., con importantes contactos en La Compañía, para poner en contacto al profesor con los servicios de inteligencia de los Estados Unidos, tan necesitados siempre de mantener sus comunicaciones a salvo de intrusos. La reciente amistad se había convertido en un interesante negocio, que fue muy bien hasta que el doctor Sinclair decidió emplear partes de sus recursos en desentrañar una de las grandes incógnitas de la ciencia: el ADN.

Edgar Jr. recibió una llamada desde Langley para advertirle de un molesto inconveniente: Leonard estaba derivando medios de computación en un proyecto paralelo. Eso de por sí era preocupante, pero más les alarmó saber que estaba en conversaciones con un matemático extranjero al que quería traerse a California; un tal Nicolás Granda, hijo de un hombre que había estado preso durante la dictadura española por sus supuestas filiaciones anarquistas. Aquello convertía el pequeño contratiempo en un asunto de seguridad nacional al que había que poner fin de inmediato, con ejemplar dureza, pero sin pisar ningún charco.

El terreno era pantanoso. España estaba intentando restaurar la democracia y una operación encubierta contra civiles no parecía la mejor opción en un momento tan delicado para un país europeo. Se barajó hacerlo pasar por un atentado de un grupo terrorista local, pero la víctima no se perfilaba como un objetivo creíble y vivía en una zona donde la banda armada no había actuado nunca. Así que se le pidió a Edgar una solución creativa, algo limpio con gente del entorno que no salpicara a la agencia americana. Solo un nombre se le vino a la mente.

La casualidad quiso que Mónica tuviera trabajando en su casa como ama de llaves a una conocida de la familia Granda, cuya locuacidad hacía innecesario interrogarla. Ella sola puso al corriente a su señora de los planes del matemático, que le había pedido un ramo de flores para ir muy temprano por la mañana a dejarlas en la tumba de su madre. La pobre mujer, sin malicia alguna, puso en bandeja el plan que acabaría con toda la familia ahogada en el Nalón en lo que sería recordado como un trágico accidente. Un accidente que posicionó muy bien a Edgar Jr. con sus amigos en La Compañía, pero que también lo puso en eterna deuda con Mónica, quien se cuidó de grabar su petición de ayuda para deshacerse del joven matemático.

A las pocas semanas del accidente, Edgar Sr. invitó a su hijo para dar un paseo por los jardines de la casa familiar en Virginia. Junior jamás olvidaría la cara de decepción de su padre mientras le explicaba cómo había conocido a José Antonio Pedregal, cuál era el origen del poder que ambas familias ostentaban y por qué su genial idea de pedir ayuda a Mónica le había arrebatado el futuro control del enigmático lugar donde se escondían los secretos más valiosos del mundo. Ojalá el viejo se hubiera callado. Así no sabría lo que había perdido y viviría feliz en la ignorancia.

Edgar perdió muchos años arrepintiéndose de sus errores, sin ver posibilidad alguna de enmendarlos. Desesperado, aprovechó el funeral del viejo Pedregal para acercarse a Mónica y pedirle acceso a parte de la valiosa información que ahora atesoraba en exclusiva. Aguardó durante largo rato un resquicio de intimidad donde poder abordarla. Cuando al fin terminó su humillante espera, la respuesta le golpeó antes de que pudiera preguntar.

—Hola, Edgar. Conoces cuál era la voluntad de nuestros padres, así que las cosas seguirán siendo igual. Yo me haré cargo y tú siempre serás el primer beneficiado. Si tienes algún problema, ya sabes dónde encontrarme. Y si te enteras de algo interesante yo te guardaré el secreto —remató Mónica besándole la mejilla.

Edgar no perdió saliva en contestar. Se alejó lo más rápido que pudo, con el orgullo sangrando por los costados. De vuelta al hotel, su hija, Claire, le esperaba en la *suite*, sentada hojeando una revista.

—¿Qué tal el funeral? Se te ve afectado.

—¿Tanto se me nota, cariño? —contestó Edgar forzando una sonrisa.

—No, es que soy muy observadora —sonrió Claire.

—Estoy tan orgulloso de ti —dijo su padre sirviéndose un doble con hielo.

Arrasado por la impotencia, Edgar empezó a desahogar con Claire el motivo de su ira. Ella, en su insultante juventud, tuvo el aplomo de escuchar con atención sin pestañear, lo que invitó a su padre a seguir detallando sus desvelos. Según lo hacía, sentía que cometía un terrible error: implicar a su hija, prácticamente una cría, en asuntos de verdadero peligro. Pero Claire no era una chica más. Era una Baxter de los pies a la cabeza. La mejor de los Baxter. Y dio la respuesta que se espera de alguien a la altura de las circunstancias:

—Papá, confía en mí. Creo que puedo ayudarte.

—Lo siento, Claire. No debería haberte contado nada. Tú no tienes que cargar con mis problemas.

—Nuestros problemas, papá. Y los de Mónica, creo. ¿Tú crees que no habrá dejado ningún cabo suelto?

—¿Sobre lo del accidente del matemático, después de tantos años? No me parece.

—Pues a mí me parece que este año me merezco unas buenas vacaciones y Asturias es un buen sitio para perfeccionar mi español.

21

Córcega

Emily se despertó en el sofá de una larga siesta con el pequeño Alex en el brazo, aún dormido. Sentía la mano entumecida por lo incómodo de su postura y comenzó a deslizarse como un *ninja* para zafarse de la presa y recuperar su movilidad. Una vez libre, protegió el sueño de su hijo rodeándolo de cojines y se fue directa a la cocina, donde su marido estaba preparando un bizcocho con la tele de fondo a poco volumen. Se le quedó mirando desde la puerta y él se giró para dedicarle la mejor de las sonrisas. Después, tras fundirse en un abrazo, se sentaron juntos a la mesa.

—¿Qué hubo, mi cielo? —preguntó Emily a Fede señalando el pequeño televisor que había en la pared.

—Lo de la boda de esos chavales, que nadie conocía, pero son tan importantes.

—Ah, ¡sí! La madre del chico es empresaria y siempre sale en las listas de las más elegantes. Y la novia es una gringa muy guapa. Dicen que tiene más dinero todavía que él. Ya sabes, ricos con pobres nunca se juntan.

—Cierto. Mira, justo ahora sale hablando la novia. Debe de ser la única vez que lo hizo, en un desfile del diseñador de su vestido, porque llevan con ello en bucle un buen rato.

Emily subió un par de puntos la tele para poder oírla mejor y, al escucharla contestar a un periodista en español, se le heló la sangre. Tal debió de ser su reacción que Fede se preocupó al instante.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Te encuentras bien?

—Esto..., sí, mi amor. Es que me he levantado demasiado rápido de la siesta. Creo que voy a tumbarme otro poco con Alex.

—Claro, mi vida. Ya os voy a avisar cuando esté lista la merienda.

Emily se libró así de dar más explicaciones y se fue de nuevo con su hijo al sofá. Lo abrazó contra su pecho e intentó calmarse, pero no pudo dejar de oír la voz de la chica en su cabeza, que la transportó de inmediato años atrás, cuando nadie la llamaba por su nombre, cuando todos los días se quería morir.

A principios de los noventa, Medellín no era un sitio amable para una chica guapa y pobre. Emily, que reunía con generosidad ambas cualidades, buscaba como fuera una salida a su incierto futuro en la ciudad de la eterna primavera. Y un turista francés, que se hospedaba en el hotel donde trabajaba, tardó menos de una semana en venderle un amor de película y un pasaje al Viejo Mundo para vivir una eterna luna de miel. El amor duró poco más que el viaje y la luna de miel la tuvo que compartir con una media de cuatro tipos diferentes cada noche en un

cochambroso burdel cerca de Porto Vecchio, un sitio precioso que visitar si vas a Córcega y no estás explotada por un gabacho que te despertó de tu sueño europeo a base de palizas y violaciones.

Emily pasó a llamarse Danna y el aroma de las flores de Medallo lo cambió por perfume barato para borrar el sudor de los cerdos que pagaban por ponerse sobre ella, marineros y turistas en su mayoría. Caras que, por suerte y por desgracia, se renovaban cada noche en un siniestro carrusel de humillaciones. También había algún vecino de la comarca que solía ir por el club a tomar una copa y desahogarse de vez en cuando. Y luego estaba Héctor.

Héctor era un cliente fiel, un tipo reservado que solo trataba con ella, que jamás se paraba en el burdel más que lo justo para esperarla a que se fuera a casa con él. De Héctor sabía poco. Aunque era español y el idioma los unía, no estaba bendecido con el don de la palabra. Vivía solo en una pequeña casa apartada de todo, con unas increíbles vistas al mar de la Liguria. No tenía problemas de dinero, vista su afición a pagar por la compañía, y no se le conocía oficio alguno. Al parecer, había sido pescador y contaba con un buen retiro, cosa que chocaba con los veinte años que llevaba en la isla y su aparente buen estado de salud, solo mermada por su inagotable vicio de beber.

La vida de Danna era tan desgraciada que Héctor se volvió un refugio. Las noches con él siempre empezaban cenando en su casa con calma. Él se quedaba embobado oyéndola contar cualquier tontería mientras vaciaba una copa tras otra. Después se iban a la cama, donde el sexo ya casi no se presentaba, y se abrazaban hasta que él se dormía. Entonces ella se levantaba a fumarse un cigarrillo tras otro, mirando al mar con tristeza, pensando en desaparecer. Hasta que una noche, los planes cambiaron.

Héctor sacó la llave con su alcohólica torpeza y abrió la puerta para dejar pasar a Danna, que conocía de memoria dónde estaba el interruptor de la luz. Al encenderla, le sorprendió la penumbra y vio que la lámpara tenía tres de sus cuatro bombillas fundidas.

—Cariño, vas a tener que mirar esto o nos vamos a matar del tropezón.

La puerta se cerró con una violencia impropia del borracho que la había abierto hacía un instante. Al girarse, Danna se dio de bruces con una enorme sombra que tardó menos de un segundo en retorcerle el brazo y ahogar su grito con una mordaza. La penumbra dio paso a una total oscuridad que terminaría con la pareja sentada sobre la cama donde solían compartir sus abrazos de alquiler. Cuando las luces se encendieron de nuevo, mostraron el siniestro panorama: tres personas vestidas en perfecto y ajustado negro mate, con las caras cubiertas por pasamontañas. Dos torres, armadas con sendas pistolas, a los lados. En medio, una figura más menuda que enseguida mostró su manejo de la situación, acercándose hacia ella con un dedo índice que invitaba al silencio.

—Esto no va contigo. Pórtate bien —le susurró con un joven y femenino acento norteamericano.

La cosa no iba con ella, pero la sentaron atada a una silla para que pudiera ver el motivo del asalto. Tumbaron a Héctor sobre el colchón y lo amarraron al mismo, reteniéndolo con la manta

y unas cinchas, mientras su cabeza colgaba por los pies de la cama. Después, colocaron un barreño debajo y trajeron una toalla, una jarra y un caldero lleno de agua. Le cubrieron la cara por completo con la toalla y Héctor comenzó a revolverse. La chica volvió a hablar:

—Será mejor que te calmes, Héctor. Vamos a refrescarte un poco.

Cargó la jarra en el caldero y fue vertiendo su contenido con cuidado hasta empapar bien la toalla con la que le habían cubierto la cara. No tardaron en llegar las convulsiones, más agua, los estertores, más agua, la agonía... Retiraron la toalla justo a tiempo para quitarle de un tirón la mordaza y permitirle tomar aire. Cuando terminó de toser, su voluntad ya se mostraba quebrada.

—Te-tengo dinero guardado. Os lo daré todo —dijo el desgraciado con un hilo de voz.

—Menuda tontería, Héctor. ¿Cómo vamos a montar todo esto por tu dinero? Vamos a despejarte otro poco.

Nuevo ciclo de ahogamiento, mucho más breve que el anterior. Parecía hasta una tregua.

—¿Qué queréis? —preguntó llorando.

—Buena pregunta, amigo. Queremos saber algo. Queremos la verdad. Y ten mucho cuidado. Si mientes, lo sabré —sentenció la chica.

—Lo que quieras —respondió Héctor, con la voz mucho más clara.

—Vamos directo al grano. 1977. Río Nalón. Un coche cae desde el puente. Tres personas a bordo. Padre, hijo e hija. Nadie sobrevive. Tú y tu primo sacáis a la hija muerta del agua. ¿Correcto?

Los ojos de Héctor parecían querer escapar de sus órbitas. Ahora su rostro sí que mostraba verdadero pánico. Solo acertó a asentir con la cabeza.

—Muy bien. Entonces, seguimos. Tu primo desaparece al poco. Cuentan que se ahogó. Otros creen que fue un suicidio. Y tú te vienes a Córcega, te compras una casa y te pasas veinte años bebiendo y follando sin trabajar. Curioso, ¿no?

No era una pregunta, pero Héctor seguía asintiendo desenchajado.

—Cuesta creer que sea todo casualidad. Yo no me lo creo, ¿y tú, Héctor?

Esta vez Héctor no se mueve. La chica meneaba la cabeza hacia los lados y hace un gesto a uno de los gorilas. Tras el nuevo ciclo de ahogamiento, Héctor casi no vuelve a la vida.

—Veo que necesitas preguntas más concretas. Pero te advierto, ya no te quedan más oportunidades.

La joven se fue hacia una mochila negra que estaba en la entrada de la habitación. De ella sacó una pequeña videocámara y un trípode. Lo instaló todo de tal manera que grabara un plano fijo de la cara de Héctor, se sentó de nuevo a su lado y comenzó a hablar de nuevo.

—Asturias, España. 1977. Nicolás Granda se cae al río Nalón, en un coche, con su padre y su hermana. Los tres mueren ahogados. Tú, Héctor, lo ves desde una lancha con tu primo Miguel. ¿Sí o no?

—¡Sí! —grita Héctor, casi con arrogancia.

—¿Fue realmente un accidente?

—¡Noooo! —vuelve a gritar Héctor, ya envuelto en ira.

—¿Encontrasteis a la chica flotando muerta?

—¡Noooooo!

—Cuéntame la verdad, Héctor —pregunta con calma la chica.

—Yo la ahogué. Pude rescatarla, pero la ahogué. Le mantuve la cabeza debajo del agua hasta que dejó de pelear —contestó Héctor llorando.

—¿Por qué?

—Porque nos dijo que no podía salir nadie vivo del agua. Que se acabarían nuestras miserias. Que pagarían nuestras deudas.

—¿Quién, Héctor?

—Dijo que nos mataría si hablábamos con alguien, que nadie nos creería.

—Tranquilo, Héctor, yo te creo, no temas —le susurró con dulzura la joven.

El pobre borracho se derrumbó. Las lágrimas, las babas y los mocos le corrían por los lados de la cara en un espectáculo lamentable. Se recompuso como pudo y preparó su respuesta.

—Fue Pedro.

—¿Pedro Cáceres, el jefe de seguridad de Alkaloan?

—Sí, Pedro. Estuvimos juntos en el tercio. La señora Mónica, la Pedregal, se lo mandó. Los hubieran matado igual. Yo-yo solo...

—Muy bien, Héctor. Te entiendo. Hemos terminado, ya puedes descansar.

La joven se levantó, apagó la videocámara y volvió a recogerlo todo en la mochila negra de la entrada. Luego se fue y regresó con dos botellas de *whisky* en la mano. Volvió a dirigirse a uno de los matones, que al instante le sujetó a Héctor la cabeza con fuerza, abriéndole la boca. Quitó el tapón a una de las botellas y se la metió hasta el gaznate al pobre diablo, que hizo lo posible para tragar su contenido entre horribles convulsiones. Consiguió aguantar la primera, pero dejó de sacudirse a la mitad de la segunda. Esperaron un par de minutos y comprobaron que ya no tenía pulso. Después retiraron las cinchas y la manta que lo tenían prisionero y colocaron el cuerpo sin vida tumbado en la cama, con la cabeza sobre la almohada. Recogieron todo lo que habían usado para torturar al desgraciado y dejaron las botellas en la escena, una en el suelo y otra a su lado. Los gorilas se retiraron y la chica se quedó a solas con Danna.

—Escúchame con atención, Danna. Ya no eres Danna, vuelves a ser Emily. Hoy mismo dejarás la isla, pero no volverás a Medellín. Subirás a un barco y no te bajarás hasta llegar a Gran Canaria. Tendrás dinero y la tranquilidad de que no te persiguen. Solo hay una condición: jamás hablarás de esto con nadie. Si lo haces, me enteraré. Y no necesito explicarte más, ¿verdad?

Emily asintió muerta de miedo. La chica sacó una navaja, cortó las cuerdas que la ataban a la silla y le dio un sobre.

—En este sobre está todo lo que necesitas: dinero, pasaporte e instrucciones. Ahora eres Juana Emilia y tienes otros apellidos. Espera cinco minutos y un taxi vendrá a buscarte. Limítate a seguir lo que pone el papel. Te dejamos vivir porque nos viene bien para la operación. Nunca te olvides de esto último que acabo de decir.

Y así es como Emily cambió de mar y de isla, de vida y de nombre. Se olvidó de la mierda que dejó atrás y del pobre diablo al que habían asesinado en su propia cara. Y ahora intentaba

calmarse, mirando la preciosa cara de su hijo, Alex, mientras la voz de la gringa que jamás creía que iba a volver a oír sonaba desde el televisor de la cocina contando lo mucho que le gustaban los modistas españoles.

Tan guapos y felices

Nila subía las escaleras del sótano dejando atrás a Salva con su enésimo repaso a la lista de cosas que comprobar en la sala de servidores. Sentía esa mezcla de alivio y de vergüenza que saboreas cuando acabas de contar algo muy íntimo que bien podrías haberte callado, pero que te estaba quemando en el esófago. También sentía cómo Salva acababa de aprovechar su guardia baja para empaquetarle la incómoda labor de explicarle a su madre lo del viaje nocturno que les esperaba, con la dificultad añadida de buscar la oportunidad de hacerlo a solas, sin la presencia de su marido. Por suerte, Amanda había salido al porche huyendo de la película de vaqueros que tenía a Víctor enfadado en el sofá.

—¿Harta de tantas pistolas y sombreros?

—Sí, mi vida. Puedes servirte una tónica con alegría, si te apetece —dijo Amanda, señalando una mesa con todo lo necesario para preparar un *gin-tonic*.

No dudó en seguir su consejo y tampoco escatimó en la cantidad de ginebra ni en la contundencia del primer trago, buscando valor para enfocar la conversación que le esperaba. Pero parecía que la madre de Salva, como buena madre, ya caminaba varios pasos por delante.

—No hace falta que te atragantes por culpa de mi hijo. Tenía que estar él aquí dando la cara. Pero parece que me tiene un miedo enorme, como si yo fuera por ahí comiéndome a la gente... Así que, perdón por ser tan directa, pero escupe rápido lo importante, que el punto lo tengo gracioso, pero la borrachera se me torna complicada.

—Nada que perdonar. Esta noche viajamos todos, no se sabe adónde ni a qué hora exactamente. Lo único que sé es que nos largamos y que no hay vuelta atrás ni forma de negociar.

Nila se sorprendió a sí misma, pues se había puesto de pie para soltar aquella frase, como si sus piernas fueran de otra persona. Amanda, tras mirar unos segundos al suelo, se levantó y la abrazó con fuerza.

—Es todo por culpa de la rubia, ¿no? Qué engañada me tenía. Y el otro, tres cuartos de lo mismo. Al final tenía razón Gerardo, los ricos solo se cruzan con los ricos y no toleran que venga nadie de abajo a ponerse a su altura. Pero si ya tienen todo lo que quieren, ¿por qué tenemos que escapar? ¿Qué más quieren de nosotros? —empezó a preguntar Amanda, arrasada por la rabia.

—Tranquila, no es porque nos vayan a hacer nada y menos hoy, que están muy ocupados celebrando la boda. Es complicado. Toca cambiar de aires. No te preocupes.

—¿Y qué está haciendo Salva ahora, encerrado en lo de los ordenadores? ¿De eso tampoco me tengo que preocupar? —atajó Amanda con claridad felina.

—No, de eso solo se puede preocupar él, es mejor así. A mí me tocó lo de contártelo y a ti, la peor parte: confiar y pensar qué hacemos con Víctor.

Contra todo pronóstico, Amanda se echó a reír, vació su vaso de un trago y respondió:

—Tú tranquila, pelirroja, que eso sé bien cómo gestionarlo. Solo hace falta que no le digáis nada. Del resto, me encargo yo —zanjó para luego levantarse y meterse de nuevo en casa.

Nila se quedó sola en el porche, dándole sorbos al *gin-tonic*, saboreando y pensando que no había ido tan mal la cosa. También sabía de sobra que los planes de Salva se iban a llevar a cabo, sí o sí. Ceros y unos, como él decía. La aplastante lógica binaria que parecía gobernar ahora sus destinos y que lo cubría todo con la dulce irrealdad de un videojuego donde puedes guardar tus avances hasta la siguiente partida, donde todo tiene arreglo. Era inevitable pensar así para no volverse loca.

Su vida había pegado unos cuantos giros bruscos desde la noche en que le pusieron un filo en el cuello. El mismo coche que la sacó del infierno, negro y brillante, estaba ahora aparcado frente a ella. Se levantó con su copa y caminó al lado del todoterreno, pasándole la mano como quien acaricia una bestia dormida. En el portón trasero, bajo la placa cromada que rezaba «G55 AMG», había una pegatina blanca con el logo de Jamiroquai. Aquella silueta de un chico tocado con un sombrero con cuernos, tan icónica, tenía una historia detrás. Una noche, un concierto.

En junio del 2002, Nila estaba cansada pero feliz y no era la única que disfrutaba de ese estado. Era el precio que se pagaba por hacer historia en la industria química, a bordo de un proyecto cuyo nombre ya hacía babear a muchos inversores: CLS (iniciales de Chemistry Logical Support). La idea era muy simple: Tomás y Salva querían usar el creciente poder de la computación para simular ciertos procesos químicos y así ahorrar toneladas de horas y dinero que muchas veces acaban en callejones sin salida. Lo llamaban la tercera vía. Más allá de los estudios *in vitro* e *in vivo*, ellos proponían algo llamado *in silico*, usando modelos matemáticos y *softwares* de simulación. Y eso era lo único simple, la idea, porque su ejecución era una titánica pesadilla. A nivel físico, se crearon dos edificios gemelos, uno en Huelva y otro en Avilés, cercanos a las principales factorías del Grupo Alkaloan. En su interior, se alojaron los mejores equipos informáticos que la herencia de Tomás se pudo permitir y se conectaron a las fábricas y entre sí con el mayor ancho de banda del país. Ellos las llamaban las Dos Torres, en referencia a las maléficas construcciones de la obra de Tolkien, y así, cual Sauron y Saruman, ambos se encerraron en sus atalayas y se devanaron los sesos de forma enfermiza para sacar adelante sus algorítmicos conjuros.

Fueron tres años que hicieron de los tres anteriores un juego de niños. Aquello no era la universidad. Allí cada día se acercaban un poco más a la ruina. Rara era la semana que no se pasaba por las oficinas de la última planta el director financiero del grupo y salía con peor gesto del que traía. Se rumoreaba que la confianza ciega de Mónica hacia su hijo estaba empezando a tornarse en preocupación, ya no solo por la sangría económica del proyecto, sino por la salud mental del joven Tomás.

Pero Nila jamás tuvo miedo, quizás porque estaba tan loca como él. Tras conocerlo en la entrega de las becas, al menos de forma oficial, ya no pudo quitárselo de la cabeza. ¿Cómo te olvidas de alguien que arriesgó su vida y segó otra para salvarte, sin conocerte de nada? Era un chico raro, de los que no hay dios que los entienda, y por tanto irresistible para ella, que adoraba los puzzles. La relación se forjó porque Tomás movió los hilos para llevarla a Asturias a formar parte de su proyecto y Nila se moría por poner más norte en su vida, más irlandesa ella que pelearse borracho. Pronto se enamoraron, enterraron el suceso que les hizo cómplices y se pusieron a trabajar sin descanso. Pero hasta en la guerra más cruel hay tiempo para divertirse y el poco que tenían sabían bien cómo disfrutarlo.

Lo mismo le ocurría a Salva en su prisión de Huelva, donde recibía en ocasiones la visita de su novia norteamericana; una aparición legendaria que dejó a Sagu de piedra cuando la vio por primera vez en persona, cuando ya creía que solo era una foto descolorida en la cartera de su amigo. Claire no participaba en el proyecto más allá de mejorar el inglés de Salva, pues lo suyo era la historia del arte de la dinastía omeya, pero suponía un apoyo imprescindible para que el joven informático no terminara de perder la cabeza tan sumergido entre tantos datos, tan lejos de su hogar. Y cuando todo parecía estar a punto de saltar por los aires, la gallina de los huevos de oro empezó a poner.

Las primeras pruebas dejaron a los auditores perplejos. Todo lo que predecían las máquinas se cumplía a la milésima al llevarlo a la práctica. Por no hablar del tremendo repaso que les pegaron a los procesos productivos que estaban en marcha, que se tradujo enseguida en mejoras sustantivas de calidad y rapidez. El retorno económico comenzó con timidez, pero pronto creció a ritmo exponencial. La capacidad de proceso de datos era tal que pronto pudieron absorber cálculos de otras divisiones del grupo hasta convertir CLS en el nuevo cerebro de la bestia. El efecto 2002, como alguien bautizó el despegue, puso patas arriba el mundo empresarial y permitió que el joven grupo de amigos se tomara un merecido descanso, juntándose en Gijón a finales de junio para ir a ver en concierto a Jamiroquai.

Aquella soleada tarde, mientras los fans de la banda británica se arremolinaban alrededor del pabellón de La Guía, el Club de los Cinco —como Sagu había bautizado a la pandilla—entró por la vía de servicio en el flamante Mercedes de lunas tintadas, haciendo que muchos pensaran que era el propio Jay Kay quien iba dentro. Para qué esperar como los demás si Claire iba a clase con la hija del *manager* de la gira. Así pudieron asistir al último ensayo, hacerse fotos con la banda y llevarse de recuerdo unas pegatinas que Sagu no tardó en pegar en el portón del todoterreno. El concierto fue una maravilla y no pararon de bailar de principio a fin. Tan bien se lo pasaron que les supo a poco y quisieron, por aclamación popular, continuar de fiesta por la ciudad. Sagu era el único que no parecía contento con la idea.

—Parejita del 77, parejita del 78... Vuestro amigo del 75 cree que, de tan guapos y felices, resultáis peligrosos.

Un par de llamadas de teléfono y se puede conseguir una plaza de aparcamiento imposible delante del club más de moda. *Must be the money*, como salió Claire cantando del coche, al ritmo

del *Ride wit me*, de Nelly. Los porteros interrumpieron la larga cola de aspirantes a entrar al garito para dejar que pasaran los cinco como estrellas de *rock* a las que nadie parecía conocer. Una vez dentro, les esperaba una mesa reservada y una camarera ávida por saber qué deseaban tomar. Nila no estaba acostumbrada a ese tipo de tratamientos ni tampoco Tommy, que no era mucho de salir, pero Claire se movía con soltura y no tardó en descorchar la primera botella de cava. Cuanto más se relajaban todos, más se tensaba el rostro de Sagu. Intentó en dos ocasiones convencer de algo a Salva y a Tomás, pero estos no hacían más que encogerse de hombros y señalar a la rubia gringa que no paraba de repartir sonrisas. Harta, según sus palabras, de aquel ambiente de funeral que se estaba formando, decidió coger a Nila por la mano y arrastrarla a la pista de baile. El cava ya había hecho su efecto y la pelirroja no opuso resistencia.

—Todos te miran, cariño —le susurró Claire al oído.

—La mitad son por tu culpa, rubia —le contestó Nila entre risas.

—¿Qué te gustaría escuchar en este antro? Pide lo imposible, *paddy*.

—Pues ya que lo dices, me fliparía que pusieran algo de House of Pain, aunque dudo de que aquí sepan ni quiénes son —contestó la pelirroja.

Claire guiñó con picardía sus ojos azules y tiró de Nila hasta la barra. Allí desplegó su magia con el primer camarero que se acercó a atenderlas.

—Hola, cariño. Mi amiga y yo queremos dos cervezas y dos *shots* del mejor escocés que tengas por aquí. También necesitamos que tu amigo, el DJ, se porte bien y nos ponga algo de House of Pain. De ello depende mi generosidad —remató la rubia sacudiendo dos billetes de cien euros.

El dinero no hace milagros, pero empuja con mucha fuerza, y el camarero supo mover los hilos correctos para llevarse la mejor propina de su vida. Tras cepillarse los chupitos de *whisky* de un trago y según volvían hacia la pista de baile, comenzaron a sonar con fuerza las primeras notas de trompeta y contrabajo, marca de la casa del grupo de hiphop preferido de Nila. Le sorprendió que no fuera *Jump around*, su archiconocido *hit*, sino *Back from the dead*, pero más le sorprendió que Claire se arrancara a cantarla sin saltarse una coma.

Las dos empezaron a bailar muertas de risa y sus contoneos al ritmo de aquella insana melodía no tardaron en convocar a unos babosos de medio pelo, aspirantes a tipos duros, que se acercaron a ver qué caía. Uno de ellos, el más lanzado, decidió que era buena idea restregar su aliento contra la nuca de Claire. Esta se dio la vuelta y tiró del cinturón del muchachote hacia ella, dejando el hueco justo entre sus pantalones y su pelvis para colocar en él la botella de cerveza bocabajo, enfriando así sus ardientes intenciones y dejándolo como si se hubiera meado encima. El tipo se vio obligado a defender su honra herida. Peor idea no pudo tener.

El primer intento de agarrar a Claire por el pelo acabó con la muñeca del chaval en una posición imposible. Los aullidos de dolor no tardaron en llegar, como el rodillazo en la cara que lo dejaría tumbado inconsciente. Uno de sus amigos probó domar a la rubia con igual o peor fortuna, pues esta vez fue una botella y no una rodilla lo que dio contra su cara. Entonces Nila miró a su alrededor y vio cómo algunas personas se apartaban y otras se iban cayendo hacia los lados, como juncos al paso de un tractor que viniera hacia ella. No tuvo tiempo de reaccionar,

pues sintió unos brazos sacándola hacia atrás en volandas, acompañados por la voz de Sagu gritando su propio nombre en forma de aviso. Lo último que pudo vislumbrar fue a dos tipos vestidos de negro que se llevaban a Claire de la pista dejando tras de sí una alfombra de cuerpos machacados. Los golpes se oían incluso por encima de la música.

Los pies de Nila casi no tocaron el suelo hasta que salieron del bar. Fuera, Tommy ya iba abriendo las puertas del coche para dejar que Sagu la lanzara dentro. Cuando escaparon de allí entre el rugido del motor y las ruedas chirriando, solo alcanzó a preguntar:

—¿Dónde están Claire y Salva?

—En el Escalade negro que llevamos pisándonos los talones —contestó Sagu sin girar la vista siquiera.

—Pero ¿Claire traía guardaespaldas? —dijo Tomás.

—Mercenarios, jefe. Lo que llevamos detrás son mercenarios.

Aquella noche Nila comprendió unas cuantas cosas en pocos segundos. Que Sagu siempre tenía razón. Que Claire llevaba guardia sin que nadie se hubiera dado cuenta. Que, por lo visto, no los necesitaba. Y que la gente con dinero, con mucho dinero, sabe lidiar con los peligros que vienen asociados a su posición.

23

El relojero

Sagu venía de dar un paseo por la finca, cuando se encontró a Nila dando vueltas alrededor de su coche. Podría haberse hecho notar, pero viendo que ella estaba ensimismada prefirió acercarse con sigilo por su espalda para susurrarle:

—¿Quieres comprarme el coche?

—¡Serás subnormal! —gritó Nila, derramando lo poco que quedaba del *gin-tonic*.

—Pues sí, porque, encima, lo he hecho aposta —respondió Sagu, muerto de risa.

Nila le soltó un pescozón que Sagu no esquivó porque sabía de sobra que se lo merecía. Después de encogerse en señal de disculpa, la rodeó con su brazo de oso por los hombros y le gruñó al oído, como la bestia que juega con una cría a la que jamás dañaría, por la que estaría dispuesta a morir.

—Llevo un rato recordando la noche que fuimos a ver a Jamiroquai —dijo Nila.

—Gran noche, hasta que la rubia se puso en plan Steven Seagal —contestó Sagu.

—Ya, menudo corte de rollo.

—¿Recuerdas aquella vez que me llamaste subnormal desde el asiento del copiloto? —preguntó Sagu.

—Sí. Y creo que fue la única vez que me enfadé contigo —respondió Nila con gravedad.

—Me pilló de sopetón, no lo vi venir.

—Hay tantas cosas que no vimos venir —suspiró Nila.

Sagu recordaba bien aquel día. Estaban gastando la mañana, un martes cualquiera del verano del 2002, cuando todo eran éxitos y buenas noticias. Su jefe y él se habían adelantado a resolver unos asuntos mientras Nila estaba en su oficina repasando unos resultados. El plan era recogerla e irse a comer por ahí, nada pretencioso, sobre la marcha. Porque Tomás era su jefe, pero, ante todo, era su amigo.

Habían transcurrido tres años desde que Sagu aceptara su puesto y otras cosas mucho más difíciles de aceptar. Que el viaje a Portugal le había cambiado la vida no era una frase grandilocuente, de esas que dicen los *hippies* cuando vuelven de Katmandú. Cómo no te va a marcar que, en menos de veinticuatro horas, mates a un tío, conozcas a tu padre y te cuenten que trabajas para un tipo que ha resucitado. Porque eso era lo que había hecho Tomás. Él nunca utilizaba ese término. Las pocas veces que hablaban del tema solía usar el término «consciencia heredada».

Al principio, Sagu no dijo ni una palabra al volver del encuentro con su padre. Estuvo unos días esquivo, en modo automático, sobre todo por la imposibilidad de estar a solas con Tommy.

Cuando al fin lo consiguió, dejando a Salva en un encuentro con técnicos para ponerse al día del proyecto de las Dos Torres, pudo encarar las grandes preguntas.

Recordaba haber empezado la conversación desde la ira y el resentimiento de alguien que se sentía como un títere en los planes de un millonario chiflado. De alguien al que le habían contado un cuento muy difícil de digerir. Pero enfrente tenía a Tomás, una persona como ninguna otra que puedas conocer.

Un joven con el alma vieja al que cada palabra parecía pesarle una tonelada. No vendía leyendas, solo te pedía que le escucharas. Su sufrimiento se colaba en cada pausa de un discurso que transitaba por páramos de pura locura. Frases como «no sabes lo que duele morir» o «lo aterrador y desconcertante que resulta sentir cómo naces» te volaban la cabeza a cada paso. Entonces Sagu decidió rendirse, bajar la barrera de los prejuicios que todos tenemos y empezar a creer y a querer comprender.

Se dio cuenta de que Tomás —jamás se dirigiría a él como Colás por expresa petición de su amigo— tenía las mismas dudas que él. No sabía por qué le había ocurrido eso. Si había más gente así. Qué había sido de su padre y su hermana, fallecidos en el mismo accidente. El matemático le contó que todas esas preguntas le habían torturado en su etapa de bebé, más aún que los terribles cólicos que provocan el llanto de un lactante. Despertar cada día en aquel pequeño cuerpo era una especie de pesadilla recurrente con la que tuvo que aprender a convivir. Escuchar las conversaciones de los adultos a su alrededor se convirtió en su único pasatiempo. Le ayudaron a centrarse, a descubrir que no era el sueño de un comatoso, a aceptar que había ocurrido y punto.

Luego vino la etapa de creer que algún día se olvidaría de su vida anterior, de un golpe, y se convertiría en una persona normal. Que quizás eso era lo que nos ocurría a todos, que nuestras consciencias están fuera de nosotros, en otro plano y se reinician en cada vida. Que a la suya le pasaba algo raro y tardaba en ponerse a cero. Pero se cansó de esperar ese día y tocó afrontar la extraña realidad. La de alimentarse de los pechos de una mujer a la que conocía de vista, de su anterior vida. La de volver a aprender a manejar un cuerpo nuevo, como en una especie de rehabilitación posoperatoria. La de haber perdido por completo la independencia y tener que reconquistarla paso a paso. La de volver a hablar con otra voz, sin poder decir lo que realmente piensas. Esto último fue lo peor.

Sagu comprendió al instante que esa era la clave para entender a Tomás. Lo que más le había extrañado siempre de tratar con él era su forma de hablar. Ahora todo cobraba sentido. Cómo hace un hombre de casi treinta años, con una inteligencia fuera de lo común, para hablar por la boca de un niño sin provocar el pánico de quienes le escuchan.

La solución era tan sencilla de plantear como infernal en su ejecución: pensar mucho antes de decir nada, lo que se acababa traduciendo casi siempre en guardar silencio. Hasta un punto en el cual empezaron a creer que era autista, lo que le obligó a modular su estrategia minimalista y tener que interaccionar más con su entorno. El dinero es una herramienta poderosa y la nueva posición social le brindó multitud de posibilidades para poder desarrollarse. Se hallaba cautivo en un cuerpo extraño, pero la prisión estaba decorada con toda clase de lujos y la música se

convirtió en su principal vía de escape. Eso, y la biblioteca de su abuelo, que era su patio de recreo. Logró durante un tiempo alejarse de su vida pasada agarrándose a la férrea disciplina del estudio, pero seguía sintiendo que su nueva existencia carecía de sentido. Así que trazó un plan para conectar con su yo anterior. Usaría los abundantes recursos de los que disponía para ayudar a las personas que había querido en el pasado. Para ello necesitaba un enlace, alguien de confianza que le ayudara a ponerse en contacto con sus viejos amigos, alguien capaz de afrontar la incómoda realidad y de guardarla en secreto: don José Peláez.

El viejo profesor fue la primera persona en participar de aquella locura. Él cargó con la enorme responsabilidad de ayudar al joven Tomás en su cruzada por conectar ambos mundos sin levantar sospechas. Y la primera misión que se encomendaron fue la de asistir a quien peor estaba: Tony, el padre de Sagu. ¿Y qué necesita un prófugo por homicidio para reunirse con su familia? Pues un milagro, porque el mínimo paso en falso daría con sus huesos en la cárcel. Pero los milagros no existen, más allá del hecho de nacer de nuevo, así que se podía intentar con dinero. Y fue en lo que se pusieron a trabajar. Tomás tenía acceso a información privilegiada y supo cómo guiar la cartera de inversiones del señor Peláez para hacerla subir como la espuma. Los dividendos ayudaron a Tony en su odisea para cruzar el charco, pero tarde. En ningún sitio pone que la vida sea justa. Y Tomás volvía a plantearse de qué le valía su extraño regalo.

Frustrado en parte el intento de ayudar a sus viejos amigos, solo le quedaba probar con la siguiente generación. Tenía que adaptarse al tiempo que le tocaba y usar todo su potencial para darles una oportunidad a los hijos de quienes compartieron con él su antigua vida. Trabajó de forma incansable en prepararse para recuperar su carrera científica y se vio acompañado de la suerte de ir al mismo colegio que Salva y de que este repitiera su último curso. Así fue como acabó conectando con ellos. Conocerlos y hacerse su amigo fue un proceso natural. Por fin encontraba a alguien con la madurez suficiente para poder conectar, para poder compartir todo lo que tenía. Lo intentó hacer lo mejor que pudo, reconduciendo con cuidado unos caminos que estaban cerca de torcerse. Usó a Mónica para ello, en una jugada arriesgada que funcionó mejor de lo esperado. Pero en Portugal estuvo a punto de mandarlo todo al garete.

La reunión entre padre e hijo no fue como esperaba. Porque Tomás era muy inteligente, llevaba treinta años de ventaja en experiencia a cualquier chico de su edad, pero lo de las relaciones sociales seguía siendo su punto débil. Tú no puedes coger a un chaval, someterlo durante tres años a un entrenamiento digno de un agente del Mossad, enfrentarlo a matar a un desgraciado con un cuchillo y a la mañana siguiente decirle: «Mira, este es tu padre, al que jamás soñabas conocer, y está aquí gracias a tu joven jefe, que, en realidad, es la reencarnación de un matemático muerto hace más de veinte años». Bueno, puedes hacerlo, pero no puedes esperar que encaje todo eso con serenidad y se anime a continuar como si nada. Se necesita alguna conversación más, unas cuantas explicaciones detalladas y la apertura de mente de Sagu, que en un momento dado se para y piensa: «Es más fácil comprar que Colás ha vuelto metido en el cuerpo de Tommy que entender cómo un extraño se pasa años gastando tiempo y corriendo

riesgos para traer a su padre a Portugal y reunirlos». Adiós al sentido común. ¿Cuál era el plan de Tomás?

El plan, usar todo su talento y el de Salva, azotarlos con miles de horas de trabajo desquiciante, gastarse una fortuna inmensa y convertirlo todo en la empresa que jamás pudo soñar Palo Alto, en una cuna de ideas de esas que te pueden llevar a recibir una medalla del rey de Suecia. Y, en medio de todo aquel éxito, Sagu conducía tranquilo mientras Tommy iba atrás. Quería dejar la plaza delantera a su novia para que no se marease. Ella venía radiante y se subió sonriendo al todoterreno, lanzando besos y preguntando dónde iban a ir a comer, diciendo que le apetecía pescado. Todo iba suave, como una máquina de coser, hasta que Nila cogió una factura que había en el salpicadero.

—Para el coche —dijo Nila.

—¿Qué dices, Nila? ¿Aquí, en medio de la carretera? —preguntó Sagu sonriendo.

—Para el coche —repitió Nila, elevando el tono.

—A ver, casi no hay arcén, espera a que encuentre un...

—¡Para el puto coche, subnormal! —gritó Nila, con todo el aire de sus pulmones.

Una entrada para tractores, a unos diez metros, se antojó suficiente para detener el Mercedes de un frenazo.

—¿Se puede saber qué está pasando? —saltó Tommy desde atrás.

La pregunta se quedó en el aire, entre los dos amigos, porque ella se bajó del coche casi en marcha con el papel en la mano. Se alejó unos metros, gritó y luego se dio la vuelta, con una expresión de pánico en la cara que les heló la sangre.

—¿Qué es esta mierda? —chilló Nila con desesperación, sacudiendo la factura.

—Tranquila, mi amor, es una factura de un encargo para mi madre. Un reloj que ha pedido. No es para ponerse así —explicó Tomás, creyendo que los celos, la sospecha de que aquello fuera un regalo para otra, habían desatado el vendaval.

—El escudo, este escudo. ¡¿De dónde sale este escudo?! —continuó gritando Nila.

Les costó un rato poder acercarse a ella. El tiempo que le llevó dejar de gritar, volver a meter sus ojos azules en las órbitas y sentarse en una roca a recuperar el aliento. Entenderla fue más complicado. Presa de un ataque de ansiedad, sus frases no terminaban de arrancar, las palabras se le ahogaban entre sollozos y toda la fuerza de la que disponía se iba en agitar los brazos para evitar que la tocaran.

Fue Sagu quien tomó las riendas, apartando a Tommy y sentándose en silencio, a dos metros de la pobre muchacha, a esperar. En unos pocos minutos, los suspiros se apagaron. Después, Nila extendió su brazo y dejó caer la factura. Sagu, con cuidado, la recogió del suelo. La miró con calma y comenzó a hablar:

—Esto es una factura de Tapisserie, la relojería de Yagüe. El escudo es un ancla con el borde inferior serrado y la argolla en forma de corazón. Es un diseño original. De la relojería te puedo decir que es la mejor de por aquí, donde va toda la gente impor tante a gastarse un dineral para lucirlo en la muñeca. Vamos, que no tiene Casio ni Lotus. Ahora dime, ¿qué pasa con el escudo?

Nila los miró a los ojos, alternativamente, como quien busca un defecto, una grieta, el rastro de una mentira. Cuando se vio satisfecha, inspiró con fuerza en busca de valor.

—La noche que me cogieron aquellos miserables, de camino a donde nos encontrasteis, vi un albarán sobre el salpicadero del coche. Me fie en él por no mirar a otro sitio. Tenía un cuño rojo de «pagado» y debajo un sello, con esa ancla serrada y la argolla en forma de corazón.

Tomás intervino con delicadeza:

—Entiendo. La imagen te ha disparado el recuerdo de lo que ocurrió, pero puedes estar tranquila. Los tipos eran jardineros y Yagüe tiene una casa de campo en Palos de la Frontera. Sería un cliente más, no creo que tuviera relación con lo tuyo. Lo que pasó murió con ellos.

Nila se levantó y caminó hacia Tomás.

—Estoy sola en la vida, de no ser por vosotros y por Salva. Mi padre se largó hace años, amargado por mi madre, y yo ya no tengo fuerza para volver al sur. No me queda más remedio que confiar. Pero no es casualidad. Hay algo más.

Sagu volvió a sentir un escalofrío. Como el de hacía años con Tomás. La sensación de que algo sin sentido está a punto de encajar.

—Los tipos no decían mucho, aparte de amenazarme. Por eso lo recuerdo bien. Cuando llegamos a la finca, el alto, el tonto, le preguntó al otro: «¿No la querrá el relojero?». Y el del cuchillo contestó que yo era ya mayorcita y que no todo en la vida era dinero. ¿Parece casualidad?

Nila se empezó a poner nerviosa de nuevo, pero esta vez dejó que la convencieran para subir al coche. Nada más arrancar, Tomás soltó su frase:

—Como dijo una vez la persona más inteligente que he conocido, todo tiene un porqué. Hay que fijarse en las señales y encontrar el patrón.

Sagu empezó a sudar, viendo la calma con la que Tomás hablaba y el silencio que guardaba Nila. Sabía de sobra lo que eso significaba. Ya no fueron ni a comer al restaurante. La dejaron en casa y se largaron los dos a dar una vuelta en coche, a pensar. Porque ya no era lo de Huelva, que donde hubo que actuar deprisa, en caliente. Esto necesitaba cirugía mínimamente invasiva, un plan bien estudiado.

De nuevo, era el jefe de seguridad de CLS quien se encontraba entre la espada y la pared. Su jefe se empeñaba en hacerle incumplir su primerísima labor: mantenerlo a salvo.

—No sé, Tomás. No lo veo claro. Esto no es lo de Huelva.

—Ya, Sagu, pero acabas de ver y oír lo mismo que yo.

—Con todo el respeto, parece un ataque de pánico, estrés postraumático. Es normal que con los años se te revuelvan los recuerdos y...

—Gracias por tu análisis psiquiátrico, Sagu. Pero todo eso que dices necesita algo que lo dispare y ese algo ha sido muy concreto.

Más sabía el diablo por viejo que por diablo. Tomás acababa de darle la vuelta al argumento. Tras coger un par de menús en el McAuto, porque el cerebro necesita glucosa, se fueron a un área recreativa para poder hablar tranquilos. Sagu siguió intentando por todos los medios disuadir a su jefe y amigo de la locura en la que se quería embarcar. Pero es muy complicado

tratar con alguien que ha burlado a la muerte y que cree con firmeza que su nueva oportunidad no puede ser algo casual. Porque aquello no iba de un tío que en una sesión de hipnosis conseguía recordar detalles de una vida anterior. Estaba tratando con una persona brillante que se tiró meses encerrado en el cuerpo de un bebé con la conciencia lúcida de un brillante matemático de casi treinta años, pensando, analizando, asimilando su nueva existencia. Un tipo que era capaz de ver patrones donde el resto de los mortales solo ven azar. Un monstruo sobrehumano que parecía no equivocarse jamás, que había conseguido hazañas que llevan una vida entera antes de cumplir los veinticinco. Y es muy difícil que alguien así no te acabe convenciendo de hacer una locura.

Era una locura por varias razones. El objetivo los conocía. Era una persona que vivía en su misma ciudad, que estaba muy bien relacionado y que negociaba con piezas de gran valor monetario. Eso lo convertía en un desconfiado profesional y en un obseso de la seguridad. Tomás podría entrar en su casa cuando le viniera en gana, pues su familia siempre había sido uno de sus mejores clientes, pero no puedes decir, entre sorbo y sorbo de café, que tienes sospechas fundadas de que está metido en un turbio asunto de secuestros, violaciones y vete a saber qué más. Aunque no todo eran desventajas.

Yagüe vivía en las afueras, en una casa aislada. Además, tenía la seguridad contratada al Grupo Alkaloan, cuyo sistema informático se había mudado recientemente a los todopoderosos servidores de CLS. Y Sauron era el ojo que todo lo veía, pero más valía que Saruman, desde su atalaya de Huelva, no se enterara de nada. Porque durante estos años Tomás se había empeñado en mantener a Salva al margen de todo. Tres personas compartiendo un secreto, don José, Tony y Sagu, ya se antojaban multitud. Así que tocaba entrar a fisgar a espaldas de su socio. Otro palo más en la rueda. O no. Los equipos donde se guardaban los datos estaban, por suerte, en el edificio de Avilés. Siempre se podía fingir una migración de información para mantenimiento de parte de las instalaciones. Vía libre, entonces.

Al cabo de tan solo dos semanas, Tommy se había hecho con un completo dossier sobre la seguridad de la casa de Yagüe. Tenía el plan completo con todos los extras. En su ausencia, el sitio era una fortaleza inexpugnable. Sensores de presión, de movimiento... Allí no podía colarse ni un piojo. En su presencia, por razones obvias, muchos se desactivaban, aunque el jardín seguía siendo un campo de minas y el cerramiento no tenía ni un miserable punto ciego. Lo único que no tenía, o no compartía con la empresa de seguridad, era ni una sola cámara. La voz de Tomás iba dando muestras de decepción a medida que enumeraba las mil y una trampas que los separaban de su objetivo. Fue una gran oportunidad de dejar que el plan se frustrase por sí solo. Sagu solo tenía que haberse callado la boca. Pero le dio por pensar. Y si era verdad. Y si les habían hecho daño a otras chicas. Y si seguían...

—Puede haber una forma de hacerlo —interrumpió Sagu.

—¿Cómo? —preguntó Tomás, sorprendido.

—Un colega del barrio montó hace tiempo una pizzería de Avilés, esa que te digo que tiene un pesto cojonudo.

—Ah, ¡sí! Dime.

—Bueno, pues resulta que el otro día me lo crucé y estuvimos charlando un rato. El tío me vio el Omega que me regalaste para el cumpleaños y se quedó flipando. Que si era igual que el de James Bond, que si lo había visto en el escaparate de Tapisserie... Le dije que era el mismo del escaparate. Y va y me suelta que Yagüe es cliente fiel de la pizzería, que pide todos los jueves la cena religiosamente desde hace más de un año, que casi siempre pide *gnocchi al pesto*... Yo le cambié el tema, para que no me viera interesado, y seguimos hablando de otra cosa.

—Eres un genio, Sagu —dijo Tomás, que había recuperado la sonrisa.

—Donde Yagüe ve confianza y tranquilidad a la hora de pedir su comida, yo veo una grieta de seguridad del ancho de una autovía.

—Cuéntame más.

—Tal y como yo lo visualizo; un jueves me voy a por una *pizza* al local de mi colega como suelo hacer de vez en cuando. Me quedo en la barra, picoteando cerca del teléfono hasta que oiga la dirección de Yagüe. Entonces tenemos una ventana de media hora, entre que se lo preparan y mandan al repartidor, para adelantarnos. Necesitamos una moto de reparto rotulada, una furgoneta nodriza para acercarnos y rezar porque el tío no se huela nada raro. Tienen un repartidor de mi estatura, aunque más delgado, pero podría colar. A partir de ahí ya no hay vuelta atrás. Necesitamos contacto directo con la empresa de seguridad y la policía por si algo se dispara. Tú deberás esperar al lado de la finca hasta que yo te abra paso. También quiero una Honda CR 500 cerca, por si tenemos que salir con prisa. Y necesito que seas sincero, Tomás. ¿Qué va a pasar allí dentro?

—Lo necesario para que nos diga la verdad, que sepa que no le queda otro camino —respondió Tomás.

—No sé cómo puedes tenerlo tan claro, amigo mío, pero sabes que confío en ti —añadió Sagu con resignación.

—Créeme, estamos haciendo lo correcto. Tenemos los medios, la oportunidad... No son casualidades: son señales.

Ya estaba otra vez con lo de señales. Cierto es que siempre acertaba, pero aquel rollo casi místico le ponía los pelos de punta.

La cuestión es que Sagu terminó de pie, picando a la puerta de Yagüe, con una bolsa llena de comida italiana. El tipo salió a recibirlo y, en vez de pesto, se comió un trapo con cloroformo. Una vez dentro, dio el aviso a Tomás, que no tardó ni un minuto en llegar. Dejó un sobre con dinero y una nota pegada en la puerta por fuera para que el verdadero repartidor depositara la comida y se largara sin molestar. El interior de la casa estaba a oscuras, excepto por una luz que invitaba a bajar a la bodega. Y eso fue lo que hicieron, cargando con el cuerpo inconsciente del relojero. Les esperaba una escena bastante peculiar.

El tipo tenía todo preparado para ponerse a comer los *gnocchi*, encerrado bajo tierra como un topo. Una mesa, una silla, un servicio de cubiertos y una botella de Chianti, todo rodeado de vinos tumbados cogiendo polvo. A Sagu le vino a la cabeza la imagen de Hannibal Lecter.

Ataron al fulano a la silla con los útiles que Tomás se había traído en su mochila negra de combate, donde también guardaba un bloc y un rotulador. Su intención era no decir ni una palabra para evitar que Yagüe los reconociera. Se quedaron un rato mirándolo, en silencio, esperando a que despertara. El tipo era delgado, flácido, con ojos de besugo y mentón huidizo, con manos finas de seminarista. La viva imagen de la grima. El tiempo pasaba. Un besito de amoniaco para despertar a la bella durmiente. Susto, de los buenos. Las preguntas de costumbre.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

Una pequeña introducción en la primera página del bloc.

Somos los que matamos hace tres años a los dos de Huelva, a los que cazaban chicas para ti. Ahora nos vas a contar todo lo que sabes.

—No sé de qué me habláis, os puedo dar mucho dinero.

La respuesta, demasiado rápida. La cara, demasiado sospechosa. Siguiente página del bloc.

Es difícil que salgas de aquí con vida. Todo depende de ti. ¿Cuánto dolor puedes soportar?

—No tenéis ni puta idea de dónde os estáis metiendo.

Esta segunda respuesta lo decía todo. Su tono arrogante. La media sonrisa. La mueca se empezó a torcer cada vez más hasta que tornó en espasmo. El tipo sudaba como un cerdo, pero allí no hacía tanto calor. Convulsiones. Pérdida de conocimiento. Sagu lo sacudió, sin éxito. Tumbó la silla para comenzar la reanimación, pero Tomás se metió en medio. Le estaba dando un infarto. Seguía convulsionando. Hasta que paró.

Sus ojos de besugo se quedaron inmóviles, comiéndose el techo. Su cuerpo dejó de reaccionar. Sagu apretó los puños conteniendo un grito. Tomás le indicó que se tranquilizase, comprobó el pulso de Yagüe y escribió en la libreta:

Calma, está muerto. Tenemos que pensar.

Sagu se quedó firme, como un soldado a la puerta de Buckingham Palace, mientras Tomás escaneaba la escena con su mirada. Estaban rodeados de botellas polvorientas. El sitio parecía demasiado angosto, como si le hubieran robado metros. Sobre la mesa, nada inusual de no ser porque había dos sacacorchos. Uno, con el corcho del Chianti. El otro era inusualmente largo y su empuñadura tenía el sello del ancla serrada. Tomás lo cogió y comenzó a escudriñar las estanterías a su alrededor.

Sagu abandonó su estado hierático para acercarse a Tomás y, quitándole la libreta y el rotulador, escribió mientras señalaba con su cabeza:

Cuando lo despertamos, se quedó mirando un segundo a ese botellero.

Tomás centró su búsqueda, palpando con cuidado los bordes de la estructura hasta que halló un pequeño agujero, como si le faltara un tornillo. Introdujo con cuidado el sacacorchos y lo giró

hasta el fondo. Una leve presión. Un sonido apagado. La estantería venció, convirtiéndose en una puerta. Pareció sonar de fondo la fanfarria de *Indiana Jones*.

Los dos se olvidaron del cadáver y entraron en la nueva estancia que acababan de descubrir. Era un búnker de vigilancia. Tenía una cómoda silla de piel y nueve monitores de circuito cerrado de televisión frente a ella, formando un cuadrado. Cada uno ofrecía una imagen diferente de cada rincón de la casa. Una consola controlaba las cámaras a las que podías acceder. Nada del otro mundo. Sobre la mesa, algunas cintas de vídeo con fechas escritas en su canto. Probaron una, metiéndola en el reproductor que había pegado a la consola. Los nueve monitores se encendieron. Habitaciones, salón, cocina, la ducha del cuarto del servicio. Al poco, entra la limpiadora desnuda y se pone a enjabonarse. Sagu explotó, olvidándose ya de lo de guardar silencio y escribir en la libreta.

—Es un mirón. Solo eso. Nos jugamos la libertad por un mirón —recitó entre dientes.

Tomás siguió mirando, ajeno a las quejas de Sagu. Las paredes estaban forradas de cintas de vídeo. Casi todas con fechas apuntadas, excepto algunas con dos números sin sentido. Algo no le cuadraba al matemático, que meneó la cabeza. Volvió a la bodega a revisar la mesa. Nada. Rebuscó en los bolsillos de Yagüe. Nada. En la entrada, antes de subir las escaleras, se detuvo ante un teléfono supletorio que había en la pared. A su lado, en una pequeña repisa, descansaba una agenda con las tapas forradas de piel. Demasiado bonita para estar en un sótano.

Se volvió con ella al búnker y escudriñó de nuevo las cintas. No tardó en encontrar el patrón. Primeras cifras, página. Segundas cifras, orden de los nombres. Fue a por uno en concreto: en el listín telefónico estaba Cristóbal Uría, el padre de Tomás. Coincidió con una cinta. La puso.

La escena también parecía tomada con una cámara oculta. Era un cuarto con las paredes de hormigón, con pinta de zulo. En él no había más muebles que una cama, sobre la que descansaba el cuerpo desnudo de una adolescente, con las manos y los pies atados a las esquinas. Parecía adormilada, drogada. Al poco entró un hombre en el plano, desnudo. Se le ve con claridad que su cara coincidía con el nombre de la lista. Lo que fue ocurriendo a continuación cumplía un manual de sadismo, perversión, violencia y todo lo más rastrero en lo que pueda caer un ser humano. Tomás aceleró la reproducción para llegar al final, que no era otro que una bolsa de plástico en la cabeza de la chica, atada con cinta a su cuello.

Tomás paró la cinta y la extrajo del reproductor. Después, se apartó para vomitar.

Es la primera vez en la vida que Sagu vio a su jefe y amigo derrumbarse. De rodillas, en el suelo de aquel cuartucho, era la viva imagen de la impotencia. Lo levantó como pudo y le dio un abrazo. Necesitaba que volviera rápido en sí. Allí no estaban seguros, por mucho silencio que guardaran sus receptores sincronizados con las frecuencias de la policía y la empresa de seguridad.

—Tomás, hay que hacer algo ya. No podemos seguir aquí.

—Perdón. Ya está. Ayúdame a coger todas las cintas que puedas. Las que no tienen fecha. Y la agenda. Nos lo llevamos.

Cargaron la mochila que traía Tomás y la maleta del ciclomotor de reparto de Sagu hasta los topes. Dejaron a Yagüe tirado en la bodega, en su perfecto escenario de muerte por causas

naturales. Y cerraron la habitación de los horrores para siempre, llevándose la llave con ellos. Porque no era un asunto para la policía ni mucho menos. Demasiado valioso para caer en malas manos. A la hora de marcharse, Sagu fue tajante en el modo de hacerlo.

—Los dos, juntos en el Vespino hasta llegar a la CR. Yo me largo con la mochila en la moto, tú sigues con la de repartidor hasta la furgoneta. La metes dentro y nos vemos en mi nave de Zeluán. Suerte.

Se reencontraron al rato en la guarida de Sagu, antaño un taller de metalistería. La vieja fragua dio buena cuenta de todo lo que habían usado para el asalto, incluida la ropa y las matrículas falsas. Solo conservaron las cintas de vídeo. Ambos estaban en *shock*, pero el matemático lo llevaba mucho peor. No paraba de hablar de planes, de identificar cuanto antes a todos, de cómo los iban a matar, de quiénes serían las chicas, si todas estarían muertas...

—Para de una vez, Colás —interrumpió Sagu.

—Nunca me llamas así. Sabes que no me gusta. ¿Por qué lo has hecho? —contestó Tomás como si hubiera recibido un bofetón.

—Porque necesito hablar con el que está al mando ahí arriba —le dijo a su amigo señalándole la cabeza.

—Entendido, dime.

—Tenemos que pasar la noche aquí. No conviene dejarnos ver por si necesitamos una coartada. Pero deja ya la tortura. Nada de lo que planeas se va a poder hacer porque tu cerebro está fuera de control. Es normal que quieras matarlos, incluido a tu padre.

—¡Ese tío no es mi padre! Mi padre está muerto. ¡Igual que debería estarlo yo! —gritó Tomás.

—Lo siento, es la costumbre —se disculpó Sagu.

Por fin, después de años de amistad, veía a Colás, a la persona sin filtros, a la verdadera consciencia bajo la construcción artificial que Tomás había creado. Se le encogió el estómago. Muchas veces había envidiado su situación: tener otra oportunidad, una bola extra, además siendo millonario. Ahora sentía angustia solo de pensarlo. Dejó que se desahogara hasta que la mente fría y analítica volvió a coger el volante.

—Perdóname por todo esto. Eres la última persona que se merece algo así. No haces más que cuidarme y yo solo te pongo en peligro. Haremos lo que tú digas.

—Tranquilo, haremos algo mucho mejor. Analizaremos todo el material. Sacaremos una lista con todos los culpables. Y luego hablaremos con Nila. Todo esto empezó por ella. Por desgracia, puede que sea la única superviviente. Que decida ella. Lo que no sé es cómo se tomará que uno de ellos sea... Ya sabes.

—¿Lo de Cristóbal? No pienso ocultarle nada. Ella se merece toda la verdad. Luego, que pase lo que tenga que pasar.

—Tienes razón. Ahora vamos a descansar.

El amanecer les pilló hablando, porque no fueron capaces de pegar ojo. De camino a casa, escucharon en uno de sus receptores cómo la empresa de seguridad daba una alerta porque Yagüe no introducía su código ante la petición de las ocho. Debía de ser un protocolo por si le

ocurría algo. Poco después, la policía avisaba a una ambulancia ante la aparición de un cadáver sin aparentes signos de violencia. También a una dotación de la Científica. Los días pasaron y nadie se enteró de la verdad. Ellos no podrían olvidarla jamás.

24

Poder

A Mónica no le gustaban las bodas y menos las multitudinarias. Los grandes banquetes le parecían la apoteosis del tedio. Por eso se sintió aliviada cuando su hijo le mostró la primera lista de invitados, que todavía adelgazó antes de convertirse en la definitiva. Pero el motivo de su alivio también lo era de su tristeza. Sabía, como madre, que su hijo no tenía la ilusión de un novio cualquiera, cuya única preocupación es que no llueva. Pues en la escueta lista no estaban sus amigos, los pocos que tenía, sino una serie de nombres de personas muy importantes que, lejos de celebrar el enlace, acudían a la cita para una reunión tan secreta como crucial.

De la mano de Pedro, su fiel guardián, Mónica descendió con cuidado las escaleras que llevaban a la Sala Augusta. Tomás la había bautizado así tras decorarla con motivos del que fue el primer emperador romano. Bajorrelieves aparte, era una cámara acorazada. En la antesala había un cuarto desde donde se controlaba todo lo relativo a la seguridad del espacio, pensado como un cuerpo independiente y aislado del resto del torreón en el que se hallaba. Antigua mazmorra, su construcción se había reforzado para hacerla inexpugnable. Una vez cerrada su única y pesada puerta, de allí no podía salir ni una mosca ni un secreto. Varios servicios de inteligencia habían auditado el lugar para tranquilidad de los asistentes, que no se iban a poner a charlar de sus cosas en el reservado de un restaurante como vulgares mafiosos. Ellos no eran vulgares.

Una vez dentro, Mónica le pidió a Pedro que la dejara un rato sola, sentada en el lugar que habría de ocupar horas más tarde. Quería familiarizarse con el entorno, sentir su energía. Ubicada en una mesa presidencial para cuatro, elevada sobre el resto de los asistentes, su butaca se daba el aire de un trono. La sobria iluminación, unida a la poca altura, lograba un ligero efecto de asfixia ideal para crear un ambiente que invitara a la prisa por salir de allí, a la brevedad en las intervenciones. De nuevo, Tomás volvía a sorprenderla con su capacidad para hacer bien las cosas.

No es fácil ser madre, pero menos de un muchacho como él. Se supone que tu hijo necesita que lo eduques, que se ha de meter en problemas, que ha de pedirte ayuda en multitud de ocasiones. Que ha de equivocarse mil veces antes de acertar. Pero Tomás no era así. Seguro que muchas mujeres la tomarían por loca si la oyeran quejarse de que el niño no se pelea, que estudia muy bien, que nunca dice palabrotas, que jamás se queja. Su amiga Cecilia sabía resumirlo en una frase: no deberías preocuparte por haber parido un genio. Pero Mónica no podía evitarlo. Por eso, cuando empezó a salir con Sagu y Salva, cuando el incidente de la noche tras el concierto, en cierto modo se sintió aliviada. E incluso en aquel instante, cuando al fin le tocaba ejercer su

autoridad materna, Tomás le allanó el camino con una propuesta que terminó por atajar el único problema que había tenido en su vida. Lejos de torcerse en la universidad, estrujó al máximo el tiempo para sacar el título en tres años y ponerse de inmediato a trabajar. Y no se conformó con un puesto a medida dentro del organigrama del grupo, sino que cogió el generoso fideicomiso de su abuelo y lo arriesgó en una empresa que había puesto el Nasdaq patas arriba. Todo era perfecto, ¿no?

En el transcurso de la sorprendente hazaña, Tomás y Salva se habían echado novia. Al parecer, el primer afortunado había sido su hijo. Pero a Mónica le gustaba más la suerte de Salva. Y no es que se muriera de ganas de ser consuegra de su ex, aunque menos gracia le hacía que Tomás estuviera enamorado de, hablemos claro, una de sus empleadas. Que sí, que la chica era un cielo, pelirroja, inteligente y muy trabajadora. Y también con un padre irlandés a la fuga, una madre con la que apenas trataba y la clásica falta de arraigo que forja un carácter duro e impredecible. Y eso a Mónica le parecía una variable fuera de su control. En cambio, Claire, aunque menos entrañable y con esa mirada fría que nunca dejaba vislumbrar lo que había detrás, era un valor más seguro, alguien menos dado a darte una sorpresa. En resumen, Tomás había cometido su segundo error, justo uno de esos donde la madre, de intervenir, nunca sale bien parada.

Así que el día que su hijo la citó, con voz muy seria, en su despacho de CLS, Mónica acudió con la esperanza de que al fin tuviera la oportunidad de ejercer como madre y darle consejos de cómo sobrellevar una ruptura sentimental. Por desgracia, ese no era el tema a tratar. Porque el tema a tratar no lo hubiera visto venir ni en cien millones de años.

—Buenos días, madre.

—Buenos días, cariño. ¿Qué es eso tan urgente que me querías contar?

—Más que contar, es algo que quiero enseñarte. No me andaré con rodeos. Es algo muy desagradable que nos afecta de lleno. Sobre la privacidad puedes estar tranquila. Este despacho está totalmente aislado del exterior. Hasta he desconectado los teléfonos y el ordenador —dijo Tomás mostrando los cables en su mano.

Sobre la mesa del despacho había un televisor de esos con vídeo incorporado que se presumía nuevo, pues su embalaje descansaba en el suelo a su lado. Tomás introdujo en él una cinta y lo orientó para que su madre pudiera ver bien la pantalla. Cogió el mando a distancia, volvió a sentarse en su sitio y le dio al *play*. Mónica visualizó el contenido de la cinta en silencio, inmóvil, sabiéndose observada por su hijo. Notaba cómo él se sorprendía por la frialdad con la que asistía al contenido de la cinta. Estaba claro que, ante la aparición de un león, no reacciona igual el turista novato que un guía de safaris con más de veinte años de experiencia. Tras el visionado, unos segundos de reflexión. Era importante escoger con cuidado la primera pregunta.

—¿De dónde ha salido esto? —arrancó Mónica.

—Me lo han enviado de forma anónima —respondió Tomás.

—¿Lo ha visto alguien más?

—No.

—¿Cuánto hace que lo tienes?

—Más de una semana.

—¿Han intentado extorsionarte?

—No. Nadie se ha puesto en contacto conmigo.

—Bueno, las caras de los dos se distinguen muy bien. Cristóbal y Aurelio.

—Sí, no hay duda.

—Como experto en informática, ¿crees que podría ser un montaje, una falsificación?

—No, madre. No existe tecnología capaz de hacer algo así.

—¿Y cómo te sientes, hijo?

—Avergonzado, asqueado, furioso...

—No es fácil, lo sé.

—No pareces muy sorprendida, madre.

—Todavía estoy procesando lo que he visto. He de serte sincera, aunque esto no sea un asunto que tratar contigo, pero tu padre y yo hace mucho que no somos una pareja de enamorados. Sospechaba que él y tu padrino, el fiscal, eran un par de cerdos, pero jamás creí que fueran a caer tan bajo. Siento haberte dado un padre así, Tomás.

—Tranquila, no me parezco en nada a él.

—Es cierto. Ahora me toca hacerte una pregunta. ¿Qué crees que debemos hacer?

—Te lo he enseñado a ti para que lo decidamos juntos. Me temo que no es un asunto para llevar a la policía, porque arruinaría nuestras vidas. Pero quiero que paguen por ello. Merecen el mismo trato que les dieron a las chicas.

—Disculpa un segundo, ¿podrías darme un vaso de agua?

—Por supuesto, madre. Perdón por no haberte ofrecido nada al llegar.

Tomás se levantó y se fue a por dos botellas a la nevera que tenía en el fondo del despacho. Mónica se sirvió el agua con calma y le dio un trago. Volvió a quedarse reflexionando unos instantes, observando a su hijo.

—Tomás, ¿te has preguntado quién será el que te lo ha enviado?

—Sí, pero no he sido capaz de imaginar quién...

—¿Y no es muy raro que no haya ninguna intención de extorsionarnos?

—Ya lo sé, quizás recibamos más noticias en...

—Déjalo, Tomás. Eres muy listo, pero no sabes mentir. Nadie te ha enviado esto. Nadie te envía algo de esta naturaleza sin ninguna intención asociada. Las cosas no funcionan así.

Mónica miró a su hijo a los ojos. Era la primera vez en su vida que lo veía vulnerable. Estaba acorralado. Podría llevarlo hasta el límite. Pero era su hijo. Mejor aflojar un poco el sedal.

—Entiendo que no me quieras decir más. Tus razones tendrás. Me gustaría pensar que no te has puesto en peligro.

—No estoy en peligro, madre, aunque sí un poco confuso. Me esperaba otro tipo de reacción por tu parte.

—¿Algo más visceral, quizás?

—Pues sí, teniendo en cuenta lo que acabas de ver.

—Ya lo sé, cariño. Pero no se llega a donde estoy siendo visceral e impulsiva, ¿no crees?

—Tienes razón.

—Estoy muy orgullosa de ti, Tomás. Llevas toda tu vida siendo un ejemplo de trabajo y sacrificio, casi de una forma preocupante. Podrías haberte acomodado, pero decidiste arriesgarlo todo y tu proyecto crece sin límites. Ahora bien, todavía no te has enfrentado a la competencia. De momento, eres el primer pez del acuario y no tienes rival. Pero no tardarán en aparecer las pirañas. ¿Te has preguntado alguna vez por qué nadie nos presiona? ¿Por qué todos nos respetan o nos temen? ¿Por qué no tenemos que andar suplicando financiación para nuestras empresas?

—Soy consciente de nuestra solvencia, sí, y supongo que será fruto de hacer bien las cosas.

—Claro que sí, pero hay algo más. El abuelo sabía muy bien cómo explicarlo.

Mónica empezó a contar cómo era su padre de presumido. A don José Antonio le gustaba vestir con elegancia y lucir siempre el mejor aspecto posible. Jamás nadie lo había visto sin afeitarse. Era un ritual que cumplía cada mañana con devoción. Cuando el pulso le empezó a fallar, no le quedó más remedio que buscar una solución. Podría haber traído diariamente al mejor barbero de la villa para que lo afeitara en su casa, pero prefirió pedirle a su guardaespaldas, Pedro, que aprendiera a usar la navaja para tal fin. Ante el asombro de Mónica por la decisión, su padre le habló de la palabra «poder». De su matiz, ya fuera usada como sustantivo o verbo. De que todo el mundo anhelaba tenerla en la primera forma, pero que él estaba más interesado en la acción. Poder hacer algo, saber que eres capaz de llevar a cabo lo que te propones. Así que ¿cómo iba a dejar que un triste barbero le pudiera cortar el cuello?

—Después de decirme esto, me habló de un secreto, de algo que tenía que compartir conmigo. Antes de continuar, debo hacerte una pregunta: ¿sabes lo que supone esa cinta, además de ser la prueba de dos delitos? —concluyó Mónica.

Tomás, que había escuchado con mucha atención las palabras de su madre, se relajó sobre su butaca y dijo:

—Esta cinta es una correa atada al cuello de dos perros.

—Yo no lo hubiera definido mejor. Y al de casa lo estrangularía yo misma. Pero el otro, el otro está a punto de entrar en la Fiscalía del Tribunal Supremo. ¿Te imaginas lo que sería tener las riendas del hombre que puede sentar a cualquier diputado en un banquillo?

—Nos permitiría poder presionar a cualquier político corrupto —contestó Tomás.

—Lo cual viene a ser a casi todos los políticos. Entonces, creo que es fácil ver la conveniencia de tratar a Aurelio como un perro de caza durante unos años. Y el día que deje de sernos útil dejaré que te deshagas de él como más te plazca.

—¿Y qué hacemos con Cristóbal? —añadió Tomás, dando por bueno el trato con el fiscal.

—Ese ya no me sirve para nada. Hoy mismo hablaré con él. Se quedará en la calle. Sin su trabajo, sin su prestigio, sin su estilo de vida. Se lo quitaré todo de un golpe y aceptará sin rechistar su destino —respondió Mónica, quitándose la alianza.

—¿Y ya está?

—Hay algo más. Debes darme esta cinta y las copias, si es que las hay. Debes prometerme que no actuarás por tu cuenta sin consultármelo antes y que jamás hablarás de esto con nadie. Dime, hijo, ¿puedo fiarme de ti?

—Sí, madre.

—Y ahora, dime, ¿debo preocuparme por cómo obtuviste la cinta?

—No, madre.

Mónica se levantó y le dio un abrazo a su hijo. Le miró a los ojos durante unos segundos, en busca de sus emociones. Por primera vez en su vida, vio rabia, pero también una complicidad que jamás había sentido. Parecía haber roto esa coraza lógica, aséptica, que lo llevaba envolviendo toda la vida. Entonces sintió el impulso de hacer algo sin reflexionar, sin calibrar las consecuencias. Y se dejó llevar. Lo haría sin sentarse, susurrándoselo al oído.

—Cariño, tengo que contarte algo. Hay un lugar secreto, bien escondido, donde voy a guardar esta cinta. Ese lugar lo creó tu abuelo y está lleno de cosas como esas: vídeos, fotos, documentos... Pruebas que comprometen a personas muy importantes. Allí se esconde nuestro poder, un poder que compartimos con la familia Baxter, pero que gestionamos nosotros. Mi padre tardó muchos años en mostrármelo, pero yo no quiero esperar tanto. Tú eres especial y creo que podrías ayudarme. Pero antes, tienes que demostrarme que sabes controlar tus emociones y dejar que te guíe, ¿estás preparado?

—Solo me quedas tú, madre. Haré todo lo que me pidas.

Mónica sintió el vacío bajo sus pies. Acababa de dar un paso que ya no admitía vuelta atrás. Pero frente a ella no vio a un chaval, sino a un hombre que la miraba con firmeza. Y eso le dio la calma para abandonar el despacho con paso firme, con la sensación de haber hecho lo correcto una vez más. Y con la cinta en la mano, que le entregó a Pedro mientras le decía:

—Nos vamos al despacho de la factoría de Avilés. Habrá que ir preparando a La Viuda.

—Sí, señora —contestó el gigante.

La última cerveza

Salva ya había perdido la cuenta de los repasos que le había dado a su lista. Era inútil seguir haciéndolo, como seguir leyendo los apuntes tres minutos antes de entrar al examen. La suerte estaba echada y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió tranquilo. Ahora le tocaba al destino tirar los dados. Sacó una cerveza de la pequeña nevera que tenía en el control de los servidores y subió las escaleras, rumbo al salón. Allí se encontró a sus padres, juntos en el sofá, mirando la tele. Sus cabezas se giraron al unísono cuando le oyeron entrar. Por sus caras, comprendió al momento que su padre aún no sabía nada de lo que iba a suceder en unas horas. Mejor así. Les hizo un gesto para que le dejaran sentarse entre ellos y posó la cerveza sobre la mesa que tenía frente a él.

—¿No crees que ya está bien de cerveza por hoy? —arrancó Amanda.

—Lo siento, mamá, te prometo que es la última.

—Y tanto que lo es —añadió Víctor cogiendo la botella para darle un buen trago.

—Bueno, vengo a deciros una cosa.

—Y nada bueno, por la cara que traes.

—Esta noche tenemos que irnos de aquí. Es mejor que no sepáis dónde.

Víctor se quitó las gafas con un ligero temblor en su mano para frotarse la cara resoplando.

—Tu madre y yo estábamos hablando antes de que llegaras. De lo mal que lo pasamos cuando lo del accidente, de lo difícil que fue sacar el taller adelante. Nadie nos ayudó. Hasta algunos miserables aprovecharon para no pagar lo que le debían a Salvador. Así que no voy a mirar atrás.

—Lo siento, papá, pero no hay otra salida. Te juro que quiero lo mejor para todos.

—Lo sé, hijo. Toda la vida sufriendo y tuviste que llegar tú a terminar de pagar las deudas. No está bien que un hijo tenga que hacer eso por su padre.

—No te equivoques, papá. Todo lo que conseguí fue gracias a vosotros. Vosotros me enseñasteis a valorar las cosas, a saber lo importante que es sacrificarse —respondió Salva emocionado.

—Gracias, hijo. Pero dime, ¿qué os pasó para acabar así?

—Vale, papá. Esto viene de la época de Huelva.

Salva siempre había sido un tío muy pegado a su tierra. Le encantaba Asturias y no se veía viviendo en ninguna otra parte del mundo. Menos en un sitio como el sur. Que sí, que muy bien para unas vacaciones, un mes secando los huesos y tal, pero no para quedarse allí. Por eso, la primera vez que Tomás le contó su plan de las Dos Torres, el reparto le pareció injusto. Claro que el dinero lo ponía él, que era imprescindible tener instalaciones en Huelva, que iba a alojarse

en un chalé de lujo... Pero era Huelva. Y estaba muy lejos de Avilés. Y no podría estar viajando cada poco para visitar a su familia. Ni a sus colegas. E iba a estar solo. O peor, con la pesada de la fiesta de la piscina dándole la murga. Y, mien tras tanto, Tommy en casa con Nila. Así cualquiera. Quieto, un momento. Aún había una salida: negarse. Tommy se llevaría una decepción, todo el mundo lo tomaría por loco.

Y en ese mar de dudas le tocaba ir a cenar a casa de los padres de Tomás, que tenían unos invitados muy especiales. Una divertidísima velada de fingir interés, de hablar y hablar sobre el gran proyecto que se estaba fraguando y, por qué no, de soltar la bomba de que lo dejaba.

De camino hacia Salinas en la Bestia, con Sagu haciéndole de chófer, Salva estaba decidido a mandarlo todo al garete. Torció la cara para mirar a su amigo y darle el anticipo de su decisión, cuando reparó en la sonrisa que lucía.

—¿A qué viene esa cara? —dijo Salvador.

—Me estoy riendo de ti —respondió Sagu sin un ápice de vergüenza.

—¿Y se puede saber a qué debo tal honor?

—A que me estoy imaginando la cara de bobo que se te va a quedar cuando veas a los invitados de la señora Pedregal.

—Puedes llamarla Mónica. Estamos solos. Nadie te va a reñir.

—Ya, ya. Di lo que quieras. Tengo la diversión asegurada.

—Si crees por un momento que por ver a alguien famoso me voy a quedar en *shock* es que no me conoces. Tengo cosas más importantes en la cabeza que portarme como un mitómano de catorce años.

—Qué perdido estás, pequeño Salva.

—Vete a la mierda, Sagu.

Ya se le habían quitado las ganas de hablar con su colega. Además, parecía que ahora era más amigo de Tomás, como si se conocieran desde niños. Ya estaban otra vez los estúpidos celos. Tenía que evitar esos pensamientos. Es normal, era su guardaespaldas, pasan el día juntos. Y desde lo de Huelva estaban muy unidos. Todavía le seguía intrigando cómo Tommy se había arreglado para ayudar al señor Peláez a encontrar la tumba del padre de Sagu. De hecho, todo aquello que le habían contado seguía resultando bastante raro.

Entre reproches y conversaciones consigo mismo, Salva se vio bajándose del coche en la finca de doña Mónica. Una de sus empleadas los acompañó hasta la puerta, donde se hallaba la matriarca de los Pedregal con una sonrisa de revista.

—Buenas noches, chicos. Gracias por la puntualidad como siempre, Sagu.

—No hay de qué, señora. Me quedo a la espera de lo que necesiten —dijo Sagu antes de irse con el servicio.

—Buenas noches, señora Mónica —añadió Salva.

—Dejemos los formalismos, Salva. Hoy estamos aquí para disfrutar de una cena entre amigos. Acompáñame para que te presentemos a nuestros invitados.

Nada más entrar en el salón, Tomás se lanzó sobre él para darle un enorme abrazo. Lo de anunciar su renuncia se ponía cada vez peor. Al fondo, Cristóbal, el padre de Tomás, saludaba

con su habitual desgana arrogante. Después, apretón de manos con desconocido número 1, el típico señor norteamericano con traje azul oscuro de manual. Dos besos a desconocida número 2, la esposa del anterior, con uno de esos peinados tan de presidenta de una asociación benéfica.

Un momento, algo en los ojos de aquella mujer le resultaba familiar. No solo los ojos, también la sonrisa, el gesto de la cara, era como si...

—Y, disculpa, esta es nuestra hija, Claire, que se había ausentado un momento para atender una llamada —dijo el señor Baxter en un español del sur de Texas.

Qué razón tenía el cabrón de Sagu. Menuda cara de bobo se le quedó. De pronto, sintió vértigo. Se puso tan nervioso que, en vez de darle dos besos, le extendió la mano como un vulgar vendedor de enciclopedias. Ella sonrió y esquivó con destreza el gesto para acercarse a su mejilla, donde le susurró con atropello:

—Me alegro mucho de volver a verte.

Tardó un buen rato y tres copas de champán en volver al planeta Tierra. Apenas era capaz de mantener una conversación coherente. Intentaba no mirarla, pero era imposible. Tras tantos años de soñar con volver a verla, de enamorarse cada vez más de un fantasma, de idealizarla hasta el absurdo..., por fin estaba allí. Y tenía que hacer como si la acabara de conocer. Después vino la cena y, tras ella, el paso de lo informal a lo importante.

—Y decidme, muchachos, ¿cuál es el plan tan ambicioso que tenéis entre manos? —preguntó el señor Baxter.

—De momento, estamos comenzando la construcción de dos instalaciones, aquí y en Huelva, donde montar nuestros equipos. Pero quiero que sea mi socio, Salva, quien les explique un poco más. Eso sí, sin destapar nuestras cartas, amigo —respondió Tomás, dándole la entrada.

—La idea es relativamente sencilla —comenzó Salva, que tenía la garganta tan seca que bien podría toser arena—. Recopilar una ingente cantidad de datos, coordinar a una plantilla de matemáticos, químicos, informáticos e ingenieros y, con la ayuda de una infraestructura digital que está por desarrollar, cambiar los reactivos y las probetas por ceros y unos. Con ello ganaremos tanto en velocidad y eficiencia que cambiaremos las reglas del juego de la industria química y farmacéutica.

—Parece tan ambicioso como aburrido —interrumpió Claire.

—Pues me he esforzado en dar la versión más amable —dijo Salva con gesto derrotado, arrancando las carcajadas de todos los presentes.

A partir de ahí saltó en pedazos la idea de abandonar el proyecto. Quería jugar en esa liga. Quería triunfar a lo grande. Quería estar a la altura de lo que se esperaba de él. Y, seamos sinceros, quería demostrarle a Claire que no era un simple ligue de verano. Que estaba ante un tío importante, capaz de gestionar una inversión millonaria de alto riesgo, blablablá. Claire iba a quedarse en Sevilla a estudiar un máster en «Tutela del patrimonio histórico-artístico andalusí». Y Huelva estaba mucho más cerca de Sevilla que Avilés. Dejémonos de cuentos.

Entonces la vida de Salva se convirtió en una locura. Comprendió que descansar los fines de semana no era vital. Que los horarios de trabajo eran cosa de funcionarios. Que mandar es mucho

más difícil que obedecer, pero también muy adictivo. Que cuando tienes poco tiempo libre y muchos recursos, tus momentos de ocio son breves pero exquisitos, lo que te hace paladearlos como la última cena de un reo de muerte. Que se puede tener una contractura en el cuello de tanto hablar por teléfono. Que ser el amo es tan goloso como esclavo. Que aquello era muy duro, pero que estaba muy contento.

Por eso cuando todo echó a rodar y explotó de éxito, cuando su buena salud completaba el ansiado trío con el dinero y el amor, la llamada de Nila le pareció lo más inoportuno del mundo.

—Pero, a ver que yo me entere, ¿quieres que nos reunamos en secreto?

—Sí, Salva. Si no, ¿por qué crees que te estoy llamando al teléfono del restaurante donde sueles cenar en vez de a tu móvil?

—Ya, Nila, pero es que todo esto me suena fatal, lo siento.

—Salva, te lo suplico —remató Nila con tono de verdadera preocupación.

—Bueno, vale. ¿Y cómo vamos a...?

—Próximo jueves, en Madrid. Las mentiras tienen que llevar algo de verdad para entrar mejor. Vamos a quedar para comer. Yo tengo reunión con unos proveedores y bajo con escolta. Menos mal que no es Sagu. Mientras esté contigo, el chófer se queda en el coche. Salimos por la trasera del restaurante, la dueña es colega mía. Detrás hay un hotel. Allí podremos tratar el tema.

—Suena fatal, Nila.

—Por favor, no me falles.

Era un plan horrible. Estaba poniendo en juego todo lo que tenía: Claire, su trabajo, esta nueva vida que se había ganado con tanto sufrimiento... Todo por una llamada. Pero nunca había escuchado a Nila tan nerviosa. Ella era una tía dura y debía de tener un problema muy gordo. Pero ¿por qué no se lo decía a Tommy o a Sagu? ¿El problema eran ellos? Qué mala pinta tenía todo. Y luego estaba lo de Claire, que no era una chica cualquiera. Que había noqueado a dos tíos en un bar. Que su padre era el mayor contratista militar de Estados Unidos. Era un plan horrible.

Tarde para arrepentirse. Sentado en la cama de un hotel, al lado de un puñado de cintas, contemplaba estupefacto cómo una tormenta pelirroja se afanaba en conectar una videocámara a la tele de la habitación.

—Esto es una locura, Nila.

—Sí, ya lo has dicho unas veinte veces.

—Es que todavía no me has contado de qué va todo esto.

—Primero mirar, luego escuchar —sentenció ella.

Por fin. Pantalla azul. AV rotulado en la esquina. *Play*. Blanco y negro. Típica imagen de una cámara de vigilancia. Una chica desnuda atada en una cama. No pinta bien. Aparece un hombre desnudo en la escena. No. No. No puede ser. El padre de Tomás. No, ¿qué hace? Pero ¡qué! Menos mal que no habían comido nada en el restaurante. Bueno, todavía quedaba algo del desayuno del AVE. El baño estaba cerca, por suerte. Agua fría en la cara y en la nuca. Tocaba escuchar.

—Sé que cuesta digerir algo así —comenzó Nila.

—Ya viste dónde fue mi última digestión.

—Me imagino tus preguntas, así que te voy a dar todas las respuestas.

Y Nila se arrancó a escupir datos como si le pagaran por palabra. Todas las cintas estaban llenas de cosas parecidas o peores. Todas las víctimas terminaban siendo asesinadas. Todos los verdugos eran hombres importantes, incluido Aurelio, el amigo de Cristóbal. Y todos tenían un amigo en común: Yagüe, el dueño de Tapisserie. Él había proporcionado el lugar, seguramente un refugio de caza cerca de Doñana, y había grabado los vídeos sin el conocimiento de los implicados.

Hasta esa parte del relato, Salva aguantó bien el paso. Pero Nila, hecha ya un manojo de nervios, aceleró un poco más y la narración se volvió densa y caótica. Sagu y Tomás, ¿visitan o asaltan el chalé de Yagüe? ¿De dónde vienen las sospechas? ¿Lo encuentran muerto o se muere sin que hagan nada por evitarlo? Y entonces, para rematar, mete a Mónica en la ecuación.

—Un momento, perdona. ¿Esto lo sabe Mónica? —interrumpe Salva.

—Sí, pero solo lo de Cristóbal y Aurelio. Le dije a Tomás que se lo enseñara para tantearla y...

—Entonces, por eso se acaban de divorciar los dos. Y Cecilia, la de Aurelio, ¿también lo sabe?

—No, ¿qué dices? No me lées, hombre.

—Perdona, continúa —aceptó Salva.

Y Nila cogió de nuevo carrera para terminar de contar que Tomás, si bien había aceptado el plan de su madre de guardar las pruebas para extorsionar a Aurelio, en realidad miraba aún más allá. Se estaba volviendo paranoico; hablaba de un plan mucho mayor, de muchas más cosas horribles, de gente aún más importante. Hablaba de paciencia, de guardarlo todo hasta llegar al fondo de la trama. Se dibujaba en sus palabras una conspiración delirante. Salva no podía más.

—¿Y qué pintas tú en todo esto, Nila? —preguntó Salva con miedo.

—Lo mío no te lo puedo contar. Pero necesito a alguien neutral, alguien de confianza. Necesito que digitalices todo esto y que lo tengas disponible como seguro de vida. Prepara un protocolo para inundar la red si nos pasa algo.

—Pero, Nila, ¿por qué no se lo has pedido a Tomás? —dijo Salva en un último intento de escapar de aquella locura.

—Porque ya no puedo hablar de esto con él sin que se vuelva loco. Esto, lo de sacar CLS a bolsa... No quiero apretarlo más. Y recuerda, Salva, tú y yo somos diferentes. No somos como Tomás y Claire. Y siempre seremos los de fuera.

Salva volvió al presente, dándole un último trago a la cerveza y mirando las caras de espanto de sus padres.

—Y por eso vengo de la sala de servidores. Ya no hay vuelta atrás —sentenció Salva.

—Esto nos queda grande a tu madre y a mí, hijo. Solo espero que sepáis lo que hacéis, porque nosotros no podemos ayudarte. Y mejor no nos cuentes más, ¿vale? —zanjó Víctor.

—Yo sí quiero saber algo más, ¿qué pasa con Gerardo? —preguntó Amanda.

Una buena canción, nada más

El olor a herrumbre, salitre y fuel, tan característicos de un mercante, le hacían sentir a Gerardo como en casa. Tras toda una vida soldando en un astillero, jamás se había pasado tanto tiempo en un buque a flote. Apoyado en una barandilla de la cubierta, se quedó embobado mirando las tenues luces de Salema. Llevaba meses soñando con ellas, con terminar aquella odisea en la que se había embarcado, por una buena causa, pero que ya lo tenía destrozado. Poco amigo de surcar los mares, cruzarlos en busca de una isla remota del Pacífico donde hallar un nuevo hogar para su familia había sido una tarea titánica. Regresaba cansado, nervioso, pero con la tranquilidad de haber hecho bien su trabajo. Quedaban unos minutos para subirse en el bote que lo llevaría por fin a tierra. Lo justo para reflexionar fumándose un cigarrillo. Solo de pensar que dentro de dos días volvería a embarcar se le encogía el estómago.

Fue la casualidad, o quizás no tanto, quien lo llevó por primera vez a Salema, el pueblo de los gatos. Ya le costaba mucho trabajo creer en las casualidades. En aquella época, su sobrino estaba viviendo en Huelva, dirigiendo el proyecto que llevaba a medias con Tomás. En una de sus visitas a Avilés, él y Sagu se habían pasado a verle a su piso, recién bajados del coche tras el viaje. Mientras Salva subía a saludar a sus padres, su colega se quedó husmeando en la colección de vinilos de Gerardo, cosa que dejaba hacer a contadas personas.

Muchos de los discos allí guardados tenían un gran valor sentimental, sobre todo dos de los que había heredado de su viejo amigo Colás. Uno era la banda sonora de *Espartaco*, que el malogrado matemático había regalado en su día a su madre, Violeta, por ser su película favorita. En su última etapa, cuando volvía de poner la quimio, ella solía escuchar el tema romántico de la escena en la que metían a las doncellas en las celdas de los gladiadores.

Gerardo recordaba a Violeta con gran cariño. Era una mujer muy especial, amable y cariñosa como ninguna, con una sabiduría en los ojos, una mirada penetrante e hipnótica que no parecía de este mundo. Le encantaba leer, sobre todo libros de historia, y podía hablarte del Egipto de los faraones, de la antigua Roma o de la Revolución francesa con tal pasión que parecía que hubiera estado allí. Hasta en sus peores momentos pudo regalar una sonrisa a todos los que iban a visitarla y supo irse dejando una lección de serenidad y esperanza.

El otro disco, que apenas se atrevía a poner, era el primero de Crosby, Stills and Nash. Por eso, cuando escuchó las primeras notas del arpegio de guitarra que abría *Helplessly hoping*, un frío le recorrió la espalda y le empujó a entrar en la salita a buscar explicaciones. Por qué esa canción, de ese disco, entre los cientos que allí tenía.

—¿A qué viene esto?

—¿El qué?, ¿qué pasa? —contestó Sagu, sorprendido.

—De todos los discos que hay en el armario, tienes que coger ese y justo poner esa canción. ¿A qué viene eso? —repitió Gerardo acercándose hasta pegarse a su cara.

—Porque es una buena canción, nada más.

—¿Y de qué la conoces, si puede saberse? No es de lo que vosotros escucháis.

—Tienes razón, alguien me la puso hace un tiempo. Alguien a quien le gusta mucho. Y me sorprendí al ver el mismo disco aquí. Por eso la he puesto, nada más.

—Llevo con la mosca detrás de la oreja un tiempo, ¿sabes? Sobre todo, desde que Salva me contó lo de Portugal —continuó Gerardo, que seguía a un palmo escaso de Sagu.

—Pues quizá Salva no debería haberte contado nada.

—Pues quizá tú y tu jefe no deberíais andar metiendo a Salva en vuestros líos.

La conversación se tensaba por momentos. Gerardo era consciente de que Sagu podría tumbarlo de un solo golpe, pero también de que le tenía un respeto atávico y que se lo pensaría mucho antes de cruzar esa línea.

—Creo que sería mejor seguir hablando sentados —recomendó Sagu.

—Buena idea. ¿Quién dices que tiene un disco como el mío? —inquirió Gerardo.

—Me voy a arrepentir de esto, seguro, pero, por favor, no se lo digas a nadie.

—Trato hecho —prometió Gerardo con un apretón de manos.

—En Portugal no está la tumba de mi padre, como cree Salva. Más que nada, porque mi padre sigue vivo. Fue con él con quien escuché este disco. Y esta canción siempre le emociona, aunque nunca me dice por qué.

Gerardo se quedó helado durante unos segundos. Luego sorprendió a Sagu con un abrazo que acabó cortando para dar un manotazo en la mesa.

—¿Por qué andáis removiendo? ¿No veis que hay cosas con las que no se puede jugar?

—Lo siento, Gerardo. No queremos perjudicar a nadie. Salva no sabe nada, ni se ha acercado a mi padre ni jamás lo va a hacer, te lo juro. Solo yo trato con él.

—Son cosas muy graves, Sagu. Si lo pillan, se puede montar muy gorda. Todavía hay gente que lo sigue buscando y nos podéis arruinar la vida a los demás.

—Te prometo que eso no va a ocurrir. Él vive como un ermitaño, en un pueblo tranquilo, sin relacionarse con nadie. No le pide más a la vida. Tiene un hombre de confianza que lo cuida.

—¿Y de qué vive?

—De eso se encarga Tomás.

—¿Y qué saca Tomás de todo esto?

—Lo hace por mí. Es un buen tío.

—Esto pierde por todos lados, no sé yo —protestó el tío de Salva.

—Déjalo así, por favor. Y ahora cuéntame por qué metí la pata con esta canción.

Gerardo se quedó un rato en silencio, dejando que los demonios se le fueran del cuerpo, respirando cada vez más despacio. Sabía que Sagu era un chaval noble y no era justo seguir atacándole.

—Estábamos escuchando este disco en casa de tus padres. Acababa de llegarle a Colás, de

importación. De aquella no era como ahora, la música extranjera era difícil de conseguir. También estaba María, la hermana de Colás. Yo estaba enamorado de ella, pero nunca me atrevía a decirle nada. Y mientras sonaba esa canción, sin previo aviso, me cogió de la mano y me dio un beso. Todos se quedaron de piedra, yo el primero. Y no puedo —terminó Gerardo, llevándose la mano a la cara.

—Deberías ir a verlo —dijo Sagu.

—¿A quién?, ¿a tu padre?

—Sí, os vendría bien a los dos.

—Ni hablar, eso no es buena idea.

Aquella conversación se vio interrumpida por la vuelta de Salva, que se llevó a Sagu con él sin percatarse de lo que allí había ocurrido. Y la idea de visitar a Tony, que empezó como una locura, se quedó rebotando por la cabeza de Gerardo durante unas semanas hasta que no pudo hacer otra cosa que darse las vacaciones que llevaba años sin disfrutar. Mochila pequeña, viaje largo. Tocaba bajar al Algarve.

Tras varios autobuses, estaciones y andenes, donde mirar una y mil veces por encima de su hombro, y dos horas de larga espera en una capilla en medio de la nada, un tipo se le acercó por detrás y le soltó un escueto:

—Vámonos, Gerardo.

El reencuentro fue como ver a un fantasma. Los dos estaban mucho más viejos, mucho más cansados, atropellados por una vida que les había quitado todo. Se tiraron un rato riendo y llorando a partes iguales, brindando sin poder casi articular palabra, con miedo a decir algo que los despertara del sueño. Luego, ayudados por el vino, pudieron ponerse al día con sus relatos, más por parte de Tony que de Gerardo. Se quedaron hablando en el sofá hasta que el cansancio les cerró los ojos. Al día siguiente, superada la emoción, tocaba despedirse con la promesa de repetir el encuentro. Y vaya si lo repitieron.

A Gerardo le gustaba aquel pueblo tan tranquilo. El clima le venía muy bien para la espalda y cada vez llevaba peor lo de agacharse a soldar en las bodegas de un barco. Tanto que empezó a plantearse con seriedad lo de quedarse a vivir allí. Por fin, tras tantos años de dolor, de llorar en silencio la pérdida de María, sentía que encajaba. Ahora que a su sobrino le iba de maravilla y que en casa ya no había problemas de dinero, era el momento. Cuando al fin se lo iba a contar a Tony, este apareció con otras noticias aún más impactantes que su decisión de mudarse a Salema.

—Gerardo, tenemos que hablar.

—¿Qué pasa? —respondió Gerardo, temiendo que los miedos de que descubrieran a su amigo se hubieran vuelto realidad.

—Necesito que confíes en mí. Es por el bien de tu familia.

—¿Mi familia?

—Sí, tío, nosotros. Tenemos un problema muy gordo y nos tienes que ayudar —dijo Salva entrando como un vendaval por la puerta de la pequeña casa donde vivía Tony.

Fa sostenido

Nila empezó a notar frío. Ya llevaba un tiempo dando la cháchara con Sagu, allí pegados al coche como si estuvieran en el aparcamiento de una discoteca. Ambos se giraron al oír un silbido que provenía de la casa. Era Salva, reclamándolos desde la ventana de la leonera de la música, como la llamaba su madre. Al entrar, lo vieron ensimismado de nuevo mirando las guitarras que colgaban de la pared.

—¿Qué te llevarías a una isla desierta? —dijo Salva.

—Yo, una lancha para escapar —contestó Sagu.

—¿Y de esta pared?

—Si fuera tú, la Strato del 62 se va conmigo hasta el fin del mundo.

—Eso mismo pensaba yo, amigo mío. Hay sitio también para un bajo, una acústica y un amplificador —sentenció Salva.

—Por mí no te preocupes. Allá donde vaya, me haré con uno. Mete la Taylor y el Princeton y no cargues con más. Y, si insistes, hazle hueco al Precision.

Los chicos se quedaron alojando el equipo en un cofre negro con ruedas y el interior acolchado en color burdeos mientras Nila se daba una vuelta por la habitación. En una esquina había una batería montada. Estaba impecable, con los herrajes cromados y brillantes, esperando a que alguien la aporreará con energía. No era como la de Tomás, claro está. La suya era una pieza única, de coleccionista, que había girado por el mundo llenando estadios con uno de los grupos más influyentes de la historia. Se sentó en la banqueta y posó sus manos sobre el parche de la caja. En él podía sentir todas las vibraciones de los ruidos que había a su alrededor. Concentrada, recordó la noche en que vio por última vez el famoso *Blue Kit* de Stewart Copeland.

CLS, el proyecto donde Tommy había enterrado su herencia, pasó de ser un pozo de devorar fondos a un poderoso manantial de dividendos en los primeros meses de vida. La capacidad de las Dos Torres de procesar datos superaba las expectativas más optimistas y ayudaron al Grupo Alkaloan a reforzar aún más su posición internacional. Tal hazaña no tardó en despertar el interés de numerosos inversores, que veían a esta empresa como un nuevo rey Midas del mundo digital. Aun así, Mónica se mostraba muy recelosa con la idea de sacar una parte de su imperio al mercado financiero. Siempre presumía de que todo lo que tenía era suyo, de que no crecía más porque no le hacía falta y de que no debía rendir cuentas a ninguna junta de accionistas. Aunque el mensaje no calaba en la mente de Tomás, a quien su nuevo parque de atracciones ya parecía quedarle pequeño. A Nila le constaba que se habían mantenido duras reuniones en el más alto nivel, con multitud de asesores que pretendían disuadirle de sus ideas de expansión. Pero no

resultó buena idea enfrentarse con números y estadísticas a uno de los mejores matemáticos del mundo. Ya que, a fin de cuentas, todo era producto de su herencia. Una frase final liquidó cualquier posibilidad de seguir peleando contra él: «Mi abuelo me dio todo esto para que hiciera algo grande. No pienso conformarme con menos».

Un viernes, temprano por la mañana, Tomás tocaba la campana en el Palacio de la Bolsa de Madrid, anunciando la salida de CLS al parque. Su madre posaba a su lado, reticente pero orgullosa. Nila y Salva detrás, rodeados de señores trajeados, aplaudían rabiosos como si hubieran ganado una medalla olímpica. Tocaba volver a Asturias volando. Aquello merecía una fiesta de las buenas.

El lugar elegido para la celebración no podía ser más alucinante. Los ricos se conocen entre ellos y la matriarca había conseguido que le dejaran organizar el evento en la Quinta de los Selgas, un increíble palacio rodeado de inmensos jardines arrancados de la mente de Walt Disney. Entrar allí, apretando fuerte la mano de Tomás mientras todo el mundo les aplaudía, hizo que los años de esfuerzo, el miedo y los fantasmas del pasado se disolvieran como un terrón de azúcar en el mar. Tocaba disfrutar del triunfo. Tocaba ser muy felices.

Imposible contar la cantidad de personas que se acercaron a interesarse por sus opiniones, a querer saber más sobre los detalles del proyecto, a regalar halagos de esos que esperan recompensa. Qué fácil era librarse de todos con una simple sonrisa. Poco a poco se fue calmando la jauría y pudieron hablar con la verdadera gente importante. Los padres de Salva estaban muy emocionados, aunque en el transcurso de la noche Amanda se mostrara contrariada por la ausencia de su hermano, Gerardo.

—Bueno, habrá que dejarlo. Últimamente, está muy enamorado del sur, no sé qué tendrá allí —llegó a decirle al oído a Nila antes de los postres.

Tras el banquete, Tomás tuvo que atender una serie de corrillos con olor a dinero fresco mientras los otros cuatro de la pandilla se relajaban escuchando al grupo que habían contratado para amenizar la velada. Empezaron a llegar los jóvenes, la plantilla de CLS, que si bien no pudieron compartir la cena por motivos de espacio sí fueron invitados a disfrutar de unas copas con buena música en la entrada del jardín inglés, el más grande de los tres con los que contaba la finca. Era el momento de la verdadera diversión.

—¡Madre mía, Sagu! Esto le pega mil vueltas a lo del náutico, ¿eh? —gritaba Salva.

—Esto es otra liga y, si me apuras, hasta otro deporte —apostilló Sagu hinchando el pecho.

—No sé cómo podemos soportar a estos —añadió Claire, muerta de risa, al oído de Nila.

—Se les acaba cogiendo cariño —respondió la pelirroja con sorna.

La banda detuvo su recital de pop amable de las últimas tres décadas para darle la palabra a Tommy, que se subió al escenario a dar un breve discurso de agradecimiento. Nadie se quedó sin su guiño de complicidad, sin su palabra de aliento. Hizo sentir a todos importantes, como un buen líder sabe hacer. Luego invitó a su guardia pretoriana a subir a la tarima.

—Y estas, damas y caballeros, son las tres personas que han remado conmigo en la dura travesía. Por mucho que mientan, sé que no ha sido fácil soportarme dando gritos como un loco,

desde la proa del bote. Salva, Sagu, Nila, solo os diré una cosa: imposible sin vosotros —sentenció Tomás entre una tormenta de aplausos.

—Y ahora, dado que la banda se merece un respiro y que los instrumentos son nuestros, os vamos a demostrar que todavía sabemos meter algo de ruido —añadió Salva mirando a sus colegas.

Cada uno se puso en su puesto, como ya habían hecho tantas veces. Los años habían pasado, pero la energía era la misma que en aquel fin de curso del 96 que tan a menudo recordaban en sus batallitas. Tensión, carraspeos, silbidos desde el público. Sagu se acercó al micrófono.

—Se acabó el pasteleo.

El tipo duro se arremangó los puños de la camisa y comenzó a golpear rítmicamente un fa sostenido en su Fender Precision. Tomás aguardó cuatro compases para arrancarse con la batería. *She*, de Green Day, no cabía duda. Nila estaba tan hipnotizada viendo a su novio tocar la batería que apenas notó cómo una sombra le rozaba al pasar. Era Claire, caminando firme hacia el frente mientras se soltaba el pelo y se bajaba de sus tacones para darle un toque en la espalda a Sagu. Susurro al oído, beso en la mejilla y dame ese micro. La gringa tomó el control de la situación.

—Sé que esto es de California y yo soy de la costa este, pero sigo estando más cerca que vosotros, ¿no? —dijo girándose hacia los chicos.

Esperó con calma otros cuatro compases y se arrancó. No solo era guapísima y pegaba como una bestia, sino que, además, sabía cantar. Los gritos, en su mayoría masculinos, no tardaron en celebrar el cambio de vocalista. Y la verdad que parecía que lo hubieran ensayado un año. En apenas dos minutos de canción, consiguieron dejar a todo el mundo sudando de tanto saltar y dar palmas. Cada golpe, cada acorde, cada nota, todo en su lugar.

Al terminar, ni el más estirado de los inversores presentes llevaba la corbata apretada. Sagu cogió de nuevo el micro para despedirse.

—Y esta, señoras y señores, es Claire Baxter. Mucho cuidado con ella. Los demás, pues ya sabéis, los tres tíos de siempre. En su día casi llegamos a formar una banda. Creo recordar que queríamos llamarnos Los Gatos. Yo era el gato montés; el de la guitarra, el gato callejero; y a la batería, el gato que todo lo sabe. Jamás nos explicó a qué venía ese nombre. Será por lo de empollón —concluyó Sagu antes de que los cuatro se abrazaran y despidieran juntos a la audiencia.

Después, un poco más de fiesta, pero no demasiada, que el día había sido muy largo. Los invitados se fueron, las pulsaciones bajaron y el silencio volvió a apoderarse de aquel decorado de cuento de hadas. Solo una suave música ambiental vestía la noche, cuando Nila se sorprendió al ver que Mónica la cogía por el brazo con suavidad.

—¿Qué tal la noche, querida?

—Muy bien, gracias —contestó Nila, evitando usar ningún tratamiento hacia ella.

Desde que conoció a Tomás, pocas palabras había cruzado con su madre. Ninguna de las dos había propiciado el momento y parecían sentirse más cómodas así, en la distancia. Pero, bueno, tarde o temprano tocaba hablar.

—¿Has estado en la terraza de la primera planta? Tiene unas vistas preciosas del jardín italiano.

Acompáñame —invitó la señora Pedregal.

Nila aceptó sin ganas y porque no tenía adónde agarrarse para escapar. Todo el mundo se había ido y los padres de Salva se alejaban con su hijo y con Sagu al coche que los llevaría de vuelta a casa. Los cinco amigos tenían una residencia habilitada frente a la sala de los tapices para poder pasar allí la noche. ¿Por qué no se iba también la Pedregal? ¿Y dónde estaban Claire y Tomás? Las respuestas no tardarían en llegar.

—Lo que te dije, unas vistas espectaculares, ¿verdad?

—Sí que lo son —contestó Nila, evitando de nuevo llamarla señora o algo parecido.

—Y qué me dices de la pieza que suena de fondo. Es de Alex North, ya sabes, ¿no?

—Pues no sé, la verdad. No lo conozco.

—Claro que no, cariño, eres muy joven para saberlo. Y, como tantas otras cosas, está fuera de tu alcance.

La conversación se torcía con premura. La mujer no perdía el tiempo con diplomacias. Muy bien. Adiós, querida prudencia.

—Como su hijo, quiere decir —le espetó Nila en seco.

—No te lo tomes a mal, sabes tan bien como yo que las cosas así solo pasan en las películas. Y es mejor que sea pronto, antes de que Tomás se canse de ti.

—Tomás parece bastante maduro para tomar esa decisión por sí mismo. Como lo de sacar la empresa a bolsa sin hacer caso a su madre.

—Vaya con la gata, cómo saca las uñas. Es cierto eso de que las pelirrojas sois de armas tomar.

—Tonterías, las pelirrojas somos de quemarnos con el sol y poco más —respondió Nila amagando la huida.

—No, por favor, quédate, que ahora viene lo mejor —le dijo Mónica sujetándola con fuerza.

—Ya está bien, ¿qué quieres?

—Solo unos minutos de tu precioso tiempo y que enfoques esos ojos azules allí abajo. Mira a Tomás, sentado solo y pensativo en ese banco. Lo quiero más que a nada en este mundo, ¿y tú?

—No voy a hablar de mis sentimientos contigo.

—Ni falta que hace. Sé lo que escondes. Lo lleva Claire en la mano, dentro de un sobre, mientras camina hacia Tomás.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Nila con un hilo de voz.

—De lo de Salva y tú, entrando a hurtadillas en un hotel de Madrid.

El mundo se le vino abajo a Nila. Sintió un intenso sabor amargo en la boca, que apenas pudo pasar por la garganta. Se quedó congelada viendo la escena, como un conejo ante los faros de un camión a punto de aplastarlo. Claire se sentó al lado de Tomás. Le hablaba mientras le iba mostrando lo que parecían ser unas fotos. No oían lo que decían ni veía bien sus rostros, pero el gesto de su novio, derrumbándose en los brazos de otra, lo sintió como un puñetazo en el estómago.

—Ahora ya puedes correr a arreglarlo, querida. Y busca a Salva para que se una a la fiesta —dijo Mónica soltando a su presa.

Nila bajó las escaleras desafiando sus tobillos. Cuando salió por la puerta, Claire ya se alejaba

saludando con cinismo. La cara de Tomás era muy diferente. Nunca lo había visto así, arrasado por las lágrimas. Ambos se detuvieron a un palmo de distancia.

—Por favor, te juro que... —intentó comenzar Nila.

—No digas nada. Entra ahí y espera a que vuelva con los otros —atajó Tomás, señalando al edificio donde iban a pasar la noche.

—Pero, por favor, déjame que... —trató de seguir Nila.

—Por una vez en la vida, haz lo que te digo sin rechistar. Solo te pido eso. Y tranquila, que vamos a hablar —concluyó Tomás.

Al poco, regresó con Sagu y con Salva, que traían cara de no entender nada, aunque el segundo, más bien, la fingía. Claire cerraba la comitiva con la sonrisa de la que ha visto todas las cartas que quedan sobre la mesa. Ya nada volvería a ser como antes. Fue la noche que lo cambió todo.

Su melena solo brilla en la noche

Nada. Ni una foto decente. Claudia llevaba más de una hora revisando el contenido de la tarjeta de su cámara en el portátil y solo veía reflejos en cristales tintados y rostros de chóferes con gafas de sol. Un coche tras otro, decenas de oportunidades y ni un premio. Ni siquiera la pedrea. Los rumores seguían flotando en el ambiente. Nombres de jefes de Estado, emperadores financieros, magnates de la comunicación y hasta algún que otro productor de Hollywood llegaban a sus oídos mezclados entre el ruido de los vasos que el dueño del bar metía y sacaba del lavavajillas. Pero todo eran faroles. Sabía de sobra que nadie tenía nada. Mal de muchos...

No todo eran malas noticias. Puede que hubiera tirado un par de días de trabajo, pero, al menos, tenía una cama donde dormir, justo en el piso de arriba. El resto de sus compañeros se comerían el atasco de sus vidas para salir de allí o harían noche en una tienda de campaña. Desde que se anunció la boda del año, las plazas hoteleras volaron en un día. Muchos vecinos del lugar hicieron su agosto en octubre alquilando una habitación a precios de Mónaco en el fin de semana del Gran Premio de Fórmula Uno. Ella, gracias a un amigo del barrio, se había podido instalar en la casa de los dueños de un bar de Muros del Nalón, que la acogieron como una hija.

Su contacto era, a su vez, colega de Sagu, el guardaespaldas de Tomás Pedregal, pero eso no le otorgaba ninguna ventaja adicional ni mucho menos acceso a algo parecido a una lista de invitados. Solo se podía sospechar, por el despliegue de seguridad digno de una cumbre de la OTAN, que allí estaban de fiesta algunas de las personas más importantes del mundo. Blindado por tierra, río y aire, el castillo de Soto parecía la Casa Blanca. Por eso tuvo que conformarse con un trozo de arcén, al lado de una fila de policías, para apostar su teleobjetivo y disparar sobre el convoy de berlinas negras que llegaba desde el aeropuerto de Ranón. Ahora tocaba tratar de colar algo medio decente en algún periódico local a través del acceso a internet que le habían facilitado aquel matrimonio tan amable.

Obcecada en la pantalla y en sus esperanzas de pescar un rostro al día siguiente, no fue consciente de cómo se iba quedando sola en el bar. Una taza de cacao con galletas, servida con una sonrisa, la trajo de vuelta a la realidad.

—Toma, *neña*, que vas a quedar ciega de tanto ordenador —le dijo el dueño del local.

—Ya, voy a tener que dejarlo por hoy.

—Antes de que te vayas, quizás te interese hablar con un viejo amigo nuestro. Podría contarte alguna historia interesante sobre el novio.

—Gracias, pero yo solo hago fotos, no escribo, no es necesario que se moleste —contestó con educación, aburrida solo de pensar en escuchar leyendas.

—Hazme caso. Seguro que te interesa.

Parecía que la negociación era inútil. Por pura cortesía, invitó a aquel anciano a ocupar la silla vacía que tenía enfrente. Tampoco era para tanto. Tenía cara de abuelo cariñoso. Simularía tomar nota de sus hazañas y bostezaría hasta que la dejara irse a la cama.

—Hola, *rapacina*. Yo soy Ramón, el de la Casina.

—Y yo Claudia. Encantada. Así que ¿usted conoce al novio?

—Al nieto y al abuelo, a la madre no tanto.

—¿Conoció a José Antonio Pedregal?

—Trabajé muchos años para él, de vigilante en la fábrica de barniz. Bueno, vigilante, albañil, jardinero, chófer de un camión... Lo que mandara. Ahora es mi hijo quien me sustituye, yo ya solo trabajo un poco en mi huerta.

—¿La fábrica de barniz, la que está al borde del río? No sabía que fuera también del Grupo Alkaloan. ¿Y no me podría dejar entrar? Desde allí haría unas fotos preciosas del castillo —dijo Claudia, afilando su colmillo de reportera.

—Eso es imposible. Lo tienen todo cerrado por lo de la boda.

—¡Vaya por Dios! —se lamentó viendo cómo se escapaba la exclusiva del año.

—Pero, bueno, como iba diciendo, yo conozco a esa familia desde hace muchos años. El abuelo era muy buen paisano. Tengo hasta jugado al ajedrez con él. La hija ya salió más estirada, con perdón, y no es de tratar con la gente como lo era su padre, que en paz descansa. Recuerdo una vez...

A Claudia la escucha se le fue haciendo más y más espesa. La conversación cogía un tono costumbrista difícil de digerir después de un día tan duro. Que si José Antonio siempre se había portado muy bien con él, que gracias a los Pedregal no les había faltado nada en la vida. A ver si en medio de tanta paja aparecía algo que...

—... y fue aquí mismo, hace unos meses, cuando vino el nieto con su chófer, un rapaz grande con cara de indio.

—¿Sagu? —interrumpió Claudia como un resorte.

—Sí, un nombre raro de esos. Estaban en la barra, un día temprano por la mañana los dos hablando. Yo no soy cotilla, pero no pude evitar escucharlos. Don Tomás le contaba al otro una historia de su abuelo, algo que le había dicho una vez cuando era un renacuajo. No paraba de darle vueltas a una frase: «Nuestro poder descansa bajo aquella cuya melena solo brilla en la noche». No le encontraba ningún sentido. Y ahí me metí yo.

—¿Usted sabe lo que significa esa frase?

—Lo del poder no lo entiendo, pero lo de la melena sí. Yo no tengo muchos estudios, *neña*, pero siempre me gustó aprender y enterarme de las cosas que tengo a mi alrededor.

El anciano volvió a irse por las ramas con otra historia. La de un rey del antiguo Egipto, Ptolomeo III, gran guerrero que se casó con una mujer llamada Berenice. Cuando su marido fue a la guerra contra los sirios, su mujer se cortó su hermosa melena y se la ofreció a los dioses. Un poeta griego contaba que la ofrenda fue guardada en los cielos, formando la constelación de Coma Berenices, la cabellera de Berenice. Ptolomeo, en agradecimiento, le puso el nombre de su

esposa a la ciudad portuaria de Hespérides, en Libia. Con los años se hizo famosa por su comercio de esmaltes, que eran vendidos con el nombre de la ciudad. En Roma, al *berenice* lo llamaron *bermix*, que en italiano fue *vernice* y en español, barniz.

—Barniz, como la fábrica de barniz. ¿Qué te parece la casualidad? —aterrizó Ramón.

—¿Y qué le contestó Tomás? —preguntó Claudia, cuyo interés crecía por momentos.

—Se puso como loco, hasta me dio un abrazo el pobre. Luego charlamos de su abuelo, de los tiempos en que yo trabajaba para él. También le hizo mucha gracia otra anécdota.

—¿Cuál?

—Lo del camión cisterna que yo conducía a veces. Era un trasto viejo como yo, un Barreiros del año de la polca, al que don José Antonio le tenía mucho cariño. Solo yo lo podía coger, ahora es mi hijo quien lo lleva de vez en cuando a Avilés. Siempre de domingo por la mañana. Luego, a última hora, lo trae de vuelta Pedro, el chófer de los Pedregal, y lo aparca un buen rato pegado al depósito grande del barniz. El viejo me dijo una vez que en él llevan el ingrediente secreto para que el barniz sea tan bueno. Al rato se vuelve a marchar con él y hay que ir a buscarlo el lunes a Avilés. ¿Y sabes qué nombre tiene rotulado el camión encima de la cabina?

—No lo sé, me tiene intrigada, Ramón.

—La Viuda de Ptolomeo. ¿A que tiene gracia? El señorito no paraba de reírse. Me pidió que le guardara el secreto. Y me dijo que estaba invitado de por vida en este bar, que la cuenta sería cosa suya. Y no mintió. Aquí no saco la mano del bolso.

La fotógrafa, aunque admirada por lo bonito de la historia, no veía en ella más que los desvaríos de un anciano con ganas de hablar. Pero faltaba el remate.

—Pues no es muy bueno guardando secretos, Ramón, que yo soy periodista. Pero tranquilo, que le prometo no publicarlo.

—Soy viejo, pero no soy tonto.

Y el anciano volvió a enredarse contando que su familia lleva toda la vida trabajando para los Pedregal gracias a la confianza que don José Antonio tenía en él, porque nunca hacía preguntas. Que su hijo seguía el mismo camino, haciendo lo mismo, sin meterse en líos y sin querer saber de más. Que notaba en el cuerpo que le quedaba poco tiempo ya. Pero que, gracias a Dios, tenía la cabeza en su sitio.

Recordaba que hacía muchos años habían venido unos polacos a hacer los cimientos del depósito. Su tajo lo habían rodeado con una valla bien alta y no dejaban pasar a nadie. Uno de ellos, que era un crío, se puso malo de repente, con mucha fiebre. Era una cosa de pulmón, de coger mojaduras y frío. La cuestión es que lo llevaron a casa de Ramón porque su madre sabía poner inyecciones. Le estuvieron dando penicilina y sopa caliente hasta que se recuperó. El chaval no hablaba español y había mucho misterio con lo que estaban haciendo en la obra, pero Ramón fue capaz de entenderse con él con el poco francés que manejaban en común. Fue el polaco quien le había contado la historia de Berenice y también que estaban excavando un buen agujero para hacer una cámara escondida bajo el depósito, algo parecido a un búnker.

—Me dio su dirección de Polonia para poder escribimos. Al mes de acabar la obra, le mandé una postal. Pero nunca me contestó. Con el tiempo me llegó el rumor de que la cuadrilla de

polacos se había despeñado de vuelta a casa, en los Pirineos. El camión que los llevaba acabó en el fondo de un río. Como Salvador y sus hijos. Aunque esa es otra historia... Yo no estoy contándote batallas aquí, ahora, por casualidad, Claudia —remató el viejo sacándose una foto de la chaqueta.

—¿Qué hace usted con una foto mía? —preguntó la reportera mientras una sensación de frío le recorría la espalda.

—Me la dio el indio grandote, el amigo de don Tomás. Tú estás aquí porque él lo quiso. Y ya estuvo bien de cháchara por hoy. Mañana te espera un día muy largo y necesitas descansar.

—¿Y por qué me ha contado todo esto, Ramón?

—A los viejos nos gusta mucho hablar, es lo único que nos queda. El día que le conté la historia a don Tomás se despidió de mí con mucho cariño y me dijo que su padre siempre me había querido mucho. Yo le respondí que debía de estar confundido, que no conocía a su padre, que en tal caso sería su abuelo. Él me sonrió y me aseguró que sabía muy bien lo que decía. Y esa sonrisa me emocionó de verdad, porque me recordó a la de un *rapacín* al que conocí hace muchos años y que me miró igual el día que le regalé una bicicleta por su primera comunión.

—¿Y quién era? —preguntó Claudia al anciano, que ya se alejaba.

—Era un genio, *neña*, de una familia muy buena. Tan buena que se los llevó Dios a todos.

29

Luces fuera

Un camión de la basura. Qué genialidad. Tres tíos en la cabina, dos atrás subidos a un peldaño. Y te puedes mover por cualquier carretera, por cualquier urbanización, sin levantar la más mínima sospecha. Quién va a parar al camión de la basura. Menos aún, el día que toda la seguridad del mundo se ha ido de boda. El objetivo está a un kilómetro escaso. Toca probar comunicaciones y breve repaso mental.

Este es un trabajo de los que te pagan un rancho en Arizona, una casa a la orilla del lago Tahoe o lo que te dé la gana. Palabras textuales de la cliente, la rubia, la hija del amo. Lance ya había trabajado para ella en más ocasiones y no solo como escolta. Lo de Córcega le había dado una idea de cómo se las gastaba la niña, fiel reflejo de su padre. Fría, dura, cínica, quirúrgica. Nada que ver con una malcriada más, quemando fortuna por Park Avenue. La señorita Claire Baxter, o Kappa, como le gustaba que la llamaran en los operativos, se podía desayunar tus huevos como dieras un paso en falso. Y para lo de esta noche lo había dejado bien claro.

—Lance, escoge a cuatro hombres, lo que quieras de todo Dark Lake. Pero deben tener experiencia con objetivos civiles. Tortura y eliminación. Trabajaréis sin respaldo y sin identidad. Si algo falla, sois unos apestados. Aquí tienes el dossier. Tu respuesta, en setenta y dos horas.

Era parecido a Córcega, pero solo parecido: asaltar, obtener información, eliminar y desaparecer. Se acabaron las coincidencias. Porque no eran un borracho y una furcia en una cabaña de mala muerte: eran cinco personas en una gran casa con sistemas de seguridad. Una de esas personas iba armada y tenía entrenamiento militar. Y el trabajo era en España, a escasos veinte kilómetros de un evento muy importante. Viajarían desde Malta en un carguero, sin registrar como tripulantes, hasta la costa asturiana. Desembarco nocturno en lancha, luego a pie hasta una vieja nave agrícola. Allí les esperaba el equipamiento táctico y el vehículo. Pero también había buenas noticias.

La finca a asaltar estaba aislada de su entorno y tenía control de acceso. Una valla, una garita y un guardia debidamente comprado. Abandonaría el puesto dos minutos antes de la llegada del equipo. Lance controlaría todo el operativo desde su puesto, con acceso a cámaras y al cuadro eléctrico de toda la vivienda. Una verdadera ventaja. El chalé, con planta en uve abierta, tenía grandes cristalerías convencionales, fáciles de romper. Contaban con planos, pero temían que hubiera trampa. La rubia aseguraba que el sótano era tan grande como la casa, aunque su acceso no constaba en el plano. Y era bajo tierra donde estaba la clave de la operación.

El ex de Claire, Salva, tenía allí escondido un enjambre de servidores llenos de información comprometida y de un complejo sistema de encriptación y distribución que iba a poner en

marcha la noche de la boda, justo mientras se celebrara la reunión tras el enlace. Eso era lo que había que evitar a toda costa. Esa era la razón por la cual era un trabajo delicado. ¿Cómo asegurarse de que un genio informático no te la está jugando? Con mucho cuidado y pocos escrúpulos.

Durante el asalto, había varios puntos clave: no dañar a Salva, neutralizar a Sagu, dosificar al resto. Muertos no valían para nada. Y luego estaba la cuestión temporal. No se podía estar arrancando uñas y dientes durante horas para sacar respuestas válidas. Necesitaban la verdad con urgencia. Por eso lo del camión de la basura era una obra maestra.

No solo era el transporte perfecto para llevar hombres y equipo, sino que era un activo crucial en sí mismo. Únicamente había que tirar dentro a papá y a mamá y darle al botón de compactar. Los gritos desde el interior harían el resto. Qué retorcida era la rubia. Después de anulado el plan del informático y recibida la confirmación, se mete al resto de la pandilla a hacer compañía a la pareja y se les gasea convenientemente. Para acabar, bombas incendiarias borrando todo rastro de lo ocurrido en la casa. El camión vuelve a la nave agrícola y de los cuerpos ya se encargaría otro equipo. Pero dejémonos de repastos y pasemos a la acción.

La misión comienza con lo prometido: una garita vacía, con todo en su sitio como indicaban las fotos del dossier. Lance, desde ahora Tango durante el asalto, ocupa su silla en el puesto de mando. Primera revisión a las cámaras, con precaución. Las exteriores siempre emiten señal. Las interiores no están activas, por evidentes razones de privacidad. Cuando lo hacen, se enciende un piloto en las mismas que alerta a quienes están en la vivienda de que los observan. Por eso no deben usarse hasta el final. Alfa, Bravo, Charly y Delta avanzan con sigilo por el jardín. Los tres primeros deberán entrar por la cristalera del salón, mientras Delta lo hará por la cocina contigua. Una pinza de manual. Las imágenes exteriores son bastante buenas, pero hay cortinas, así que es imposible adivinar la posición de los objetivos. Con los comandos situados a pocos metros de la casa, no queda otro remedio que fisgar. Tango canta con suavidad lo que va viendo a los oídos de sus chicos. Primer dormitorio: limpio. Segundo dormitorio: limpio. Tercer dormitorio: limpio. Estudio de grabación: limpio. Cocina: limpia. Contiene la respiración unos segundos. Pincha la cámara del salón. Todos los objetivos cenando. Salva, cabeza oeste de la mesa, pegado a la cocina. Sagu, dos a su izquierda. Pasamos a visión nocturna. A la señal, luces fuera y entramos.

30

Vivan los novios

El día que vas a casar a tu único hijo solo puedes ir dentro de un Valentino. Pudo haber sido rojo, como le habían insistido en sus visitas al atelier de la marca cerca de la plaza de España en Roma, pero no quería llamar tanto la atención. Quería sentirse cómoda, tanto en la boda como en la reunión, y no andar pendiente de cambios de vestuario. Mejor negro. Terminada de arreglar por su equipo de estilistas, los espejos le confirmaron algo que ya sabía: con permiso de la novia, sería la más guapa de la fiesta. Una pulsera de Cartier, herencia de su querida madre, fue el único guiño a la nostalgia que se permitió. Todo lo demás era nuevo, como su recién estrenada claustrofobia. Tanto rato dentro de un torreón medieval, tantos sillares de piedra a su alrededor... y todavía faltaba el novio. Ojalá ya estuviera listo para poder dar un paseo por los jardines antes de la ceremonia.

—¿Dónde está mi hijo? —consultó Mónica a la asistente de Tomás, que llevaba todo el día guiándola.

—Acompañeme, por favor. Y permítame que le diga que está usted impresionante, señora Pedregal.

—Gracias —respondió con una sonrisa mientras recogía el halago.

El ascensor las llevó esta vez a la cuarta planta. La chica le indicó el único camino posible, una puerta doble muy similar a la que cerraba el estudio del jardín donde pasaba las horas su hijo cuando vivía con ella en Salinas. La luz roja que brillaba sobre el dintel parecía indicar que no se debía entrar. Pero no hay semáforo que pueda detener a la madrina.

La segunda puerta le descubrió una gran sala similar a la que guardaba el piano de cola, dos niveles por debajo, solo que esta se hallaba presidida por una enorme batería de color negro montada sobre una alfombra de oscuros motivos geométricos. De espaldas a la entrada, Tomás, en pantalón corto y empapado en sudor, parecía estar en trance como un boxeador esperando el sonido de la campana. Mónica reparó en una mesa donde, aparte de un equipo de alta fidelidad, descansaba la carátula de un CD con la palabra «Slipknot» sobreimpresa sobre la foto de un grupo de payasos vestidos de rojo con caretas diabólicas. Sin girarse, su hijo activó el reproductor, en cuya pantalla digital aparecieron las palabras «*Wait and bleed*». Un título muy edificante.

La canción comenzó con una estrofa susurrada sobre un fondo de guitarras distorsionadas. Tomás apenas acariciaba uno de los platillos con su baqueta izquierda. Tras cuatro compases, la voz ganó fuerza y los timbales entraron como un regimiento de artillería. Pero eso solo era un calentamiento. De súbito, el cantante se volvió una bestia del averno, vomitando las letras como

si le quemaran en la garganta, mientras Tomás aporreaba la batería sin piedad, todo un torbellino de pies y manos. La tortura duró dos minutos y medio que a Mónica se le hicieron eternos. Al acabar, su hijo arrojó con rabia las baquetas al suelo y se bebió de un trago lo que quedaba de agua en la botella que tenía a su lado.

—Hola, madre. ¿Llevas mucho rato ahí? —preguntó Tomás mientras se secaba el pelo con una toalla.

—Lo suficiente para echar de menos a The Police —respondió su madre.

—Y me siguen gustando, pero con estos quemos mejor la adrenalina —se justificó el hijo.

—No sé si te acuerdas, pero hoy te casas, dentro de un rato para ser más exactos.

—Lo sé, ahora mismo me ducho y me visto. No está bien que la novia espere, ¿no?

—Ni la madrina, si me apuras —apuntilló Mónica.

—Tranquila, lo del recibimiento lo está haciendo encantada mi futura suegra. Nosotros somos las estrellas y lo bueno se hace esperar. Además, si te soy sincero, no tengo gran ilusión en saludar a los asistentes, exceptuando al señor Peláez.

—Veo por dónde vas. Yo también he hecho sacrificios en la lista de invitados. Y, por cierto, Pedro me ha confirmado que tu antiguo guardaespaldas no ha devuelto el coche.

El reproche que acababa de soltar, fruto de los nervios, tiraba por tierra todo el trabajo diplomático de la jornada.

—Sagu, si es que te refieres a él, va a devolver el coche en cuanto tenga su liquidación y deje de ser empleado de CLS, cosa que ocurrirá porque tú te has empeñado en que resulte tan importante lo que haga en su cama fuera del horario laboral —dijo Tomás elevando el tono.

—Omítes el detalle de que llevaba años acostándose con una mujer casada que resultaba ser mi mejor amiga —respondió Mónica adecuándose al nuevo volumen de la conversación.

—Sí, la ex de un fiscal asesino y pederasta que sigue por ahí, tan campante, sin que nosotros hagamos nada por evitarlo.

—Creía que habías entendido lo complicado de la situación de ese tipo y tu padre.

—¡No vuelvas a llamar así a ese montón de mierda! ¡No es mi padre! —gritó Tomás acercándose a su madre.

—Vaya, por fin te estás comportando como hacen a veces los hijos... —Mónica frenó justo al final de la frase.

—Normales, sí, normales —selló Tomás—. No quiero discutir más de este tema contigo. Voy a ducharme. Espérame fuera, que enseguida saldré disfrazado.

Mónica se quedó de pie, desafiante, mientras su hijo se alejaba hacia una puerta que había al final de la sala. Una vez que la cruzó, ella volvió sobre sus pasos y tomó el ascensor, dejando a la asistente clavada con un gesto de autoridad. La suerte quiso que no se cruzara con nadie más en su camino hacia los jardines, donde ya pudo tomar aire mientras ahogaba un grito de rabia.

En su búsqueda de paz, caminando por los senderos con cuidado de no arruinar sus zapatos, Pedro la custodiaba desde una distancia prudencial. Al cabo de unos minutos, su fiel escudero se acercó a preguntarle:

—¿Está bien, señora?

—Sí, Pedro. Solo he discutido con mi hijo. He esperado más de veinte años para hacerlo y creo que he escogido el peor momento.

—Tomás es un buen muchacho, seguro que le pedirá perdón cuando salga —añadió el gigante con la voz más suave que podía modular.

—Seguro que sí, ambos nos debemos una disculpa.

Ella sabía que lo había hecho mal. Sabía de sobra que el último año de Tomás había sido raro, oscuro, críptico. La traición de Nila y Salva, el asunto de su padre, la relación con Claire y su obsesión por casarse con ella cuanto antes, el ansia por hacer crecer su compañía a toda costa. Todo aquello se le había ido de las manos a Mónica, que tuvo que ir improvisando para no perder el control de la situación. Convocar la reunión a toda prisa coincidiendo con la boda para ofrecer un trato a un selecto grupo de personas influyentes se había convertido en una tarea hercúlea.

Pero parecía que, al final, la idea no era tan descabellada. Con Mónica dirigiendo el encuentro y teniendo en cuenta la deriva de inestabilidad mundial, era fácil que muchos de ellos estuvieran dispuestos a zanjar sus deudas. Los secretos más oscuros, los pecados más turbios, las pruebas de sus relaciones más vergonzosas a cambio de una participación económica en un proyecto que, además, seguro les iba a hacer más ricos de lo que eran. Porque CLS apuntaba muy buenas maneras.

Lo que empezaron siendo dos torres ya eran más de una docena repartidas por todo el mundo. Instalaciones muy avanzadas con una capacidad de proceso de datos fuera del alcance de sus competidores. Los datos, el oro de un futuro donde todo el mundo tendría su vida entera volcada en la red. ¿Quién no iba a querer un trozo de ese pastel?

Mónica se fue calmando al repasar mentalmente su discurso en la reunión. Tanto que se sorprendió cuando vio a su hijo caminando hacia ella, vestido como un galán de Hollywood en la alfombra roja.

—Bueno, madre, espero estar a tu altura —llegó diciendo Tomás con una amplia y sincera sonrisa.

—Siempre lo has estado y siempre lo estarás —respondió Mónica con un abrazo lleno de emoción.

—Perdón por lo de antes, la presión me estaba ahogando.

—No digas nada más y disfruta de tu día, cariño.

Los dos se dirigieron a la pradera donde se iba a celebrar la ceremonia. Por el camino, todos se deshacían en elogios hacia la pareja, que caminaba tranquila bajo un sol otoñal regalado por una Asturias que tan pronto te da un buen día en octubre como te golpea con una tormenta en agosto. Estaba claro que la suerte sonreía a los ganadores.

Antes de que diera tiempo a inquietarse, la novia apareció del brazo de su padre, con una puntualidad impecable a juego con su vestido. Nada de velos ni de fastuosas e incómodas colas. Solo la belleza natural, pura, envuelta en seda blanca con brocados, la viva imagen de un hada rubia con pequeñas flores silvestres enredadas en su pelo, que caminaba entre caras de asombro

arrullada por las notas del *Gabriel's Oboe*, de Morricone, en un cuarteto de cuerda. Una ceremonia preciosa, comedia en tiempo y espacio, de las que te dejan buen sabor de boca. Un beso cargado de inocencia para sellar el amor entre dos jóvenes llenos de ilusión. Fue todo tan bonito que Mónica estuvo a punto de permitirse una lágrima. Solo a punto. Esa escena se la dejó toda para su consuegra. Porque emocionarse está bien, pero mostrar debilidad no.

Arroz, pétalos, cóctel, cena, tarta, vals. Una celebración adecuada al nivel de sus participantes, con la elevada elegancia que tan bien luce encorsetada por el cinismo social de los muy poderosos. Nada de borrachos exaltando sus emociones ni discursos de bochornosa cursilería. Solo corrección, diplomacia y aviesas miradas entre personas que llevan mucho tiempo sin verse y que por algo será. En medio de todo ese juego de máscaras, Edgar y Mónica sabían brillar con luz propia, escondiendo con destreza el odio mutuo que se profesaban. Sobre todo, el de él hacia ella, que se sabía y comportaba como la reina del baile, con permiso de la novia. Y a todo esto, ¿dónde está la novia?

—¿Me buscabas, querida? —dijo Claire sorprendiendo a Mónica por la espalda.

—Cielos, ¡qué susto me has dado! Pues sí, la verdad. Llevaba un rato sin verte —exclamó Mónica.

—Pues aquí me tienes. Y he de reprocharte una cosa: no es justo que la madrina esté más guapa que la novia.

—Por favor, no digas tonterías.

—¿Qué te parece todo hasta ahora? —continuó Claire.

—¿Te refieres a la fiesta?

—Claro, madrina, ¿a qué, si no?

—Tenemos tantos frentes abiertos que «todo» es una palabra muy amplia. Pero, ciñéndonos a la fiesta, me parece impecable, sobre todo el sitio. Reconozco que habéis tenido muy buen gusto.

—Muchas gracias. Ven a dar un paseo conmigo. Si esto te ha gustado, el rincón al que vamos te va a encantar.

—Vendiéndolo así, cómo podría negarme —dijo Mónica cogiendo del brazo a su recién estrenada hija política.

Las dos se fueron alejando del bullicio del baile para adentrarse en la oscuridad que rodeaba al torreón, apenas mancillada por unos faroles de luz mortecina que marcaban un sinuoso sendero empedrado. Por el camino, se cruzaron con varios hombres de Dark Lake, que las iban saludando marcialmente mientras rezaban escuetos comentarios a los micrófonos de sus solapas. Ningún invitado podía cruzar aquella zona de la finca sin permiso. Su cercanía al río la convertía en un terreno comprometido para la seguridad, la gran obsesión junto con la privacidad que marcaba la boda. El dispositivo corría a cargo de Edgar, por supuesto. Para eso era el mayor contratista de seguridad privada de Estados Unidos. O sea, del mundo.

El camino terminó en un precioso estanque de estilo japonés, tan grande que hasta contaba con una pequeña isla en su interior, con una iluminación delicada como las plantas que lo rodeaban.

—¿Qué te parece? —consultó Claire.

—Precioso, un lugar perfecto para disfrutar del silencio y la tranquilidad —respondió Mónica.

—Hablando de tranquilidad, ¿cómo está Tomás?

—Está centrado para la reunión, pero quiere que sea yo quien lleve las riendas al inicio.

—No solo es sabio, también humilde.

—Como su madre —afirmó Mónica, orgullosa.

—Suerte que no salió a su padre —soltó Claire como una losa.

—Ya tardabas en sacar las garras. No pierdes de vista la presa, como los halcones —respondió la suegra poniéndose a la defensiva.

—Si no supiera enfocarme en mi objetivo, jamás habría llegado a Córcega.

—Córcega...

Un incómodo silencio cortó de golpe la conversación. El recuerdo de cómo descubrió el único cabo suelto que relacionaba a los Pedregal con la muerte de la familia Granda. Aún resonaban en su cabeza las palabras de una niña desafiante que parecía estar perdonándole la vida, cuando decidió reunirse con ella a espaldas de su padre para buscar un acercamiento entre las familias. Desde aquel día, hablar con Claire le resultaba a Mónica como una visita al dentista. Sabes que estás anestesiada, pero guardas la tensión de poder sentir el dolor en cualquier instante. Y, como en la consulta, solo tienes ganas de que todo acabe para irte.

—Dejemos el lenguaje bélico —reinició la norteamericana—. Volvamos de nuevo a cuando los Pedregal y los Baxter se llevaban bien.

—Yo nunca quise que nos lleváramos mal. Hoy he sentido envidia al verlos en la ceremonia. Ojalá tengáis la suerte que nosotros no tuvimos —afirmó Mónica, sorprendiéndose por su sinceridad.

—No es por regalarte el oído, pero fue mi padre quien lo estropeó todo —dijo Claire, saliendo al rescate.

—Sí, en un principio. Pero después creo que yo no estuve bien. Lo del matemático y su familia fue un error —dijo la señora Pedregal señalando el río frente a ella.

—¿Te arrepientes de aquello?, ¿de acabar con Nicolás Granda?

—No me malinterpretes. El lobo que siente pena por los corderos no tarda en morir de hambre. Eso lo tengo claro desde hace mucho tiempo. El error fue usarlo contra tu padre. Me dio ventaja, pero nos alejó para siempre. Y con los años ha ido a peor, sin ninguna intención por ambas partes de arreglarlo.

—Para bien o para mal, todo nos trae aquí —remendó Claire—. Tu padre hizo un buen trabajo y tú has sabido mantener su línea. Recuerdo que mi abuelo me decía a menudo: «Fíjate en Mónica y aprende todo lo que puedas».

—Sí, los viejos sabían lo que hacían. Pero el mundo ahora cambia muy deprisa, ya no es como en su época. A veces me cuesta mantener la calma.

—A ti te cuesta, a mi padre le es imposible con sus continuos ataques de testosterona. Por eso somos nosotras quienes estamos aquí, ahora mismo.

—No te olvides de que no habría un «nosotras» de no ser por Tomás. Todo esto lo hacemos por él.

—Ya. Por él, pero sin él.

—No creas que me siento bien engañando a mi hijo.

—La sinceridad está sobrevalorada. De no ser por las mentiras, este mundo sería un lugar horrible —volvió Claire echando un cable.

—Ya lo sé. Tampoco él ha tenido muchos reparos en maquinar a mis espaldas. Este último año nos hemos distanciado. Por desgracia, trato más contigo que con él. Sé que suena raro, pero a veces lo veo como un extraño —se lamentó Mónica.

—No eres tú sola. Hay algo oculto en él, más allá de ser un genio. Es una pared sin puerta, pero que parece esconder otro cuarto. Y creo que Sagu es el único con acceso. Su amistad, el vínculo entre ellos, se ha vuelto muy fuerte. Suerte que lo has roto.

—No lo he roto aún. Creo que solo los he separado por un tiempo. Y para ello me he enfadado con mi mejor amiga. Me duele por ella, pero lo superará.

—Van a tener que hacerlo. Ella y Tomás.

—Lo de Tomás no lo tengas tan claro. Estuviste muy bien con lo de Salva y Nila, pero esto va a ser más complicado.

—No me has entendido. Sagu no volverá —sentenció la rubia.

—Esa forma de decirlo suena demasiado segura. ¿Me ocultas algo? —preguntó Mónica con preocupación.

—¿Recuerdas que lo de dejar que tu hijo accediera por su cuenta al búnker te parecía arriesgado?

—Y me lo sigue pareciendo, por mucho que creas controlar todas sus conversaciones con ese reloj espía que le regalaste.

—Un carísimo prototipo que ya considero amortizado. Digamos que, a la vista de los datos que me dieron las escuchas, decidí tomarme ciertas licencias sin tu permiso, para no preocuparte.

—Esto cada vez suena peor —afirmó Mónica con resignación.

Claire comenzó entonces a hablar de la empatía patológica de Tomás y de su relación con su exnovia y su amigo Salva. Porque seguían teniendo relación. Si bien el reloj espía no era infalible y solo permitía grabar durante un tiempo limitado, había registrado lo suficiente para sacar ciertas conclusiones. Salva y Nila no habían ido al hotel a deshacer la cama, aunque Tomás siguiera dolido por otros motivos. Aun así, continuaban colaborando en algo que se afanaban por ocultar. Claire se ahorró los detalles de su investigación para ir al grano.

—Tomás planea reventar la reunión de hoy con la ayuda de Salva.

—Dios, yo pensando que eras muy lista y resulta que estás loca. ¿Tienes idea de lo que nos estamos jugando? —exclamó Mónica.

—Sí, nuestro futuro. El tuyo, el mío y el de tu hijo. ¿Creías que sería fácil hacer que cambie de opinión, que deje de ser un idealista en busca de justicia? ¿Creías que se iba a tragar lo de su padre así, como si tal cosa? —replicó Claire con vehemencia.

—Sé de sobra el daño que nos ha hecho ese asqueroso, niña. No vengas aquí a darme lecciones de nada. Eres igual que Edgar, no lo puedes negar, con vuestros aires de superioridad norteamericana. Solo este torreón tiene más historia que todas vuestras batallas juntas.

—Lo que ha hecho mi padre, con sus múltiples defectos, es educarme como una Baxter con

todas sus consecuencias, sin ocultar de dónde viene mi familia y a qué nos dedicamos. Si tú hubieras hecho lo mismo con tu hijo, en vez de dejarle jugar a seguir la estela de un genio al que tú misma mataste, no estaríamos en este lío. Así que puedes terminar ya con tus sermones sobre historia.

—Mejor termina tú de contarme cómo estamos a punto de arruinarlo todo —remató Mónica con la sangre latiendo en sus sienes.

—Bien, seré lo más breve que pueda —prometió Claire.

La novia enumeró los detalles del verdadero plan de Tomás. Usaría los secretos para convertir la reunión en una conferencia de paz y hacer que los invitados compensen a las víctimas de sus vicios y negocios. Aprovechando la ocasión y para dar ejemplo inmediato de que no era un farol, soltaría en directo un par de vídeos comprometidos por toda la red, como adelanto de lo que podría llegar a hacer. Y para eso contaba con la ayuda externa de Salva, que había usado parte de la fortuna que hizo con sus acciones, las que Tomás le cedió en el mismo momento de sacar CLS a bolsa, para montar una granja de servidores bajo su casa. Lo que Tomás no sabía, pero Claire sí desde hacía un rato, es que Salva planeaba volcarlo todo en la red. Todo.

—Pero ¿cómo dejaste que llegaran tan lejos? —dijo Mónica conteniendo las ganas de zarandearla.

—Tu padre arriesgó mucho cuando le hizo la propuesta a mi abuelo en Núremberg. Ahora nos toca a nosotras estar a la altura de nuestros apellidos. Cuando dije que me enteré hace un rato es porque mi equipo de asalto me acaba de informar —dijo Claire sacando un teléfono móvil de su bolso.

—¿Equipo?

Mónica sentía cómo todo le daba vueltas en la cabeza, incapaz de comprender la magnitud de lo que le contaba Claire, mientras leía un informe redactado en mensajes de texto. Un equipo había asaltado la casa de Salva, torturado a su familia para sacarle toda la información y tomando el control de sus equipos informáticos.

—¿Quién más estaba allí? —preguntó la empresaria devolviendo el móvil a su nuera.

—Sagu y Nila. Toda la pandilla.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer con ellos?

—Ya está hecho. No había otra manera de arreglarlo. Sabían demasiado. El fuego borraré las huellas. Mientras hablamos, mis expertos están moviendo dinero por empresas pantalla para simular el cobro de un soborno. Oficialmente, Salva y compañía han traicionado a tu hijo y se han ido con el botín.

Tras meditar un rato, la dueña del imperio Alkaloan tomó conciencia de que no controlaba la situación. Había delegado demasiado, confiando en la supuesta inteligencia y posición de ventaja de Claire ante su hijo. Ahora solo quedaba dejarse arrastrar por la corriente.

—Es una locura y no funcionará. Tomás se dará cuenta y lo perderemos para siempre —lamentó Mónica.

—No había otra salida. Tu hijo está cegado, quiere venganza y la busca a cualquier precio. Pero yo sí creo que entre las dos podremos convencerlo. Tú aún tienes una baza para ganarte su

confianza. Entrégale la cabeza de su padre. Eso le calmará.

—Pero ¿cómo voy a dejar que destape eso? Arrastraría nuestros nombres por el fango.

—Estaba siendo literal. Mávalo y no me vengas con tonterías. Hoy, mi padre y yo hemos ordenado liquidar a cinco personas sin pestañear, personas con las que llevaba años tratando. Tú, al menos, se lo hiciste a tres desconocidos. Y todavía me quedan dos más antes de que amanezca.

—¿Dos más? No sé si quiero saber sus nombres, Claire —respondió Mónica abrumada por tantas novedades.

—Sí, ¿no lo sabías? Salva iba a escapar de todos modos, dejando atrás a Tomás. Y tenía un plan de fuga trazado con la ayuda de su tío Gerardo y Tony, el padre de Sagu.

—¿El desaparecido?

—Sí, otra de las obras de caridad de nuestro querido Tomás. Los dos están escondidos en un pueblo de Portugal, pero por poco tiempo. Tengo gente de camino hacia ellos.

—Vale, que sea lo que Dios quiera —soltó Mónica con un suspiro—. Es tarde ya y debemos bajar a la reunión. ¿Algo más que debas decirme?

—Sí, ¿tienes lo que hablamos?

Claire se refería a la codiciada cinta, en la que Edgar Jr. pedía a Mónica que matara a Nicolás Granda para evitar que el genio asturiano llegara a trabajar con Leonard Sinclair. La cinta que le había dado a Mónica el control sobre todos los secretos guardados durante años, todo el poder reunido por ambas familias. Sacó del bolso una cajita y se la mostró a la novia.

—Es una tontería, una copia. Yo guardo la original a buen recaudo. Airearlo hoy en día me viene casi peor a mí que a ti. ¿Y qué gano yo a cambio? ¿Que me retrates ante mi hijo para quedar tú como una santa?

La rubia sacó una pequeña videocámara del bolso y comenzó a grabarse a sí misma.

—Hola, Tomás. Yo mandé torturar y matar a tus amigos. Luego te engañé y te hice creer que te habían traicionado.

Nada más terminar, le mostró en la pantalla que la grabación era correcta y le entregó la cinta a su suegra.

—Toma, ya tienes tu seguro de vida. Estamos juntas hasta el final. Puedes bajar a la sala para ir calentando la audiencia. Yo me voy a cambiar y a buscar a mi marido. Nos vemos en la reunión.

—Solo una cosa antes de irte —le pidió Mónica—. En la ceremonia vi cómo mirabas a mi hijo. Vi cariño en tus ojos. Me pareció real. ¿De veras lo sentías o eres una psicópata?

—Adoro a Tomás, lo creas o no. Me parece el hombre más interesante del mundo y sería capaz de cualquier cosa por él, incluso protegerlo de sí mismo. Venga, voy a por él, que debe de andar buscándome. Y, de paso, me llevo una de estas rosas para mi madre. Solo una cosa más. ¡Hasta luego, Pedro! ¡Sé que estás por ahí en la sombra!

Y Claire se marchó sonriendo mientras el fiel guardaespaldas de Mónica se reunía con su señora para acompañarla a la Sala Augusta, preguntándose cómo la novia se había alertado de su presencia.

Introduzca la contraseña

Román volvió a girarse en la cama para mirar el reloj. Hacía ya media hora que Susana dejó de hablar por teléfono. Demasiado rato para seguir deambulando por casa. Era el momento de ver qué ocurría. Porque Román respetaba mucho a Susana. Respetaba sus tiempos y espacios. Sus silencios y sus ausencias. Respetaba todo eso porque, además de amarla, la admiraba. Porque cada día de su vida daba gracias al destino por estar junto a la persona más brillante que conocía. Y si eso implicaba no preguntar ciertas cosas, pues no se preguntaba. Y si había un tabú, como era uno solo, se podía esquivar con facilidad. Qué precio tan ridículo a pagar por la tranquilidad, por la felicidad de una vida junto a ella. Pero ahora tocaba levantarse y saber qué la tenía en vilo tras contestar a aquella llamada intempestiva.

La encontró en la cocina, con una infusión en las manos, soplando un humo que ya no brotaba de la taza.

—¿Qué tal, mi amor? ¿Quién era? —arrancó Román.

—¿Quién era quién? —se defendió Susana.

—El teléfono. Me parecía que hablabas con alguien —insistió, apretando con suavidad el interrogatorio.

—Ah, ¿lo has oído? —respondió su mujer con tono ambiguo.

—No, solo el sonido de la llamada. No sé qué decías ni quién era. Pero no pasa nada. Solo quería saber cómo estabas. Yo me vuelvo a la cama y ya...

—No, mi amor, por favor. Siéntate aquí conmigo —resolvió Susana con una disculpa en los ojos, para luego soltar la carga—: Lo siento mucho, Román, pero tengo que hablarte de Colás.

El tabú rompía el sello, saliendo de las profundidades del abismo, abandonando su sueño eterno. La figura totémica, incorruptible, de un amor perfecto conservado en una vitrina, a salvo del tiempo. Inmune a la rutina y al desgaste, a los errores y los cambios de humor. Sin tener que enfrentarse a los desafíos de la vida en pareja, se mantenía impoluto en su trono de marfil. No puedes tener celos de algo así porque tampoco podrías enfrentarte a él. Así que mide bien tus palabras.

—No pidas perdón por hablar de él. Sé lo mucho que significó para ti. No me hace ningún daño que lo recuerdes mientras no te traiga tristeza.

—No estoy triste, más bien preocupada. Me acaba de llamar el doctor Sinclair.

El gurú de la encriptación, una leyenda viva de las matemáticas aplicadas, llamando un sábado a estas horas. Era para preocuparse. Susana comenzó a desbrozar con cuidado el contenido de la

llamada, intentando que su marido no se perdiera mientras ella trataba de procesar lo escuchado. Era una mezcla entre una petición de ayuda y una confesión.

El problema giraba alrededor de Salvador y Tomás, los dos jóvenes fundadores de CLS. Al parecer, estaban metidos en un buen lío. Leonard Sinclair trabajaba para la división de seguridad cibernética de Dark Lake, el mayor contratista militar del Gobierno norteamericano. Hacía unas horas que había recibido el encargo urgente de analizar unos archivos procedentes de una granja de servidores situada en la casa de Salva; unos correos enviados a multitud de periódicos, universidades y agencias gubernamentales de todo el mundo. Dichos correos solo contenían un enlace para descargar archivos, unos archivos sometidos a un sistema de compresión de datos nunca visto y que por el momento nadie había conseguido desentrañar. En un primer instante, se pensó en la posibilidad de que fueran virus, pero, por el peso, Leonard sospechaba que podría tratarse de información. Toneladas de información comprometida.

A Román le empezaba a costar entender por qué un chico como Salva, que se había hecho rico con su paquete de acciones de una empresa en plena ebullición bursátil, se iba a complicar la vida en una operación internacional de revelación de secretos. A Susana le preocupaba el destino de una familia a la que le tenía mucho cariño.

—¿Quieres que llame a la policía, Susana?

—Ya he llamado yo a casa de Salva. No deben de estar, porque me salta el contestador.

—Bueno, no sé, serán solo problemas corporativos. El lunes se aclarará todo.

—Ya, ya lo sé —pareció zanzar Susana.

—Hay algo más. Todavía no hemos hablado de Colás.

Susana continuó el relato. Leonard aseguraba que su equipo había logrado tapar la fuga de datos y que seguían trabajando en la descryptación de los archivos, cuando surgió un problema aún mayor. Las torres, las famosas instalaciones que CLS tenía repartidas por todo el planeta, comenzaron a vomitar sin control miles de archivos a la red. Intentaron ponerse en contacto con gente importante, incluso con el mismísimo Edgar Baxter, amo y señor de Dark Lake, pero todos estaban en una reunión totalmente incomunicados. El asunto era algo parecido a lo de Salva, pero a gran escala. Un embrollo de apariencia caótica, pero no para el doctor Sinclair, que creía ver un patrón.

La encriptación de los archivos le recordaba a los ensayos del superenrollamiento de la molécula de ADN, escritos por Nicolás Granda poco antes de su muerte, pero aplicando su topología mediante algoritmos a la potencia de la computación actual. En resumen, sin la llave adecuada podrían tardar siglos en resolver el puzle. Con ella, unos minutos bastarían para acceder a un océano de misteriosos datos.

—Es muy tarde y a mi cerebro le cuesta procesar cosas tan complejas, mi vida.

—Ya, Román, solo te repito lo que acabo de oír. También divagó sobre que CLS era CoLÁS sin las vocales, que todo estaba relacionado.

—Pues creo que al doctor Sinclair también le vendría bien descansar.

La conversación no quería terminar. Susana se revolvió en su silla y cogió aliento.

—Román, yo le di a Tomás todos los apuntes de los trabajos de Colás.

—¿Qué apuntes?

—Es complicado. Los escondí antes del accidente. En el incendio del departamento, solo se quemaron papeles sin importancia. Y el señor Peláez me pidió que se los diera. El chico basó todo su trabajo en aquellos escritos.

—No, ¡por Dios! ¿Me estás diciendo que esto te puede salpicar? —respondió Román entre dientes, masticando su preocupación.

—Tranquilo, todo está lejos de mí. Nada me relaciona con esos documentos. Pero cuando Leonard colgó me fui al ordenador de mi despacho. Tenía un correo en la bandeja de entrada. De nicolasgranda arroba uniovi punto es. Contenía un archivo.

—Dime que no lo has abierto.

—Estaba protegido. Solo ponía la palabra «PANAMA» y debajo una contraseña de seis caracteres. El primero y el último ya estaban puestos. Una i mayúscula al principio, un número 3 al final.

—Cuatro dígitos, alfanumérico. Hay millones de combinaciones.

—Ya lo sé, pero conozco la correcta —dijo Susana, sacando un cuaderno con cubiertas de piel de su regazo y entregándoselo a su marido.

—¿Qué es esto?

Susana le explicó que aquello era un regalo del señor Peláez. Se lo había dado a ella y a Colás antes del accidente. Comprado en una prestigiosa tienda londinense, les dijo que solo les traía uno porque eran muy caros, pero más valiosas serían las ideas que la pareja plasmaría en él. Era un Panamá, como el que usó Hemingway para los apuntes de sus novelas. Pero este se había quedado vacío, pues Susana no encontró valor para usarlo. Tan solo contenía un número escrito por Colás. El código de su vuelo de Madrid a Nueva York.

Román abrió el diario y, en la primera de sus finas páginas de suave tono azulado, vio escrito «IB6253». Al levantar la vista, a su mujer le corrían dos lágrimas por sus mejillas.

—Lo siento, mi amor. Sé que no es justo para ti que esté llorando por un amor perdido. Lo siento mucho, de verdad —sollozó Susana.

—Tranquila, no fue justo para nadie. No te tortures más. A mí no me ofende que lo recuerdes. Lo que no me gusta es que jueguen contigo, quienquiera que esté detrás de esta broma de mal gusto. Pienso destapar al tipo que hizo esto y lo voy a...

—Conseguí abrir el archivo —continuó Susana interrumpiendo a su marido—. Solo me salió una frase: «Gracias, Phi. Hasta siempre». Nadie me había vuelto a llamar así en la vida. Era una tontería de Colás, me decía que yo era como el número áureo, la proporción perfecta. Y yo sé que él está muerto, pero desde el accidente sigo creyendo que no se ha ido del todo. Y me vas a decir que estoy loca, pero este mensaje me ha dado calma. Creo que por fin nos hemos podido despedir.

—No sé qué decir. Solo se me ocurre que Tomás haya sacado esos datos de los apuntes y que sea él quien está tras el mensaje, pero no logro entender qué ganaría con todo esto —apuntó Román, descolocado.

Susana se levantó y cogió a su marido por las manos.

—No quiero que lo entiendas. Solo lo estoy compartiendo contigo porque eres mi amor, el amor de mi vida, y la única persona en quien confío. Solo eso. Ahora, no me juzgues por lo que acabo de hacer.

Román aguardó en silencio intentando sin mucho éxito disimular su creciente desasosiego.

—Después de leer la frase, esta desapareció de la pantalla. Volví a revisar la bandeja de entrada y el correo también había desaparecido. Ni rastro de él ni del archivo.

—Pero eso no es posible. Es como si hubieran controlado tu ordenador en remoto —contestó Román, vencido ya en su intento de calmarse.

—Cariño, creo que acabo de derribar la primera pieza del dominó —concluyó Susana abrazando a su marido, que no alcanzaba a comprender la dimensión de la frase.

Las llamadas que recibirían durante el resto de la noche ayudarían a completar el puzle.

No se asusten

Una leve brisa rozó la nuca de Mónica, erizando su vello, invitándola a taparse un poco más con el chal que descansaba sobre sus hombros. Mientras ella y Pedro rodeaban el torreón para acceder a la entrada principal, se percató de una pequeña silueta parada en mitad de la penumbra. Hizo un gesto a su guardaespaldas para desviar su camino hacia el hallazgo.

—Buenas noches, señor Peláez. ¿Qué hace usted aquí solo? —preguntó Mónica.

—Buenas noches, señora Pedregal. Estoy disfrutando de esta maravillosa vista, a la que no se tiene acceso todos los días, contemplando cara a cara a mi viejo enemigo —respondió el profesor con aire enigmático.

—¿A quién se refiere? —indagó la madrina, sabiendo que quizás se enfrentaba a los delirios de un anciano.

—Al río Nalón, mi señora. Sé que Heráclito se reiría de mí si me oyera decir esto, pero le guardé rencor durante largos años.

—¿Y qué le hizo, si puede saberse? —prosiguió la empresaria, casi por educación más que por intriga.

—Acabó con la vida de mis amigos, la familia Granda. El hijo trabajó en mi academia, sabe quién le digo, ¿no?

De nuevo, la sombra de Nicolás se colaba en la noche, como una presencia fantasmal, como un mal augurio. Mónica procuró no dejarse llevar por la atávica superchería del ser humano, pero no pudo evitar que el vello de su nuca se erizara de nuevo ante la pregunta del maestro.

—Sí, mi hijo me habló alguna vez de él y de su trabajo. Un genio de las matemáticas. Una pena que muriera tan joven —contestó con un tono que invitaba al fin de la conversación.

—Por eso odié a este río durante tanto tiempo, señora mía, por todo lo que me arrebató aquella mañana. Pero en una ocasión en que cruzaba el maldito puente para ir a depositar unas flores en sus tumbas caí en la cuenta de que el Nalón solo había sido el ejecutor, involuntario verdugo de una sentencia que le era ajena por completo. Si acaso, debería volcar mi ira contra el juez que los condenó a tan horrible muerte. ¿Y quién fue?

La pausa del viejo revolvió las entrañas de Mónica, que ya no estaba para más misterios ni bromas y menos para seguir colaborando en el relato. Pero el señor no se iba a quedar sin dar el remate.

—Pues el destino, señora Pedregal. Y al destino no se lo puede odiar, nada más queda que asumirlo —concluyó don José.

—Cierto, señor. ¿No cree que debería volver a la fiesta para no coger frío? —apuró Mónica para solventar el incómodo encuentro.

—Razón tiene. Me voy, pero no a la fiesta, sino para mi casa. Creo que mis huesos no soportan más esta humedad.

—¿Quiere que avisemos a alguien para que lo lleve?

—Descuide, no se moleste. He hablado con los chicos de la empresa de eventos. Están recogiendo la megafonía de la ceremonia y se van para Avilés. Ya he venido en una flamante berlina, no pasa nada porque me vaya en una humilde furgoneta cual Cenicienta al dar las doce.

—Como usted desee. Una pregunta, ¿no habrá visto por ahí a mi hijo?

—No. Lo mismo le he dicho hace unos minutos a su nuera.

—De acuerdo. Ya nos veremos en otra ocasión.

Pedro y su señora dejaron atrás al anciano y se fueron con premura a la cita que les aguardaba. El torreón disponía de una solemne sala tras su entrada principal, donde aguardaban todos los invitados a la reunión. Nada de parejas ni de escoltas, solo ellos. En cabeza, Edgar Jr. consultaba su reloj de pulsera en señal de desaprobación.

—Por fin, querida. ¿Sabemos algo de los novios? —espetó nada más acercarse a Mónica.

—Vayamos entrando para acomodar a todo el mundo, no tardarán en llegar —cortó ella con una fría mirada mientras sus manos indicaban al resto el camino.

El acceso a la Sala Augusta era un hueco rectangular en el suelo de una esquina de la estancia por el que descendían unas angostas escaleras de piedra. Dos hombres de Dark Lake escoltaban la entrada, indicando a los asistentes que tuvieran cuidado al bajar. Pero nadie quería pasar. Se miraban unos a otros, con educada desconfianza, hasta que Mónica hizo los honores bajando con decisión de la mano de su fiel Pedro, que se quedó en la sala de control que había a la entrada de la cámara. Edgar siguió sus pasos y así fueron haciendo el resto, más tranquilos al saber que sus anfitriones se metían sin miedo en la boca del lobo. Ruido de sillas, murmullos indescifrables, alguna que otra tos. Cada uno buscaba su lugar, marcado con su nombre en un cartel.

—¿A tu niño le ha entrado miedo escénico? —preguntó, hiriente, Edgar.

—Mi hijo llegará ahora con su mujer, dirá lo que tenga que decir y nos iremos rápido de aquí —respondió Mónica sin ni siquiera mirarle a la cara.

—No hace falta que venga, creo que tendré que tomar yo el control de la situación.

—Tú no sabes controlar ni tu bragueta, querido.

—Qué rencorosa eres. Olvida el pasado. El futuro lo escribiré yo. Ya te contará Claire lo que me ha regalado.

Podría haberse callado, podría haber esperado a disfrutar de la cara de tonto que se le iba a quedar cuando viera cómo todos sus planes se iban al garete, cómo su querida hija le había adelantado por la derecha, cómo una vez más una mujer le daba la lección de su vida. Podría haberlo hecho, pero estaba harta.

—Ya sé lo que te va a contar Claire porque primero me lo ha contado a mí. Ya sé lo del equipo de asalto que tenéis en casa de su ex. Ya sé que conoce el paradero de los secretos de toda esta

gente. Ya conozco sus ambiciones porque tenemos las mismas. Quizás mi hijo no esté preparado para lo de hoy, pero tú no lo estarás nunca. Ahora deja ya de hacer el ridículo.

Esta vez sí le miró a la cara, la cara de un reo ante el cadalso. En el silencio, creyó escuchar sus dientes crujendo, pero resultó ser la estática de la gran pantalla de plasma que se encendía a sus espaldas. Se inició mostrando un color azul plano, mientras un pitido ponía a prueba los altavoces de la sala y los tímpanos de quienes la llenaban. Confusión general. Ahora todos podían ver la cara del novio en primerísimo plano, ajustando una videocámara. Se alejó, rozando el foco que tardaría en volver a dar una toma nítida. Parecía estar de pie, en un embarcadero.

Buenas noches a todos. Creo que no necesito presentarme, pero, aun así, lo haré. Soy Tomás, el novio. No se asusten, pero van a oír un golpe.

Un estruendo sordo, apagado pero contundente, provocó el revuelo entre los presentes, que ya se hallaban impacientes por la deriva de los acontecimientos. Edgar y Mónica se levantaron para pedir calma y poder ver mejor lo que ocurría en la pantalla.

Antes de nada, quiero darles unas explicaciones técnicas. Esto no va a ser una conversación o un coloquio. Yo no puedo escucharlos. Como bien sabrán, la sala donde se hallan es un búnker. Uno de los muchos requisitos que cumple es la privacidad. Ningún canal de audio o vídeo puede revelar lo que ocurre en su interior. Solo existe un canal de emergencia para poder comunicarse desde el exterior con ustedes y eso es lo que estoy usando yo ahora. Así que no pierdan el tiempo en gritarme, no los oigo. Y ahora que creo disfrutar de su atención, les contaré que el ruido que acaban de notar proviene de la puerta. Nada importante, un sistema añadido de seguridad para hacerla más inexpugnable. Todo es poco para mis queridos invitados. Los que entienden mi idioma disfruten de mis advertencias. Los que no, déjense llevar.

En la sala, la cortesía salió volando por los aires. Algunos se abalanzaron sobre la entrada, tratando de huir de su encierro. Fueron instantes de pánico, de miradas de reproche, de ira incontinente. Pero gran parte eran ancianos decrepitos o personas acostumbradas a no hacer ni el más mínimo esfuerzo físico y pronto se rindieron ante la evidencia de que cualquier esfuerzo era en vano. Humillados, volvieron a tomar asiento.

Tomás siguió hablando. De la deuda que los asistentes a la reunión tenían con los Pedregal y los Baxter. De la cara oculta de sus éxitos y las terribles consecuencias de sus vicios. Desgranó con detalle el plan de Mónica, el plan de librarlos a todos de sus ominosas cargas a cambio de invertir importantes sumas de dinero en el proyecto CLS. De que, lejos de resultarles gravoso, sería una oportunidad para aumentar sus fortunas de forma exponencial. Serían los piratas de un nuevo océano de datos en un mundo donde, en pocos años, la humanidad viviría sus vidas a través de una pantalla. Pero apuntaba que ese era el plan de su madre y de su reciente esposa, no su plan.

Mónica apenas podía reaccionar a lo que estaba sucediendo. Parecía vivir una pesadilla claustrofóbica, apoyada en la mesa desde donde debería estar presidiendo la reunión. Los

murmillos de su espalda sonaban lejanos, casi sumergidos. La voz de su hijo tenía un tono diferente, inaudito. Como la realidad distorsionada de un mal sueño. El soliloquio continuaba:

Mi compañía está amortizada, señores. Las torres ya están cumpliendo su función. Pero no crean por ello que yo no soy un hombre de palabra. Esta noche nuestras familias, que ya son una sola como prueba el oro de mi alianza, debían librarles de sus cargas. Pero ¿cómo se devuelve una foto incómoda, un vídeo comprometido, un documento inculpatario sin la certeza de que no hay una copia que pudiera seguir dañándoles? Es imposible. Lo único que se puede hacer es ofrecerles algo a ustedes que nos deje en igualdad de condiciones. Algo vergonzoso de nuestras familias, un seguro de vida que pudieran usar contra nosotros en caso de traición. Como, por ejemplo...

Tomás se retiró hacia un lado del plano para coger un ordenador portátil. Tras teclear en él, la pantalla ofreció las imágenes en blanco y negro de un hombre desnudo asfixiando a una muchacha atada a una cama. De fondo, se seguía oyendo la voz de Tomás.

Ahí tienen al exmarido de Mónica, matando a una inocente tras haberla violado. Horrible, ¿verdad? A mí aún me cuesta controlar las arcadas, aunque creo que ustedes tienen el estómago entrenado. He tenido tiempo para revisar sus secretos, los orígenes de sus fortunas, el precio de sus pecados. Mónica pretendía que lo saldaran todo con dinero, su dinero manchado de sangre, un dinero que, encima, acabarían recuperando con creces. Lo siento, pero a mí eso me parece un disparate. Ya sé que no hay lugar donde esté escrito que la vida es justa, pero ¿no sería precioso equilibrar la balanza? Vaya, creo que ahí viene mi mujer.

El idioma ya no era una barrera en la Sala Augusta. Los allí reunidos eran conscientes del espectáculo al que asistían, con una mezcla de intriga, pasmo e incredulidad. De todos ellos, sin duda Mónica era la más afectada. Cada palabra de Tomás le dolía como una puñalada en el vientre.

—Hola, cariño. Llegas a tiempo para saludar a nuestros invitados —exclamó Tomás, hablando hacia alguien que se acercaba—. Ya veo que te has puesto cómoda. Te pega más este estilo, mucho más operativo.

Claire entró en plano vestida con un precioso mono blanco de seda con espalda abierta y zapatos bajos a juego. Se quedó mirando a la cámara, con cara de no entender nada.

—¿A qué viene todo esto, Tomás? —le preguntó mientras se le iba acercando.

—Ven, que, si no, alteras la postal. Estaba charlando con nuestros invitados. Bueno, más que charla, es un monólogo porque no pueden interrumpirme.

La novia aceptó la invitación con prudencia, caminando con precaución por las tablas del embarcadero hasta situarse al lado de su marido. Trató de cogerlo por la mano para llevárselo

con ella, pero él reaccionó con rapidez y la rodeó con su brazo izquierdo por la cintura mientras que su mano derecha sacaba algo de la espalda.

—Te estoy apuntando con un calibre 38 al costado derecho. Hígado, aorta..., de esta no te libras ni a las puertas del monte Sinaí. Déjame seguir con lo que estaba contando.

En la reunión, se oyeron gritos contenidos al ver aparecer al arma en manos del novio. Edgar se abalanzó sobre Mónica.

—¿Qué está haciendo ese desgraciado?! ¿Qué es toda esta mierda?! —gritó él.

—Estoy tan perdida como tú. Guarda las fuerzas, quizá nos hagan falta —respondió Mónica, sin amago alguno de defenderse.

Tomás continuaba su relato:

Les estaba mostrando uno de los puntos débiles de nuestra familia. Pero no todo son cosas malas, también puedo hacer gala de mi fortaleza. Y ya que estamos en confianza vamos a tutearnos. Os confieso que si he llegado hasta aquí ha sido subiéndome a los hombros de un gigante como Nicolás Granda. Sí, Edgar, el incendio que provocasteis en su departamento no consiguió destruir mi legado, perdón, su legado. Él inició un camino que mis amigos y yo nos hemos encargado de continuar. Hasta que Claire me abrió los ojos y me mostró que no necesitaba a nadie, aún menos a unos traidores, ¿verdad?

—Suéltame y hablemos tranquilamente, mi amor —suplicó Claire.

—Mejor seguimos un momento así —dijo Tomás apretando aún más la presa—. ¿Cómo pudisteis pensar que alguien como yo, firme candidato a ganar la Medalla Fields, se dejaría engañar como un tonto? Llevo años jugando una partida que nadie conocía, midiendo con calma cada movimiento. Aún recuerdo la charla que me diste sobre el poder, Mónica. Sobre el poder como verbo y los cuentos del abuelo. Pues mírame. He podido encerrar a la élite del crimen mundial en una mazmorra, todos juntos. Y solo he tenido que invitarlos a cenar.

—Déjate ya de tonterías, Tomás. Esta finca está llena de soldados de mi padre. No cuentes salir de aquí con...

—¿Vida, Claire? Yo no tengo miedo a morir, porque le he dado un sentido a mi existencia. Pero tienes razón, es hora de ir acabando. Solo quiero decirte, Mónica, que me arrepiento de cada vez que te llamé madre. Porque no lo eres, el hecho de haberme parido no te otorgó ese privilegio. Creaste una vida sí, pero te llevaste otras tres. Aún sigues en deuda. ¿Sorprendidas porque lo sepa? ¿Acaso creíais que erais las únicas capaces de olisquear en la vida de los demás con un estúpido reloj de pulsera? Te informo, mi querida esposa, de que tu juguete interfiere con algunos equipos informáticos de alto rendimiento. En cambio, ¡los micrófonos analógicos que instalé por los jardines funcionan de maravilla! —remató Tomás gritando.

Luego se quedó en silencio, con la mirada perdida, buscando fuerzas para terminar.

—No sois brillantes ni maquiavélicas. No sois más que unas vulgares asesinas. No tenéis ningún talento especial. Vuestra única ventaja, como la del resto de los que estáis ahí, es vuestra

falta de empatía. Habéis malgastado vuestras vidas y las de muchos inocentes por pura codicia. No quiero saber nada más de gente como vosotras. Me dais asco.

La voz de Tomás se fue apagando y Claire aprovechó el momento de debilidad para librarse de él. En el forcejeo, ambos perdieron el equilibrio. Una detonación los acompañó en su caída al río. La escena del embarcadero quedó desierta en la pantalla, la foto fija de un suelo de tablas y dos postes pintados de azul y blanco. Mónica quiso gritar, pero no pudo. Un estruendo sorprendió a todos desde el fondo de la sala.

El medallón con la cara del emperador romano que decoraba la pared estalló en mil pedazos, vencido por una violenta masa de agua que se llevó por delante todas las sillas y cuerpos que encontró a su paso. Pronto todos se subirían a la tarima, en busca de un lugar elevado donde guarecerse de la inundación. La pantalla de plasma reventó por la presión de la multitud y se volvió un crisol de cristales coloridos. Alguien se percató de que uno de los invitados más ancianos tenía una botella de oxígeno y trató de arrancársela. A la pelea se sumaron otros tres, que solo consiguieron romper la válvula y conseguir que el recipiente saliera despedido como un torpedo sin control. Mónica, arrinconada, veía cómo Edgar trataba de alcanzarla con los ojos inyectados en sangre, pero estaba atrapado en la estampida humana que trataba de encontrar una salida sin éxito. Tras los gritos, se oían explosiones de fondo. Debían de ser los fuegos artificiales que iban a entretener al resto de los invitados mientras se celebraba la reunión. Pronto las aguas anegaron todo el volumen de la estancia. Entre ellas vio carpas de colores y cayó en la cuenta de que estaban siendo engullidos por el estanque del jardín. Habían caído en una trampa perfecta, diseñada con paciencia y esmero.

Mónica debería estar luchando por su vida, como el resto de los cautivos en la sala, pero su cuerpo no reaccionaba. Era incapaz de asimilar que su hijo la quisiera ver muerta. El rencor de sus palabras, escogidas para hacer el mayor daño posible. El tono de su voz, que en nada se parecía al del chico que la había abrazado camino al altar. Por mucho que se sintiera traicionado, por mucho que le asqueara el papel de su familia en el juego de poder, ¿cómo se podía llegar a odiar tanto a una madre, que todo lo había hecho por su bien? ¿Dónde estaba el error?

Delante de sus narices. Llevaba años frente a él y no lo había querido ver. Su hijo nunca había sido normal. Tenía algo roto en su interior desde el momento justo de su nacimiento. Trató de esquivarlo, de convencerse a sí misma de que los años curarían ese mal. Sintió alivio al ver cómo se relacionaba con sus amigos, con aquel pequeño grupo que había formado. Pero temió perderlo no como hijo, sino como fiel sucesor del imperio. Ahí estaba el fallo, pisotear su juguete máspreciado. Y ahora iba a sufrir la rabieta de una mente superlativa, pagando con la vida su fracaso como madre, sufriendo el mismo destino del maldito matemático al que había ordenado matar. De eso, nada. José Antonio Pedregal no había criado a una llorona perdedora. Iba a salir de allí y a sacar a su hijo del río para hacerle pagar por aquello.

«Lo siento mucho, Valentino», pensó Mónica desgarrando su vestido por la abertura de la pierna para ganar movilidad. Deshaciéndose de sus zapatos, cogió un poco de aire en el breve

espacio que quedaba contra el techo y buceó hasta el fondo de la sala mientras el resto arañaban las paredes como ratas. Pensó en el sitio por donde había entrado el agua: el medallón. Recordó la conversación con Tomás cuando, hablando sobre la decoración de la sala, le preguntó a su hijo por aquella efigie hortera.

—No sé, madre. Viendo la pared tan desnuda, colocar esto me pareció la única salida.

La única salida. Donde antes estaba la cara del emperador Augusto encontró un hueco por donde colarse a duras penas. Una luz mortecina, al fondo de aquel estrecho tubo, la llenó de esperanza. Dos brazadas más la llevaron frente a ella. Era un pequeño rótulo de plástico, con tres nombres en letras brillantes: Salvador, María y Colás. El último mensaje. Sobre él, separándola de su única oportunidad de supervivencia, una gruesa verja de hierro forjado. Usó su último aliento para zarandearla inútilmente. Más que una verja, era una lápida.

Tras soltar el poco aire que le quedaba en los pulmones, tuvo que respirar. El agua le atravesó el pecho como un millón de agujas. Sintió una violenta arcada y volvió a ahogarse, esta vez con su propio vómito. Su cerebro quería salirse del cráneo en un dolor inenarrable. Se sacudió entre violentos espasmos tratando de huir de la horrible tortura durante unos segundos que parecieron horas, hasta que las gélidas aguas se fueron templando y su cuerpo dejó de sufrir. Perdió la noción del espacio y de su propia posición. Creía tener los ojos abiertos, pero no veía nada. En medio de la más absoluta oscuridad, su oído se afinó.

De fondo, una dulce melodía le resultó familiar. La canción que Tomás había escogido para después de los fuegos artificiales. *No surprises*, de Radiohead. Recordó haber visto el angustioso vídeo musical donde el cantante se iba ahogando lentamente dentro de una escafandra de cristal. Solo que al final del vídeo el chico conseguía respirar. Ella no iba a tener tanta suerte. Sus pensamientos comenzaron a tornarse abstractos, como justo antes de quedarse dormida. Su última imagen fue verse a sí misma haciendo el amor con su marido, concibiendo a Tomás la misma madrugada que Nicolás moría en el accidente. Y después, la nada.

Una carta, una llave y una caja

Tras quitarse el casco y liberar sus indomables rizos, Claudia respiró con fuerza y dejó que el aire impregnado de salitre le limpiara los pulmones. ¿Por qué la gente se gastaba una fortuna buscando playas por Vietnam o Australia, cuando tenían Xagó a diez minutos de casa? La vista del arenal desde lo alto de la carretera siempre le había parecido paradisíaca. Cuántas resacas había paseado con su padre, los domingos por la mañana, para luego tomar un vaso de mosto con unas aceitunas a la orilla del mar. Sentada a lomos de su moto, tuvo la tentación de dejarse llevar por la nostalgia, pero recuerdos más cercanos aporrearon su mente, gritándole por qué estaba allí.

Las últimas veinticuatro horas habían sido las más extrañas de su vida. En inicio, no tuvieron nada de especial, cubriendo un evento importante, fracasando una vez más en su búsqueda de una foto de portada. Luego vino la conversación con aquel anciano enigmático que le hizo irse para la cama dando vueltas a la relación que tenía con los Pedregal, al hecho de que Sagu estuviera detrás del casual encuentro.

Temprano por la mañana, la alarma del móvil le recordó el origen de sus ingresos y el motor de un helicóptero sobrevolando el pueblo la disuadió de su idea de ducharse con calma antes de bajar a desayunar.

—¿Qué hacen volando tan temprano? ¿Y dónde está la gente? —preguntó al dueño del bar mientras terminaba de recontar el contenido de su mochila.

—No lo sé muy bien, pero ha pasado algo gordo —respondió él entre el silbante chillido del vapor de la cafetera.

—No puede ser, joder. Otra vez que no me entero de nada. Otra vez que me adelanta todo el mundo —se lamentó la joven fotógrafa, avanzando hacia la barra para saldar sus cuentas, con la clara intención de largarse en ayunas.

—Tómate el café con un trozo de bizcocho, no vas a ganar nada por salir corriendo —le dijo la señora del dueño con resuelta dulzura.

—Gracias, pero es que si no consigo algo decente no me va a dar ni para pagarles el desayuno.

—Mira, *neña*, de eso no tienes que preocuparte. Aquí no debes nada porque estás invitada.

—No, por Dios, no se lo puedo permitir. Ustedes no tienen la culpa de mi mala suerte.

—No me has dejado terminar. No somos nosotros quienes te invitamos. Tus gastos corren por cuenta del señor Peláez —atajó la mujer sonriendo mientras le entregaba un papel.

Claudia cogió el papel, reconociendo al instante el membrete de la academia Laplace, el lugar donde don José había conseguido que una indolente estudiante de tercera consiguiera aprobar el

graduado para cursar después Imagen y Sonido. Le debía tanto al viejo maestro... Pero ¿qué pintaba en todo aquello?

Querida Claudia:

Siento dirigirme a usted a través de estas líneas y no en persona, tomando un café como hacen los buenos amigos. Espero sepa comprender que la situación nos apremia y nos obliga a prescindir de los formalismos. Creo que he conseguido en estos años demostrar que soy una persona seria, así que usaré mi crédito para pedirle que confíe en mí sin dudar de que mis intenciones, por extrañas o crípticas que le parezcan, son honorables y buenas para sus intereses. No en vano yo también deposito en usted toda mi confianza, conocedor como soy de su valía profesional y de su ética intachable. No me excederé más en mi prosa e iré de una vez al grano. Alguien de gran valor para mí me ha pedido que le deje un recado. Diríjase al cementerio de Muros y pregunte al enterrador por la familia Granda. Dígale que le manda el señor Peláez. El resto ya lo irá usted viendo. Solo le ruego una vez más su confianza ciega. Le prometo que hablaremos más adelante con un café de por medio, al que seguro me invitará usted.

Atentamente

Con el bizcocho todavía descendiendo hacia el estómago, apenas ayudado por dos sorbos de café, Claudia encaró con su moto el pasillo formado por unos majestuosos eucaliptos que custodiaban la entrada al camposanto del pueblo. En la puerta, afanándose en tirar unas enormes bolsas de basura al contenedor, se hallaba un señor vestido con una funda de color verde.

—Buenos días. Busco al enterrador —preguntó la reportera.

—Pues no busques más, que lo tienes delante —dijo el hombre sacando un paquete de Ducados.

—Vengo por la familia Granda, de parte del señor Peláez.

—Sí, ho, ya me dijo el maestro que iba a venir una moza rizada preguntándome eso —dijo el paisano prendiendo un cigarrillo arrugado.

Claudia paseó tras él entre tumbas y panteones hasta llegar a la zona más modesta, la de los nichos, la demostración de que la muerte no acaba con las diferencias de clase. Por el camino, se cruzaron a una señora muy anciana que los saludó con apenas un hilo de voz.

—Ahí van mil duros —dijo el enterrador, sonriendo entre dientes.

—¿Cómo? —consultó Claudia extrañada.

—Bueno, o treinta euros, que yo me arreglo mejor en pesetas. Es lo que me dan por cada entierro.

Asimilando el humor del sepulturero, tan negro como el tabaco que fumaba, llegó hasta las lápidas que andaba buscando. Salvador Granda. Nicolás Granda. María Granda. Violeta Menéndez. El hombre señaló con su mano las inscripciones. Bajo cada una de ellas había una rosa blanca, fresca como una mañana de octubre.

—Aquí los tienes a los cuatro, se fueron todos en menos de un mes, hace más de veinte años.

—¿Los conocía? —preguntó ella.

—Claro que sí, eran de lo mejor que salió de este pueblo. Fue muy sonado de aquella. Recién muerta ella de cáncer, se fueron los otros tres en un accidente de coche. Esas cosas no se olvidan.

A ver, que todos tenemos plaza aquí, pero marchar así, tan de golpe...

—¿Y por qué quería don José que viniera yo aquí? —añadió Claudia, que seguía sin entender nada.

—Eso ya no es cosa mía. El viejo vino ayer de noche a mi casa, que está al otro lado de la carretera, y me dio las flores y unas cosas para ti. Luego se subió a una furgoneta y se marchó sin más. Conozco bien a don José y por eso le hago el favor, que si es otro ni le abro la puerta a esas horas. Ahora ven —le invitó el operario.

De nuevo en la puerta del cementerio, el tipo abrió su furgoneta y sacó una bolsa de la guantera. Dentro había una carta, una llave y una caja envuelta en papel de estraza. El hombre se despidió sin más y cogió su carretilla para seguir con sus labores. Claudia pudo escuchar en una radio que tenía el enterrador, colgando de la verja, cómo comentaban algo sobre la búsqueda de dos personas en la desembocadura del Nalón y el secretismo que rodeaba al incidente. Sintió la punzada de soltar la bolsa y correr hacia la noticia, pero le pudo una mezcla de curiosidad, lealtad al profesor e instinto de que algo valioso se escondía allí dentro. Comenzó a buscar explicaciones leyendo la carta.

Hola de nuevo, mi fiel amiga:

Si has llegado hasta aquí es señal de que mi fe en ti está bien fundada. Las tumbas que acabas de visitar son, en gran parte, el motivo de que se crucen de nuevo nuestros destinos. Junto con esta carta hay una llave. Dicha llave abre el portón de una nave industrial, propiedad de Sagu, la número 15 del polígono Maqua. En su interior, dispuestos en unos ficheros, hay multitud de documentos en diversos soportes: cartas, contratos, fotos, vídeo; todo está clasificado y organizado en una carpeta que encontrarás sobre los armarios. También las instrucciones concretas sobre cómo obrar con cada uno de dichos documentos. ¿Y de qué se trata? Estamos a punto de asistir a un terremoto internacional. Mientras lees esta carta, un vendaval de datos se está desatando por toda la red. Las agencias de información de medio mundo se afanarán en dar mil y una versiones de los hechos, tratando de confundir a sus consumidores. Pero la verdad solo tiene un camino, como la verdadera justicia, cosas que con los siglos hemos dejado en el olvido. Y todo eso, que llevaba años oculto, está ahora en esa nave. Es el arca de la alianza, el santo grial del periodismo, la caja de Pandora de los secretos más inconfesables. Cuídate muy mucho de seguir las instrucciones y de no dejar que otros se aprovechen del tesoro. Quien nos hace este regalo es muy celoso de su obra y siempre tiene un as en la manga por si alguien osa traicionarlo. Y la caja... es un regalo para un viejo amigo. Quiero que se la entregues en mano. Vete a la ermita de San Juan, sobre la playa de Xagó, y pregunta por Félix Álvarez. Le dices que es un regalo de parte de Ramón, el de la Casina, y también estas palabras exactas: «Lo del puente no fue un accidente». Suerte y vete despacio con la moto. Esta historia lleva muchos años queriendo ser contada y no le importa esperar un poco más. Vigila bien tu espalda.

Atentamente

De camino hacia el polígono de Maqua, Claudia apretaba los dientes cada vez que engranaba una marcha de su moto. Jamás había mirado tanto por el retrovisor en su vida, por eso estaba segura de que nadie le seguía los pasos. Dudó en seguir hacia la playa y dejar lo de la nave para la vuelta, pero su insaciable intriga le hizo parar a echar un vistazo furtivo. Todo iba según el plan. Domingo por la mañana, en la absoluta soledad del entorno industrial, la llave giró sin

problemas en la cerradura. Dentro, pegada a una pared, estaba una imponente fila de armarios grises, los archivadores de los que hablaba la carta. Obviando por las prisas la carpeta roja de las instrucciones que descansaba sobre los muebles metálicos, abrió un cajón y cogió un dossier al azar. Aunque su total desconocimiento del alemán le impidió profundizar en el contenido, el logo de una conocida empresa junto con un sello con la cruz gamada le valió para entender la gravedad de lo que tenía en las manos. Las fotos de personas desnudas en camillas, como vulgares cobayas, terminó de convencerla para cerrar de nuevo el cajón. Solo picoteó en un par de ellos más para comprobar el alcance de la barbarie y la altura a la que iba a salpicar. Antes de irse, reparó en un maletín que había al pie de los armarios, con una nota encima que rezaba «Por las molestias». Al abrirlo, descubrió que rebosaba fajos de billetes, como en una película de traficantes. Salió corriendo de la nave y cerró con llave para salir, con más dificultades por los temblores que se habían apoderado de sus manos. Tocaba seguir con las tareas.

—Disculpe, ¿sabe si vive por aquí Félix Álvarez? —le preguntó la fotógrafa a una mujer que salía de la ermita.

—¿El sargento? ¿Para qué lo querías? —indagó la parroquiana con desconfianza.

—Tengo un paquete para él —supo driblar la periodista, haciéndose pasar por una repartidora.

—Madre, ya os hacen trabajar hasta los domingos —se apiadó la señora indicándole con el dedo una casa cercana.

Tras agradecerle su amabilidad, se dirigió andando hacia la puerta que le habían indicado. Un señor mayor pero fuerte, con el gesto serio de alguien con autoridad, se asomó ante la llamada.

—Buenos días. Yo soy Félix Álvarez, ¿quién pregunta por mí?

—Mi nombre es Claudia y vengo a darle un paquete..., un encargo de Ramón, del señor Ramón, el de la Casina. Bueno, es que me manda para que le diga... —los nervios no la dejaban terminar bien una frase.

—Los repartidores no van así vestidos, ni llevan esas motos ni usan mochilas de fotógrafos, así que ya puedes coger aire, pensar con calma lo que vas a decir e intentar no mentirme, hija.

Claudia se derrumbó ante el aplomo de aquellas palabras, como un borracho ante un control de alcoholemia. Tomó aire como le habían recomendado y escogió su siguiente movimiento.

—¿Puedo pasar para que hablemos con más calma? —suplicó con su voz más dulce.

—Me parece que te vendrá bien un vaso de agua —respondió Félix.

En el recibidor, había un cuadro con el escudo de la Guardia Civil que le explicó a Claudia por qué la de la ermita lo había llamado el sargento. De fondo, se oía la voz de una mujer entre ruido de cacharros que preguntaba por el motivo de la visita, cosa que el señor Álvarez resolvió con un «nada, enseguida se va a ir». Todo invitaba a la premura.

—Tranquilo, no necesito agua. Soy fotógrafa, vendo fotos a periódicos, pero no me trae el trabajo. Estoy aquí por encargo del profesor Peláez. Ayer conocí también a Ramón, el de la Casina, que me habló de un montón de cosas rarísimas. Ahora mismo debería estar trabajando, pero todavía no sé por qué me encuentro haciendo de recadera. Créame, no busco problemas, solo le hago un favor a un desconocido porque me lo pide un amigo.

—Sé que no buscas problemas, por eso te he dejado entrar. También sé que estás muy nerviosa y eso sí me preocupa. ¿Qué más escondes?

—Tengo que decirle una frase, palabra por palabra: «Lo del puente no fue un accidente». No sé qué quiere decir, le repito que solo soy una mandada.

El gesto del señor Álvarez cambió por completo, hasta el punto de que necesitó sentarse en la butaca que tenía detrás. Solo extendió la mano para coger el paquete y añadió:

—Ya sé quién eres, *rapacina*. Eres el ángel al que le llevo rezando desde hace más de veinte años. Ahora márchate antes de que mi mujer quiera invitarte a comer. Necesito un poco de tranquilidad. Y gracias.

Claudia se despidió con un gesto y salió de la casa para subirse en su moto sin mirar atrás. Solo comprobó que llevaba a buen recaudo la llave de la nave antes de poner tierra de por medio. Fue tragando marchas sin rumbo, tomando desvíos a derecha e izquierda hasta que se vio sola, frente al mar, a la entrada de la vieja mina de Llumeres. Allí destrozó las dos cartas del señor Peláez y dio un grito para sacar los demonios de dentro. ¿En qué follón se había metido?

Disfruta del espectáculo

Encerrado en aquel cuartucho blindado, después de destrozarlo todo en un intento inútil de acabar con su cautiverio, Lance se sentó en el suelo a repasar lo ocurrido y no solo esa noche. Había tenido una buena vida, haciendo lo que más le gustaba por el mundo entero. Había visto a la muerte de cerca tantas veces que ya era su amiga. Siempre terminaban sus encuentros con un «hasta pronto», procurando burlarse otra vez de ella, aprendiendo a esquivarla con gracia. Pero sabía que era imposible ser más listo que la huesuda. Era solo que ella disfrutaba con el juego del gato y el ratón y cuanto más escurridizo era el ratón, más le divertía la partida. Hasta que se cansaba y sacaba la guadaña a pasear. Entonces estabas perdido. Y Lance podía ya oler el roñoso acero de su filo.

El plan había tenido dos fases: antes y después de que perdieran el control de la situación. La entrada a la finca, la toma de posiciones, el acercamiento a la casa, el apagón, todo había ido suave como una mañana de domingo. Incluso la voladura de las cristaleras, que se disolvieron como terrones de azúcar dejando a las cortinas como única barrera ante el objetivo. Justo ahí fue donde comenzaron los problemas.

Alfa, Bravo y Charly no se encontraron lo que esperaban, lo que Tango les había dicho desde el control, lo que la cámara cantaba hacía diez segundos. La visión en modo nocturno no mostraba a un grupo de personas sentadas a la mesa, sino una sala vacía. Tango se apuró en preguntar qué veían, pero nadie parecía escucharle, pues ellos no paraban de preguntarle lo mismo. Tras la confusión inicial, una ráfaga de luces estroboscópicas cegó a los miembros del comando, obligándolos a retirarse de la cara sus gafas de visión nocturna. Por si el espectáculo visual era poco, comenzó el concierto.

—Pero ¡¿qué cojones es esa música?! —gritó Alfa.

—Es Carole King —respondió Bravo.

You've got a friend, de Carole King, sonaba a todo volumen por el sistema de altavoces de la casa. ¿Qué era aquello? Tango seguía intentando por todos los medios contactar con sus hombres para decirles que se largaran corriendo de allí, que era una maldita trampa, pero seguían sin oírle. Él, desde el control, tenía audio y vídeo, pero su comando estaba ciego y sordo. Se fijó en la cocina, por donde caminaba Delta para completar la pinza que tenían planeada en el salón. Allí se reunió con el resto, igual de confundido, igual de perdido.

Pero no estaban solos. De vuelta al monitor de la cocina, vio salir a alguien del arcón frigorífico que había pegado a una de las paredes. Una figura totalmente vestida de negro, un tipo grande que se movía con sigilo con un subfusil en las manos. Qué hijo de puta. Seguro que era

Sagu. Él y su amigo se lo vieron venir. Quizás el tipo de la garita jugaba a dos barajas y los había vendido. La Baxter había fallado. Tocaba el plan B.

Tango se dispuso a salir del cuarto de control, pero la puerta no se abría. Le dio una patada, pero era acorazada. Sacó su pistola para disparar a la cerradura. Nada. No disparaba. Sacó la bala de la recámara, revisó el cargador, la armó de nuevo. Nada, no iba. Los monitores confirmaron la peor de sus sospechas. En todos salió el mismo rótulo sobre fondo negro: «Siéntate y disfruta del espectáculo».

Volvió a tomar asiento e intentó sin éxito restablecer la comunicación. Las pantallas mostraban a su equipo peinando las estancias de la casa mientras por el pasillo la silueta negra caminaba pegada a la pared. Delta, que ya se encontraba en el ala de los dormitorios, fue el primero en caer. Dos disparos por la espalda, efectuados desde la puerta, lo dejaron tendido en el suelo. Otros dos a bocajarro remataron su cuerpo. Ni el volumen de la música pudo disimular las detonaciones, alertando a Alfa y a Bravo, que se encontraban en el pico de la uve que formaba la planta de la vivienda, el cuarto de las guitarras. Salieron de allí, cubriéndose con cuidado de nuevo hacia el salón, mientras Charly les gritaba desde el jardín.

—¡Ha sido en la habitación 1! He visto destellos por la ventana. Delta ha cazado a alguien. Id por el pasillo, ¡yo os cubro desde fuera!

Pero a Sagu no le hacía falta el pasillo para moverse. Abrió una puerta camuflada en la pared del cuarto y desapareció. Adonde fuera que hubiera ido no aparecía en los monitores. Seguro que era la habitación secreta que daba acceso al sótano. Maldita rata. Mientras, Alfa y Bravo avanzaban con cuidado por el corredor hasta llegar a la habitación para comprobar con espanto el cuerpo sin vida de su compañero.

—Delta ha caído, repito, Delta ha caído. ¿Qué coño pasa, Tango? ¿Qué es esto?

A ciegas y sin el apoyo de su jefe, el instinto les hizo salir con cautela del cuarto y seguir peinando los huecos contiguos, pero a Sagu ya le había dado tiempo a salir como un fantasma por las paredes del estudio de grabación, cruzar raudo el salón y sorprenderlos desde la esquina que formaba la uve en el pasillo. Esta vez no logró ser tan sigiloso. Alfa y Bravo consiguieron darse la vuelta y encañonarlo, pero sus armas tampoco funcionaban. Esa fracción de segundo entre que apretaron sus gatillos y comprobaron con horror que sus fusiles solo hacían el clic de una cámara de fotos, ese instante le valió de sobra a su rival para fusilarlos sin piedad, a ráfagas cortas y letales. Desde el jardín, Charly chillaba desesperado:

—¿Alfa? ¿Bravo? ¿Tango? ¡¿Qué cojones pasa aquí?!

Con toda la calma del mundo, Sagu volvió sobre sus pasos y se dirigió al exterior a encontrarse con su última víctima. Apartando una de las cortinas del salón, le saludó desde la lejanía. Charly se quedó alucinado al ver a la silueta negra agitando el brazo, como si de una broma se tratara. Empuñó con decisión su arma e intentó abrir fuego para darse cuenta enseguida de que tenía entre las manos poco más que un trozo de chatarra.

—¿Hablas español, colega? —le preguntó Sagu, que seguía pegado a las cortinas.

—Lo justo para cagarme en tu madre, cobarde —respondió Charly.

—Vaya, me suena tu voz. Tú estabas el día de Jamiroquai, cuando la movida en el bar.

—Sí, yo también te conozco, Sagu.

—Bueno, nos ahorramos las presentaciones. ¿Te gusta Carole King?

—No, me parece muy floja, como tú —dijo Charly mientras iba dando pequeños pasos hacia su objetivo.

—No soy flojo, solo aprovecho mi ventaja. Como ibais a hacer vosotros, supongo —respondió Sagu, que no dejaba de apuntarle con la mira láser.

—Suelta tu juguete y pelea como un hombre —le retó Charly mientras se despojaba de su equipo y sacaba un machete de su cinturón.

—Vale —contestó Sagu soltando su subfusil MP5.

A Lance se le escapó una sonrisa malévola desde su asiento. Charly, su amigo Jonah, era el mejor con un cuchillo en la mano. Todavía estaba en su recuerdo la última misión en Nagorno Karabaj, cuando habían eliminado a la familia de un jefe armenio haciéndose pasar por fuerzas azeríes, para sacudir el avispero y hacer más rico a Edgar Baxter.

En aquella ocasión, hubo que ser silenciosos y Jonah se había cepillado sin problemas a los grandullones que protegían la puerta de la vivienda. Una sola puñalada a cada uno, como picaduras de cobra. Lo mismo había hecho después con la mujer y los niños, sin dudas, sin piedad.

Hoy iba a ser igual. Se cargaría a Sagu, le ayudaría a salir de la garita y después le dejaría divertirse cuando encontraran a los demás, que no podrían estar muy lejos. Todavía quedaba partido. ¡Vamos, campeón!

—Charly, ¿has visto *En busca del arca perdida*? —soltó Sagu cuando le separaban apenas diez metros de su contrincante.

A Jonah no le dio tiempo ni a entender la pregunta para buscar una respuesta. Lance tuvo que ver con impotencia cómo el indio, desprovisto ya de pasamontañas, sacaba un revólver de su espalda y abatía sin problemas a su amigo, rematándolo después en el suelo como había hecho con el resto. No pudo contenerse y reventó uno de los monitores de un puñetazo. Gritó, pateó de nuevo la puerta, los cristales, las paredes. Se volvió loco, como un tigre enjaulado, consciente de su derrota, de cómo había llevado a su equipo al matadero. Cuando hubo descargado por completo su ira, volvió a revisar los monitores para comprobar cómo Sagu ya no aparecía en ninguna de las imágenes. Intentó hacer una desesperada llamada de teléfono, pero vio que ninguno de los móviles tenía cobertura. Las pantallas se fundieron a negro y volvieron a emitir mensajes.

Déjalo ya, no hay forma de salir. Soy Salva y tengo el control. Claire será muy lista, pero no tanto como yo. Se acabó. Tus amigos acabarán en el camión de la basura. Tú tienes hasta el amanecer para pensar. Todo terminará cuando llegue la policía. No te preocupes, ya me pondré yo en contacto con Claire. Te haré quedar como un campeón.

Adiós

Después, los monitores se apagaron para no encenderse más. Por la ventana tuvo que asistir al paseo de Sagu, saludando, que se llevó el camión hacia la entrada de la casa. Lance supo que iba

a meter los cuerpos de sus compañeros dentro. Ironías del destino. Al rato, llegó a la propiedad otro camión, una enorme cisterna rotulada con el logotipo del Grupo Alkaloan. En menos de un cuarto de hora, se fue por donde vino sin dejar rastro. El porqué de aquella visita fue una de las cosas que le mantuvieron despierto toda la noche. ¿Cómo los habían engañado? ¿Cómo les habían saboteado las armas? Desmontó su pistola para comprobar que el fallo estaba en la aguja percutora. Nada apreciable, unas décimas de menos en su punta, lo justo para no llegar a dar al casquillo. Un trabajo exquisito, todo había que decirlo. Se la habían metido hasta el fondo y no habían notado nada. Cuando Lance escuchó acercarse las sirenas de la policía, pensó en las palabras de Salvador. ¿Qué quería decir con «todo terminará»? Un fuerte olor a gas, inundando la garita, le dio la pista de cuál sería su fin. Nadie iba a interrogarle por lo ocurrido. Quien a fuego mata...

35

Créeme

Las luces rojas que les habían iluminado durante el trayecto parpadearon tres veces para luego volverse de un blanco cálido. Un tono mucho menos asfixiante, pero algo más dañino para los ojos, desacostumbrados tras tantas horas de penumbra. Seguir el consejo de su hijo, Salva, de tomar un ansiolítico antes de partir se había confirmado como una decisión inteligente. ¿Quién, si no, iba a soportar más de mil kilómetros dentro de un submarino con ruedas?

Sagu fue el primero en incorporarse y ayudar a los demás a salir de sus angostas literas, para después dirigirse al fondo y pulsar un interruptor. Tras diez interminables segundos, un ruido metálico sacudió la estancia acompañando la esperada entrada de la luz exterior. Un hombre muy moreno y de aspecto serio les ayudó a todos a descender por una escalerilla de andamio llena de salpicaduras de pinturas al suelo de cemento de una nave industrial. Los conductores, dos hermanos de la pandilla del barrio de Salva, se despidieron del grupo con un abrazo antes de soltar la cisterna y marcharse solo con la tractora.

—Bueno, gente, ¿qué tal el viaje? —dijo el más joven.

—No ha estado mal. Gracias, Jorge. Gracias, Dani. Creo que vamos a tardar en vernos —les contestó Salva dándoles un apretón de manos.

—Una pena, nadie paga los portes como tú, amigo —dijo sonriendo Daniel, el mayor, mientras señalaba el flamante camión nuevo que se llevaban como salario.

Al resto les esperaba una furgoneta con los cristales tintados, de lejos más cómoda y lujosa que el camión cisterna que les había traído hasta allí. Amanda no pudo contener un suspiro al ver a todos sanos y salvos en sus asientos y, cogiéndole con fuerza el brazo a su hijo, susurró:

—Qué ganas tengo de darme una ducha.

Desde las últimas plazas del vehículo, su marido, Víctor, que no había abierto la boca en todo el camino, exclamó:

—¿Quién decías que había reformado la cisterna, Salva?

—Fer, papá —respondió su hijo.

—¿Qué Fer? —preguntó de nuevo el padre.

—El que tiene el taller en Las Arobias, que la madre es de San Esteban y el padre trabaja en la radio.

—Ah, coño, Fernandito. Pues dile que es un calderero cojonudo, que todo muy guapo y muy bien soldado, pero que no se hubiera matado por poner somieres de tablas en vez de una chapa, que tengo la espalda deshecha —protestó Víctor.

—Para la próxima se lo comento —sentenció Salva dando la mano a su madre.

Amanda se pasó el resto del viaje en silencio, contemplando la costa portuguesa bañada por el sol del otoño como en una preciosa postal. Prefirió no preguntar más y disfrutar de un momento de calma, tras el día tan extraño y lleno de miedo que había superado. No tardaron mucho en llegar a su destino, una modesta casa a las afueras de un pueblo pesquero, la viva imagen de la paz bucólica. Le costó unos instantes reconocer el rostro de su anfitrión, que los esperaba en la puerta con los brazos abiertos. Ya no pudo contener más las lágrimas.

—Pero, Tony, ¿eres tú? —sollozó Amanda.

La explosión de abrazos, alegría y sorpresas llegó a su punto álgido cuando Gerardo salió al encuentro. No cabían los reproches por las mentiras que les habían rodeado durante el último año, solo la felicidad de juntarse de nuevo como una familia normal. Hubo tiempo a tomar unas cervezas mientras hacían cola para usar el baño, a refrescarse y ponerse ropa cómoda, incluso a peinarse como es debido para disfrutar de una buena comida al aire libre. Allí, en la intimidad que les otorgaban un corro de cipreses, se fueron respondiendo una a una las preguntas que afloraron ya en la sobremesa con aroma a café recién hecho. Nadie parecía querer hablar del elefante en la habitación. Como siempre, le tocaba a Amanda.

—Creo que ya va siendo hora de hablar de los otros, los que faltan.

—Bueno, mamá, estamos los que tenemos que estar, creo yo —se adelantó Salva.

—No, nene, no digo que los eche de menos aquí. Pero tú has..., ya sabes, lo de los ordenadores. ¿De verdad estamos a salvo de esa gente?

—Te lo prometo, mamá, se acabaron las mentiras —le contestó su hijo mirándole a los ojos.

—Pues quiero que me contéis algo de la fiesta en la Quinta de los Selgas —prosiguió Amanda, metiendo a Sagu y a Nila en el plural.

—Adelante —invitó Sagu, sabiéndose interpelado.

—Cuando marchábamos, vi a Claire ir a por Tomás en el jardín. Aquella noche os enfadasteis, ¿no?

Amanda se quedó en silencio, el tiempo suficiente para preocupar a todos los presentes.

—¿Qué pasa, mi vida? —le preguntó Víctor.

—Nada, cariño. Vais a pensar que estoy loca —retomó Amanda.

—Estamos preparados para oír cualquier cosa —le animó Nila.

—Pues que justo cuando se acercaba Claire a Tomás estaba sonando una música muy especial y sentí un respingo por la espalda. Se me quedó grabado. Era la de *Espartaco*, la de la película. La preferida del disco que tenía Violeta, la que se ponía siempre al volver de la quimio.

—¿Y cuál es la pregunta? —dijo Sagu.

—Tú, que seguiste trabajando para Tomás, ¿sabes de qué hablaron? —le consultó Amanda sin rodeos.

—Creo que Claire le preguntó por algo que yo había dicho durante el concierto. Lo de llamarle «el gato que todo lo sabe». Tomás le contestó que era una...

—Tontería. Una tontería que me había dicho una chica a la que echaba mucho de menos, lo último que me había dicho antes de no volver a verla nunca más —dijo Tomás desde la puerta que daba acceso al patio, congelando el momento.

—Y yo le contesté que eso no era verdad, que lo último que le dije aquella mañana fue «Venga, Colasín, no te enfades y ponte el cinturón».

Si la entrada de Tomás había provocado sorpresa, la de Claire casi detuvo el corazón de Amanda, que vio en su aparición la de la misma muerte. La mano de Víctor, que estaba sentado a su lado, la rodeó por el hombro en un gesto innato de protección. Sintió la sangre golpeando con fuerza su pecho, el calor subiendo por la boca de su estómago, el sabor metálico del miedo en su boca. Pero todo se volvió aún más confuso cuando Nila y Salva se levantaron a abrazar a los recién llegados con todo el amor que se puede expresar en un gesto. De nuevo, parecía que ella y su marido eran los únicos que no habían sido invitados a la fiesta.

Repuesta del susto, se levantó de la mesa con enfado y se metió en la casa dando un portazo tras de sí. Todos se quedaron hablando con un Víctor catatónico. Solo Salva se acercó al sofá, donde su madre contenía su ataque de ansiedad enterrando la cara en un cojín. Durante unos minutos, se conformó con sentarse en silencio a su lado. Hasta que decidió que era el momento de empezar a hablar.

—Esto es muy complicado, mamá. Yo también pasé por esto la noche de la fiesta. Pero una vez que lo entiendes y lo asumes sin prejuicios es más fácil.

—Pero ¿de qué me estás hablando?

Salva empezó a contar que Tomás no era alguien normal, ya de nacimiento. Mejor dicho, desde antes de nacer. Que alguien, llámalo Dios o destino, había puesto a Colás en su interior, su consciencia intacta. Que eso lo explicaba todo: su forma de ser, su genialidad, el hecho de que supiera que Nila se llamaba así por una canción de Los Brincos... Amanda escuchaba disparates y disculpas, tan absorta que no se dio cuenta de quién se sentaba a su otro lado para cogerle la mano izquierda.

—¿Qué tal, Amanda? ¿Estás más tranquila? —le preguntó Claire.

De eso nada. Volvió a sentir el hielo en la sangre de nuevo al verla a su lado, tanto que casi no podía mirarla. Reunió toda la dignidad que pudo y la encaró con firmeza. Su rostro era distinto al que recordaba. Los mismos rasgos, sí, pero con una expresión diferente. Como su forma de hablar, en la cual no quedaba ni un rastro de acento norteamericano.

—¿Qué locura es esta? —dijo Amanda, atropellada por tantas emociones.

Salva ni respondió. Se limitó a sonreír y volvió al patio, donde parecía que Víctor se tragaba la medicina mejor de lo esperado. Claire tomó de nuevo la palabra:

—Claro que es una locura, me lo vas a decir a mí. No quiero que sufras, pero estoy hecha un lío. Todo es más fácil cuando interpreto mi papel de niña rica, no sé si seré capaz de recuperar a María. A lo mejor es que no hay nada que recuperar. Ya me he perdido, no sé lo que te quería decir.

—Prueba con la verdad, suele funcionar muy bien —le retó Amanda.

—Todo tiene un porqué. Fíjate en las señales. Encuentra el patrón. Eso me lo dijo mi madre antes de morir. Y eso llevo haciendo desde que morí yo —contestó Claire, sacando una foto del bolsillo trasero de sus vaqueros.

En ella aparecían Edgar Baxter y Leonard Sinclair. A Amanda no le costó reconocer al segundo. La instantánea tendría más de veinte años, los mismos que hacía que Colás le había presentado al profesor cuando había venido a España.

—Mi hermano iba a trabajar con él, pero Edgar no estaba conforme. Ahora te contaré la verdad.

La verdad era horrible, tan horrible como morir ahogada por una mano que debería haber sacado del agua a una pobre cría que no entendía nada. Que no entendía por qué una excavadora los había golpeado para tirarlos del puente al río. Que no entendía cómo había vuelto de la muerte para ocupar el cuerpo de una criatura que lloraba día y noche, más por una explicación que por el propio alimento. Una criatura que creció ocultando su condición, rodeada de extraños que se conectaban de forma casi increíble con su vida anterior. Tan increíble que no le quedó más remedio que dejar de creer en las casualidades. Porque la casualidad no trae a nadie de vuelta a este mundo para encontrarse con sus asesinos y hacer como si no pasara nada. Pero a Amanda le seguía doliendo lo suyo. Le dolía su hijo.

—¿Y por qué metiste a Salva en todo esto? —interrumpió Amanda.

—Tu hijo me salvó. Tu hijo es lo mejor que tengo en esta vida. Y Edgar no quería cabos sueltos. Cuando Salva se hizo amigo de Tomás, todo se complicó —se disculpó Claire.

—Te oigo hablar y hablar, pero no soy tonta. Con Tomás me pueden cuadrar las fechas, pero tú, ¿naciste antes del accidente? —inquirió Amanda.

—Edgar falsificó mi pasaporte para poder alquilar un coche en las vacaciones cuando conocí a Salva. Me vino bien mantener la mentira, sobre todo para engañar a Colás. Porque en cuanto vi a Tomás supe que era él. Él murió creyendo que era un accidente y no se preocupó en ocultar sus tics.

—Ya veo que tienes respuestas para todo. Creeré lo que tú digas con tal de que nos dejéis en paz. Veo que no tengo otra escapatoria —concluyó Amanda con desesperación.

—Necesitas algo más, ¿verdad? —insistió Claire.

La joven se levantó para cerrar la puerta que llevaba al patio y se arrodilló frente a Amanda, cogiéndole las manos.

—Yo quise mucho a Gerardo y lo sigo queriendo, por eso hablaré bajo. No quiero que sufra más. La noche justo antes del accidente, cuando subí a pedirte un neceser para Colás, te conté algo, ¿recuerdas?

Amanda se quedó muda apretando con fuerza las manos de Claire, que, mirándole a los ojos, seguía hablando:

—Te dije que llevaba más de un mes de retraso y que estaba muerta de miedo, que no sabía cómo decírselo a Gerardo y tú contestaste...

—Vete a descansar y déjalo para mañana. Se va a volver loco de contento —respondió Amanda, juntando su voz al unísono con María, para añadir después llorando—: Pero ¿qué os hicieron?

Y de un golpe, como el que se dio san Pablo al caer del caballo, murieron Tomás y Claire. De un golpe, volvieron Colás y María. Porque, como había dicho Salva unos minutos atrás, cuando

lo asumes sin prejuicios es más fácil.

36

Malinois

Pensar es de burros. Te distrae de la labor y eso solo da problemas. Era una de las frases preferidas de su abuela y Azarías había tenido gran respeto por su abuela. De respetar es una mujer que sobrevive a la guerra, a lo de detrás, y cría mientras nueve hijos con el marido enterrado vete a saber dónde. Fue dura hasta para morir. No quiso médico que le quitara los dolores. Cuando vio que no tenían remedio, se los quitó ella con una cuerda y una encina. Antes, tuvo tiempo de dejar muchas frases para su nieto. Puedes cometer todos los pecados que quieras menos uno: ser pobre. Ese no te lo perdonarán ni los otros pobres. Las frases eran consejos, pero no sentencias. Eso, a Azarías, le costó años entenderlo. Entender que puede haber excepciones, que todo tiene truco. Que pensar, no queda más remedio que pensar; lo que no conviene es distraerse de lo que estás haciendo. Y que ser pobre, más que un pecado, es una carga que nadie te ayuda a llevar. Y que la pobreza no tiene por qué venir acompañada de honradez, así, por decreto. Pero la riqueza, esa rara vez viene con algo bueno alrededor.

Azarías se miró las manos. Las tenía rojas, con los nudillos blancos de apretar tanto la cachaba. Llevaba un rato ensimismado con el olor a lejía y a sangre que parecía haberse quedado impregnado para siempre en las juntas de los azulejos del antiguo matadero. De chico, cuando trabajaba allí, no se quedaba ensimismado. Si estabas a la matanza, no pensabas en la liebre. Y si estabas a liebres, no pensabas en perdices. Eso quería decir su abuela. Hay que estar a lo que se cuece. Al final, y en contra de lo que pueda parecer, eso es más fácil cuando eres un zagal. De mayor vienen las complicaciones a rondarte la cabeza y cuantas más son, más cuesta espantarlas. Volviendo al matadero, escuchó de nuevo los gruñidos, los quejidos y los golpes. Levantó la vista y gritó:

—Fermín, ¡en la cabeza no! ¡A ver si los vas a matar!

Azarías era un solterón. Que sí, que le gustaban las mozas, pero no tanto dar explicaciones de adónde vas y de dónde vienes. Y una persona inquieta, como él, no tenía tiempo para eso. Y menos para criar descendencia. Para eso ya estaban sus hermanos. Y él, para jugar con los sobrinos y enseñarles maldades, que es lo más divertido. Los quería a todos con locura. Eran unas mozas y unos chicarrones de categoría. Le encantaba encontrárselos por la feria, sacar el fajo y darles unos billetes para que se lo pasaran en grande. Porque, a falta de vicios, el dinero se le amontonaba en el bolso y disfrutaba más viendo cómo otros se lo gastaban a su salud. Hasta que hubo un día en que el dinero, su dinero, no bastó para animar la feria. No alcanzó para que Lucía llegara a casa. Y ahí se acabó la alegría.

Se removi6 cielo y tierra, ni los perros durmieron. Falt6 sol para buscarla y se quemaron las linternas. No se contemplaron inocentes y no qued6 ni una tuerca sin apretar. Se removieron antiguos rencores, a punto estuvo de haber m6s desgracias. Pero Lucía no volví a casa. Y Azarías tuvo que ver cómo su hermano la buscaba en el fondo de los vasos y a su cuñada peregrinar entre brujas y psi quiatras. El dolor se los comió a bocados y solo dejó piel, huesos y pena. La desesperación lo llevó a pedir ayuda a los que estaban por encima de él, a los que nada de lo ajeno les preocupa si no son cuartos o perdices para el zurrón. A los amigos del relojero. A don Cristóbal, el marido de la Pedregal, y a su amigo don Aurelio, el fiscal. «No te preocupes —le dijeron—. Están los mejores en la pista. El que lo hizo, lo va a pagar». Ya, pero ¿cuándo?

Pasaron demasiados otoños y octubre volvió a llegar. Primer fin de semana de la veda, que, además, se abría de domingo. La cuadrilla, como de costumbre, llegó de sábado para dormir en el cortijo. Don Aurelio celebraba su entrada al Tribunal Supremo y don Cristóbal celebraba poco, porque ya no era el de la Pedregal y, aun dentro de la cuadrilla, pintaba bastante menos. Iba con los demás, tiraba cuando le tocaba, pero sus chistes ya no tenían tanta gracia. Quizás por eso ni lo habían invitado a la boda de su propio hijo, esa misma noche. Quizás por eso se había vuelto más quisquilloso con quien podía, con quien cobraba por aguantarlo. Poco después de la cena, mientras sus colegas tomaban los cafés y los digestivos, el *divorciao*, como lo conocían el resto de los operarios del cortijo, salió a fumar al cercado de los perros.

—Oye, Azarías, ¿dónde tienes a los bracos?

—Han *cogío* moquillo, don Cristóbal.

—¿Y vamos a ir a la perdiz con pastores?

—Son *malinois*, pastores belgas, pero usted tranquilo que cobrarán bien. Mi primo los tiene *enseñaos* —respondió Azarías.

—Más os vale, o aquí no cobrará nadie —sentenció el ex de la Pedregal.

El señorito tenía razón, no se puede ir a la perdiz con pastores. Sean de Bélgica, de Alemania o de Cádiz. Pero eso no le preocupaba a Azarías. Debía de ser el primer octubre de su vida que no pensaba en las perdices. Pensar es de burros, sí. Es lo que había estado haciendo durante años, desde que Lucía no había vuelto de la feria. Pensar que se había ido con un chico. Pensar que había sido un chico que se la había llevado. Pensar que se había ido y no sabía cómo volver. Pensar como un burro, que piensa, pero sigue todos los días amaneciendo burro y burro muere.

Hasta que hace un mes, de vuelta de su finca al pueblo, se le paró al lado un todoterreno negro, un Mercedes de los que suenan caros, con los cristales oscuros como en las películas. Y se le bajó un chaval alto, con gafas de sol y cara de indio, y extendiendo la mano con una bolsa le dijo:

—Azarías, toma esto.

—¿Qué es esto?

—La verdad, Azarías. La que buscas tú y unos cuantos más como tú.

—¿Qué verdad? ¿Quién eres tú? —se inquietó Azarías.

—Yo no soy nadie, solo un recadero. Ve las cintas. Y de parte de quienes te las mandan, te diré una cosa. No esperes justicia, búscala tú solo. Y, cuando tengas a todas las perdices juntas, que

no se te escape ni una.

Se fue como vino, dejando tras de sí polvo y dudas, que se fueron tan rápido como el polvo cuando Azarías pudo sentarse delante de su televisor. Allí mismo enterró sus esperanzas de ver con vida a Lucía. Su nombre, con los dos apellidos, estaba el primero en una lista que venía con las cintas, siguiendo el mismo orden de las muchachas aparecidas en las grabaciones. Al lado de cada una, el nombre y apellidos de su verdugo. Todos los miembros de la cuadrilla. Todos y cada uno. Con sus cargos, ya sabes. Los que hacen las leyes, los que persiguen a quienes las rompen, los que los juzgan, los que lo cuentan y los que pagan la fiesta. Azarías se lo vio todo de un golpe. Tenía miedo de parar y no poder arrancar de nuevo.

Cuando terminó, ya no le hizo falta pensar más. Había mucha labor por hacer. Escoger muy bien a los que debían intervenir, solo aquellos con ganas de llegar hasta el final. Y no dejar ni un cabo suelto. ¿Quién coño sería el indio? Qué más daba.

Azarías dejó que el señorito Cristóbal se fuera para su cuarto como los demás. Tenían que estar tranquilos, en sus camas. De normal solían levantarse solos, bien temprano, para tomar un café antes de salir. A alguno se le pegaban las sábanas y había que picarle a la puerta para acabar escuchando algún impropio desde el otro lado. El desayuno ya se hacía en el campo, les gustaba comer buen jamón y beber buen vino a la fresca. Eso sí, con todo preparado: la comida, la ropa, los coches, los perros y las armas. Por eso fue tan fácil sorprenderlos en plena noche, con la luz prendida de golpe y el cañón de sus propias escopetas apuntándoles a la cara. No entendían nada. No hacía falta. Bridas, mordazas y al maletero. Había que andar vivos.

Cuando los descargaron en el matadero, se notaba en las caras que habían tenido tiempo de pensar. Ya no se veía sorpresa en sus gestos. Destapadas una a una las bocas, empezaron a soltar de todo. Primero amenazas, cómo no. Está en su naturaleza, tantos años mandando no se les arregla bien pedir. Luego llegaron las preguntas, las ofertas, las culpas.

—No fui yo, fue aquel.

—¿Qué queréis? Tenemos de todo.

—Esto se puede arreglar de otra manera.

—Os estáis equivocando. Os van a pillar.

Solo uno juntó valor para hablar claro.

—Ya sé quién está detrás de todo esto. Mónica no, no es tan tonta. Tuvo que ser tu hijo. Estamos jodidos. Ese chaval está loco —dijo con calma don Aurelio, el fiscal, enfrentando la cara de terror de su amigo Cristóbal.

—Conozco a los señores, no tanto a la descendencia, pero me da igual. ¿Dónde están los cuerpos? —preguntó Azarías, subiendo su voz entre los gritos de los demás.

Ahí vinieron un montón de respuestas. A lo primero, todo mentiras, negociaciones de mercader barato. En cuanto entraron los *malinois*, la cosa se fue aclarando. Razón tenía Fermín, sus perros eran como soldados. Sabían arrancar y parar al antojo. Un poco al pie, otro poco a la pantorrilla. Nada de muslo, a ver si van a trincar la femoral. Que esto tiene que durar un buen rato más.

Por fin, al final, la verdad. De nuevo, de boca de don Aurelio.

—Dejad de suplicar. Todos sabéis lo que pasó. De Lucía no quedan ni las cenizas, como de las

demás. Lo último de Lucía me lo llevé yo, infeliz. ¡Mátame si quieres, que ya no tiene remedio! —gritó el fiscal, desafiante.

—No hay prisa, don Aurelio. Llevo años esperando. No hay prisa. Van a pagar todos por el mismo sitio. Fermín, achúchalos otro poco —ordenó Azarías.

El tío de Lucía ya no volvió a quedarse ensimismado. Abrió bien los ojos para ver cómo los perros hacían su trabajo, cómo los verdugos de aquellas pobres criaturas se revolvían, con las manos atadas a la espalda, mientras les deshacían la entrepierna. El resto, los operarios, los pobres, contradecían la frase que le dijera su abuela a Azarías: «Ser pobre no es un pecado, es una condición». Los pobres sí se ayudan entre ellos, más cuando comparten la misma desgracia. El que sí tenía razón era el chaval con cara de indio. Hay veces que no se puede esperar por la justicia, sobre todo cuando el que la representa ha violado a tu sobrina mientras la ahogaba con una bolsa de plástico. Y claro que verlo destripado, en el suelo del antiguo matadero, no se la iba a devolver ni viva ni muerta. Pero, por lo menos, le ayudaría a dejar de pensar. Porque pensar es de burros.

37

Carrickfergus

Un zorro en mitad de la noche, caminando pegado al muro de un cementerio, se les quedó mirando y sus ojos brillaron al reflejar las luces del coche en el que viajaban poco antes de que cruzaran la autopista volando con suavidad hasta aterrizar en el embalse que había del otro lado. Esta vez, el embalse estaba seco y no les pasó nada malo. No pelearon por romper los cristales mientras se inundaba el habitáculo. Merce y ella salieron tan tranquilas, paseando al amanecer. Su amiga del barrio le decía:

—La gente no cambia, María. Ese chico la volverá a engañar una y mil veces.

Los sueños siempre son raros. Algunas veces siguen cierta coherencia narrativa, otras son puro azahar inconexo. Casi siempre cogen recuerdos para alimentarse, mezclando lugares y personajes, casas y rostros para crear lienzos más o menos definidos que, al despertar, se suelen escurrir como arena entre los dedos. Desde que la bautizaran como Claire, María soñaba mucho más raro que los demás porque tenía dos vidas para alimentar a un mismo subconsciente. Esas mezclas solían provocar en ella un gran desasosiego. Además, morir ahogada era el mejor combustible para una buena pesadilla. Algunas veces, si había suerte, soñaba bien, cogiendo solo elementos de una de sus existencias. Como el que acababa de tener con su amiga Merce, repitiendo su frase favorita sobre la inmutabilidad de la naturaleza humana aplicada a la bragueta del novio de una de sus compañeras de clase. Buena manera de despertarse.

A su lado, Salva aún dormía. Se le veía tranquilo. María había muerto y vuelto a nacer. Había sufrido lo indecible al descubrir todo lo que pasaba a su alrededor. Se había hecho más preguntas que ningún ser humano en la historia. Y entonces encontró a Salva, que parecía tener todas las respuestas. Porque Salva era la mejor persona del mundo. Algo así tienes que ser para que te cuenten una noche la locura más retorcida e inverosímil y respondas como él lo hizo en su momento.

—Te quiero con todo lo que te pase y confío en ti. Déjame que te ayude.

Desde entonces Salva se convirtió en la parte más importante del plan. El *sherpa* de la expedición, que cargó en sus hombros con los problemas de todos para ayudarles a ascender, a sacar lo mejor de ellos. Fue la brújula en medio del temporal y la luz en las noches sin luna. Tuvo fe cuando todos la perdían y los convenció para seguir adelante cuando nadie veía la salida. Y, por si fuera poco, diseñó la huida, inspirado en la odisea del padre de Sagu. Ahí estaba otro personaje clave en toda gran aventura: el chamán.

Las noticias no embarcaban en el carguero, por sabia decisión de Tony. El viaje debía ser algo más que un simple trayecto, según sus palabras. Tenía que ser una experiencia sanadora, un

verdadero cambio, un renacimiento. Otro renacimiento. La ausencia de estímulos externos les ayudaría a procesar mejor lo vivido en los últimos meses, a reflexionar con calma sobre lo que dejaban atrás y a prepararse para el futuro en su nuevo hogar. El entorno había sido diseñado por él para ser lo menos hostil posible, tanto en lo material como en lo humano, cosa fácil de hacer si cuentas con generosos recursos. Nada de claustrofóbicos camarotes. Cuando estás a bordo de un carguero lleno de contenedores y has pagado todo el flete, el contenido de estos puede ser lo que tú quieras. Y se pueden crear preciosas estancias dentro de un contenedor de casi treinta metros cuadrados. Todos disfrutaban de buenas habitaciones, sala de juegos, gimnasio y una biblioteca. En ella estaba el equipo de alta fidelidad y la colección de discos de Gerardo, que por fin podía volver a compartir con Colás. Parecía que los años no hubieran pasado entre ellos.

La tripulación también gozaba de todo el equipamiento. Porque eso era lo más importante del plan: confiar en quien te ayuda a escapar. Y quién mejor que el hijo del capitán que hacía casi treinta años llevó a Tony al otro lado del Atlántico. Y sus hombres, que gracias a Colás habían visto cómo su pueblo natal por fin tenía agua potable, hospital y escuela. Todo era calma, pero María no podía dormir.

Paseando por la cubierta del barco, ya templada por los rayos de un sol apabullante, comenzó a silbar una vieja melodía.

—¿*Carrickfergus*? —preguntó Nila, dándose la vuelta con sorpresa.

—¿Habría estampa más irlandesa que una pelirroja asomada a la borda de un barco? —contestó María mientras la abrazaba con fuerza.

—Mi padre me la cantaba de niña para dormir. Creo que la nostalgia es genética. Por eso me enamoré de Asturias. Me recordaba mucho a la vieja isla. Y tú, ¿de qué conoces la canción?

—Tuve un profesor de piano que venía de Boston. Él me la enseñó y me identifiqué con la letra al instante. Pero mi problema no era volar sobre el océano. Se puede cruzar el espacio, otra cosa es atravesar el tiempo. Me llevó años entender que era imposible.

—Yo creo que a Colás le pasó lo mismo. Aunque jamás habla de ello ni yo le pregunte, tuvo que ser muy duro volver a ver su novia en la facultad, casi veinte años después, casada y con un hijo.

—Me alegro por ella, pudo pasar página. Tuvo otra oportunidad, como todo el mundo debería tener. Sin embargo, él... —se detuvo María.

—Ya. Llevas todo el viaje esquivándolo. No debe de ser fácil. Pero Gerardo ha mejorado mucho con lo que ha pasado, todos lo dicen. No puedes sentirte culpable por lo que ocurrió. Deja de torturarte ya —atajó Nila.

—Tienes razón. Cambiando de tema, ¿lo de los vídeos de las chicas? —preguntó María bajando la voz.

—Se supone que no debería hablar de esto; ya sabes, nada de noticias externas durante el viaje. Pero tu hermano cumplió su palabra y me dejó decidir a mí lo que hacer.

—¿Y bien?

—Sagu me echó una mano y entregó los vídeos a un familiar de una de las víctimas. Por lo que sé, todos los culpables desaparecieron el mismo fin de semana de la boda.

—Me alegro de que sea así, Nila.

—Gracias, cuñada.

—Cuñada, qué raro suena eso —dijo María riendo.

—Oye, hablando de todo un poco... ¿Cómo salisteis de la boda? Colás anda esquivo con el tema y Sagu no suelta prenda —arrancó de nuevo la pelirroja, cambiando el tercio.

—Qué zorros. Yo sé toda la historia, pero es un poco larga.

—Prueba a resumir —pidió Nila, viendo que se iba a quedar otra vez sin enterarse de nada.

—El dueño de la empresa de eventos tuvo un roce hace años con mi hermano. Y mi hermano, que se sentía algo culpable por lo ocurrido, pues le mostró sus disculpas ayudándolo a montar dicha empresa. Así que nos devolvió el favor echándonos una mano a huir de la boda disfrazados de empleados en una de sus furgonetas.

—Muy bien, ya casi estamos. ¿Y por qué le debía una disculpa? —continuó la detective Connor.

—Me va a matar, yo no te he dicho nada. Que conste que fue mucho antes de estar contigo. Mi hermano se enrolló con su novia, el tipo quiso vengarse y Pedro le dio una...

—No sigas, no sigas, que tengo celos retroactivos —concluyó Nila.

—Qué gracia me hace eso. Para mí que deben de ser cosas de pelirrojos.

—Y dale con los pelirrojos, siempre somos pasto de las leyendas.

Se tiraron un rato riéndose de sus tonterías, como dos chicas normales en medio del Pacífico Sur, hasta que Nila señaló el horizonte preguntando:

—¿Es allí?

—Sí, aquella es la isla. Ya casi estamos.

—Me voy a ver si los demás han despertado. Creo que querrán verlo.

—Vete, Nila, yo os espero aquí.

María se quedó disfrutando de la soledad que había venido a buscar a la cubierta, sintiendo cada vez con más fuerza el peso del sol austral sobre sus hombros. Otro par de manos se asomaron a la barandilla.

—¿Qué tal, Tita Mari? —dijo Sagu.

—Eso me lo puso tu madre cuando fuimos juntas en tren a bautizarte a Muros. Menos mal que don Antonio, el cura, era comprensivo. Me acuerdo de lo que contestó cuando le soltó tu nombre: «Pero ¿lo vas a llamar como a un cactus?» —dijo María.

—Saguaro es un poco difícil, pero Sagu tiene fuerza —contestó él sonriendo.

—Pobre Desi —añadió María con tristeza.

Sagu se quedó un buen rato escuchando el silencio de María. Sabía hacerlo mejor que nadie. Era una de sus innumerables virtudes. Duro, tenaz, valiente, fiel y generoso hasta la abnegación. El tipo de persona que quieres a tu lado cuando las cosas se ponen feas.

—Quiero que me prometas una cosa, María. Tienes que cuidar de Salva. Tú sabes más de la vida.

—Bueno, me saca un año —bromeó la rubia.

—Hablo en serio. Prométemelo —insistió Sagu.

—Claro que sí. Pero ¿por qué me dices eso ahora?

—Porque no voy a bajarme del barco en esa isla. Mi destino no está ahí.

María se quedó de piedra. Llevaba días barruntándose algo, sospechando de ciertas actitudes, pero no creía que iba a ser tan tajante.

—¿Estás seguro?

—Completamente, desde antes de subirme al barco. No hagamos un drama de esto. Tú tienes a Salva, Salva tiene a sus padres, Colás tiene a Nila... Es perfecto para vosotros, pero no para mí.

—Es por ella, ¿verdad? No hay día que no me arrepienta de haberla usado para el plan —se disculpó María.

—No, no es eso. O no es eso solo. Lo mío con Cecilia no tenía mucho recorrido. Quizás hubo una oportunidad, pero ella no se decidió. Es mucho más. No es una despedida, solo necesito tiempo. Necesito llenarme con cosas nuevas.

—Tienes razón, Sagu. Ni viviendo mil vidas podré agradecerte lo que has hecho ni podré perdonarme...

—No sigas, María. Tengo la conciencia muy tranquila. No me arrepiento de nada. Y tú tampoco deberías. Lo hecho, hecho está.

—Vale. Entiendo que tu padre tampoco desembarca.

—Así es, se viene conmigo. Tenemos mucho tiempo que recuperar. Y, bueno, no me gusta correr por los andenes llorando, así que... —sentenció Sagu queriendo terminar la conversación con un abrazo.

—Una cosa más, ¿te ha dicho tu padre cómo encontró esta isla?

—Dice que se lo contó alguien muy especial, ya sabes cómo es cuando se pone místico —apuntó Sagu colocando las palmas de las manos hacia arriba, en un gesto de iluminación divina.

—Gracias por todo, Sagu —le dijo María.

—Gracias, rubia, creo que estorbo —respondió el indio señalando hacia atrás.

Gerardo se acercaba caminando mientras encendía un pitillo. Le dio una palmada en la espalda a Sagu, como quien toma el relevo, y arrancó la conversación más difícil de su vida.

Primero dejó claro que él tampoco se bajaba en la isla. No se detuvo en razones porque vio que no le hacía falta. Luego dio un rodeo sobre los debates espirituales que había tenido con Toni sobre todo lo ocurrido. Ante la pregunta clave sobre si Dios estaba tras las reencarnaciones, el padre de Sagu se decantaba más por la voluntad de una diosa. Gerardo decidió continuar disculpando a María por estar esquivada durante el viaje. Decía sentirse agradecido porque tampoco era fácil para él enfrentarse a una realidad así. María ya no pudo aguantar más.

—Lo siento mucho. Creo que os he arruinado la vida —dijo María ahogándose en sus palabras.

—La vida me la arruinaron cuando os tiraron del puente al río. Los que lo hicieron están muertos y tú sigues aquí. Ahora vuelvo a tener vida.

—¿Y por qué me siento tan mal? —preguntó ella, llorando.

Gerardo la cogió por los hombros con fuerza y se encaró.

—Hazlo de una vez, mírame a la cara y di mi nombre. ¡Hazlo ya! —gritó Gerardo.

Ambos se miraron a los ojos y comenzaron a gritarse sus nombres, como si se pelearan. Los

gritaron purgando la rabia, la pena, el rencor, el amor que les quedaba, el más puro, el que nunca se va, pero que los estaba matando. Se gritaron uno al otro todos los sueños rotos, toda la vida perdida, todas las verdades que habían enterrado durante una eternidad. Se gritaron hasta quedarse sin aire, el que le quitaron a ella una noche y que a él no parecía llegarle al pecho durante las siguientes ocho mil. Se lo gritaron todo, hasta que solo les quedó un abrazo.

—¿Y qué voy a hacer ahora, Gerardo?

—Pues disfruta del regalo, María, y suelta lastre. Disfrutar de la vida como si nacieras cada día. Y cuida de los míos —contestó él, sonriendo emocionado—. Por ahí vienen todos. Vamos a brindar, que ya toca.

Y claro que brindaron. Con lágrimas, con risas y con promesas de volver a reunirse. De que la isla más remota del Pacífico era solo una escala hasta que el mundo se olvidara un poco de ellos. Luego ya elegirían un destino donde volver a empezar, donde dejar de mirar atrás y disfrutar de lo que viniera por delante. Pero ahora tocaba saltar a tierra.

Una pequeña barca los acercó a la playa de arena blanca con aguas azul turquesa que cualquiera imagina cuando le dicen paraíso tropical. Allí les esperaban un montón de caras sonrientes, ofreciéndoles ayuda y regalos de bienvenida. Antes de llegar ellos, lo había hecho la generosidad de Colás y Salva a través de un laberinto de empresas pantalla. Nada al azar en los planes de dos informáticos. Unas casas maravillosas donde alojarse en una isla lejos incluso de los turistas, que tan solo recibía la visita de un barco al mes para surtir de aquello que la naturaleza no les regalaba. Una comunidad pequeña, autosuficiente, tranquila, que solo comerciaba con otras islas del entorno. El escondite ideal tras un terremoto que había sacudido al planeta.

Una vez instalados, se los llevaron a comer a un local cercano, el lugar de reunión del pueblo, donde la gente solía tomarse algo al caer la tarde. Estaba regentado por un matrimonio que sorprendió a las tres parejas hablando en castellano. El resto de los isleños eran angloparlantes, fruto de la colonización británica, y el francés solía ser la segunda lengua por aquellas latitudes. María y Colás, suspicaces ante el detalle, no tardaron en interesarse.

—¿Y cómo es que hablan ustedes español? —preguntó Colás.

—Solo un poco. Gracias a nuestro hijo, que lo aprendió leyendo unos libros que nos trajeron los mercantes hace años. Es muy listo, muy especial. Acaba de llegar de trabajar en una isla cercana —comentó la mujer emocionada, invitándolos a conocerlo.

Salieron los dos del local tras la señora, que los llevó a la parte trasera. Allí, un joven de veintipocos años se afanaba en reparar el motor de un viejo generador. Tras él, había un enorme mural con la cara de un gato pelirrojo de ojos grandes que parecía mirar de un modo especial. Bajo su rostro podía leerse la frase «El gato que todo lo sabe».

—No solo es buen mecánico. También pintó esto —apuntó la madre con orgullo.

El joven se giró y saludó con educación a Colás y a María. Pero al ver a Víctor y a Amanda, que venían detrás, soltó la herramienta y corrió hacia ellos, gritando sus nombres entre lágrimas, como si hubiera visto a unos dioses. Y entre gritos ahogados y sollozos todo se dijo sin decir

nada, pues la alegría habló por sí misma. Algunos jamás comprenderían lo que allí estaba pasando. Pero para Colás y María, la historia les resultaba familiar.

38

Ronin

Después de tantos años al volante de varios Mercedes, montarse en un Toyota Land Cruiser de la serie 40 suponía un cambio sustancial. Y no era por desmerecer a una de las joyas más emblemáticas de la mecánica japonesa, un guerrero indestructible de la década de los sesenta, aunque puestos a hablar de todoterrenos prefería su germánico Clase G del 79. Cuestión de gustos. Pero no estaba la cosa para exquisiteces y si había que pasar desapercibido por las carreteras rurales de Colombia era mejor subirse en una de estas reliquias niponas. Un ojo en la carretera, otro en la aguja de la temperatura. Porque aquel angelito consumía el refrigerante casi a la misma velocidad que la gasolina, lo que le recordó que había que parar a repostar líquidos varios, algo de comida y reposo para soportar la maldita humedad. También habría tiempo de enumerar los errores que lo habían llevado hasta allí.

Pedro había repasado en su mente miles de veces el día de la boda del señorito Tomás. Las palabras de Mónica, su conversación con Claire, cada detalle de la ceremonia y posterior fiesta. Pero, sin duda, su obsesión central era la reunión. Una cita tan estudiada, en un lugar tan protegido y analizado por mil y un expertos en seguridad, se convirtió en la trampa perfecta que nadie había visto venir. Él, sin embargo, recordaba con viveza la mala sensación que invadió su espina dorsal cuando cerró la puerta de la Sala Augusta tras el paso de su jefa. Perderla de vista, aun solo por unos minutos, se le antojó la peor idea de su vida. Pudo haberlo parado todo, dado la orden de detener el evento con cualquier excusa, sembrar un pánico infundado para espantar a los presentes. En cambio, su lealtad al protocolo le ató las manos y le disuadió de seguir su instinto. Se aborregó y pagó caro el precio.

Luego estaba lo de Tomás y Claire. Y lo del revólver. Qué fue aquella locura. Por qué no aparecieron sus cuerpos, tan solo restos de sangre y jirones de ropa. Qué dijo Tomás. Por qué no recibió el audio de las imágenes en la sala de control. Demasiadas preguntas para resolver solo con teorías. Mejor abrazar los hechos.

Nada más caer la pareja al río, Pedro había corrido para alertar a la seguridad de Dark Lake, que estaban al otro lado de una esclusa blindada a ras de suelo, la cual separaba las escaleras del exterior. Casi sin tiempo de explicarse, ocurrió una contingencia más urgente aún: todo el sótano se estaba inundando. El guardaespaldas de Mónica se sumergió sin pensar para intentar rescatar a su ama, que de seguro se hallaba en el mismo apuro al otro lado de las puertas, pero todo fue en balde. Llevado por el más básico instinto de supervivencia, recordó que había un balón de oxígeno de reserva en el control para uno de los invitados más ancianos y se aferró a él cuando la ley del viejo Arquímedes le dejó sin espacio para respirar. Esa noche también aprendió algo

importante: una mascarilla de hospital no es el regulador de un submarinista y acabas tragando tanta agua como aire. De todas formas, él tuvo suerte. Los de Dark Lake consiguieron arrancar la esclusa del suelo con el cable de acero de uno de sus vehículos en un tiempo récord. Recuperar los cuerpos de la Sala Augusta requirió varias horas y la intervención de buzos equipados con lanzas térmicas.

Tras el caos inicial, y aunque parecía imposible, todo empeoró exponencialmente. Pedro despertó esposado a la camilla de un hospital. El comisario, quien fuera amigo de confianza, le miraba con impotencia desde lo alto, rodeado de un montón de hombres enfundados en trajes negros.

—Lo siento, Pedro. Esto me viene muy grande. Vale más que colabores.

Una vez que se puso en pie, lo sentaron enseguida en una silla durante varias horas para preguntarle por asuntos que jamás creyó fueran a ser consultados. Pero pronto se aburrieron de él. Fuera explotaba una bomba tras otra, cada una más sucia que la anterior. Titulares grandilocuentes como «Se abrió la caja de Pandora», «La mayor filtración de secretos de la historia», «Las vergüenzas del poder» o «Siguen los escándalos del Wedding-Gate» abrían un telediario tras otro. Y Pedro pronto cayó en la cuenta de que muerto el amo nadie mira para el perro.

De un día para otro lo perdió todo: trabajo, posición, respeto, influencia, recursos. Gracias a su carácter previsor, sus fondos ocultos resultaron indemnes y pudo reorganizar su vida manteniendo un perfil bajo, a los márgenes de la sociedad. Una habitación en una pensión de tercera, con tele de catorce pulgadas y baño, se convirtió en su celda monacal.

En aquella pequeña pantalla pudo asistir como un curioso más a la moderna hoguera de las vanidades durante unos meses. Alguien había trazado el plan con sumo cuidado. Los medios se llenaron de noticias, las pruebas corrieron de un tribunal a otro, las revanchas se extendieron por medio mundo. Tú cuentas esto de mí, pues yo te hundo a ti la vida. Eso sí, la fuente se cuidó muy mucho de ser descubierta. Qué más le habría gustado a él que dar con ella. Por eso dejó los meses pasar. Para dejar que las aguas se amansaran. Para poder comenzar la búsqueda.

Si bien tenía muchas dudas sobre los quiénes y el cómo, del dónde no le cabía una. Fueron muchos años al volante de La Viuda de Ptolomeo para no saber lo que se hacía con el viejo camión cisterna. Un prodigio salido de la mente de José Antonio. La llave más grande de la historia de las cerraduras. Un vehículo donde viajar enlatado, sin levantar sospechas, y que aparcado debidamente en su lugar abría el acceso al búnker Berenice, el origen de todo. En él solo se habían subido el viejo y su hija, doña Mónica. Por eso había funcionado tan bien. Por eso, cuando esta última le dijo a Pedro que iba a permitir a Tomás trastear por su cuenta allí dentro, el guardaespaldas se tomó la confianza de dar su opinión:

—Me parece una idea cuando menos mejorable, señora.

—Ya lo sé, pero esto es de un nivel que está muy por encima de tu alcance, Pedro.

Y tuvo que callarse la boca. Pero ahora Mónica estaba muerta y no acataba órdenes de nadie. El eterno guardián de los Pedregal se había quedado solo, sin señora a quien servir, de la peor de las formas. Fracasado en su labor, humillado y arrebatado de lo que más quería. Tirado en la

pensión, volvió a ver en la tele una de sus películas favoritas. Una de Robert de Niro, de persecuciones de coches a la europea, que son las mejores.

En ella, un personaje secundario narraba la historia de los Ronin, samuráis deshonrados por la muerte de su señor que se quedaban sin rumbo tras la debacle. Algunos acataban el código y consumaban el *seppuku*, el suicido tradicional por desentrañamiento. Otros deambulaban como mercenarios por el Japón feudal. Pedro no tenía ninguna intención de rajarse la tripa y menos de ponerse a las órdenes de otro amo. Prefería usar todas sus fuerzas y recursos para buscar culpables y hacerles pagar. Tocaba volver al origen.

Primera parada: la casa del vigilante de la fábrica de barniz. Primer fracaso. Tanto el viejo como su hijo se hallaban desaparecidos. La enorme presencia de Pedro ya no intimidaba a nadie por los bares del Bajo Nalón y no tardó en aparecer una patrulla de la Guardia Civil para disuadirle de seguir incomodando a los parroquianos. Lo que antaño se habría resuelto con una llamada a la comandancia más cercana ahora era un callejón sin salida de los que te tienes que ir sin perder un minuto. En cuanto a la fábrica en sí, ya nadie quería ni siquiera mirarle a la cara, ni allí ni en ninguna de las delegaciones del antiguo Grupo Alkaloon, ahora una empresa gestionada por expertos designados en el testamento vital de Tomás.

CLS era otra vía muerta. Tras la boda diseminó toda la información comprometida de sus clientes a lo largo y ancho de la red. Y también innumerables fórmulas y patentes de valiosos medicamentos, antes al alcance de solo unos pocos. Antes de que abriera la bolsa, sus activos se habían esfumado en lo que las auditorías posteriores calificaron como la mayor fuga de capital de todos los tiempos. Los inversores no pudieron perseguir sus fondos. Tenían bastante con sacar la cabeza en el mar de escándalos que les sacudían cada lunes. Luego estaba lo de los amigos de Tomás. ¿Otra vía muerta?

Un cadáver carbonizado en la garita del guarda y otros cuatro a juego en un camión de basura. Una propiedad arrasada por las llamas, casquillos de munición de guerra... Pero ¿dónde estaban los habitantes de la casa? Los cuerpos encontrados, por malo que fuera su estado, aún daban para saber que eran de cinco varones. Pedro sabía de sobra que eran los mercenarios de los Baxter. Igual que sabía de sobra que solo Sagu podría haber acabado con ellos. Ese era el camino: encontrar a su pupilo. ¿Y cómo se encuentra a un fantasma, a quien parece no haber dejado rastro tras de sí? Por donde cae todo el mundo. Por sus pasiones.

A Pedro todavía le quedaban amigos de los viejos tiempos, gente que por un lingote de oro es capaz de rebuscar en la basura de quien sea hasta escribir su biografía completa. Y alguien como Cecilia, la amiga de Mónica, no resultaba un personaje demasiado esquivo. Tras el desplante de la boda y la desaparición de su ex junto con toda la cuadrilla de caza, su vida continuó como si nada entre su tienda de moda, el gimnasio y la peluquería de confianza donde mantenía el rubio de sus dorados rizos. La paciencia y un pinchazo en este último establecimiento dieron sus frutos.

—Cecilia, querida, al teléfono.

—Sí, dígame.

—...

—Sí, no le oigo.

—Hola, Cecilia.

—¿Quién es?

—Sabes bien quién soy.

—...

—Cecilia, ¿sigues ahí?

—No esperaba una llamada tuya. De hecho, no te esperaba.

—Bueno, pues digamos que es una sorpresa.

—Voy a colgar, no quiero problemas.

—Dime que no sientes nada, que te da igual y colgaré.

—...

—Dime algo.

—Claro que siento cosas, la primera es miedo.

—¿Y nada más?

—No puedo sentir más, no me lo puedo permitir.

—¿No sientes que te falta algo en la vida?

—Soy mayor para esto, soy mayor para ti. Ya te lo dije en su día. Prefiero conformarme con lo que me queda. No puedo perder más.

—¿Prefieres que te llame otro día?

—Prefiero que no me llames más. Solo cuídate, por favor. No hagas ninguna locura. Bastante tenemos con seguir vivos.

—De acuerdo, no quería quedarme con la duda.

—Un beso.

—Un beso.

Era él. Le llevó meses al hijo de puta sacar el hocico de la madriguera, pero al fin lo hizo. Por el precio pagado, Pedro tenía algo más que una escueta grabación: el origen de la llamada. Un bar en la región de Antioquia. Tocaba fundir otro poco más de oro para un billete de avión.

Cuando mides más de metro noventa y eres blanco como el do de un piano, resulta muy difícil pasar desapercibido en Colombia. Pedro conocía la posible ubicación de su objetivo y quería seguir manteniendo el factor sorpresa, por eso ponerse a buscar un arma de fuego por las calles de Medellín no parecía la mejor de las opciones. Un buen cuchillo y ropa acorde con el entorno era el único equipamiento con el que podría contar. Sobre el transporte, nada de coches de alquiler, como un vulgar turista dejando su pasaporte por los mostradores de cualquier agencia. Mejor comprar uno, trato en mano con dólares frescos, y ya arreglaremos los papeles mañana.

En cinco horas, incluidos descansos y repostaje, Pedro estaba sudando mares en el municipio de Betulia, frente al bar desde donde Sagu había llamado a Cecilia. Esperó un rato a que saliera un cliente para abordarlo con una foto de él con el indio, juntos sonriendo.

—Perdón, ¿sabe dónde le puedo encontrar? Ha habido una muerte en la familia.

—Vaya por Dios, señor. Pues creo que vive por el sector El Cangrejo, en una cabaña. Siga por la orilla del río y pregunte en la finca de los mangos.

—Gracias, señor.

La naturaleza es sabia y, a través de la evolución, va depurando el diseño de sus criaturas. Ningún rasgo físico queda al azar. El tamaño de las extremidades, la forma de las mandíbulas... Hasta la colocación de los ojos. Por eso una vaca los tiene a los lados, para vigilar a sus posibles atacantes, y el lobo los tiene en el frente para fijarse bien en su presa.

Y ese fue el error de Pedro, de su olfato de depredador que ya podía oler cerca el rastro de la sangre. ¿Cómo pudo no darse cuenta, especialmente él, de que no puedes conducir a la vera de un río sin controlar tus flancos? Un golpe terrible por la puerta derecha acabó con su jornada de caza. Las aguas del Cauca le esperaban para darle su lección.

Tras el fuerte impacto sobre la superficie, las costillas de Pedro se arrepintieron de su alergia al cinturón de seguridad al clavarse con violencia el volante. Pero viendo a la velocidad a la que se hundía el vehículo también se convirtió en una ventaja. No tardó en sacar su puñal y reventar la luna trasera para poder escapar del Toyota. Dolorido y mareado, pero con la cabeza fuera del agua, pudo comprobar cómo un tractor había sido el responsable de que se estuviera pegando un chapuzón en aquellas aguas opacas de barro. Tocaba alcanzar la orilla antes de ajustar cuentas por el accidente.

En su camino, se cruzó una lancha con cuatro hombres a bordo. Estaba claro que no era un grupo de rescate. Uno de los rostros lo reconoció al instante. Todavía podía lanzarle el cuchillo desde su posición. Tenía al indio a tiro. ¿Qué coño le estaban echando encima?

—Hola, jefe. ¡Cuánto tiempo sin verle! —gritó Sagu desde la lancha.

—¿Qué es esta mierda? —respondió Pedro revolviéndose.

—Una red de acero. Es para pesca mayor, ya sabes, para peces de esos que llevan machete.

—Ten valor y pelea como un hombre, payaso —le retó el guardaespaldas.

—Si me dieran un dólar cada vez que escucho eso... —replicó Sagu suspirando.

—¿Tuviste tú valor cuando te subiste a la excavadora, cuando los tiraste al río? —añadió otro de los que iban a bordo.

Pedro no tardó en reconocerlo. Era Gerardo, el tío de Salva. La rabia brillaba en sus ojos, como si quisiera tirarse al agua para acabar con él. Quizás provocándolo un poco...

—Vaya, es por venganza, ¿no? Pues ella pudo salvarse, pero yo mandé que la ahogaran como a un gato. ¿Le tenías mucho cariño?

—Le tengo, sí, le tengo. De hecho, le daré recuerdos de tu parte —sonrió Gerardo, de forma enigmática.

La red pesaba cada vez más y Pedro se quedaba sin opciones. Intentó sumergirse para librarse de ella, pero miles de dolores lacerantes le hicieron caer en la cuenta de que, aparte de plomos, también estaba adornada con anzuelos. Atrapado como un animal, recordó la angustia que había vivido el día de la reunión, tratando de coger aire donde ya no lo había. Aún no había perdido el cuchillo. Aún le quedaba el camino del samurái, pero por un atajo. Bien recto, entre las costillas, a la izquierda del esternón. Un golpe seco, un sabor metálico en la boca, una niebla en la cabeza.

Dejó de sentir dolor al instante y solo oía el motor de la lancha alejándose. Luego una imagen se clavó en su mente. En la boda, en la reunión, las imágenes de Tomás en el monitor, el primer plano de su cara. No iba bien afeitado. ¿Cómo podía ser, si acababa de verlo en la ceremonia, pulcro como un bebé? ¿Era una grabación? ¿Él y Claire estaban compinchados? Qué importaba ya. La oscuridad lo abrazó por completo.

¿Te cuento un secreto?

Cuando algo te gusta, cuando es tu vida, no escatimas a la hora de invertir en ello pasión y fuerza sin medida. Lo haces sin importar el precio. Pero el cuerpo siempre te recuerda que hay unos límites y, para Jun, este había sido un fin de semana muy intenso. Toda la tarde del sábado en el estudio, ultimando mezclas y repasando temas hasta última hora, para luego salir corriendo a pinchar de noche en un par de garitos de Osaka. Cabezada en el tren de vuelta y pasarse el domingo grabando voces con sus colegas, unos raperos venidos de Florida, exprimiendo su corta estancia en Tokio para amortizar los billetes de avión.

Tras la odisea, el lunes por la mañana, Jun se tomaba su segunda taza de té, sentado en su tienda de discos de Shibuya, soñando con que llegara la hora de cerrar para desmayarse en la cama. Bueno, al menos, la jornada estaba siendo tranquila.

Recibir y ordenar la mercancía de cuatro pedidos, la visita de algunos curiosos ojeando los vinilos, un taxista que se había llevado la *Sinfonietta*, de Janáček, para probar el nuevo equipo de audio de su Toyota Royal Crown Saloon. Ah, y una niña occidental, cargando con una planta en su correspondiente maceta, que buscaba el disco de Sting donde aparecía *Shape of my heart*. Aun siendo poca labor, Jun estaba saturado de tanta música y encendió la radio para oír las noticias. La monocorde voz del locutor comenzó a acariciarle los tímpanos como un bálsamo.

Y en Internacional, novedades en el caso Wedding-Gate. Hallan el cadáver de Pedro Cáceres, ex jefe de seguridad de la compañía Alkaloan, a la orilla del río Cauca, en la región colombiana de Antioquia. Y aparece un nuevo vídeo en el que se ve a la que fuera presidenta de dicha compañía, Mónica Pedregal, y a su homólogo en la contratista militar Dark Lake, Edgar Baxter Jr., planeando el asesinato de un científico español y su familia, camuflado como un accidente de tráfico a finales de los años setenta. Un escándalo más en la interminable lista que sigue azotando a las más altas esferas del poder en medio mundo. Según se oye en la cinta, la acción fue concebida para presionar al prestigioso matemático Leonard Sinclair, que en aquellos tiempos trabajaba en un proyecto encubierto de la CIA. Fuentes de la agencia norteamericana niegan cualquier relación con el crimen, aunque aseguran que se abrirá una investigación para depurar responsabilidades si las hubiese. Al hilo de estas y otras noticias, esta noche emitiremos una entrevista en exclusiva con los técnicos que construyeron la fatídica Sala Augusta y su sistema de seguridad, cuya supuesta activación accidental acabó ahogando a más de una treintena de personalidades internacionales, todas ellas salpicadas posteriormente en filtraciones de casos de genocidio, terrorismo, explotación infantil, pederastia...

De un tiempo a esta parte, los noticieros se parecían cada vez más a una película de espías. A ver, que todo el mundo sospecha sobre un nuevo orden mundial, con los poderosos manejando los hilos en las sombras, pero que alguien encendiera la luz y te lo mostrara con sumo detalle resultaba aterrador. Con razón tenía miedo el novio de Sakura.

Sakura, la amiga desde la infancia de Jun, salía con un chico español, Matías, que hacía años había aterrizado en Japón con una beca de Alkalooan. Era un tipo brillante, ávido lector de manga, cinéfilo y melómano compulsivo, lo que le hizo conectar enseguida con Jun y adoptarlo como su mejor amigo japonés. Una noche, tras cenar en su casa y mientras Sakura hablaba por teléfono con su madre, aprovechó la confianza para confesarle que estaba muy preocupado por la desaparición de una antigua compañera de facultad, una tal Nila.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Jun.

—Ella fue novia de Tomás, el fundador de CLS, la empresa para la que trabajo ahora. Bueno, trabajaba, porque hoy no nos han dejado entrar. Hablan de un gran fallo en la seguridad de los servidores y las instalaciones permanecen cerradas.

—O sea, el problema es que te vas a quedar sin trabajo y no sabes cómo contárselo a Sakura.

—No, el problema es que nos han ingresado a todos una indemnización enorme y acceso a todos nuestros archivos, a todo el trabajo —contestó Matías.

—¿Y eso es malo?

—No sé, Jun, he oído rumores. La gente está muy nerviosa. Creen que algo muy gordo está a punto de estallar.

Y vaya que si estalló. CLS desveló en una noche todos los secretos de las compañías para las que trabajaba. Sus trapos sucios y sus valiosas patentes. Una auténtica revolución que desveló grandes avances científicos a quienes nunca habían tenido acceso a ellos y que, un año después, seguía apareciendo a diario en los informativos como el que distraía a Jun hasta que el ruido de la puerta lo sacó de su letargo.

Una chica menuda entró y se fue directa hacia él. Tenía una mirada penetrante, hipnótica, que no parecía de este mundo y menos en una chica de poco más de veinte años.

—Hola. Quería preguntarte algo —dijo la muchacha.

—Sí, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Busco la banda sonora de *Espartaco*, compuesta por Alex North. Hace tiempo la tuve en vinilo y la echo de menos.

—En vinilo va a ser muy complicado, pero puedo pedírtelo en CD. Si no es urgente, en una semana o dos podría estar aquí.

—Perfecto. Después de tantos años, no me importan unos días más.

—¿Puedo hacerte yo una pregunta? —dijo Jun.

—Claro, adelante —le animó la joven con una sonrisa.

—¿Has estado en España?

—Sí, viví allí. ¿Por qué lo dices?

—Tengo un amigo español, con el que hablé precisamente de esa película, y dice Espartaco como tú y no Spartacus como los ingleses.

—Spartacus, en latín, derivó a Espartaco, en castellano. ¿A vosotros también os gusta la película?

—A mí, sobre todo, su música. Llevo tiempo trabajando en un tema, con muestras de la versión que hizo Yusef Lateef del *Love Theme*. Aún no tiene título, pero quiero incluirlo en el disco que estoy preparando. ¿Te gustaría oírlo? —ofreció Jun, encantado de tener una nueva víctima con quien probar su material.

—Por supuesto.

Mientras la música sonaba de fondo, la chica se puso a merodear por la tienda tarareando la melodía. No tardó en fijarse en una gata que descansaba sobre un altavoz.

—Qué guapa. ¿Es tuya?

—No, es callejera, pero viene todos los días por la tienda. Ten cuidado, es muy arisca.

La muchacha hizo caso omiso de la advertencia y extendió la mano hacia la felina, que no dudó ni un segundo en acercarse a ella buscando caricias. Jun se quedó de piedra.

—Estoy alucinando. Eres la primera persona que la toca. ¿Cómo lo has hecho?

—¿Te cuento un secreto? No se lo digas a nadie, pero soy la diosa de los gatos. Todos me adoran y me cuentan sus secretos. ¿Cómo la llamas?

—Patti. La primera vez que entró en la tienda se subió a ese mismo altavoz mientras sonaba un disco de Patti Smith.

—Pues has de saber que no le gusta. Prueba con Salema.

—Salema. Suena muy bien. ¿Te lo has inventado tú?

—No, es el nombre de un pueblo muy bonito en el sur de Portugal. Estuve allí hace un tiempo, de vacaciones, y me encontré con un viejo amigo. Me trae buenos recuerdos —dijo la joven con nostalgia.

—Qué suerte. ¿Viajas mucho?

—Se podría decir que sí, por el espacio y el tiempo.

El tema llegaba a su fin y Jun no dejaba de sorprenderse con la enigmática cliente. Cuando la música dejó de sonar, le preguntó:

—Y, bueno, ¿qué te ha parecido?

—Buen trabajo. Me gustan mucho las versiones, las distintas reencarnaciones de un mismo motivo filtradas a través de la mente de otra persona. Y esta en concreto me parece genial. Cuando la tengas lista, me gustaría echarle un último vistazo.

—Por supuesto. Ahora déjame apuntarte el pedido antes de que se me olvide. ¿Me das tu nombre y un medio de contacto para avisarte cuando llegue?

—Mi nombre... —dudó la chica—, he tenido tantos. Te daré el que usaba cuando vivía en España. Era muy bonito, valía para un color y también para una flor. Puedes mostrárselo a tu amigo y él te dirá cómo se pronuncia. Dame papel y lápiz.

Y antes de irse la joven le dejó una nota con un número de teléfono por un lado y un nombre escrito por la otra cara: Violeta.

Jun se quedó reflexionando un buen rato sobre el onírico encuentro, quizás distorsionado por su falta de descanso. La campanilla de la puerta volvió a despertarlo.

—Hola, Jun. ¿Sigues vivo?

—Hola, Sakura. Quédate quieta. Quiero probar una cosa. ¡Ven, Salema! —exclamó Jun, sacudiendo la mano como un mago.

La gata se bajó de su altavoz favorito y caminó con elegancia hasta tocar la mano de Jun, que esbozó una amplia sonrisa al ver la cara de sorpresa de su amiga.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Sakura.

—No se lo puedes decir a nadie. Me lo ha enseñado la diosa de los gatos.

Índice

- [1. El gato que todo lo sabe 7](#)
- [2. ¿Da usted su permiso? 17](#)
- [3. Malas noticias 25](#)
- [4. El ADN puede esperar 31](#)
- [5. Phi 37](#)
- [6. Núremberg 41](#)
- [7. La conjetura de Poincaré 45](#)
- [8. ¿Empezamos desde arriba? 57](#)
- [9. Es pronto para Lovecraft 61](#)
- [10. Un, dos, tres y... 69](#)
- [11. Mi primera vez 79](#)
- [12. Dos carpetas de color rojo 89](#)
- [13. El padrino 95](#)
- [14. Ya es hora de tutearnos 99](#)
- [15. Laplace 107](#)
- [16. ¿Esto es whisky? 115](#)
- [17. Un río lleno de historias tristes 129](#)
- [18. Limpiar y largarse 135](#)
- [19. Apartado 358 147](#)
- [20. El funeral 153](#)
- [21. Córcega 159](#)
- [22. Tan guapos y felices 167](#)
- [23. El relojero 175](#)
- [24. Poder 193](#)
- [25. La última cerveza 201](#)
- [26. Una buena canción, nada más 211](#)
- [27. Fa sostenido 217](#)
- [28. Su melena solo brilla en la noche 225](#)
- [29. Luces fuera 231](#)
- [30. Vivan los novios 235](#)
- [31. Introduzca la contraseña 249](#)

- [32. No se asusten 255](#)
- [33. Una carta, una llave y una caja 267](#)
- [34. Disfruta del espectáculo 275](#)
- [35. Créeme 281](#)
- [36. Malinois 289](#)
- [37. Carrickfergus 295](#)
- [38. Ronin 305](#)
- [39. ¿Te cuento un secreto? 315](#)